

ENRIQUE GARCÍA DÍAZ

No fue
una
Casualidad

Navidades en Stirling II



No fue una casualidad
(Navidad en Stirling #2)

Enrique García Díaz

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

No fue una casualidad (Navidades en Stirling #2)

©Enrique García Díaz

©**De esta edición:** Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: Isla Books (SW Design)

Imagen de la cubierta: Volodymyr Nikulin©123rf.com – Nastassia

Yakushevic©Adobe Stocks

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menu de navegacion

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

*« Si amas algo, déjalo marchar. Si vuelve a ti, será tuyo para siempre.
Si no vuelve, es que nunca te perteneció »*

1

Andrew se desabrochó el cinturón del asiento, resopló mientras se pasaba la mano por el rostro para despejarse y luego dirigió una mirada por la ventanilla. Llovía. Nada extraño cuando aterrizabas en Escocia en aquellos días. Esa llovizna que te acompañaba durante todo el día y que, aunque no parecía gran cosa, al cabo de unas horas expuesto bajo esta, te dabas cuenta de que estabas empapado.

—¿Deseando salir de aquí? —La voz de la chica sentada a su lado lo sacó de sus pensamientos. Le sonrió mientras asentía y se fijaba una vez más en el brillo del piercing de su nariz. En su mirada limpia y clara, y en sus labios apetecibles, que ahora se humedecía. Algunos mechones rizados escapaban de su improvisado recogido. Cuando se sentó a su lado apenas le había prestado atención, pero ahora que se fijaba de manera más atenta... Ummm, no estaba mal, pensó.

—Sí, claro —respondió mientras sacudía la cabeza para apartar esa clase de pensamientos absurdos que acababan de asaltarlo sin que él lo esperara.

—¿Eres de por aquí? —La respuesta de él quedó en suspenso porque ella acababa de levantarse de su asiento y se estiraba de manera provocativa para coger su maleta del compartimento justo frente a ella.

Andrew sintió la sequedad de la boca cuando el trasero de ella ocupó su campo de visión. Además, parte de su camisa se había salido por el tiro de sus vaqueros permitiéndole ver una porción de su piel. Blanca y suave a sus ojos.

Ella volvió a su asiento para dejar que los demás pasajeros comenzaran a desfilarse por el pasillo hacia la puerta de salida. Intentaría coger su maleta después.

—Es un coñazo cuando abren solo la puerta delantera de los aviones.

—Te entiendo. ¿Tienes prisa?

—No, claro. Ibas a decirme si eres de por aquí —Ella insistió mientras se metía la camisa por la parte trasera de sus pantalones de tal manera que Andrew podía observar el volumen de sus pechos, nada desdeñable. ¡Por San Andrés! Si aquella muchacha volvía a enseñarle una porción de su cuerpo, por muy pequeña que fuera, la cogería y la metería en el baño y le diría cuatro cosas bien dichas; o no, mejor se las haría. Sería más placentero, para ambos pensó evitando fijarse en aquella parte.

—Sí, soy de Stirling —le confesó mientras la cola del pasillo avanzaba y ellos dos empezaban a quedarse solos en el avión.

—¡Stirling! ¡Qué casualidad, yo también voy allí! Tal vez podríamos ir juntos —dejó escapar por su boca sin ni siquiera pararse a pensarlo.

—Sí, claro —le dijo él sin darle demasiada importancia a su exclamación. Pero confuso al mismo tiempo porque aquella muchacha se mostrara tan efusiva e interesada en no separarse de él.

—¿Trabajas en Londres? —le preguntó ella haciendo referencia al origen del vuelo.

—Trabajaba hasta ayer mismo.

—¿Regresas a casa? ¿Vacaciones de Navidad? —dedujo ella mientras se levantaba de nuevo para esta vez sí, coger su equipaje y enfilarse el pasillo hacia la puerta de salida del avión.

—Más o menos —A él no dejaba de resultarle curioso e intrigante que ella lanzara continuas miradas por encima de su hombro hacia él. Cómo si esperara a que la siguiera.

—Esperamos verlos a bordo de nuevo —les saludó la azafata cuando pasaron a su lado para descender la escalerilla del avión hacia la pista.

—Podían haber puesto la boca directa hacia la terminal de llegadas. Hace un frío de narices —protestó ella mientras se abotonaba el abrigo y luego seguía su camino tirando de su maleta.

—Es normal en estos días.

—¿Qué harás en Navidades? —La pregunta de ella le sorprendió. Tal vez pudiera parecer casual pero él la consideró algo personal—. Por cierto, soy Candace.

—Andrew. Y con respecto a tu pregunta... Vengo a trabajar.

Ella resopló cuando escuchó aquella respuesta.

—¿Estás de coña? ¡Pero, si faltan quince días para Navidad! —le comentó poniendo los ojos como platos mientras seguía caminando a su lado.

—No, no lo estoy. He dejado mi actual trabajo en Londres después de dos años. Y he aceptado uno nuevo en Stirling. Así que, debo ponerme al día durante las navidades —le confesó con cierta resignación.

—Vaya, planazo, ¿no? Pero, bueno, seguro que tendrás tiempo libre.

Andrew sonrió mientras la dejaba pasar por las puertas de acceso a la terminal de llegadas.

—Supongo.

—¿A qué te dedicas? Si no es indiscreción...

—Periodista deportivo.

—¿Fútbol?

—Fútbol, rugby... Sí. Supongo que los odias, como casi todas las mujeres.

—Bueeeenoooo... No están entre mis hobbies favoritos. Puedo asegurártelo, pero tampoco es que los odie —le aseguró mientras le sonreía de una manera que a Andrew comenzaba a resultarse poco menos que curiosa.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? —Andrew la miró con curiosidad y expectación por saberlo.

—Escribo.

—¿Novelas? ¿Poesía?

Candace sonrió de manera dulce cuando vio la cara que él había puesto. Sus cejas arqueadas en lo alto, sus ojos abiertos como platos y sus labios entre abiertos. Estaba... gracioso.

—Reseñas literarias en una revista —le aclaró con un toque de desilusión, o eso al menos percibió Andrew.

—Suena interesante —le aseguró él.

—¿Te das cuenta de que compartimos el mismo trabajo? —Andrew percibió cierto entusiasmo en el tono de su voz que le provocó las carcajadas. En verdad que ella era graciosa y llamativa, en un sentido de carácter.

—Sí, los dos nos dedicamos a escribir. Pensaba que eras autora.

—No —La respuesta de Candace dejó confundido a Andrew. La efusividad con la que antes se había referido a sus empleos acababa de borrarse de un plumazo. La vio desviar su mirada hacia su móvil y teclear en este.

—Siento...

—Oh, no te preocupes. Es que... bueno... me gustaría que alguna vez publicaran alguna de mis novelas. Ya sabes. Es el sueño de cualquiera que

escribe.

—Pero, todo es ponerse. Dime, ¿tienes alguna escrita? —La mirada de ella le indicó a Andrew que ella pensaba que le estaba tomando el pelo—. Vale, acabo de entender por tu mirada que piensas que soy poco menos que estúpido por haberte hecho esa pregunta. Siempre puedes pedírselo a Santa —bromeó Andrew con una sonrisa que tuvo un efecto balsámico en ella. Una sensación que no esperaba.

Candace asintió de manera lenta mientras fruncía sus labios en un mohín.

—Tal vez algún día. Hablando de otra cosa, dime, ¿tu familia es de Stirling?

—Sí, mis padres y mi hermana —le dijo pensando en Lizzie, y al hacerlo no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios. ¿Seguiría igual de loca que como él la recordaba?

—Yo vengo a pasar las Navidades con una amiga. Nunca he estado en Stirling, si te soy sincera.

—Te gustará. Es acogedora. Pero no esperes el bullicio de Londres. Si buscas ese estilo, quédate en Glasgow. Hay más animación.

Caminaron por los pasillos del aeropuerto de Prestwick hasta llegar al vestíbulo donde la gente se agolpaba para ver llegar a los viajeros. Otros caminaban de un lado para otro empujando carritos cargados de equipaje; tiraban de sus maletas, consultaban sus teléfonos, o comían en alguno de los snacks con los que contaba el aeropuerto.

—Voy a coger el bus. ¿Quieres venir o prefieres el tren? —le indicó Andrew señalando el lugar hacia donde permanecía aparcado el autobús de línea. Por extraño que le pareciera, una parte de él deseaba que ella accediera a seguir el viaje a su lado. Y no porque pensara en ella como una chica sexualmente atractiva.

—La verdad es que no tengo ni idea. Ya te he dicho que es la primera vez que voy a Stirling. De manera que, ¿qué me recomiendas? Y que sepas que no pretendo ser una carga, ni atosigarte —le dejó claro mientras se paraba delante de él con las manos en alto para dejar claro que así era. No quería que él pensara que ella pretendía pegarse a él todo el camino.

—Tranquila. No te considero ningún inconveniente —le aseguró con una sonrisa que iluminó el rostro de ella.

«Salvo cuando sin darte cuenta adoptas unas posturas algo comprometidas» pensó mientras entrecerraba los ojos y sacudía la cabeza.

—En ese caso...

—Salgamos de la terminal. El bus está en la A79. El trayecto dura cuarenta minutos.

—¿A Stirling? —Candace se detuvo en seco y miró a Andrew con sorpresa por lo corto del trayecto.

—No, a la estación de autobuses de Buchanan en el centro de Glasgow. Luego tenemos que coger otro que nos lleve a Stirling.

Candace puso los ojos como platos y asintió mientras emitía un sonido de entenderlo.

Andrew sonrió una vez más. Se dio cuenta de que comenzaba a hacerlo con bastante frecuencia desde que la conoció en el avión. Sin duda que era una chica curiosa que tenía algo que le llamaba la atención. Con el pelo corto del color de las hojas en otoño y esa luminosidad en sus ojos color del whisky. Llevaba un abrigo de color rojo entallado en la cintura, que le caía de manera sugerente sobre su trasero, al cual Andrew había dado un repaso antes en el avión.

Le había llamado la atención sus botas negras algo deslustradas, y su camisa de tartán por fuera y cuyos dos primeros botones estaban desabrochados permitiendo ver más allá de lo que ella le permitiría. Pensar en ella de esa manera lo dejó dubitativo por unos segundos. No es que estuviera pensando en tener algo con ella. ¡No! No estaba pensando en invitarla a su casa, ni a tomar algo, y... ¡No, no! ¡Nada de eso! Pero sin duda que había captado toda su atención. Él regresaba a Stirling por trabajo. No para tener una aventura con una chica a la que acababa de conocer en el vuelo desde Londres. Y además, según ella, estaba de paso en la ciudad para visitar a una amiga. Lo cual significaba que cuando pasaran las fiestas, ella regresaría a Londres. Así que nada de romances navideños.

El viaje hasta la estación de Buchanan transcurrió en relativa calma. Andrew y ella intercambiaron algunas palabras sobre la ciudad, sus respectivos trabajos y las amistades. Nada de preguntas personales acerca de parejas, novios/as, ni relaciones. Ese tema pareció quedar escondido en alguna parte. Andrew lo agradecía ya que la última vez que estuvo en Stirling la cosa no acabó muy bien. Y ahora, mientras su compañera de viaje, escuchaba música a través de los auriculares de su teléfono móvil, él no podía evitar pensar en aquellos días.

Sintió su cuerpo tensarse en un primer momento, para después ser preso de una corriente nerviosa que se asentó en su estómago. Apoyó la cabeza

contra el respaldo del asiento y cerró los ojos al tiempo que resoplaba. Intentó que la sensación de vacío remitiera, pero a lo más que llegó fue a provocar el efecto contrario. A ponerse más nervioso. ¡Joder! ¿Por qué dejaba que le afectara tanto después del tiempo transcurrido? Todo quedó zanjado entre ellos aquel día. De manera que no entendía el motivo de su malestar si pensaba en *ella*. Le salió una oportunidad en Londres que no pudo desperdiciar para hacerse cargo de la sección de deportes de un periódico de tirada nacional. Durante casi dos años, ninguno de los dos hizo una llamada, ni mandó un email. Ni una visita. Nada de nada entre ellos. Era como si lo que una vez compartieron se hubiera derretido o evaporado como la bruma matinal de aquellos parajes. ¿Seguiría ella en Stirling? ¿Habría rehecho su vida?

—¿Echas de menos Stirling? —Candace volvió su atención hacia él para quedarse embobada mirándolo. Estaba relajado. Con los ojos cerrados y ella no pudo evitar sonreír risueña cuando se fijó en sus rasgos. Su cabello castaño estaba algo enmarañado. Su nariz recta descendía hasta unos labios finos, que él ahora mantenía apretados.

Andrew abrió los ojos de golpe y volvió su rostro hacia su compañera de viaje con una expresión extraña. Se quedaron mirándose de manera fija por unos segundos en los que ninguno parecía tener intención de decir nada. Solo mirarse cómo dos completos desconocidos. Hasta que Andrew reaccionó.

—Disculpa, ¿qué decías?

—Lo siento. Estabas descansando —se disculpó ella.

—No, tranquila.

—Te preguntaba si echas de menos tu tierra.

Andrew desvió su mirada hacia el cristal del autobús a través del cual observaba el paisaje, que ahora era una larga extensión de verde salpicada aquí y allá por casas.

—Sí, echo de menos mi hogar. Escocia en general. ¿Y tú?

—Oh, no. Yo soy de Londres.

—Entonces, ¿la echas de menos?

—Todavía no he tenido tiempo de sentirlo. Tal vez cuando llegue a Stirling y lleve allí algunos días. O tal vez no. No lo sé. Uno nunca llega a saber lo que puede echar de menos.

Andrew cruzó los brazos sobre su pecho y asintió con una media sonrisa irónica.

—¿Qué escuchas? —le preguntó haciendo un gesto con el mentón hacia los auriculares que ahora ella sujetaba ente sus dedos.

—Ah, el Boss. ¿Te gusta? —Candace sonrió mientras le tendía a él los auriculares.

—¿Te gusta Springsteen? —Había un toque de sorpresa en su pregunta, así como en su mirada.

—Sí, el rock en general. El Boss, los Stones,...

Andrew sonrió con cierta ironía mientras asentía.

—Nunca he conocido a una chica aficionada al rock, la verdad. Sí, he decir que estoy de acuerdo con tus gustos musicales.

Candace entornó la mirada hacia él.

—¿En serio? No lo dirás para queda bien conmigo —Candace se incorporó en el asiento para quedarse mirándolo de manera fija con una ceja elevada.

—No, ¿por quién me tomas? —Andrew sonrió divertido al ver su reacción. Candace asintió con los ojos entrecerrados sin dejar de mirarlo. Sí, algo le decía que Andrew no la estaba vacilando. No era la impresión que le había dado desde el momento en que se conocieron en el avión.

El autobús enfiló la carretera de entrada a Glasgow mientras Candace se inclinaba hacia la ventanilla para ver a través de ella los edificios, la gente pasear y demás sin darse cuenta del aprieto en el que acababa de poner a Andrew. Tener los pechos de ella encima de su brazo...

—La Royal Academy —murmuró ella cuando el autobús pasó por delante de esta—. Oh, mira y el Royal Theatre.

Andrew miró hacia la calle ya que de lo contrario el rostro de ella, o mejor dicho sus labios estarían separados de los de él por el espacio necesario para que discurriera el aire. Pero cuando ella se giró y se quedó contemplándolo, Andrew creyó que iban a acabar por zanjar aquella situación sellando sus bocas. Candace no vaciló ni un ápice su postura, sino que permaneció apoyada sobre él mirándolo durante unos segundos, los necesarios para darse cuenta de que él estaba mirando sus propios labios. Candace volvió a su asiento con una extraña sensación en su interior justo cuando el autobús entraba en la estación de Buchanan. Se mordió el labio en un gesto que Andrew no sabría interpretar como de cierta culpa o de reparo por lo que acababa de suceder.

El autobús se detuvo pero ella no hizo intención de moverse por el momento, no fuera a ser que volviera a meterse en una situación

comprometida.

Andrew se quedó esperando a que ella se moviera de su asiento.

—¿Candace?

—Sí, disculpa —se movió con rapidez mientras la vergüenza que había experimentado segundos antes se hizo más latente en el calor que encendió su rostro.

Salió al pasillo y caminó hacia la salida del autobús. Una vez fuera de este cogió su maleta y esperó a Andrew, que apareció a su lado.

—Vayamos a por los billetes para Stirling.

Ella caminó a su lado sin decir nada. Seguía pensando en que minutos antes los dos se habían quedado contemplándose cómo si fueran a besarse, o más bien cómo si se estuvieran preguntando qué sucedía. Ella solo quería ver la ciudad a través de la ventana. No estaba pensando en acosarlo, ni en que él pudiera sentir su cuerpo sobre el de él. ¡Pues claro que no! No había sido ningún tipo de excusa para acercarse a él. Y ahora... ¿qué pensaría de ella? Candace levantó la mirada para contemplar el rostro de Andrew. Estaba segura de que le pediría un billete al otro extremo del autocar donde se sentara ella. ¿Sería aconsejable seguir el viaje con él? Siempre podía disculparse diciendo que quería visitar Glasgow y que cogería el último autobús; aunque sonara a disculpa barata.

—Con un poco de suerte llegaremos a media tarde a Stirling. Tiempo para que salgas a dar una vuelta y tomes un primer contacto con la ciudad — Andrew miró al panel de salidas y le indicó a Candace el que saldría dentro de veinte minutos.

La excusa pensada quedó en nada cuando él dio por sentado que irían juntos a Stirling.

—Oh, vale. En ese caso, voy a llamar a mi amiga para avisarla de que vaya a recogerme. ¿Te importa echarle un ojo a mi maleta? —le preguntó mientras Andrew la contemplaba y se preguntaba por qué demonios ella le provocaba la sonrisa cada vez que se dirigía a él.

—Descuida. Aprovecharé para hacer lo mismo que tú, con mi hermana.

Andrew la vio alejarse unos pasos y durante unos segundos él se mantuvo allí, quieto, sin hacer otra cosa que contemplarla. ¿Tanto le llamaba la atención? Oh, venga ya. Que le gustara Springsteen o los Rolling como a él, no era excusa para quedarse embobado. Ni que momentos antes hubiera sentido su respiración y su aliento sobre sus labios. No. Había conocido a mujeres más atractivas, sensuales, y llamativas que Candace. Del tipo de

mujeres que hacían que se detuviera en mitad de la calle y se quedara mirándola mientras ella se alejaba. Candace no era de esas pero en ese momento él no podía dejar de mirarla. Ella volvió el rostro de manera casual más por los gestos que hacía al hablar por el móvil, que porque estuviera buscando a Andrew, o eso fue lo que pensó él cuando sus miradas se cruzaron en el andén. Y ella sonrió de manera tímida y no pudo evitar sonrojarse antes de disimular volviendo su rostro hacia el otro lado.

Andrew resopló cuando la vio sonreír, cuando su rostro se iluminó y ella se colocó el pelo con un gesto casual, al que él no quiso dar ninguna interpretación. Sin duda que ella era consciente de que él la estaba mirando. Candace decidió volverse para que Andrew no la pillara otra vez buscándolo con su mirada. Para que no percibiera el calor en su rostro a pesar de ser diciembre y de que hacía un frío que morías en el exterior de la estación de autobuses. Pero, debía reconocer que su forma de mirarla le había provocado una subida de temperatura en todo su cuerpo que agradecía.

* * *

Lizzie permanecía con la mirada fija en la pantalla del portátil mientras pasaba sus dedos por el ratón.

—Este tío lleva veinte citas y todavía no ha conseguido nada —comentó de repente sin apartar la atención de lo que estaba haciendo.

—¿Cómo dices? —Su compañera Lauree se acercó hasta ella. Lizzie se reclinó contra el respaldo de la silla y con una mano le hizo un gesto para que se acercara a su pantalla—. Ummm. Ya veo... ¿Ha sido rechazado tantas veces?

Lizzie resopló mientras sacudía la cabeza.

—Es él quien parece rechazarlas.

—Bueno, tampoco hay que preocuparse por ello. Cientos de personas no consiguen encontrar pareja hasta la cita... —Lauree se mordió el labio, y guiñó un ojo como si en verdad estuviera pensando en ello.

—¡Te estoy diciendo que este tío lleva veinte! Todas las candidatas que le hemos proporcionado por afinidad a sus respuestas en nuestro cuestionario han fracasado. No es buena imagen para nuestro portal de citas, seamos sinceras. Piensa por un momento que este tío empezara a decir de nuestro portal, cosas como por ejemplo... Que no sirve para encontrar pareja; que las citas que le facilitan son pésimas y no tienen nada que ver... —le resumió

azorada por la situación—. Piensa en la publicidad que dejaríamos de recibir.

—Lo sé y te entiendo. A ver, tú eres la que te encargas de ello —le recordó Lauree con una sonrisa—. Tú eres la psicóloga que revisa cientos de cuestionarios buscando la afinidad entre nuestros solteros y solteras.

—¿Estaré perdiendo facultades? —se preguntó entrecerrando sus ojos mientras miraba la pantalla como si en esta estuviera la respuesta a sus dudas.

—No, solo que hay gente muy exigente a la hora de encontrar pareja. Y con la edad algunos se vuelven más raritos —Habían un cierto retintín en la explicación de Lauree que Lizzie no pasó por alto.

—Dímelo a mí —comentó mientras arqueaba una ceja con suspicacia y miraba a su compañera como si la entendiera.

—Pues ya puestas... Podrías crearte un perfil para saber qué le pasa — La sugerencia de su compañera dejó con la boca abierta a Lizzie.

—¿Estás de coña? ¿Yo? ¿En una Web de citas? —El tono de su voz fue *in crescendo* así como la expresión de su rostro cambiaba de la incredulidad inicial a la más absoluta desconfianza—. Que ahora mismo no tenga... a alguien —dijo evitando pronunciar la palabra «pareja»—, no significa que esté tan necesitada de encontrar a alguien. Ya puestas... ¿por qué no lo haces tú?

—No. Que trabaje en esta Web de citas no significa que deba involucrarme de una manera más íntima y personal.

—¿Y yo sí? —Lizzie puso los ojos como platos mientras contemplaba a Lauree con cierta incredulidad por lo que acababa de decirle.

—No, claro. Solo he hecho un comentario al que has hecho tú al respecto de... Jason —dijo por fin cuando se acercó para leer el nombre que aparecía en la ficha del usuario y expresó su gusto cuando se fijó en su fotografía—. Ummm, pues no sé que andará buscando pero... Él no está nada mal. Repito que tú eres la cerebrita en la plantilla —Lauree volvió a su mesa de trabajo con una sonrisa porque sabía que Lizzie no lo dejaría estar ahí. Si la conocía bien, indagaría a ver si descubría el motivo por el cual el tal Jason había rechazado a veinte citas.

Lizzie ladeó la cabeza, frunció el ceño, entrecerró los ojos e hizo diversos gestos mientras contemplaba a Jason. Un abogado, amante de los viajes, la literatura, el fútbol... Lizzie repasó la ficha personal a la que ella tenía acceso por ser la psicóloga de la Web. No vio nada que le llamara la atención en particular.

—No encuentro nada raro en su ficha.

—¿Sigues pensando en él? —preguntó Lauree con un deje de curiosidad.

—Nos puede hundir el negocio. Ya te digo que si no encuentra una chica pronto... Empezaremos a tener mala publicidad. Lo presiento.

—No seas tan exagerada, Lizzie.

—Lo que tú digas, pero... Habla con Claire si la ves.

—Lo haré, descuida. ¿Y si fuera un tipo que solo busca divertirse? Me refiero a que se haya creado un perfil solo para conocer chicas por conocer, pero que en el fondo no esté buscando nada serio —le propuso Lauree mientras se volvía hacia Lizzie y entrecerraba sus ojos para mirarla.

—Estoy repasando su cuestionario, y la verdad sus respuestas no son las típicas de un gracioso que pretende reírse de la Web o de las potenciales parejas que le proponemos. No, no creo que sea nada de eso. Estoy segura.

—Bueno, pues ya sabes...—le volvió a dejar caer con toda intención Lauree mientras sonreía.

Lizzie sacudió la cabeza. El sonido de su móvil la sobresaltó. Lanzó una mirada a este, que permanecía sobre la mesa junto a su portátil.

—A lo mejor es él —bromeó Lauree entre carcajadas mientras Lizzie le mostraba el anular.

—Es Andrew. Dime, ¿qué pasa?

—*Lizzie. Oye, estoy llegando a la estación de autobuses y me preguntaba si podrías ir a recogerme.*

—¿Ya estás aquí? Pensaba que vendrías mañana.

—*Adelanté el vuelo.*

—Sí, claro que puedo ir a recogerte. Cierro unas cosas aquí y voy, hermanito.

—*De acuerdo, nos vemos.*

Lizzie deslizó el dedo por la pantalla de su Smartphone y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—No sabía que Andrew venía a pasar las Navidades contigo —comentó Lauree.

—No viene a pasar las Navidades. En realidad viene para quedarse por trabajo —le aseguró mientras su compañera ponía cara de asombro.

—Pero, ¿no se marchó a Londres porque tenía más oportunidades?

—Exacto, pero ahora vuelve aquí. Un amigo de la facultad lo llamó porque necesitaba a alguien para que se encargue de la sección de deportes. Y como Stirling está a tiro de piedra de Glasgow y de la capital... —Lizzie

frunció los labios y se encogió de hombros.

—Ya, le tocará viajar a ver partidos, hacer entrevistas... Pero si es lo que quiere.

—Por las conversaciones que hemos tenido durante estos dos años, lo noto con ganas de volver. Londres es demasiado cosmopolita, y hay mucho tráfico, y demasiado estrés. En cambio en Stirling...

—Sí, te entiendo. No hay nada como Escocia, sobre todo si la comparas con Inglaterra —le resumió guiñándole un ojo.

—Sí, y más ahora con todo el rollo del Brexit y demás —Lizzie puso los ojos en blanco al referirse a este asunto.

—Ahhhhh, no me hables del Brexit y todas sus consecuencias —le pidió Lauree mientras miraba a Lizzie como si fuera el diablo—. Hablando de tu hermano, ¿tiene pareja?

Lizzie frunció el ceño primero y luego esbozó una sonrisa bastante explícita acerca de aquella pregunta.

—Que yo sepa no. Después de lo de Amanda...

—¿Sabe que ella se marchó al continente?

—No lo creo. No he hablado del tema con él. Ni tampoco lo imagino dejando a una chica en Londres. ¿Por qué me lo preguntas? —Lizzie apagó el portátil y se levantó de la silla para recoger su abrigo.

—Podrías hacerle el test de compatibilidad para la Web.

Lizzie entornó la mirada hacia Lauree sin creerse que ella estuviera hablando en serio.

—¿Andrew? ¿Estás hablando de mi hermano? ¿Del mismo que ambas conocemos? —El tono burlón de Lizzie hizo que su compañera se riera de manera abierta.

—Solo era una sugerencia.

—A mi hermano le gusta saltar de cama en cama. Se marchó a Londres por una oportunidad de trabajo sin mirar atrás. Me refiero a que no pensó en lo que dejaba aquí, o esa es la impresión que me quedó cuando lo hizo. No, no, no. A mi hermano es mejor mantenerlo alejado de las chicas de la Web. Es como poner al zorro a cuidar de las gallinas.

—Tal vez haya cambiado estos dos años en Londres —sugirió Lauree sin mucha convicción en sus palabras.

—Oh, bueno... Si quieres que se pase por la cama a todas las chicas que tenemos en la agenda de la Web, ese es tu chico —le aseguró con un guiño mientras elevaba el pulgar—. Te veo mañana.

—De acuerdo. Solo era una sugerencia. Creo que yo también me voy. La gente empieza a desfilar... Mañana te veo. Recuerda hablar con Claire si la ves.

Lizzie se despidió del resto de compañeros de trabajo camino de las escaleras. Andrew, en la Web de citas, pensó recordando la sugerencia de Lauree. No creía que él hubiera cambiado. Esto le hizo olvidarse de Jason y de sus constantes negativas a las citas que le proponían. ¿Qué diablos buscaría en su compañera? A lo mejor podría preguntarle a su hermano. Lizzie sonrió por este pensamiento. No, ya sabía lo que él le diría: una buena compañera de cama. O tal vez podía preguntarle a Rowan. ¿Por qué se enamoró de Maisie? Rowan sí le valía para ese tema. No era su hermano. No era igual que los tíos que ella había conocido. Por cierto, ¿por qué *ella* no tenía una pareja? ¿Qué buscaban los tíos que habían pasado por su vida? ¿Y por qué ninguno se había quedado a su lado?

2

El autobús aparcó en la dársena seis mientras un extraño pensamiento asaltaba la mente de Andrew. Candace y él acababan de llegar al final de su viaje que iniciaron en Londres. ¿Por qué después de todo no deseaba del todo separarse de ella? Sí. Porque después de todas las horas compartidas con ella, charlando, riendo, y fijándose en lo bien que le sentaban sus vaqueros y otras partes de su anatomía..., ahora le parecía extraño no seguir juntos.

Candace contemplaba el paisaje a través del cristal del autobús sin pensar en nada en particular. Llevaba un rato sin moverse en su asiento sobrecogida por una repentina sensación de tristeza. Sí, porque se daba perfecta cuenta de que estaba llegando a su destino, y eso significaba tener que separarse de su compañero de viaje. Había comenzado a tomarle cierto aprecio a Andrew de una manera que ni ella misma lograba comprender. Pero estaba ahí. Era cierto. Tal vez el hecho de haber compartido con él tantas horas. Y ahora una sensación de vacío se asentaba en su interior pensando en tener que decirse adiós. Le quedaba el remoto consuelo de que pudieran coincidir en alguna ocasión durante esos días; o que él le pidiera el número del teléfono para quedar.

—Ese puente tan moderno que puedes observar desde aquí es el puente Forthside. Una construcción moderna sobre el río Forth y que sirve de pasarela para cruzarlo uniendo Riverside con el centro de Stirling.

Candace escuchó el susurro de la voz de Andrew en su oído; sintió su aliento sobre su propia mejilla y una especie de sacudida por todo el cuerpo que logró controlar. Por suerte estaba sentada.

—No tiene nada que ver con el puente viejo.

—¿El de la batalla? —Candace volvió el rostro pensando que Andrew se habría echado atrás pero de repente se encontró con la mirada de él escrutando su rostro primero para descender después hacia sus labios, como

si fuera a besarla. Su boca quedaba tan cerca de la de ella, que Candace pensó que si a alguien le daba por empujar a Andrew al pasar por el pasillo, nada podría evitar que el beso se produjera. Candace deslizó el nudo que acababa de formarse en su garganta fruto de los nervios; luego se humedeció los labios de manera lenta mientras trataba por todos los medios de controlar su respiración.

Andrew se apartó de ella cuando comprobó la situación tan embarazosa que se había presentado. Sintió deseos de deslizar su mano por la mejilla de ella; sentir la suavidad de su piel bajo las yemas de sus dedos; atrapar sus mechones entre estos y por último apoderarse de sus labios.

—Disculpen... pero han de bajar —La voz del conductor pareció despertarlo del sueño alocado que estaban teniendo, y al mismo tiempo los situó en una situación comprometida y divertida a todas luces.

—Vamos —Andrew se incorporó y le bajó la maleta a Candace. Luego cargó con la suya propia mientras tendía la otra mano hacia ella.

Candace se quedó parada un vez más al ver su mano tendida hacia ella para que la cogiera. No sabía muy bien qué pensar de todo aquello, la verdad. Que el chófer del autobús les tuviera que llamar la atención para abandonarlo porque ellos dos se habían quedado eclipsados el uno en la mirada del otro, le hacía gracia. Y que ahora él pretendiera cogerla de la mano... Candace no lo pensó y se aferró a esta para que la ayudara a incorporarse, y que el ímpetu que puso en ello la arrojara contra él provocando una nueva sensación comprometida.

Ambos sonrieron más por cordialidad que porque en verdad hubieran de hacerlo. La situación no estaba para bromas, y lo último que Candace pretendía era que se le fuera de las manos.

—Deberías abrigarte. Está comenzando a nevar —le advirtió Andrew echando un vistazo rápido hacia la calle por encima del hombro de ella.

Andrew fue el primero en bajar y encontrarse a su hermana Lizzie y a Rose a su lado.

—Vaya, esto sí que es tener un buen recibimiento. Dos preciosas mujeres en vez de una —bromeó caminando hacia ambas.

—Rose no viene a esperarte a ti, campeón —le informó Lizzie mientras Andrew fruncía el ceño y mostraba su decepción por este hecho—. Me la he encontrado de camino aquí.

—Lo siento Andrew, vengo por ella —le dijo con una amplia sonrisa mientras señalaba con su dedo detrás de él.

Andrew se volvió para quedarse sorprendido al descubrir quien era la amiga y no pudo evitar decir su nombre en voz alta.

—¡Candace!

—Pero, ¿os conocéis? —le preguntó Rose mientras Candace se situaba al lado de Andrew con una sonrisa risueña y un calor que invadía su interior sin prestar atención la nieve que comenzaba a caer con más insistencia.

Andrew se quedó contemplándola mientras reía y percibía un brillo especial en su mirada. La nieve caía sobre su pelo alborotado mientras sus mejillas y su nariz comenzaban a notar el frío

—Ya lo creo —asintió él sin poder apartar su atención de ella ante las expectantes miradas de su hermana y de la propia Rose. ¿Casualidad, después de todo?

—Hemos coincidido en el vuelo desde Londres a Glasgow. Y luego en el bus hasta aquí —le explicó Candace apartando por un breve momento la atención de él para mirar a Rose y percibir la mirada de curiosidad por el buen rollo que tenían ambos.

—Muchas horas juntos, ¿no? —apuntó Lizzie—. Pero, ¿por qué no nos marchamos a algún sitio a tomarnos algo? Está empezando a nevar con fuerza.

—Sí, claro —asintió Andrew mientras buscaba la aprobación de Candace.

—Por mí, genial.

—Bien, tengo el coche aquí. Meted el equipaje en el maletero mientras tomamos algo para entrar en calor —sugirió Rose.

Había algo en el ambiente que todos parecían percibir, pero del que ninguno parecía dispuesto a decir nada. Los intercambios de miradas se producían entre los cuatro como si cada uno pretendiera extraer sus propias conclusiones de lo que sucedía allí.

Andrew percibía el inquietante interés de su hermana Lizzie cada vez que lo miraba y lo mismo podría decirse si la desviaba hacia Rose. Apostaba a que ambas estaban deseando quedarse a solas con él para someterlo a un tercer grado.

—¿Piensas quedarte mucho en Stirling, Candace? —Lizzie no tardó en lanzar la pregunta del millón, aunque bien podía habérselo preguntado después a Rose.

—Durante las vacaciones de Navidad —respondió con una sensación extraña porque comenzaba a darse cuenta de que cuanto más tiempo pasaba

al lado de Andrew, más le costaba pensar con claridad. Cuando pensaba que no volvería a verlo y que se despedirían en la estación de autobuses, el destino volvía a jugar su particular partida con ella. ¿Era alguna señal? Chorradas, pensó mientras caminaba al lado de Andrew.

—¿Qué tal por Londres? —ahora fue Rose la que le preguntó.

—El trabajo bien.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Lizzie con interés.

—Escribo reseñas literarias, entre otras cosas.

—Vaya, sueña interesante.

—¿Y lo que no es el trabajo? —Ahora Rose movía sus cejas con celeridad esperando que Candace le contara algún chisme.

—Ohhh, no, no. No vas a conseguir sacarme información de ese tipo. Esta vez no cuela, Rose —le advirtió Candace con una amplia sonrisa y un brillo especial en sus ojos, que atrapó la atención de Andrew una vez más.

Este había perdido la cuenta, a esas alturas de día, de las veces que este hecho se había producido. Reconocía que ver a reír a Candace le gustaba. Y que no le importaría ser él quien la provocara para que lo hiciera.

—¿Tienes pareja? —Lizzie fue más incisiva mientras la miraba con curiosidad y Andrew le daba un codazo de advertencia.

—Te lo pregunta porque estoy seguro que quiere hacerte un perfil para su Web de contactos —intervino Andrew sin que Lizzie lo esperara. Se quedó mirando a su hermano con la boca abierta y los ojos entrecerrados antes de darle una palmada en el brazo.

—¿Contactos? Según lo has dicho, apuesto a que Candace tiene la impresión de que trabajo en un Web de sexo.

—Pero, reconoce que tratáis de unir parejas y que al final puede haber sexo, ¿no? —Andrew paseó su mirada por las demás en busca de su aprobación.

—Eso se llaman «citas»

—Con derecho a roce —apuntó Andrew con un toque burlón,

—Ya puestos, podrías hacerte un perfil para encontrar pareja, machote. Ya va siendo hora de que asientes la cabeza, ¿no crees? —Lizzie mantuvo el tono irónico con su hermano. Aunque a decir verdad había un toque de realidad en sus palabras. Esperaba que su hermano encontrara por fin una pareja que lo estabilizara de una maldita vez.

—Cuando el puente viejo esté cubierto de nieve —bromeó Andrew mientras su mirada pasaba por las tres chicas pero se demoraba más tiempo

de lo normal en el rostro de Candace.

Ella sintió el palpito en su pecho mientras Andrew la miraba y se preguntaba qué estaba sucediendo entre ellos dos.

—Pues ten cuidado, porque podría producirse ese momento —le advirtió Rose poniendo ojos como platos.

—Tranquila Rose, eso no va a suceder. Lo tengo claro.

—Entonces, trabajas en una Web de citas —comentó Candace con interés en ello.

—Si quieres crearte un perfil, puedes pasarte mañana mismo —le animó Lizzie con una sonrisa cordial.

—Oh, no. No creo que pueda encontrar pareja en citas programadas —le advirtió Candace mientras sacudía la cabeza.

—Bueno, uno nunca sabe dónde le espera su media naranja —comentó Rose—. Nada más tienes que fijarte en Maisie.

—¿Qué fue lo que me comentaste acerca de que un inquilino que tuvo, al final es su pareja? No recuerdo bien —le dijo Andrew mirando a su hermana.

—Maisie decidió alquilar parte de su casa las navidades pasadas. Entonces, se presentó Rowan, profesor de la universidad de Edimburgo. Tenía que terminar su tesis y necesitaba un lugar tranquilo. Así que acabó en casa de Maisie,

—Y en su cama ¿no? —apuntó Andrew con gesto burlón mientras Lizzie lo miraba como si fuera a matarlo.

—¿Y ahora son pareja? —Candace sacudió la cabeza al mismo tiempo que miraba a Lizzie con los ojos como platos.

—Sí, bueno. El roce hace el cariño y todo eso. Al final él consiguió quedarse enseñando aquí.

—Curioso —asintió Andrew mientras miraba a Candace por encima de su vaso de cerveza.

—Oye, estaba pensando que tú podrías enseñar la ciudad a Candace. Estás más libre que nosotras —se aventuró a exponer Lizzie ante la sorpresa de todos.

Por un momento las miradas de las tres mujeres se centraron en Andrew, que no sabía si debía decir algo o permanecer callado. Intuía por dónde iba su hermana, y la verdad aunque una parte de él se lo agradecía porque Candace le resultaba interesante; la otra parte de él prefería que su hermana y su mejor amiga se mantuvieran al margen y dejaran que las cosas

fluyeran por sí solas. Llegado el caso, ya que Andrew desconocía que sucedería en aquellas dos semanas de Navidad.

—No, no quiero que te sientas obligado a hacerlo —se aventuró a decir Candace con expresión asustadiza en su rostro—. Ya he sido una carga durante todo el viaje. Puedo recorrer la ciudad sola.

—Mi viaje ha sido más divertido gracias a ti, ya te lo he dicho —asintió Andrew contemplando como las mejillas de ella ganaban color por sus palabras—. ¡No puedes recorrer Stirling sola! Necesitas a alguien que te cuente su historia —apuntó Andrew sintiendo la necesidad de ser él quien recorriera las calles de la ciudad con ella.

—Pero... Me dijiste que venías a trabajar —le recordó Candace mientras entrecerraba los ojos y contemplaba a Andrew desde la distancia que le permitía apoyarse en el respaldo de su silla.

—Sí, pero tampoco creo que sea para tanto. Pasaré por el periódico a ver a mi amigo mañana. Y seguro que podemos quedar por la tarde.

—Además, si te gustan las Navidades puedes disfrutar de la decoración de las calles y del mercadillo. No es Londres pero tiene su encanto —le aseguró Rose.

—Sin duda —apuntó Lizzie mientras intuía que entre Candace y su hermano podría llegar a suceder algo bastante interesante. Ahora solo faltaba que ella lograra descubrir por qué el tal Jason, había rechazado a veinte mujeres en sus respectivas citas y todo sería perfecto. Tal vez se lo planteara más tarde a su hermano. Eso, y saber qué le parecía la amiga de Rose.

Salieron de la taberna y caminaron hacia el coche de Rose. Como Andrew esperaba, a él le tocó sentarse en la parte de atrás junto a Candace. Esta lo miró y sonrió cuando se dio cuenta de que una vez más se sentaban juntos.

—Lo nuestro es estar siempre juntos —Candace se acercó a él para susurrarle aquel comentario. No quería que ni Rose ni Lizzie se enteraran. Pero lo que no pudo controlar fue la impresión que le produjo tener el rostro de Andrew tan cerca de sus labios cuando se acercó.

Andrew centró su mirada en ella. En sus ojos que parecían chispear con un brillo desconocido por él hasta ese momento. En sus mejillas encendidas por el frío, y no quiso detenerse en sus labios porque ya sabía que eran el perfecto reclamo para él. Entreabiertos mientras Candace parecía estar buscando el aire que la cercanía de Andrew le había robado. Un leve gemido escapó por su boca y Andrew sintió el deseo de hacerlo suyo, de ser él quien

se lo provocara. Ambos permanecía absortos en ese pequeño mundo que habían creado en la parte trasera del coche mientras Rose y Lizzie charlaban y se hacían señales.

Cuando se separaron, quedaron en que Andrew pasaría por casa de Rose a buscarla y dar una vuelta por Stirling. Candace descendió del coche con el pretexto de sentarse en el asiento del copiloto. Pero en realidad lo que le llamaba la atención era poder contemplar una última vez a Andrew antes de que él se marchara con su hermana. Y sin saber cómo ni de dónde procedía el frío se instaló en su cuerpo.

—Vamos Romeo, tú y yo tenemos mucho de qué hablar —le dijo Lizzie a su hermano mientras le palmeaba en la espalda.

—Mañana. Ahora quiero descansar.

Lizzie asintió mientras no podía evitar reírse a carcajadas al ver la cara que él había puesto. Bien, eso le daría tiempo para seguir con su particular investigación sobre el tal Jason y su reticencia a encontrar pareja entre sus citas.

Rose se mantuvo en silencio durante el trayecto hasta su casa. No quería forzar la situación pero entre su amiga y Andrew había algo que no se les había escapado ni a Lizzie ni a ella.

—¡Qué suerte haber coincidido con Andrew! —exclamó cuando ambas se sentaban en el salón después de haber cenado algo ligero.

—Sí, la verdad que lo ha sido.

—Y que se ofrezca a enseñarte la ciudad.

Candace puso los ojos en blanco mientras reía a carcajadas.

—Más bien no le ha quedado otra después de que Lizzie y tú, poco menos que lo obligarais.

—Bueno, pero has de reconocer que él tampoco ha hecho mucho por negarse.

Aquel comentario iba con doble intención y Candace lo percibió pero no pudo evitar sentir una ola de calor invadirla, y que no se debía ni a la calefacción ni al fuego que crepitaba en la chimenea del salón. Era algo más... íntimo y personal, pensó Candace.

—Es un tío majo —dijo Candace de manera resuelta mientras Rose la observaba con la mirada entornada—. A ver, está bueno y todo lo que tú quieras. Y no me mires así.

—¿Cómo?

—Esperando a que te confiese lo que te he dicho.

—Oh, pues no. Pero vamos ya que me lo dices...

—Venga, Rose, te mueres de ganas por saber qué tal ha sido el viaje. Y no me refiero a los trasbordos que he tenido que hacer para llegar hasta aquí —le resumió con una sonrisa risueña.

—Conozco a Andrew de toda la vida, y es un tío agradable aunque algo loco con las mujeres. Ya me entiendes.

—Sí, se le nota. Aunque conmigo no ha intentado nada. Puedo asegurártelo.

—Pues ándate con ojo porque estoy segura de que en cuanto te descuides, saltará sobre ti. Apuesto a que si se lo planteas, estaría dispuesto a vivir un rollo navideño contigo. Ya lo escuchaste hablar de las citas y el sexo. Si le das la oportunidad te meterá en su cama —le aseguró mientras elevaba las cejas en señal de advertencia y expectación.

Candace sonrió mientras pensaba en esa posibilidad. La verdad es que no creía que él fuera a hacerlo así como así, si se paraba a pensar en las situaciones comprometidas que habían vivido durante el viaje, y en las que él tuvo opciones de haberla besado. Como en el coche cuando venían a casa de su amiga. Pero al final se contuvo. ¿Tal vez pensaba que no merecía la pena complicarse por quince días? Ella regresaría a Londres el día dos de enero, luego entendía que él... Pero, ¿y ella? ¿Estaría dispuesta a vivirlo si se presentaba la ocasión?

* * *

Andrew se despertó en cuanto percibió el aroma del café recién hecho. La noche anterior Lizzie le había pedido que se quedara en su casa. Y él no había podido resistirse, después del tiempo que llevaban si verse. Lizzie había viajado hasta Londres para visitarlo en alguna que otra ocasión, y siempre que él estuviera libre de trabajo. Andrew por su parte, había regresado a Stirling con motivo de las fiestas, nada más. Un poco también para no encontrarse con Amanda.

Se levantó de la cama en cuanto ella se le vino a la mente. Sería mejor charlar con Lizzie sobre Candace que pensar en su ex.

Cuando apareció en la cocina Lizzie estaba sentada a la mesa con el portátil abierto y encendido sobre esta. Jason seguía rondándole la cabeza.

—¿No es un poco pronto para trabajar? —La voz de su hermano ni siquiera la hizo despegar su vista de la pantalla.

—Ya ves. Hay que sacar la Web adelante. Por cierto tienes café recién hecho. Del resto ocúpate tú.

—Sí, ya lo sé. El aroma llegaba hasta la habitación. ¿Tienes mucho curro con la Web? —Andrew encendió la vitrocerámica, puso la sartén y echó varios huevos para removerlos hasta dejarlos hechos revuelto.

—Bueno, si queremos que la Web tenga publicidad, visitas y demás hay que echarle horas.

—Si hay algo que pueda hacer... Incluido un perfil. Apuesto a que sería un reclamo para tus chicas.

—También tenemos chicos —bromeó Lizzie levantando la mirada hacia su hermano por primera vez.

—No, gracias. No me van los tríos en los que hay un tío. Los prefiero con dos mujeres.

—Te agradezco tu predisposición pero sabiendo que no vas en serio... —Lizzie sonrió risueña mientras arqueaba sus cejas.

—Ya, bueno. ¿Quién sabe? Tal vez podía encontrar a alguien interesante, después de todo.

—¿Interesante? ¿Desde cuándo consideras interesante a una mujer? ¿Y qué entiendes tú por ese calificativo? ¿Apta para tu cama? ¿Qué me dices de Candace?

Andrew se quedó parado con la atención puesta en su hermana y sin entender muy bien a qué venía preguntarle por ella.

—No entiendo tu pregunta.

—Pues yo creo que está muy clara, ¿no? No he sido ajena al buen rollito que hay entre los dos.

—¿Eso? *Naaaaah!* Pasamos juntos todo el día de ayer por motivos de viaje. Pura casualidad. Coincidimos en Stansted para coger el avión a Prestwick. Es normal, ¿no? —le dijo mientras se sentaba a la mesa para desayunar y confiaba en que su hermana no se montara su propia película con Candace y él.

—Sí, bueno. Pero, insisto en que percibí algo... No sé —Lizzie entrecerró los ojos mientras no apartaba la atención de Andrew a la espera de que le aclarara si él también había percibido cierta afinidad con Candace.

—Buen rollo. Acabas de decirlo —Andrew se encogió de hombros sin darle más importancia a este hecho. No pretendía que su hermana comenzara a psicoanalizarlo.

—Más te valdría organizar tu vida un poco —le advirtió mientras se

levantaba y buscaba un fajo de cartas que dejó sobre la mesa delante de él—. Por cierto, esto es tuyo.

Andrew paseó su mirada del plato de su desayuno, del que apenas quedaban ya las sobras, a las cartas y por último a su hermana.

—Veo que has hecho los deberes.

—Si no los hubiera hecho, a estas horas tu buzón estaría a reventar.

—Gracias. ¿Tienes una papelera a mano? —Andrew cogió entre sus manos el fajo de correspondencia y comenzó a pasarlas de una en una por delante de sus ojos antes de arrojarlas a la papelera.

—¿No las lees?

—¿Para qué? Algunas son de hace meses. Son pagos del banco. A estas alturas no voy a reclamar nada que me hayan cobrado —Andrew siguió pasando las cartas hasta que se detuvo en una en particular.

—¿Y a esa que le sucede? —Lizzie controlaba por el rabillo del ojo los movimientos de su hermano.

—Es de Amanda —respondió mientras leía el contenido de la carta.

Lizzie asintió volviendo su atención a la pantalla de su portátil. Ahora estudiaba los perfiles de las chicas a las que Jason había rechazado, tratando de encontrar algo afín a todas. Tal vez a ella se le hubiera pasado algún detalle que a él no le gustaba. Algo que él había indicado en su cuestionario que no quería. Pero a simple vista no daba con nada.

—Se ha marchado al continente —dijo Andrew cuando dobló la carta y la arrojó a la papelera con el resto ante la mirada de asombro de su hermana—. ¿Tú lo sabías?

—Me lo comentó hace algunas semanas cuando me la encontré... con su nueva pareja —Lizzie hizo una breve pausa para medir la reacción de Andrew. Pero este pareció relajado, tranquilo, como si no fuera con él.

—Me alegra saber que ha rehecho su vida —comentó mientras seguía repasando las cartas hasta terminar con el montón—. Bueno, se acabó.

—¿Y tú? ¿Cuándo vas a tomártela en serio? —Lizzie miró atentamente a su hermano.

—Ya te lo dije ayer, cuando el viejo puente de Stirling se cubra de nieve —Andrew seguía en sus trece en cuanto a ese tema, por lo que veía Lizzie. No habría forma de hacerlo cambiar al respecto.

—Pues hazte a la idea de que esta noche ha nevado.

—¿De verdad? ¿Tanto para enterrar el viejo puente? —preguntó con un gesto burlón mientras se agarraba a la mesa como si temiera que fuera cierto

—. Entonces, he de buscar una chica, ¿no? Tal vez si me pasas tu agenda de contactos —Andrew entornó la mirada hacia su hermana insistiendo en ello para que lo dejara tranquilo al respecto de su vida sentimental, bueno más bien no tenía vida de esa clase, ni pretendía tenerla.

—Ni de coña, ya te lo he dicho. No quiero que provoques una desbandada.

Andrew chasqueó la lengua como si estuviera decepcionado.

—Y pensar que entre ellas podría estar la mujer de vida.

—Pero si tú no eres capaz de comprometerte, Andrew.

—¿Tanto se me nota? —preguntó mientras Lizzie fruncía los labios y miraba a su hermano cómo si se estuviera riendo de ella—. Vale, lo admito. ¿Y qué me dices de ti? Ahora que trabajas en una Web de contactos, no irás a decirme que no te ha tentado conocer a algún candidato —Andrew la pellizcó para que Lizzie saltara en la silla y se quedara mirándolo como si fuera a arrojarle a la cabeza su taza vacía de café.

—No, no he... —Lizzie se mordió el labio mientras la alocada idea de preguntarle a su hermano sobre Jason se coló en su mente. No creía que le sirviera de mucho, como había considerado el día anterior, pero ya puestos...

—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Todas los son contigo, hermanita.

—Ahora en serio, Andy —le pidió empleando el apelativo cariñoso que provocó la consabida sonrisa sarcástica en él.

—¿Qué quieres? Tú solo me llamas así cuando buscas que te eche una mano en serio.

—Escucha, lo que voy a contarte no puede salir de esta cocina —le advirtió con semblante serio.

—Ya sabes que soy una tumba cuando me lo propongo. ¿A quién coño se lo voy a contar?

—Bien, escucha y dame tu opinión. Tenemos a un candidato en la Web que ha rechazado a veinte chicas.

—Puedo entenderlo, si las candidatas no cumplían sus expectativas —comentó Andrew mirando a su hermana con gesto serio.

—Pero, hemos buscado aquellas que se ajustan a las respuestas que nos dio en su cuestionario.

—Me refiero a que si busca un determinado tipo de chica y las que ha conocido no se ajustan...

—Sí, pero te repito que he revisado sus cuestionarios y sus test y no

encuentro nada anormal —Lizzie parecía desconcertada, irritada y agobiada por este asunto.

—En ese caso es posible que no haya respondido a los cuestionarios de manera seria, profesional.

—Imposible —le rebatió su hermana con total seguridad—. Lo habríamos notado.

—Digo que a lo mejor se ha guardado algún as en la manga que intenta encontrar en las chicas con las que tiene la cita. Algún rasgo personal, físico, intelectual... Vete a saber. Mira, para te hagas una idea. Nunca he conocido a una chica que le guste el Boss y los Stones.

—¿Y ya lo has hecho? —Lizzie arqueó una ceja con suspicacia.

—Ayer.

—¿Candace? —preguntó Lizzie poniendo los ojos como platos mientras se quedaba con la boca abierta mientras veía a su hermano asentir con una sonrisa... muy esclarecedora de lo que ello significaba.

—Lo que trato de hacerte ver es que yo, nunca pediría en un cuestionario es que mis citas fueran seguidoras de Springsteen o de los Rolling, ¿me entiendes? Es algo que me guardaría y que tampoco es de gran importancia pero sería un plus para esa chica.

—¿Cómo Candace?

—Eh, eh, eh, para el carro —Andrew esgrimió un dedo ante su hermana—. No te montes la película. Conmigo sabes que no te vale.

—De acuerdo, lo sé. Según tú, este usuario está buscando algo en particular. Algo que no ha puesto en los tests ni ha comentado en las entrevistas —resumió Lizzie mientras Andrew asentía—. ¿Y cómo voy a saber qué es lo que quiere?

—Sencillo —apuntó Andrew sonriendo—. Créate un perfil y queda con él. Eres psicóloga, puedes sacárselo. Por cierto, ¿te conoce?

—Claro que no. Yo solo me limité a revisar los cuestionarios que rellenan y a buscar afinidades para posibles parejas. No participo en las entrevistas. De eso se encargan otros compañeros. Eso mismo me dijo Lauree ayer cuando comentamos el tema.

—En ese caso... —Andrew se levantó para retirar los restos del desayuno.

—Pero...

—¿No estarás pensando que te pueda gustar? —La pregunta de Andrew sacudió a Lizzie en la silla. Sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal

—. Mira que si encuentras pareja en tu propia Web de citas —Andrew echó la cabeza hacia atrás para reírse a gusto.

—¡Qué gracioso! Mira a ver tú qué demonios haces con Candace estas Navidades —le señaló mirándolo como si lo estuviera amenazando.

—Enseñarle Stirling.

—¿Eso incluye tu cama? —Lizzie sonrió de manera burlona mientras apartaba la atención del portátil.

—No tengo inconveniente en que lo haga siempre y cuando no se quede —le aseguró mientras colocaba las tazas del desayuno en su lugar—. A ver, que me pueda acostar con ella, no significa que el viejo puente vaya a acabar enterrado bajo la nieve.

—Tú mismo.

—Por cierto, ¿y nuestros padres? —quiso saber para cambiar de tema. Ya habían hablado demasiado de Candace.

—En Inverness.

—¿Con el tío McGraw? —preguntó mientras Lizzie asentía.

—¿Y tu curro?

—Sí, voy a pasarme por este esta mañana. Luego iré al apartamento y...

—No te olvides de pasar por casa de Rose a recoger a Candace cómo el prefecto anfitrión que eres —El tono burlón de su hermana hizo que Andrew volviera a reírse a carcajadas. Se dirigió al salón para asomarse por la ventana y comprobar el grosor de la nieve caída durante la noche. Sonrió para sus adentros mientras volvía a la cocina.

—Siento chafarte los planes pero no ha caído suficiente nieve. Apenas si cubre las aceras.

—Espera que lleguen los días de Navidad. Todavía me acuerdo la que cayó las navidades pasadas.

—Bueno, pues aquí estoy las presentes para verlo con mis propios ojos. Te dejo, piensa en lo de tu Web.

Lizzie emitió un gruñido que dejaba claro que no le gustaba la idea lo más mínimo. Pero algo había que hacer.

Una hora más tarde, Lizzie llegó a la oficina con las palabras de su hermano revoloteando en su mente. ¿Qué podía estar buscando el tal Jason en sus citas? ¿De verdad había algo que no había confesado? Lo que más rabia le daba era que tanto su compañera como su hermano coincidían: si quería saber qué ocultaba, debería crearse un perfil de usuaria y presentarse a una cita con él, si aceptaba.

—Buenos días —saludó a su paso por los compañeros que a esas horas ya habían llegado.

Lizzie recibió los saludos de estos mientras se dirigía a su mesa. La Web, *Share your heart*, comparte tu corazón, se encontraba en un espacio abierto con sin despachos convencionales sino peceras. Así como las salas de reuniones. Un lugar de trabajo moderno. Cuando Lauree y Claire, la llamaron para colaborar con ella como psicóloga no pensó que al cabo de unos años, se habría involucrado tanto en el trabajo. Y lo que comenzó siendo algo esporádico, se había convertido en su día a día; en su jornada laboral y en ocasiones como la del día anterior, incluso llevárselo a casa.

—Hola, Lizzie —le saludó Claire, dirigiéndose hacia su mesa—. Lauree me comentó ayer lo que sucede con un usuario de la Web.

—Sí, Claire. Mira —Lizzie buscó el archivo del tal Jason para que ella lo viera y diera su opinión.

Claire se puso las gafas para leer el informe de Lizzie. Asintió mientras emitía algún que otro sonido gutural.

—¡Veinte citas!

—Eso mismo le comenté a Lauree ayer. No es normal.

—Ya... Es complicado que a todas les haya encontrado algún defecto, ¿no crees? Si tenemos en cuenta que las citas se proporcionan por afinidad de gustos, edades, cercanía... No sé, ¿qué quieres te piense? Tú eres psicóloga... —Claire desvió su mirada para dejarla suspendida en Lizzie y que ella le diera alguna respuesta.

—Sí, pero ya te digo que he revisado sus test y la entrevista que le hicieron.

—¿Y?

—No he encontrado nada anormal. Ni tampoco en las citas que se le han facilitado.

—Si bueno, reconozco que no es nada sencillo encontrar a alguien que encaje al ciento por cien pero... ¿Rechazar a veinte candidatas? —Claire abrió los ojos hasta su máxima expresión. Como si fueran a salirse de las cuencas.

—¿Crees que puede perjudicarnos? —Lizzie lanzó la pregunta temiendo que Claire y ella llegaran a la misma conclusión.

—Si no le da mala publicidad.

—Que tenga cerrada la boca, ¿no?

—Eso es. Un usuario descontento siempre vamos a tenerlo, pero si va

por ahí diciendo que no sabemos buscar citas o que nuestros test no sirven, o que nuestros baremos para medir la compatibilidad son un completo desastre... Hay mucha competencia en este sector, ya lo sabes —Claire frunció los labios y cruzó los brazos bajo su pecho en una pose que dejaba entrever su disgusto.

—Tenemos que averiguar qué sucede con ese usuario —intervino Lauree, que había estado escuchando la conversación y ahora daba su opinión.

—Creo que sería buena idea crear un perfil falso y quedar con él —apuntó Lizzie cada vez más convencida de que era la única solución.

—¿Estás segura? —Claire frunció el ceño mientras centraba la atención en ella.

—Sí, ¿verdad Lauree? —dijo haciendo un gesto con el mentón hacia ella.

—Ayer lo estuvimos comentando y le dije que era la posibilidad que más éxito podría tener.

—Pero... ¿estás segura? —Claire contempló a Lizzie con cierto recelo —. Mira que si llega a descubrirte...

—No lo hará. De eso me encargaré yo —le aseguró Lizzie con voz serena y segura.

Claire resopló. Luego, permaneció algunos segundos en silencio meditando aquella propuesta.

—De acuerdo —asintió mientras elevaba los brazos y luego los dejaba caer sobre su regazo como si se rindiera—. Encargaros vosotras dos. Y mantenedme informada de los avances.

—Está bien. No pondremos con ello ahora mismo —asintió Lauree mirando a Lizzie en busca de su aprobación.

—Hoy mismo quedará hecho el perfil.

—Lo único que tenemos que tener en cuenta es que él no puede saber quién eres tú. Hay que poner mucho cuidado con ello —le recordó Claire antes de regresar a su mesa de trabajo.

Lauree y Lizzie se miraron entre ellas y comprendieron lo que ello significaba.

—Mujer, mientras no aparezca por aquí —comentó Lauree mientras arqueaba sus cejas.

—No digas algo así ni de coña —le advirtió Lizzie con un tono frío y una mirada que parecía que fuera a fulminar a su compañera de un momento

a otro mientras Lauree sonreía.

—No hay por qué preocuparse. Tú solo tienes que encargarte de saber qué busca en cada cita.

—Eso espero. Saber qué quiere.

* * *

Andrew empujó la puerta de su apartamento. Dejó su maleta en la entrada y se dio una vuelta por este para comprobar que todo estaba en su sitio. Sonrió cuando pensó que su hermana lo tenía todo de la misma manera que él lo dejó. Levantó las persianas para que la luz del día entrara en el reducido espacio. Y fue a su habitación para cambiarse de ropa antes de acudir al periódico. Por un momento recordó la conversación con su hermana y cómo ciertos retazos de la misma parecían llamar su atención de manera poderosa. En especial aquellos que tenían que ver con Candace.

¿Qué demonios esperaba su hermana que sucediera entre ellos dos? ¿Qué había percibido ayer? Una relación de amistad forjada tras horas de viaje y conversación, nada más. Tenía muy claro lo que no iba a suceder: dejar que ella se adentrara en su vida hasta que ya no hubiera más remedio que admitir que ella le gustaba. Además, contaba con el impedimento de que ella pensaba regresar a Londres cuando pasaran esos días. Luego... Este dato lo hacía más sencillo.

* * *

—¿Qué piensas hacer esta mañana? —la pregunta de Rose captó la atención de Candace, que hasta ese momento permanecía absorta en sus pensamientos.

—Ah... No sé... Supongo que saldré a dar una vuelta por la ciudad. Para tener una primera impresión.

—Recuerda que esta tarde has quedado con Andrew —Rose no quería inmiscuirse en los planes de su amiga durante esas dos semanas, y menos en el terreno personal. La observó fruncir sus labios y mover la cabeza.

—No, no lo he olvidado. De todas maneras tengo su número de móvil, por si no pudiera venir. Creo que aprovecharé para redactar algún artículo para la revista. Sí, es lo que haré mientras tú te marchas a trabajar.

Candace no tenía ninguna intención de hablar sobre Andrew, ni sobre que habían quedado esa tarde, ni nada que tuviera que ver con él. Bastante

mal trago estaba pasando por el simple hecho de no verlo. Se había dicho así misma que se debía a que el día de ayer no se habían separado salvo por la noche cuando se despidieron. Esa era la sensación que tenía. Y que no sabía cómo alejar de ella.

—¿Has quedado a alguna hora en especial?

Candace sacudió la cabeza.

—No, no hemos quedado en nada teniendo en cuenta que fue su hermana la que lo obligó, poco menos —le recordó con una sonrisa cínica.

—Bueno, pero admite que tú ayer estabas a gusto en su compañía. Luego es mejor que sea él quien te enseñe la ciudad. Además, nosotras ya te advertimos que no íbamos a tener mucho tiempo.

—Sí —Candace asintió mientras entrecerraba los ojos y miraba a su amiga como si supiera a qué se refería. A una encerrona en toda regla por parte de ambas amigas. Eso era lo que le habían preparado con Andrew. Claro que a ella tampoco es que le importara mucho pasar la tarde con él después de haberlo hecho el día anterior. Pero esperaba que aquello no significara compartir juntos mucho tiempo porque no estaba dispuesta a encariñarse con él. No, cuando sabía que su vida le esperaba en Londres pasadas las Navidades. Pero, ¿cómo se combatía ese sentimiento cuando la otra persona te gusta y notas que a él también?

—Bueno, me marcho a trabajar.

—Espera, te acompaño. De ese modo no se me hace larga la mañana.

—Pensaba que habías dicho que te quedarías redactando unos artículos...

—Sí, pero... He cambiado de opinión —le dijo sonriendo mientras se decía así misma que si se quedaba en casa, acabaría pensando en Andrew. Pero si salía por la ciudad, la cosa cambiaría. Por ahora no quería darle más importancia a Andrew de la que tenía. Por ese motivo, no tentaría a la suerte pensando en lo que podría llegar a suceder.

—En ese caso, puedes acompañarme hasta la biblioteca de la universidad. Es allí donde trabajo.

—Perfecto. Vamos —le dijo sintiéndose más relajada que cuando pensó en quedarse en casa sola con el ordenador, su trabajo y Andrew revoloteando en su mente.

3

Andrew llegó a las oficinas del *Stirling News*, el diario digital creado hacía más de un año por su amigo Stewart. La charla con su hermana durante el desayuno le había dejado más pensativo de lo que estaba la noche anterior. El capítulo de Amanda se había cerrado ya que ella había rehecho su vida y se había marchado al continente. La verdad es que no esperaba que ella estuviera en Stirling para recibirlo con los brazos abiertos y retomarlo después de dos años sin verse. Pero todo podía suceder. Era el temor que había estado fraguándose en su mente los días previos a su regreso a Stirling. Pero al parecer ella lo había despejado de un plumazo. Caso cerrado.

El otro asunto que le daba que pensar era el de la Web de su hermana. Bueno, que hubiera un tío que se dedicaba a conocer mujeres solteras a las que después al parecer despachaba con un «si te he visto no me acuerdo» no dejaba de ser poco menos que peculiar, si tenía en cuenta que la gente que se apuntaba a esas redes sociales lo hacía en busca de una pareja. Le echaría una mano a Lizzie aunque él no era muy de registrarse en una Web de citas y todo eso.

Este asunto le llevó al último tema del que había hablado con su hermana: Candace. La misma chica con la que compartió ayer casi todo el día en aeropuertos, aviones, autobuses y por último la parte trasera del coche de Rose. Y con la que había quedado esa misma tarde para que él le enseñara Stirling. ¿Qué había percibido su hermana? Le había asegurado que tanto Rose como ella había notado el buen *feeling* entre Candace y él. Bueno, Andrew no lo negaba dado que habían compartido horas de viaje y confidencias varias. Les había dado tiempo a charlar de muchos temas y a irse conociendo. Eso siempre y cuando no pensara en el cuerpo de ella delante del suyo estirándose para alcanzar su maleta en el compartimento de la cabina del avión; o cuando entraron en Glasgow y ella se abalanzó sobre

él, sin ser consciente, o al menos eso pensaba él, para poder ver a través de la ventanillas del autocar, los monumentos de la ciudad por los que pasaban.

Andrew sacudió la cabeza desechando cualquier pensamiento que tuviera que ver con Candace, y más en concreto con su anatomía, y empujó la puerta donde Stewart le había indicado que se encontraban las oficinas del diario.

La gente permanecía sentada a sus mesas con sus miradas fijas en las pantallas de sus respectivos ordenadores de mesa o portátiles. El sonido de la puerta al abrirse hizo que algunos volvieran sus cabezas hacia él. Andrew asintió, dio los buenos días y avanzó hacia el centro de la sala. Se trataba de una habitación amplia en la que se distribuían varias mesas a lo largo en la que descansaban los PC, documentación, y diverso material de oficina, así como adornos varios en función de los gustos de cada uno. Cada uno contaba con un teléfono que en algunas mesas no paraba de sonar. Había una impresora junto a una pared, una máquina de café, una enorme ventana por la que si uno se asomaba podía observar el castillo de la ciudad; algunas plantas, carteles, y demás decoración clásica de un diario.

—¡Andrew! —La inconfundible voz de Stewart captó su atención. Lo vio caminar hacia él con una amplia sonrisa y los brazos extendidos al frente para darle un efusivo abrazo ante la atónita mirada de algunos de los que ahora mismo habían dejado su trabajo para contemplarlos—. Viejo amigo. Que placer tenerte aquí.

—Debo darte las gracias a ti por pensar en mí para este puesto.

—Sí, bueno, lo tuve claro en cuanto me quedé sin alguien para cubrir la sección de deportes.

—Te lo agradezco. Si te soy sincero, tenía ganas de regresar a casa —le confesó con una sonrisa.

—Nos vendrá muy bien tu experiencia adquirida en Londres en un gran periódico. Como puedes ver ahora mismo somos diez personas trabajando aquí —le expuso mientras se apartaba para que Andrew tuviera una visión general de la oficina.

—Parece que te lo has montado bien, ¿eh?

—Los comienzos fueron duros, ya sabes.

—Sí, pero has conseguido lo que te propusiste siempre desde que pusimos el pie en la facultad de periodismo. Crear tu propio periódico.

—Sí, aunque digital —bromeó Stewart como si este hecho no fuera del todo suficiente.

—Bah, eso es lo de menos. Ya sabes que hoy en día estamos en la era digital. Las tecnologías, las Redes Sociales, los Ebook.

—No me quejo ya que los datos arrojados el año pasado acerca de lectores inscritos en el diario era de medio millón —le anunció con una efusividad contenida—. Y entre todos los diarios de la zona de Stirling y Ayrshire hemos logrado los tres millones.

—Es para estar orgullosos y satisfechos de vuestro trabajo.

—Sí, lo estamos. Bueno, tendremos que ponernos al día.

—No me cabe la menor duda, Pero, dime, ¿qué es lo que quieres que haga? Me comentaste que iba a encargarme de los deportes cuando me llamaste.

—Sí, quiero que...

La puerta se abrió detrás de Andrew captando su atención hacia la persona que entraba en ese instante, y que él reconoció al momento. La mujer se quedó clavada en la entrada con la mirada fija en él, mientras Stewart asentía y sonreía.

—¡Andrew!

—Kayla.

—Cuando Stewart me dijo que volvías... Creí que me estaba vacilando. Ya lo conoces.

—Sí, no se me ha olvidado su carácter.

—Entonces, has venido a quedarte —aseguró mientras sonreía y entrecerraba su mirada escrutando el rostro de Andrew.

Este apretó los labios y se limitó a asentir mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y miraba a Kayla con una chispa de curiosidad. Había cambiado su aspecto y ahora lucía un corte de pelo más chic, al mismo tiempo que lo había oscurecido otorgándole un aspecto que rayaba lo gótico dada su tez tan pálida.

—Ya ves —Andrew extendió sus brazos a sus costados mientras apretaba sus labios hasta convertirlos en una delgada línea.

—Es bueno tenerte de regreso —le aseguró mientras le guiñaba un ojo—. Por cierto, Stewart, acabo de darme una vuelta por el centro para ver el ambiente festivo, ya sabes. Necesito que Elsie venga conmigo a tirar unas fotos esta tarde, si queremos sacar un reportaje especial por Navidad.

—Habla con ella y poneros de acuerdo.

—Vale, luego te veo Andrew —Kayla lanzó una última mirada a este mientras le apretaba el brazo y se alejaba hacia la mesa de la tal Elsie

mientras Stewart y él se quedaban callados mirando a Kayla.

Fue Stewart el primero de los dos que apartó la atención de ella para centrarla una vez más en Andrew, y no poder evitar sonreír al tiempo que palmeaba a este en el brazo.

—¿Sigues colado por Kayla?

Andrew miró a su amigo con el ceño fruncido y una expresión en el rostro de no saber a qué venía aquella pregunta.

—Pues claro que no. Vamos, tío, ya no somos los críos de dieciocho años que entraron en la facultad con las hormonas por las nubes. Ya me entiendes... —le dijo Andrew sorprendido porque su amigo pensara que Kayla le seguía atrayendo como años atrás.

—Es que según te has quedado mirándola... —Stewart movió sus cejas con celeridad para ser más explícito.

—¡Naaaah! —exclamó Andrew mientras se pasaba la mano por la nuca y sacudía la cabeza convencido de que así era—. Me ha sorprendido verla después de tanto tiempo. Perdimos el contacto cuando nos licenciamos.

—Pero debes admitir que lo vuestro fue... salvaje, por calificarlo de alguna manera —le recordó Stewart mientras ponía los ojos como platos y se limitaba a asentir.

—Joder, eran otros tiempos. ¿Salvaje? —repitió Andrew cómo si no hubiera entendido a su amigo, quien se limitó a entornar su mirada y a asentir mientras emitía un gruñido de aprobación.

—Y ahora, dime, ¿cómo andas de tías?

Andrew resopló para después sonreír y acabar echando la cabeza hacia atrás y reír de manera abierta.

—Nada de nada.

—¿Sabes lo de Amanda? —Stewart adoptó un semblante serio para referirse a ella. No sabía si Andrew estaba al tanto de su marcha de Stirling, ni si ello lo afectaba y en qué manera.

—Sí, me dejó una carta antes de marcharse al continente. Y luego, mi hermana también me lo contó. Eso ha quedado en el pasado —Hubo un momento de silencio en el que ninguno de los dos amigos dijo nada más. Y fue Andrew quien finalmente lo hizo para cambiar de tema—. Bueno, ¿qué quieres que haga? ¿Por dónde empiezo?

—Por cerrar los asuntos legales. Lo primero es lo primero. Vamos a mi mesa —le dijo señalando esta—. Tendría que enseñarte las instalaciones y tal, pero como ves hay que poco que enseñar —le dijo echando un vistazo en

redondo a la sala en la que trabajaban.

—Me gusta trabajar en este estilo. Ves a tus compañeros y puedes tirar de ellos en cualquier momento.

—¿No era así en Londres?

—Ni hablar. No tenía nada que ver con esto.

—Me alegro que estés de vuelta, Andrew. De verdad —Stewart asintió mientras observaba a su amigo y ambos se sentaban a la mesa de este—. En cuanto al trabajo, te encargarás de la sección de deportes. La Premier escocesa, el rugby y algún evento deportivo que haya en Stirling. Glasgow y Edimburgo quedan relativamente cerca.

—Supongo que tendré que ir a presenciar algún encuentro del Celtic o del Rangers —se aventuró a decir a sabiendas que así sería.

—Sí, pero tampoco hace falta que vayas a todos los encuentros que jueguen en casa. Bastará que asistas a los más importantes. Ya te digo que el último día del año se celebra el Derby de Glasgow, y que sí tendrías que acudir.

—De acuerdo. Un buen comienzo con el derbi de la ciudad.

—La información relativa a los demás nos la pueden facilitar desde allí.

—¿Tenéis algún colaborador?

—Sí, Cris McLahan, trabaja en el periódico digital asociado al nuestro. Como te contaba antes, los periódicos de esta región solemos estar asociados y echarnos una mano los unos a los otros.

—Es bueno saberlo.

—Sí, de ese modo no te obligamos a desplazarte todos los fines de semana bien a ver al Celtic a Glasgow, o al Hearts a Edimburgo. Y también puedes quedarte en la ciudad y descansar.

—Es de agradecer.

—Por cierto y antes de que se me olvide, tendremos una reunión navideña en la taberna de Molly. Te lo comento para que asistas.

Andrew asintió sin decir nada. ¿Por qué de repente se le vino a la mente Candace? Sacudió la cabeza y se propuso no pensar en ella por ahora. Debería centrarse en el trabajo, para eso había dejado Londres. Para empezar de cero en su hogar natal.

—¿Qué tal te han tratado lo ingleses? —El tono burlón de Stewart hizo que Andrew resoplara mientras se recostaba contra el respaldo de la silla.

—De todo un poco.

—Bueno, ahora con el Brexit, veremos qué sucede.

—Te entiendo. ¿Dónde quieres que me ponga? —le preguntó mirando hacia el resto de sus nuevos compañeros.

—Te he reservado un lugar junto a Elsie, la fotógrafa del periódico. Por ahora, hay un ordenador pero si prefieres traerte el tuyo propio, no hay inconveniente. Lo dejo a tu elección.

—Veré qué tal va ese. Y después decidiré.

Stewart le pasó el contrato para que lo leyera y viera si había alguna cláusula que necesitaba que le aclarase.

—Por lo general la gente trabaja aquí de nueve a seis, con una hora para comer. Entre las doce y las dos. Puedes elegir la que más te convenga. Si algún día prefieres trabajar desde casa, puedes hacerlo. No hay inconveniente siempre y cuando las crónicas previas a los partidos o una vez terminados estos lleguen a tiempo para ser publicadas.

—De acuerdo.

—Ya te hablé de lo que ganarías y me aseguraste que no había inconveniente —le recordó Stewart con la mirada entornada hacia él.

—No lo hay.

—En ese caso, bienvenido a la plantilla —le dijo mientras recogía el contrato firmado y le estrechaba la mano—. Ven que te indique tu lugar.

Andrew acompañó a Stewart hasta la mesa que quedaba libre en la segunda hilera.

—Elsie, este es Andrew. Se encargará de la sección deportiva —le dijo llamando su atención.

—Ah, genial. Encantada —Andrew se fijó en la tal Elsie. Una chica joven con el pelo corto de color miel, ojos claros y una fina lluvia de pecas esparcida por la nariz y ambas mejillas. Con una sonrisa que sería capaz de iluminar una noche oscura. Vestía de negro de los pies a la cabeza. Elegante y sobrio a la vez.

—Espero no darte mucho la lata —le aseguró Andrew mientras correspondía a sus dos besos.

—Tranquilo, aquí estamos todos para echarnos una mano —le aseguró mientras agitaba ante él la suya llena de anillos y con las uñas pintadas en rojo sangre.

—Oye, Elsie, ¿has hablado con Kayla sobre lo de las navidades?

—Sí, hemos quedado esta tarde para ir a darnos una vuelta por el centro y tirar unas fotos.

—De acuerdo. Bien, puedes instalarte cuando gustes —le dijo Stewart

—. Y si tienes alguna pregunta, ya sabes dónde estoy —le dijo sonriendo porque Stewart iba a estar en la hilera de mesas de enfrente.

—Así lo haré. Me pondré al día en seguida.

Andrew resopló mientras sus dedos tamborileaban sobre la mesa y aguardaba a que el ordenador se encendiera.

—¿Nervioso?

Andrew escuchó la voz de Elsie. Volvió su atención hacia esta y sacudió la cabeza.

—No, ni mucho menos.

—Stewart nos dijo que estabas en Londres currando para un periódico de los importantes —Elsie se mordió el labio como si estuviera algo cohibida por haberle hecho la pregunta. Tal vez él no quería dar demasiados datos.

—Así es.

—¿Y lo has dejado por venirte aquí? —El toque de sorpresa en la voz de su nueva compañera no pasó desapercibido para Andrew. Era lógico que todos se preguntaran por qué narices había dejado su puesto en uno de los diarios punteros ingleses para recabar en la edición digital del *Stirling News*.

—Llámallo, añoranza.

—¿En serio? ¿Echabas de menos Stirling?

—En parte. Y en otra, me lo pidió Stewart. Somos amigos desde la escuela, y luego la facultad.

—¡Coño! Lo vuestro si es que una amistad.

—Por cierto, ¿qué me cuentas de las atracciones navideñas? —le preguntó un Andrew expectante porque quería saber a qué atenerse esa tarde cuando pasara a recoger a Candace. Era consciente de que se había comprometido a enseñarle la ciudad y de paso el ambiente navideño.

—Bueno, tampoco hay mucho que hacer. El centro comercial *The Thistles* se lleva la palma con su decoración con motivos navideños. Luego están las tiendas. Habrá un pequeño mercadillo navideño en el centro. Ya sabes que estando tan cerca de Glasgow, mucha gente se marcha allí a celebrar la Navidad. Allí si hay bastantes atracciones. Aquí es más tranquilo.

—Entiendo. No ha cambiado mucho en estos dos años.

—No, la verdad. Si necesitas cualquier información...

Andrew permaneció en silencio durante unos segundos mientras exploraba en su mente las posibilidades que tenía de hacer que la tarde fuera entretenida en compañía de Candace. O lo mandaría a paseo a las primeras de cambio. Bueno, bien era cierto que había que visitar el castillo, el puente

viejo, el monumento de Wallace y por qué no, tal vez acercarse hasta el parque de las Trossachs dar un paseo en barco por Loch Katrine. Siempre y cuando él tuviera tiempo suficiente para enseñarle todo y ella accediera. E incluso, podría invitarla a tomar algo en alguna taberna. Todo lo que se le ocurriera para que ella estuviera cómoda y disfrutara de su breve estancia en la ciudad.

Lizzie se reunió con Maisie y Rose cuando salió del trabajo. Había completado su perfil en la Web y tras meditarlo unos minutos había enviado una solicitud de cita a Jason, junto con otras tres. Para que no se notara demasiado que ella parecía ser la única que tenía interés en él. Ahora solo quedaba esperar a que respondiera y se produjera la cita. ¿Era tal vez por ese motivo por el que se había pasado controlando su móvil cada cinco minutos camino de la taberna?

Al llegar a esta, Rose y Maisie charlaban de manera distendida con sendas copas de vino. Se habían sentado en una mesa y ahora ambas fijaban sus respectivas miradas en Lizzie mientras se dirigía a la mesa.

—Llevo un día de locura, chicas —fue lo primero que les soltó mientras se despojaba de su abrigo, el bolso y el fular que había enrollado alrededor de su cuello.

—¿Demasiadas citas? —fue Maisie quien con gesto burlón se lo preguntó. Contempló a Lizzie con una ceja arqueada mientras sonreía con picardía

—¡Qué graciosa!

—En serio, ¿qué te ha pasado? —preguntó Rose adoptando un tono más formal que el de su común amiga.

Lizzie inspiró antes de darles la respuesta pero justo entonces apareció la camarera para tomarle nota.

—Vino. Una copa —aclaró cuando percibió el gesto de incertidumbre de la chica—. ¿Qué pensaba? ¿Qué pediría una botella para mí sola? —miró a sus dos amigas con cara de incompreensión.

—Bueno, ibas a contarnos qué te ha sucedido. ¿No marcha bien la Web de citas? —preguntó Maisie cruzando sus brazos para dejarlos apoyados sobre el borde de la mesa.

—Me he creado un perfil —les anunció justo un minuto antes de que tuviera la copa de vino en la mesa, y ella la cogiera para tomar un sorbito que

la calmara por dentro. Percibió el gesto de sorpresa o incomprensión de sus dos amigas. Algo lógico si ella nos les aclaraba el motivo por el que había llegado a ese extremo.

—¿En serio? —Maisie se acercó un poco más a Lizzie mientras la mirada de manera fija en busca de una respuesta más precisa que esa.

—A ver chicas, lo primero que quiero dejar claro aquí y ahora ante vosotras es que conste que no busco pareja —les aseguró con las manos al frente como si fuera a detenerlas y pasaba su mirada de una a la otra sin saber cuál de las dos tenía el gesto más sorprendente.

—Entonces, ¿por qué coño lo has hecho? —preguntó Rose cada vez más aturrida por las explicaciones contradictorias de Lizzie.

—Muy sencillo. Hay un usuario que ha rechazado las veinte citas que le hemos propuesto.

—¡Mi madre! ¿Veinte? —preguntó Maisie que había cambiado su expresión de confusión por una de perplejidad al escuchar a Lizzie referirse a ello.

—Eso es. Y lo que hemos acordado es que yo me haga un perfil y trate de averiguar qué sucede. ¿Por qué ha rechazado a veinte chicas? —preguntó a sus dos amigas mientras ella formaba un arco perfecto con sus cejas y bebía vino.

Ninguna de las dos amigas parecía saber la respuesta ya que ambas permanecieron calladas.

—No ha encontrado ese «algo» que hace que alguien te guste —respondió Maisie con total naturalidad y convicción.

—Bien, eso mismo me dijo Andrew esta mañana, pero... ¿en veinte mujeres? Sigo pensando que hay gato encerrado en ese tío —Lizzie se mostró convencida de que así era.

—Y tú vas a quedar con él para averiguarlo —apuntó Rose mientras Lizzie asentía—. ¿Y qué pasa si no lo averiguas?

—Oh, vamos, Rose. Tengo que hacerlo. Tengo que saber el motivo de sus continuas reticencias a encontrar una pareja —Había un cierto toque de malestar en Lizzie porque una de sus mejores amigas pensara que ella no lo averiguaría.

—No dudo de tu capacidad pero, a lo mejor ese tío es bueno escondiendo sus preferencias, sus temores o sus debilidades.

—Pues tendré que sacárselas a la superficie como sea.

—¿Y qué pasa si te hace tilín? —Maisie lanzó la pregunta en la que

Lizzie no quería ni pensar por muy remota que fuera esa posibilidad.

—Imposible.

—¿Por qué te muestras tan segura?

—No voy en busca de una pareja, ya lo he dejado claro. Voy en busca de respuestas —le dejó claro mientras entrecerraba sus ojos y señalaba la mesa con su dedo índice como si quisiera dejar una mayor constancia de sus palabras.

—Pero, esas respuestas te pueden conducir a encontrar otra cosa. Yo tampoco podía ni imaginar que Rowan se acabaría convirtiendo en una parte tan esencial en mi vida.

—Lo tuyo es distinto.

—¡No me digas! —exclamó Maisie confusa por el comentario de Lizzie.

—Tú eres una romántica que vive con su gato.

—Eso no tiene nada que ver a la hora de conocer a alguien. Solo digo que tal vez ese misterioso Don Juan, podría darte alguna sorpresa. Te lo advierto.

—¿Y si sucede al revés? ¿Has pensado en las consecuencias?

—Si ha rechazado a veinte antes que a mí. ¿Por qué habría de fijarse en mí? —Lizzie sintió un escalofrío bajando por su espalda.

—Porque puede encontrar en ti aquello que le falta —le aclaró Maisie sonriendo—. Por cierto, ¿has dicho que Andrew está aquí?

Lizzie permaneció en silencio mientras parecía estar cambiando el chip.

—Sí, ha llegado ayer. Aceptó trabajar en el periódico de Stewart, una edición digital de las noticias que se producen en Stirling y sus alrededores.

—Y llegó muuyyyyy bien acompañado —matizó Rose dejando a Maisie con cara de póker.

—¿A qué te refieres? ¿Vino con alguien desde Londres? ¿Por qué seguía allí, no? —Maisie centró la atención en Lizzie, que se limitó a asentir sin abrir la boca en esta ocasión.

—Ha venido con una amiga mía de la facultad —explicó Rose con una sonrisa que lo decía todo.

—¿Su pareja?

—Por ahora no, pero... Mira lo que te sucedió a ti las pasadas navidades —le recordó Lizzie.

—Sí, es cierto. Por eso mismo te repito lo de tu cita virtual. Pero volviendo a tu hermano, ¿qué pasa con la amiga de Rose? ¿Hay posibilidades

de que al final haya algo entre ellos?

—Hemos percibido cierta... complicidad, ¿verdad Lizzie?

—Eso mismo. Y dado que él va a enseñarle la ciudad durante los días que Candace, así se llama ella, esté por aquí...—Lizzie sonrió y dejó volar su imaginación por un instante mientras pensaba en la posibilidad de que su hermano acabara enredado con Candace.

—Sí, pero, existe un inconveniente —intervino Rose frunciendo sus labios.

—¿Cuál? Me tenéis en ascuas, chicas —protestó Maisie mientras golpeaba la mesa con la palma de su mano mostrando su impaciencia.

—Que Candace ha venido a pasar las Navidades y después regresará a Londres —le aclaró Rose mientras bebía un trago de vino.

—Eso me suena —apuntó Maisie guiñando un ojo a Rose y señalándola con su dedo—. Pero, no tiene que acabar mal.

—Chicas, chicas... Estamos suponiendo algo que todavía no ha comenzado. Además, mi hermano no es de los que se pillan por una chica. Se marchó a Londres por trabajo sin importarle Amanda.

—¿Cómo se ha tomado que ella se haya largado al continente? —preguntó Maisie con la mirada entornada hacia Lizzie.

—Quedando esta tarde con Candace. Ese es Andrew, puedo asegurároslo. Es de los de al muerto, rey puesto.

Rose y Maisie se miraron entre ellas, y ambas llegaron a la misma conclusión puesto que se limitaron a asentir a la vez.

—Pues espero que tu amiga lo vea venir, de lo contrario le puede hacer daño —comentó Maisie con la mirada fija en el vacío.

—Hablemos de algo más trivial que las relaciones. ¿Y tú, qué tal con Rowan? —preguntó Lizzie dejando a su hermano y a Candace para otro momento.

El rostro de Maisie se iluminó con una amplia y precisa sonrisa.

—Acabas de decir que no íbamos a hablar de relaciones —apuntó Rose perpleja por la pregunta de Lizzie.

—Vale no hace falta que seas tan explícita —le pidió Lizzie mirando a Maisie e ignorando el comentario de Rose—. Nos ha quedado claro.

—Genial. En todos los sentidos.

—Te hemos pedido que no des detalles —reiteró Rose mientras le daba una palmada a Maisie en el brazo.

—Pues no preguntéis. En serio, las cosas marchan en este casi primer

año que llevamos conviviendo.

—¿Y tu gato? ¿Qué tal lo lleva Bonnie Prince?

Maisie torció el gesto.

—Bonnie Prince es un zalamero. Acude a Rowan cuando quiere conseguir algo. A mí me ha dejado un poco de lado.

—¿Celosa de tu chico o de tu gato? —le preguntó Rose sonriendo divertida por esa situación.

—¡Qué va!

Lizzie cogió el móvil para echar un vistazo a su email por si el tal Jason le hubiera dado por responder. Pero por ahora, no había rastro de él. Una parte de Lizzie respiró aliviada porque tampoco quería que el encuentro se produjera de una manera tan repentina; pero por otra parte, no era menos cierto que deseaba conocerlo lo antes posible para empezar a aclarar la situación.

—¿Mirando a ver si tu príncipe azul ha respondido? —le preguntó Maisie con un tono burlón mientras Lizzie parecía perdida en sus pensamientos.

Levantó la mirada de la pantalla del teléfono y sonrió con desgana a su amiga.

—¿Por qué no hablamos de lo que tenemos pensado hacer en Navidades? —sugirió esta con una clara intención de cambiar de tema cuanto antes. Bastante nerviosa estaba ella ya, cómo para que además, sus amigas se estuvieran metiendo con ella. Ahora, que lo pensaba de manera fría, ¿por qué demonios se prestó a ello? Por el bien de la Web, se respondió alejando de su mente los fantasmas que las sugerencias de sus dos amigas habían creado en su mente.

Candace contemplaba la ropa que había llevado consigo, y en ese momento no parecía muy satisfecha de su elección; claro que tampoco había considerado la opción de salir por ahí con ningún apuesto desconocido. Bueno a estas alturas, podía considerar a Andrew como un buen conocido después de que ella misma lo hubiera acribillado a preguntas y apenas si lo hubiera dejado descansar durante el viaje. Pero había experimentado una placentera sensación de estar a gusto con él en todo momento. Y no solo porque fuera atractivo sino porque tenía un toque de interés que no había encontrado en otros hombres. Candace sonrió al pensar en esto. Abrió los

ojos al máximo y suspiró mientras volvía a centrarse en la tarea de escoger modelito para esa tarde.

Andrew seguía trabajando en el periódico pero aunque parecía estar centrado en su tarea relacionada con la próxima jornada de la Premier escocesa, en realidad llevaba unos minutos dándole vueltas al tema de Candace. Durante toda la mañana y la hora de la comida junto a su colega Stewart y algunos compañeros más, apenas si había reparado en ella. Pero ahora que se acercaba la hora de salir del periódico y pasar a buscarla... no podía dejar de experimentar un ligero cosquilleo fruto de los nervios.

Pero, ¿por qué estaba nervioso? Y lo estaba porque cada cinco minutos controlaba la hora de su móvil, o bien los mensajes de WhatsApp por si hubiera un cambio de última hora. ¿Acaso lo deseaba? ¿Esperaba que Candace le dijera que quedarían otro día? Esgrimió una sonrisa pensando en esa remota posibilidad, y más después de que él se lo hubiera recordado ese mediodía, y ella hubiera fijado la hora. Andrew frunció el ceño cuando se dio cuenta de que había pensado en aquella quedada con Candace como en una cita. No, no, no. No había nada de eso. Él iba a enseñarle la ciudad y todo porque a su hermana y a Rose se les había ocurrido la genial idea de que fuera él, precisamente quien lo hiciera. Claro que por otra parte, él no se había opuesto por no hacerle un desplante a Candace, claro. Ante todo él tenía educación y saber estar, y consideraba que decirle a ella que no le enseñaría la ciudad daría una mala imagen de él. ¿Acaso le preocupaba lo que Candace pudiera pensar de él?

—¿Tienes prisa por largarte? —La voz de Elsie sacó a Andrew de sus pensamientos en torno a Candace.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque miras tu móvil cada cinco minutos —le dijo Elsie haciendo un gesto con su mentón hacia el mismo—. O bien estás esperando alguna llamada o mensaje.

Andrew sonrió.

—Costumbre.

—Pues que sepas que pareces ansioso por salir.

—No, no tiene que ver con irme, sino que he quedado...

—Ah, ¿y temes llegar tarde a tu cita? —Elsie entornó la mirada hacia él con toda intención. A ella no se le había pasado por alto el buen ver de

Andrew. Y más después de haber conversado con Kayla durante la hora de la comida. Ahora, lo contemplaba con otros ojos.

—Sí, bueno... He quedado. ¿Cita? —Andrew frunció el ceño mientras pronunciaba aquella palabra.

—Bueno, es la primera que se me ha venido a la mente. Pero no me estoy refiriendo a una como tal, ya me entiendes —le dejó claro Elsie mientras fruncía la nariz y sacudía la cabeza en un gesto de restar importancia al significado de esa palabra.

—Oh, sí, claro. No, no se trata de una cita —Andrew puso un poco más de énfasis en la palabra para dejarle claro a Elsie que no era tal.

Elsie asintió mientras apagaba el ordenador, se levantaba de la silla y se quedaba contemplando a Andrew con una sonrisa.

—En fin, no llegues tarde.

—¿Te marchas? —Andrew hizo la pregunta sin apartar la mirada de la pantalla.

—Kayla y yo vamos a ir por ahí a tirar alguna fotos sobre el ambiente navideño, y demás.

—Sí, escuché a Kayla hacer referencia a ello esta mañana —le dijo mientras volvía la atención hacia Elsie, que ahora se ponía su chaqueta de piel y se abrigaba para salir.

—Bueno, pues suerte con tu cita. Y mañana nos vemos —le dijo sonriendo divertida mientras le guiñaba un ojo.

—Sí, hasta mañana —Andrew no se molestó en dar ningún tipo explicación ante la insistencia de su compañera en tildar de cita el hecho de quedar con Candace.

Permaneció pensativo durante unos segundos contemplando la pantalla en negro de su ordenador hasta que la voz de Stewart lo sorprendió.

—¿Tienes tiempo para una buena pinta?

Andrew resopló mientras se levantaba de su asiento.

—Hoy no. He quedado.

—Oh, bien. ¿Acabas de aterrizar y ya estás tan ocupado? —bromeó Stewart mientras lo palmeaba en el hombro.

—He pasado mucho tiempo fuera y hay que recuperarlo.

—Te entiendo. Bueno, nos tomaremos esa cerveza en otro momento. ¿Qué tal te has encontrado en tu primer día?

—Cómodo. Relajado. A gusto. No sé... Se me ocurren unos cuantos calificativos para expresarte mi estado de ánimo, la verdad.

—Celebro escucharte decirlo. ¿Y Elsie? ¿Te ha dado mucho la chapa?
—Stewart sonrió mientras hacía un gesto con el mentón hacia la silla vacía de ella.

—No, claro. Es una tía maja. Pero, supongo que tú la conoces mejor que yo y puedes decirme a qué atenerme —le comentó sonriendo.

—Suele ir bastante a lo suyo. Es una currante nata. Le apasiona la fotografía —Stewart permaneció en silencio unos segundos mientras asentía de manera leve—. Bueno, no te entretengo que has quedado. Te veo mañana.

—Claro. A la misma hora.

Se despidieron y Andrew salió a la calle en la que el frío y la oscuridad de la tarde ya se habían adueñado de Stirling. Se detuvo por un instante en la acera mientras resoplaba y su aliento formaba varias nubes de vapor ante él. Sacó su móvil para lanzar un último vistazo para comprobar la hora y los mensajes antes de emprender el camino hacia la casa de Rose sin ser consciente de nada más que de ser un buen anfitrión.

Candace se encontraba delante del espejo terminando de perfilar sus ojos cuando escuchó el timbre. Volvió su atención hacia la puerta de entrada y de repente tuvo la sensación de que acababa de meterse en el propio mar del Norte que bañaba las costas de Escocia, porque tenía esa sensación de vacío en el estómago. Se dio cuenta de que el lápiz de ojos le temblaba en la mano y sonrió nerviosa ante este hecho. Inspiró hondo mientras se contemplaba en el espejo por última vez antes de enfilar el pasillo hacia la puerta.

Andrew revisaba el móvil mientras aguardaba a que alguien abriera la puerta. Estaba nervioso y la verdad, no comprendía el motivo. El día anterior lo había pasado en compañía de Candace mientras viajaban de Londres a Glasgow y de ahí a Stirling. ¿Qué diferencia había de ayer a ese momento?

La respuesta a esa pregunta la encontró nada más que ella abrió la puerta y se quedó en umbral de la misma. Andrew experimentó una sacudida tal que a punto estuvo de dejar que su móvil cayera al suelo. Por suerte para este, Andrew reaccionó a tiempo y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Pero lo que no había podido evitar había sido quedarse con la boca abierta al verla. En verdad que no había cambiado mucho desde el día anterior, en el sentido de arreglarse, pero...

Candace no pudo evitar una sonrisa risueña cuando se dio cuenta que Andrew acababa de quedarse sin habla al verla. Cruzó los brazos realizando

su escote y se apoyó contra el marco de la puerta con una sonrisa irónica bailando en sus atrayentes labios.

—¿Piensas enseñarme la ciudad desde el rellano? —Candace había encontrado el antídoto perfecto para calmar sus nervios: mostrarse irónica con él, ya que le parecía que se encontraba en una especie de estado de shock. ¿Qué le sucedía?

—Eehhh,... No claro... Solo es que... —¿Cómo era posible que no encontrara las palabras adecuadas en ese momento? ¿Tanto le afectaba la apariencia sexy de ella? Llevaba un top blanco ajustado, una camisa del color azul claro abierta en sus tres primeros botones, y que caía suelta por encima de sus vaqueros. Pero la cuestión no radicaba en su vestimenta, si no en su aspecto en general. Se había recogido el pelo en lo alto, perfilado la raya de los ojos dotando a su mirada de un auténtico reclamo para cualquiera que la contemplara, como hacía él en ese momento. Sus labios aparecían fruncidos en un claro gesto de impaciencia, de estar esperando a que él se decidiera a entrar en casa, o le dijera que la esperaba allí.

—Bien, pues podrías empezar por pasar dentro mientras termino —le pidió mientras ella bajaba su mirada indicándole a Andrew el camino hacia sus pies descalzos.

—Claro. He venido pronto.

Se sentía torpe, cohibido y tímido con ella allí. Pero, ¿qué había cambiado entre ellos en las horas que no se habían visto? Andrew no creía que aquello pudiera estar sucediendo pero verla en ese instante le estaba provocando una serie infinita de sensaciones y deseos de lo más alocados y sin sentido.

Una vez en el interior del piso de Rose, y mientras Candace desaparecía de su vista con un «ponte cómodo» haciendo referencia al salón, Andrew tuvo la impresión por primera vez, de que aquella encerrona por parte de su hermana y de su mejor amiga, no había sido una buena idea. No cuando la mujer a la que había prometido enseñar la ciudad durante las dos semanas que pasaría allí, podía alterarle las ideas con aquella pasmosa facilidad.

Candace regresó a la habitación con una sensación de alivio en su interior, pero de sorpresa al mismo tiempo. Alivio porque parecía que sus nervios iniciales por volver a ver a Andrew se habían aplacado en el momento que abrió la puerta y lo vio. Sí, y en parte se debía a que él parecía tan cortado y tan tímido cuando ella se quedó en el umbral de la puerta esperando a que se decidiera a entrar. ¿Y este era el mismo tío del que le

había hablado Rose la noche anterior? ¿Qué tuviera cuidado con él? Candace sacudió la cabeza desechando ambas ideas mientras se calzaba unas botas negras de medio tacón y que elevaban su estatura un poco. Aunque no como para quedar a la misma que Andrew. Suspiró mientras preparaba un pequeño bolso y luego cogía su medio abrigo negro en la mano y caminaba hacia el salón.

Andrew mataba el tiempo observando la colección de libros que poseía Rose, ajeno en todo momento a la persona que ahora caminaba en su busca. Escuchó el sonido de los pasos sobre el parqué de la casa e inspiró hondo antes de girarse hacia ella a la espera de que su presencia no le afectara tanto.

—¿Hace frío?

—Ah, depende lo friolera que seas. Aquí en Stirling es como en Londres.

Candace asintió sin poder borrar su sonrisa. Se le veía tan... cortado. Se puso el abrigo, se cruzó el bolso en bandolera y aguardó a que él le dijera algo.

—¿Qué tal?

—Perfecta.

Candace se mordisqueó el labio para disimular la sonrisa que aquel comentario acababa de provocarle. Definitivamente, Andrew no parecía tener interés en saltar sobre ella como señaló Rose. Eso, o era de los que iba poco a poco, preparando el terreno hasta que llegaba su momento. Pero le agradaba, le hacía sonreír, y le transmitía una calma que no esperaba encontrar esa tarde.

4

Andrew tenía la ligera impresión de que a medida que pasaba el tiempo con Candace, su sensación de sentirse cohibido iba desapareciendo. Pero al mismo tiempo sentía cierta intranquilidad. Una cosa era coincidir y charlar durante un viaje, y otra muy distinta quedar para salir por la ciudad, aunque fuera en plan de «turismo»

—Creo que dado la hora que es, nos limitaremos a dar un paseo por el centro.

—Estoy en tus manos —le dijo mientras le obligaba a mirarla y ella percibía el desconcierto que su comentario acababa de provocarle.

—En ese caso espero ser un buen anfitrión y que puedas llevarte una grata impresión de la ciudad cuando vuelvas a Londres.

—Si lo hago es porque mi particular guía ha conseguido transmitirme el encanto de esta ciudad —le aseguró mientras sus cuerpos se rozaban a cada paso que daban.

—Gracias por la parte que me toca, pero que sepas que nunca he enseñado la ciudad a nadie, ¿de acuerdo?

—Entiendo que ha sido una especie de encerrona por parte de Rose y de tu hermana.

—En toda regla —asintió él convencido de que así había sido y de que no había podido echarse atrás.

—Siento que haya sido así. Lo último que pretendía de ti era que... — Candace se calló cuando Andrew sacudió la cabeza mirándola de una manera que ni él mismo esperaba. Con cierto cariño por verla disculparse ante él.

—Ni hablar. Si te soy sincero, en un principio me cogió desprevenido, pero luego, a medida que han ido pasando las horas y lo pensaba... La verdad es que me apetecía mucho hacerlo —Andrew no podía creer que en verdad se lo hubiera dicho. Pero, ¿era cierto o sólo lo decía por quedar bien? Pero

cuando observó con atención como sus palabras iluminaban el rostro de Candace, pensó en serio, si no se había precipitado. Si no se había pasado porque ella pudiera entender que él estaba ansioso por volverla a ver.

—En ese caso debo sentirme halagada. Y más después del día que te di ayer.

—Oh, no, no. No insistas con eso. Ya te he dicho que no fue el viaje que tenía pensado.

—Seguro que no se te había pasado por la cabeza la posibilidad de compartirlo con alguien tan pesado como yo. No dejé de hablar durante el vuelo desde Stansted. Por favor, deberías haber solicitado a la azafata el cambio de asiento. Te recuerdo que el avión no iba completo —le dijo con la misma sonrisa que se había pasado la práctica totalidad del vuelo. Eso y charlando con él sin parar. Y que él no solo le había dado conversación, si no que le había escuchado con paciencia, con interés, y eso le había llamado la atención.

—En serio, me agradó conocerte.

Candace entornó la mirada hacia Andrew como si pretendiera averiguar si lo decía en serio o bien le estaba tomando el pelo. Pero lo que percibió hizo que su interior se calentara con una ola de calidez desconocida. Algo nuevo. Algo distinto que la había sorprendido.

—Bueno, ¿qué podemos hacer estos días aquí? —Candace desvió la conversación hacia temas más triviales. No quería adentrarse en más conversaciones personales, ni recibir más halagos por parte de él. Prefería centrarse en el motivo por el que estaba allí y que era pasar los días de Navidad hasta la llegada del nuevo año.

—Visitar el castillo, el monumento de Wallace, dar un paseo por el exterior de las murallas, lo que se conoce como el «Back Walk», echar un vistazo a los puestos navideños, ir de compras a los centros comerciales...

—¿Tú, de compras conmigo? —Candace lo miró con el claro sentido de la perplejidad porque lo dijera.

—¿Por qué me miras de esa manera? ¿Piensas que no puedo acompañarte a las galerías comerciales? —Andrew le pareció ofendido por su comentario, pero ella sabía que bromeaba, pero todo se complicó cuando él en su fingido enfado se acercó más de la cuenta hasta ella. Hasta que su presencia ocupó todo su campo de visión, hasta que experimentó que parecía que le faltara el aire y que su corazón acelerara su ritmo de manera inusual y frenética.

Andrew se había dejado llevar por la situación. Y ahora estaba tan cerca de Candace que podía contemplar su propio reflejo en la mirada de ella. Su perfume adormecerlo sin que él opusiera una resistencia feroz. Pensaba que sería inmune después del día anterior, y de que se había quedado impregnado en su propia ropa.

Candace pensó que esta vez nada lo detendría y la acabaría besando. El día anterior se habían producido situaciones fortuitas en las que ambos se habían quedado en silencio, contemplándose como dos desconocidos, mientras sus gestos eran los que hablaban y los que expresaban lo que cada uno desearía hacer. Habían sido varias las situaciones en las que podían haber dado ese paso que ahora Candace tenía la impresión de que darían.

Andrew entreabrió los labios para decir algo. O más bien para inclinarse y apropiarse de los de ella. De hacerlos suyos porque era lo que deseaba en ese preciso instante.

Candace se humedeció los labios, mientras sentía los dedos de él rozar de manera tímida, casual y disimulada los suyos propios. La reacción a esta tibia caricia fue un escalofrío que recorrió todo el cuerpo de ella, erizándole su piel sin ninguna tregua.

—¡Andrew!

Alguien lo llamó captando su atención a pesar de que le había costado Dios y ayuda reaccionar y desviar su atención de Candace. Esta tuvo la sensación de que alguien parecía empeñado en estropearles ese momento.

—Elsie. Kayla —asintió Andrew desconcertado porque había estado a un paso de besar a Candace.

Esta centró su mirada en las dos mujeres, que se acercaban a ellos y saludaban a Andrew, primero y después a ella.

—Hola, soy Elsie, compañera de Andrew en el periódico —le dijo esta con la cámara de la mano y una sonrisa socarrona en su rostro mientras ahora lo miraba a él.

—Encantada.

—Yo soy Kayla, también compañera de Andrew.

—Mucho gusto.

—¿Dando una vuelta? —preguntó dirigiéndose a Andrew en esta ocasión. Kayla entrecerró los ojos mientras lo miraba en su búsqueda de respuestas. ¿Quién era aquella chica tan risueña con la que estaba? ¿Acababa de regresar a casa y ya tenía un ligue?

—Sí, más bien enseñando la ciudad a Candace —le aclaró Andrew

mientras desviaba su atención hacia esta y percibía la tímida sonrisa que bailaba en sus labios en esos momentos; el color que tenía sus mejillas debido al frío. Y el brillo hechizante de su mirada.

—¿Eres de fuera? —preguntó Elsie deseando saber más de la compañía de Andrew. ¿Era ella por la que lo había notado tan nervioso esa tarde en el periódico?

—De Londres.

—¿Y has venido a pasar las Navidades?

—Sí, estoy en casa de una amiga de la hermana de Andrew —Candace intercambió una mirada con este en busca de algo más que su aprobación. Tal vez de cierta complicidad.

—Escapando del agobio de la capital en estas fechas...

Candace entreabrió los labios para decir algo pero al final se limitó a asentir.

Kayla, por su parte, permanecía en silencio. Expectante. Observando el comportamiento de ambos mientras Elsie se lanzaba a hacer las preguntas. No tenía nada para callarse. Pero su comportamiento le servía para pasar la mirada de Andrew a su nueva amiga y percibir cierta complicidad. Algo que se notaba en el aire.

—¿Ya habéis terminado el reportaje de Navidad? —Andrew desvió el tema hacia el trabajo para que Elsie no atosigara con sus preguntas a Candace.

—Sí, el tema de las fotos está concluido —apuntó Kayla por fin dejando a un lado sus sospechas acerca de Andrew y su amiga—. Falta redactar el texto que las acompañara y ver qué opinión tiene Stewart.

—Hay un mercadillo navideño cerca de aquí —señaló Elsie a su espalda.

—Sí, supongo que daremos un paseo para que Candace lo vea.

—Eso sí, no tiene nada que ver con los de Londres —apuntó Elsie—. Stirling es una ciudad pequeña.

—No te preocupes no he venido buscando lo mismo que hay allí.

Kayla asintió con una sonrisa entre la ironía y la perspicacia de sus palabras.

—Creo que deberíamos seguir recorriendo las calles de la ciudad o se nos hará tarde —Andrew dio por zanjada la charla deseoso por alejarse de Kayla. Había percibido su manera de mirarlo primero a él y luego a Candace. Era consciente de que mañana se acercaría a él en el periódico y le haría un

tercer grado para saber hasta qué punto conocía a Candace, y por su puesto qué expectativas tenía con ella.

—Sí, es mejor recogernos —aseguró Elsie—. Encantada, Candace. Y a ti te veo mañana —le dijo a Andrew con un guiño.

—Te veo mañana, Andrew. Y procura ser un buen anfitrión para tu amiga —le susurró mientras sonreía y lanzaba una mirada bastante reveladora a Candace.

—Lo tendré en cuenta. Nos vemos mañana.

Cuando volvieron a quedarse a solas ninguno de los dos parecía tener intención de decir una sola palabra, puesto que permanecieron en silencio mientras se contemplaban. ¿Qué estaba sucediendo? Si alguien lo sabía que se acercara y se lo dijera.

—¿Te apetece ver los puesto navideños? —Andrew rompió el mágico silencio que los había cubierto durante unos instantes.

—Sí, ¿por qué no? Tu compañera, Elsie, es muy lanzada a preguntar a la gente, ¿no? Me ha parecido muy alegre y extrovertida.

—La conozco desde esta mañana. No puedo decirte mucho más.

—En cambio la otra...

—Kayla.

—Sí, es más callada, y se dedica a escuchar y a observar desde la distancia.

—Sí, es más cautelosa. Kayla, Stewart y yo fuimos compañeros en la facultad.

—De manera que ya os conocíais —Había un toque muy sutil en el comentario de Candace que Andrew percibió pero que decidió obviar porque era un asunto que no venía al caso.

—Eso es.

Candace dibujó una media sonrisa cuando vio el gesto Andrew. Apartó la mirada de ella y no dijo más. Era como si no le apeteciera hablar sobre Kayla o sobre los años en la universidad. ¿Tal vez sucedió algo entre ellos que no terminó bien? Se preguntó Candace mientras caminaba al lado de Andrew y poco a poco se dejaba envolver por el ambiente navideño que se respiraba en las principales calles del centro.

La gente parecía haber salido de sus casas y de sus trabajos a la vez para concentrarse en Kings Street, la calle principal de la vida en la ciudad.

—¿En serio te has escapado del bullicio de Londres para venir aquí?

—En parte. Rose llevaba tiempo pidiéndome que viniera a visitarla. Y

bueno, aprovechando mi período de vacaciones en la publicación, decidí hacerle la visita que le debía desde hacía tanto.

—Ya, pero, me parece que con ella vas a pasar poco tiempo —apreció Andrew elevando sus cejas hasta formar un arco que se perdía bajo algunos mechones, y sonreía.

—Sí, en eso tienes toda la razón, pero... ¿Sabes? No me importa en absoluto.

Andrew se quedó sin respiración cuando la escuchó decirlo. ¿Qué quería que interpretara con aquel comentario?

—Ya, pero, venir hasta aquí para pasar las vacaciones de Navidad con tu amiga y acabar recorriendo la ciudad conmigo —Andrew no sabía qué más podía decirle, porque aquella situación sí que era de lo más curiosa.

—Pero, ¿no fueron tu hermana y mi amiga las que propusieron que fueras tú quien me enseñara Stirling?

La pregunta de ella volvió a dejarlo sin capacidad de reacción. Y más si prestaba atención a su sonrisa, y a su mirada.

—Totalmente de acuerdo.

Candace sintió un ola de calor invadirla por completo. Cuanto más tiempo pasaba con Andrew, más relajada se sentía. Era una sensación diferente a lo que había experimentado en otras ocasiones que estuvo en compañía de un hombre. Pasearon a lo largo de las casetas de madera que mostraban sus regalos, sus dulces, y demás surtido de elementos de decoración navideña. Ambos intercambiaron miradas, sonrisas, e incluso Andrew se permitió la licencia por un momento de rodearla con su brazo para sentir más cerca de él. Y Candace dejó que el suyo se deslizara por debajo del de Andrew, aferrándose a este para caminar juntos como una pareja de viejos amigos que se encuentran después de una temporada sin verse. Una cálida e inesperada complicidad los acompañó a lo largo de la noche.

—Oye, estaba pensando si te apetecería cenar algo en una taberna.

Candace sonrió mientras las piernas parecían temblarle y no de frío en realidad. Más bien se debía al nerviosismo de aquella invitación. Se detuvo para poder contemplarlo con el rostro iluminado por aquella sensación que comenzaba a experimentar.

—Salvo que tengas otros planes, claro está —Andrew se apresuró a explicarse cuando vio el gesto dubitativo en ella. Tenía la impresión de que estaba valorando la posibilidad de aceptar aquella invitación.

—¿Qué otros planes puedo tener en esta ciudad? Solo te tengo a ti —le

aclaró sin pensarlo dos veces, hasta que percibió el gesto de perplejidad en el rostro de Andrew. Sin duda que su comentario podría haberle parecido demasiado personal y directo—. Me refiero a que Rose tiene sus propios planes y que no hemos quedado en vernos. Por eso te decía que o me quedo contigo, o sola —le aclaró en un intento por parecer de lo más normal posible. No quería que Andrew pensara que ella deseaba quedarse con él de todas, todas porque estaba disfrutando de su compañía.

—Me parece bien, porque si te soy sincero, yo tampoco tengo a nadie —le susurró mientras se volvía a inclinar sobre ella para susurrarle sus palabras y encender la alarma en el interior de Candace. Pero, ¿cómo podía no hacerlo cuando él se mostraba tan atento con ella?

Candace le sostuvo la mirada mientras entreabría los labios para tomar aire, el mismo que él acababa de robarle con su mirada. Varias nubes de vapor se formaron en un instante para fundirse con las propias de él. ¿Una señal?

—Entonces, ¿no es una casualidad que nos encontremos en la misma situación? —Candace apenas sí tenía fuerzas para pronunciar aquellas palabras. Creía que se quedarían atascadas en su interior, que no podría salir con Andrew allí, de pie contemplándola de aquella manera tan particular y que ella no había percibido después de las horas que habían compartido desde el día anterior.

—No, no lo es —le aseguró mientras sacudía la cabeza y se preguntaba si besarla en ese momento era lo más acertado porque en verdad que se moría de ganas de hacerlo.

Candace sonrió mientras cerraba los ojos e inspiraba hondo en un intento claro por buscar la calma que la situación requería. Si aquella situación que se estaba produciendo desde que se conocieron no era una casualidad, entonces, ¿qué era? ¿Cómo iba a definirlo? ¿El destino? Candace era consciente de que estaba de paso allí por las navidades, y lo que menos necesitaba era liarse la cabeza con él. De acuerdo que el momento lo requería. Que la besara, o besarla ella. Pero debía mantener la cabeza en su sitio si no quería perder el corazón por él. Candace bajó la mirada mientras parecía recuperar la compostura y al volver a centrarse en Andrew le pareció que él había mudado el gesto. ¿Esperaba que entre ellos dos se produjera ese beso que se habían negado en varias ocasiones desde que se conocieron? En otras, alguien o algo había venido a romper el hechizo en el que se habían mantenido, pero ahora, ¿qué había sucedido? ¿Tal vez Andrew se había dado

cuenta de lo que había y entonces prefirió dar un paso hacia atrás al igual que había hecho ella?

—De acuerdo. Vayamos a cenar.

Andrew asintió complacido por ello, aunque en su interior tenía la sensación de que una parte de él había resultado tocada momentos antes. Tal vez, después de todo, fuera mejor así. Además, ¿no le había asegurado a su hermana que no tenía ningún interés en Candace? ¿Qué había cambiado entonces?

La noche discurrió plácida mientras Andrew y Candace volvían a disfrutar de esa complicidad que parecía haberlos estado aguardando desde que coincidieron en el avión. Y no parecía que tuviera intención de abandonarlos. Porque si momentos antes ambos parecían haber dudado de lo que les sucedía, y parecía que fueran a tirar la toalla, ahora sentados un frente al otro mientras terminaban la cena, tenían la certeza de que aquello no era una casualidad.

—¿Por qué decidiste marcharte a Londres mientras tu hermana permanecía aquí?

Andrew se apoyó contra el respaldo de la silla y dejó la mirada suspendida en el vacío mientras pensaba en la respuesta.

—Yo vi una oportunidad de salir de aquí. De conocer otros lugares, gente, ciudades y diversas maneras de afrontar el trabajo. Mi hermana siempre ha estado muy apegada a esta ciudad. Adora Stirling. Prefirió quedarse aquí y graduarse en Turismo.

—Pero, ahora mismo... —Candace sacudió la cabeza sin comprender ese cambio en Lizzie.

—Trabajó como guía turística durante algunos años. Primero en la ciudad. Recorriendo sus emblemáticos lugares, como puedes imaginarte. Luego, tuvo una temporada que decidió cambiar y adentrarse en excursiones al parque de las Trossachs y Loch Katrine. Fue entonces cuando yo me marché a Londres.

—Pero, ¿por qué este cambio? De guía turística a guía de los sentimientos —comentó Candace con una sonrisa y el calor encendiendo su rostro.

—Buena pregunta y gran comparación. En serio, mi hermana siempre ha sido muy inquieta en todos los sentidos. No aguanta en un trabajo más de un par de años. Luego busca otro y cambia. No le gusta atarse a nada de una manera indefinida. Tal vez por ese motivo le he conocido varias parejas y

amigos con derecho a roce.

—Hasta que encuentre alguien que haga que se lo plantee.

—Es posible.

—Ahora tiene una agencia de citas para encontrar una pareja que se ajuste a sus necesidades.

Andrew resopló al escuchar aquel comentario. Sacudió la cabeza desechando la opción.

—Pongo en duda que Lizzie llegue a tener una pareja estable algún día

—Andrew abrió los ojos hasta su máxima expresión y asintió convencido de sus palabras.

—¿Y tú? —Candace no supo si fue fruto de lo bien que se lo estaba pasando; de la compañía de Andrew o tal vez de la calidez que emanaba de su presencia y que continuaba sumiéndola en un estado de relax. Se dio cuenta de que tal vez se había precipitado a la hora de hacerle esa pregunta tan personal, y quiso retroceder en el tiempo para borrarla. Pero ya era tarde.

Andrew frunció el ceño y la contempló cómo si en verdad no la hubiera escuchado. ¿En serio le había preguntado por su vida sentimental? ¡Por San Andrés!

—¿Te refieres a si tengo pareja? —Andrew entornó la mirada hacia ella dudando de si en realidad ella tenía interés en saberlo, o había sido una pregunta trivial dada las circunstancias.

—Disculpa si te ha parecido una pregunta demasiado íntima. No era mi intención que te sintieras mal, ni que...

—No, no me ha molestado. Después de la cantidad de conversaciones que hemos mantenido, es un tema que nos quedaba por tocar —su negativa calló a Candace, pero sobre todo la manera tan intensa con la que en ese momento la estaba contemplando—. No tengo pareja.

Candace tuvo la ligera impresión de que los nervios se asentaban en su estómago. Sintió el escalofrío recorriendo su cuerpo e intentó recomponerse de aquella sensación. Por fortuna, él no se la había devuelto.

—Tal vez ahora que mi hermana trabaja en un Web de contactos, podría echar un vistazo —bromeó haciéndole ver a ella que su pregunta no le había molestado lo más mínimo. Ahora observaba la reacción que su comentario acaba de producirle—. Si me lo permite —matizó elevando sus manos.

—¿Crees que dos personas que se citan pueden encontrar el amor?

—Tú y yo ahora mismo nos hemos citado aquí y ahora —le aseguró mientras Andrew se daba cuenta del esfuerzo que le estaba costando no

levantarse de la silla para ir hasta ella, cogerla de la mano y acercarla a él para besarla. No tenía ni idea.

Candace se quedó con los labios entreabiertos como si fuera a decir algo. Pero a lo más que llegó fue a coger aire porque aquellas palabras acababan de robarle el poco que le quedaba esa noche. ¿O todavía se veía capaz de aguantar hasta el final de la misma?

—Deberíamos irnos —sugirió Andrew echando un vistazo al móvil. Más por el mal trago que ambos estaban pasando, que porque en verdad él lo deseara—, si te parece bien.

—Sí.

—De acuerdo —Andrew levantó la mano hacia el camarero para que le llevara la cuenta a la mesa mientras Candace buscaba en su bolso—. ¿No irás a hacer lo que estoy pensando? —Andrew entornó la mirada hacia ella mientras empleaba un tono de voz entre la sorpresa y la autoridad.

Candace se quedó mirándolo sin comprender por qué lo decía. Lo vio sacudir la cabeza en repetidas ocasiones.

—No es justo. Deja que al menos pague mi parte —le pidió con un tono de súplica mientras le mostraba un billete de veinte libras y lo miraba como una gatita indefensa.

—Ni hablar. No pienso dejar que pagues —le dejó claro mientras cogía la cuenta del camarero, echaba un vistazo y le entregaba un par de billetes—. Quédate el cambio.

—Insisto en que deberías...—Andrew se había levantado de la silla para permanecer delante de ella con una mirada que no parecía dejar lugar a dudas. Pero lo que de verdad pareció intimidar a Candace fue el hecho de que él, ocupara todo el espacio.

—En otra ocasión.

—Te tomo la palabra —le rebatió mientras se encaraba con él sin ser consciente de lo cerca que estaban, ni de la atracción que él ejercía en ella.

—De acuerdo. Ahora, marchémonos.

Salieron al frío de la noche. Apenas si quedaba gente en la calle, y la poca que paseaba lo hacía de manera apresurada para resguardarse cuanto antes en sus casas. Candace se abrochó su abrigo y metió sus manos en los bolsillos del mismo. Lanzó una mirada hacia Andrew como si en realidad esperara a que él la rodeara con su brazo y la trajera hacia su cuerpo para darle algo de calor.

Andrew caminaba con la mirada fija en el suelo mientras se preguntaba

en repetidas ocasiones qué debía hacer en ese momento. En otras ocasiones, con otras mujeres, ya la habría besado y estarían camino de su casa para acabar bajo las sábanas, sobre estas o enredados entre las mismas. Pero con Candace... Tal vez lo retenía el hecho de no querer iniciar una aventura con una mujer que en dos semanas se marcharía de Stirling y saldría de su vida. Pero, ¿acaso le preocupaba que ella lo hiciera? Él había hecho lo mismo con Amanda cuando aceptó el empleo en Londres. ¿Qué diferencia había? Que ahora era *ella* la que se marcharía dejándolo solo.

—Tal vez mañana podríamos darnos un paseo por el exterior de las murallas. Es un paseo tranquilo y relajado. Así puedes ver los jardines que hay. O si prefieres visitar el castillo...

Candace parecía no haberlo escuchado porque no respondió en un primer momento. Y solo cuando percibió la mirada fija de él, entonces reaccionó.

—Lo que tú prefieras. Yo, no tengo predilección.

Andrew asintió. Aquella enigmática muchacha lo tenía descolocado, y eso ya era algo porque antes ninguna de sus conocidas «amigas con derecho a roce» lo había conseguido.

—Lo tendré en cuenta cuando llegue el momento. Por cierto, ¿qué has hecho esta mañana?

—Acompañé a Rose a la universidad y pasé allí gran parte de esta.

—¿Y después?

—Regresé a casa, coloqué todo mi equipaje y preparé la comida.

—¿Comiste sola? —Había un toque de sorpresa o tal vez inusitado interés en la pregunta de él.

—Sí. Rose tenía una hora y luego debía volver al trabajo.

—Claro.

Ambos habían reducido la velocidad de sus pasos como si supieran que se acercaban a la casa de Rose. Como si no quisieran que ese momento se produjera, pero cuando llegaron a la calle en cuestión no les quedó más remedio que detenerse.

—Pronto nevará —anunció Andrew levantando su mirada hacia un cielo completamente blanco para no quedarse haciéndolo en el rostro de Candace.

—¿Tú crees? —Ella se quedó con la mirada fija en él. El cielo no era en realidad lo que había captado toda su atención, si no *él*.

—Sí —asintió mientras la miraba de reojo y se daba cuenta de que ella no estaba prestando atención al cielo sino a él. Ambos se giraron para

quedarse callados mientras parecía estar estudiándose. Andrew se acercó midiendo la distancia que los separaba, las reacciones de Candace y las suyas propias. Y estaba convencido de que en ese momento nada ni nadie iba a evitar lo que llevaban prolongando esa noche—. Tal vez deberías irte.

Candace escuchó el susurro de aquellas palabras, el aliento de Andrew tan cerca de sus propios labios que sintió que podía fundirse con el suyo propio. Cerró los ojos mientras entreabría un poco más su boca para que él se adueñara de ella. Un suave roce, una tibia caricia que alentó su deseo. Dejó que él jugueteara con estos mientras la rodeaba con sus brazos para atraerla hacia él y refugiarse del frío. Andrew escuchó el gemido de Candace, ahogado en la calidez del beso. Y como ella se aferraba a sus brazos mientras echaba hacia atrás la cabeza convirtiendo el tibio beso inicial en uno más anhelado y deseado. Sus lenguas se encontraron para danzar juntas durante el tiempo que duró el anhelo por besarse.

Andrew enmarcó el rostro de Candace entre sus manos mientras apoyaba la frente sobre la de ella. Sus pulgares recorrieron sus mejillas mientras trataba de controlar la sensación nerviosa que acababa de invadirlo.

Candace cubrió las manos de él con las suyas como si le pidiera que no las retirara; quería seguir sintiendo su caricia sobre su propio rostro. Lo miró de manera fija mientras ahora era ella la que buscaba los labios de él para dejarle una secuencia de besos cortos y rápidos que provocaron las carcajadas en ambos.

—Creo que deberíamos dejarlo aquí, o nos quedaremos congelados —le aseguró Andrew mientras se apartaba de ella y se quedaba contemplándola con inusitado interés.

—Vale. Mañana hablamos —le dijo mientras se volvía hacia el portal y desaparecía en su interior mientras Andrew permanecía en el sitio sin poder pensar en nada más que en lo que acababa de suceder. Ahora mismo no quería pararse a pensar en nada más. No tendría sentido hacerlo. No. Lo había hecho. Había dado el paso que tal vez no le convendría, y ahora no había posibilidad de desandar lo andado.

Candace entró en el apartamento de Rose con un leve mareo que ella achacó al vino que había tomado en la cena. Pero sin duda que se había visto intensificado con el beso de Andrew. Se quedó apoyada con la espalda contra la puerta mientras Rose la contemplaba desde el sofá del salón con una mirada que lo expresaba todo. Entreabrió boca para decir algo pero fue Candace, quien se adelantó yendo hacia ella con la mano extendida.

—Sé lo que vas a decirme de manera que, ahórratelo —le pidió mientras Rose boqueaba como si fuera un pez fuera del agua y sacudía la cabeza.

Candace se quitó el abrigo y lo dejó doblado contra el respaldo del sofá. El bolso sobre el asiento y se sentó con las piernas y los brazos cruzados mientras evitaba la mirada de su amiga.

Cuando Andrew entró en su apartamento y cerró la puerta, no estaba seguro del todo de si acababa de hacer lo correcto con Candace. De acuerdo que le gustaba y que la deseaba, pero... La duda de que la situación se le fuera de las manos lo tenía tenso. Sí, porque por primera vez estaba descubriendo emociones y sensaciones que no había conocido. Y en eso tenía mucho que ver Candace. Por ahora prefería meterse en la cama, aunque con ella dando vueltas en su cabeza, intuía que le costaría conciliar el sueño. Por ese mismo motivo se quedó sentado en el sillón del salón mientras pensaba en que todo aquello estaba sucediendo de una manera vertiginosa. Inesperada. Sonrió cuando Lizzie se le vino a la mente, ¿qué tal le habría ido? Mañana se pasaría a verla no fuera a ser que su misterioso Don Juan hubiera dado señales de vida.

* * *

Lizzie echó un vistazo a su móvil para comprobar si había algún mensaje del tal Jason; pero para su desilusión no había dado señales de vida. Sintió un ligero malestar porque habían pasado un par de días desde que se creó el perfil y le envió la solicitud para quedar y conocerse. ¿Tanto le costaba aceptar una solicitud? Bueno, tal vez no hubiera revisado su email, o estaba tan liado con su trabajo que no había caído en la cuenta de echar una miradita a mail; o tal vez hubiera desistido después de veinte citas, que habían terminado en un estrepitoso fracaso. Fuera lo que fuese ella debía seguir con su propia vida y esperar a ver qué sucedía en los siguientes días.

Aparcó el tema de su cita para pensar en su hermano. No la había llamado, ni se había pasado por su casa para comentarle qué tal le iba con Candace en su papel de anfitrión. Sonrió mientras tecleaba y revisaba los nuevos expedientes que entraban en la Web.

—¿No has tenido noticias de nuestro misterioso rompecorazones?

Lizzie resopló a la vez que sacudía la cabeza. Volvió la mirada hacia su compañera y explicarle en qué estado estaba la cosa.

—Desde que creamos el perfil la otra tarde no he recibido ninguna respuesta.

—Bueno, tal vez sea pronto para ello. Quizás se le ha pasado por alto.

—Sí, yo también lo he llegado a pensar. Por ese motivo no me obsesiono con que pueda responder.

—¿No irás a tomarlo como algo personal? —Lauree entornó la mirada con un toque de curiosidad.

—¿Yo? Ni hablar. ¿Cómo puedes pensar eso? —Lizzie saltó a la defensiva en cuanto su compañera le hizo la pregunta.

—Solo era curiosidad, chica.

—Pues que sepas que la curiosidad mató al gato —le dijo malhumorada porque Lauree pensara que se lo tomaba como algo personal—. No necesito registrarme en la Web para tener una cita. Ni me preocupa que el tal Jason no me haya aceptado la solicitud —le dejó claro mientras fruncía el ceño y sentía que un calor sofocante, que no sabía de dónde procedía, la invadía hasta ser visible en su rostro.

Su móvil vibró sobre la mesa haciendo que Lizzie se sobresaltara y que Lauree lanzara una mirada de curiosidad a esta.

—Tranquila, es Rose —le anunció para que su compañera se relajara—. Dime, ¿qué sucede?

—*Hola Lizzie, dime, ¿has hablado con tu hermano?* —El tono irónico de Rose encendió todas las alarmas en Lizzie. ¿Qué había sucedido?

—No sé nada de él desde la tarde que estuvimos todos juntos tomando algo. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Hay algo que deba saber? —le preguntó con un ligero ronroneo irónico mientras se acomodaba en su asiento.

—*Bueno, la verdad es que...*

—Deja de darme largas y suéltalo, ¿qué ha pasado?

—*Se han liado.*

Hubo un momento de silencio en la línea. Lizzie escuchaba la respiración de Rose al otro lado de la línea, mientras ella cerraba los ojos, se mordía el labio y sacudía la cabeza. Luego resopló mientras intentaba hacerse a la idea de lo que su amiga acababa de soltarle.

—¿Te lo ha dicho ella?

—*Más o menos.*

—¿Cómo que más o menos? O se han liado o no —Lizzie elevó la voz captando la atención de Lauree, que la miraba con los ojos como platos y la boca abierta como si fuera un pez.

—A juzgar por cómo apareció Candace anoche en casa, mirándome y pidiéndome que no le dijera nada... Deberías haber visto el semblante de su rostro.

—¿Tanto le afectó?

—Ahora mismo, puedo asegurarte que está hecha un lío.

—Pero, ¿qué te ha contado?

—Que estuvieron por ahí dando una vuelta; que tu hermano la invitó a cenar...

—Un momento, un momento. ¿Has dicho que mi hermano la invitó a cenar? —Lizzie se apoyó en la mesa porque sin duda que aquella revelación acababa de dejarla sin aliento y mareada.

—Sí. No la dejó pagar.

—No me lo puedo creer. No es mi hermano —Lizzie se mostró rotunda en esta afirmación porque conocía a Andrew a la perfección; o eso creía después de escuchar a su amiga.

—Por eso te llamaba. Por si lo habías visto y te había contado algo.

—Ya te he dicho que no le he visto, pero ahora mismo lo llamo para quedar con él a comer. Por cierto, ¿qué sucedió después de la cena? —Lizzie bajó el tono de la voz, arqueó una ceja con suspicacia, aunque no había que ser muy inteligente para suponerlo. ¿Se había llevado a Candace a su apartamento y allí...? Lizzie interrumpió su pensamiento cuando prestó atención a Rose.

—Creo que la despedida fue... acorde a la velada. Ya me entiendes.

Lizzie resopló.

—La verdad, esperaba que sucediera algo así entre ellos cuando los vi la otra tarde. ¡Pero no que fuera a las primeras de cambio! ¡Joder con mi hermano!

—Bueno, solo quería que lo supieras, por si lo ves y te comenta algo. O lo notas algo raro.

—Sí, lo tendré en cuenta. Descuida. Oye, ¿qué tal está ella?

—Ya te he dicho. Hecha un lío ahora mismo.

—Ya claro...

—Hablamos.

—Sí, descuida.

Lizzie cortó la comunicación, dejó el móvil sobre la mesa y se recostó contra el asiento mientras su mente quedaba en blanco. Su mirada fija en algún punto en el vacío. ¿Se había parado a pensar Andrew en las

consecuencias de sus actos? Esto es, que Candace estaba de paso en Stirling para disfrutar de las fiestas navideñas. Claro que sabiendo lo que opina su hermano de los rollos esporádicos...

—¿Todo bien? —La voz de su compañera obligó a Lizzie a girar el rostro hacia ella y emitir un leve quejido mientras arqueaba sus cejas.

—Mi hermano.

—Ya te he escuchado.

—Vuelve a las andadas nada más regresar —Lizzie resopló al tiempo que escuchaba un pitido en su ordenador. Un nuevo mensaje. Sintió una corriente de frío subirle por la espalda. Durante unos minutos se había olvidado del asunto que la había ocupado antes de recibir la llamada de Rose. Se acercó a la pantalla y pasó el dedo por el ratón del portátil. Sentía que el pulso iba ganando velocidad a medida que ella pulsaba aquí y allá. Fijó la mirada en la pantalla y entonces se quedó paralizada. Pensó que le acababa de dar un síncope o algo parecido porque dejó de respirar. Se quedó con la boca abierta mientras leía el contenido del mensaje.

—¿Y ahora qué pasa? —Lauree fijó su atención en Lizzie mientras ella parecía una estatua, hasta que agitó la mano haciéndole señales para que se acercara a su mesa.

Ahora ambas leían el mail que Lizzie acababa de recibir. Y tras unos segundos de silencio mutuo, se miraron y asintieron.

—Ahí tienes tu oportunidad —se limitó a susurrarle Lauree mientras Lizzie pensaba si ella también se había parado a pensar y a valorar las consecuencias de sus actos.

—Quiere quedar esta tarde... —murmuró Lizzie sin pestañear y sintiendo que el aplomo que había demostrado en otras ocasiones, ahora parecía estarse fundiendo como la nieve. Se quedó pensativa durante unos minutos en los que pareció que no fuera a aceptar la invitación de Jason.

—¿Y a qué esperas para decirle que sí? —Lauree observaba a su compañera y no entendía por qué tardaba tanto en responderle—. ¿No irás a decirme que no vas a hacerlo? ¡Joder, Lizzie, el otro día clamabas al cielo y echabas pestes porque este tío podría dar una mala imagen de la Web!, ¿recuerdas?

—Pues claro que voy a hacerlo. Mira ya está. Hecho —Lizzie no quería que su compañera le sermoneara todo el día con la cita, de manera que en un arranque de furia aceptó la cita de Jason, y comenzó a redactarle un breve mensaje para quedar esa misma tarde mientras la sangre crepitaba en su

interior—. ¿Pensabas que no lo haría? —Lizzie entrecerró sus ojos para enfocar su mirada hacia Lauree mientras ella misma trataba por todos los medios de dominar sus propios nervios.

—No.

—Y ni se te ocurra pensar que tengo algún tipo de interés personal en todo esto que no tenga que ver con el trabajo —le advirtió con una sonrisa irónica mientras volvía a fijar su mirada en la fotografía de él adjunta a su expediente, y sentía una extraña corriente por todo su cuerpo. Jason tenía el pelo oscuro, los ojos del mismo color y una sonrisa que si lo pensaba, sería capaz de hacer que una mujer lo besara. Lizzie no se había parado a fijarse en él de la manera en la que lo estaba haciendo en ese momento. Movi6 la cabeza; frunci6 el ceño y por 6ltimo se mordió los labios.

—¿Por qu6 haces tantos gestos para mirarlo?

—Intento averiguar la clase de hombre que es.

—¿Por su foto? —pregunt6 Lauree contemplando a Lizzie como si estuviera mal de la cabeza.

Pero Lizzie no respondi6 si no que se limit6 a asentir mientras emitía un ligero ronroneo.

—De acuerdo, tú eres la experta —Lauree volvi6 a su mesa para proseguir con su trabajo mientras Lizzie parecía estar atrapada en el rostro de Jason.

—¿Qu6 ocultas? Bueno, esta tarde podr6 comenzar a averiguarlo. Pero ahora, tengo que hablar con alguien de manera m6s urgente que tú —le coment6 a la fotografía como si él pudiera escucharlo.

Andrew tomaba caf6 con Stewart mientras intercambiaban datos y curiosidades sobre el peri6dico y sus entresijos. Llevaba toda la mañana revisando ruedas de prensa, comentarios y dem6s informaciones acerca de la nueva jornada de la Premiere que se avecinaba. En ese momento, son6 su m6vil.

—Disculpa.

—Tranquilo, aprovecho para seguir con lo que te he comentado — Stewart le palme6 en el hombro antes de dejar a Andrew a solas.

—Es Lizzie.

—Dale recuerdos.

—Dime, ¿qu6 quieres?

—*Hoooooola, ¿qu6 tal estamos?* —Había un toque de ironía pese a los

nervios que la cita de Jason acababa de dejarle.

—Bien, todavía me estoy adaptando. ¿Y tú qué tal? ¿Alguna novedad de tu Don Juan? —Andrew empleó el mismo tono irrisorio que su hermana para preguntarle qué tal estaba.

—*Sí, he quedado con él esta tarde. Pero no...*

—¿En serio? Sí que se ha dado prisa ¿eh?

—*Sí, pero yo...*

—Bueno ahora podrás indagar en el misterio que lo rodea. Aunque si te soy sincero creo que ese tío es más de probar y cambiar de mujer como de camisa.

—*¿De la misma manera que haces tú?* —Lizzie le cortó siendo más directa en sus preguntas dado que su hermano no parecía dispuesto a dejarla hablar.

—Yo...

—*¿Qué tal con Candace?* —Andrew percibió que el toque sutil de su hermana venía acompañado, además, de una subida del tono de su voz.

—Bien.

—*Seguro que sí.*

—Oye, Lizzie, ¿a qué viene todo esto?

—*Solo te estoy preguntando qué tal te lo pasaste con Candace* —Ahora su hermana adoptó un tono más dócil y cariñoso.

Andrew resopló porque o mucho se equivocaba o Lizzie sabía algo que él desconocía. Decidió salir fuera un momento para que ninguno de sus compañeros se enterara de la conversación.

—¿Vas a contarme qué te sucede conmigo?

—*¿Te has enrollado con Candace?* —Lizzie no esperó más tiempo y le lanzó la pregunta del millón.

Andrew resopló.

—¿Cómo sabes que...?

—*Luego es verdad ya que me estás preguntando cómo me he enterado.*

—¡Rose! —exclamó Andrew mientras cerraba los ojos e inspiraba hondo—. Vale, sí, la bese. O nos besamos. O me besó ella. Da igual.

—*A ver, si no recuerdo mal, tú eres muy dado a dejar a las mujeres en cuanto te cansas, esto es, cuando repiten en tu cama. Y con Candace, no hay problema de repetir y repetir porque ella está de paso. Pero en este caso te vendrá de perlas que ella regrese a Londres. De ese modo no serás tú una vez más, el que se largue. A veces pienso que tu comportamiento se debe*

única y exclusivamente a que no quieres comprometerte en una relación.

—¿Cómo sabes que va a suceder así? Y para tu información, si hasta ahora no me he comprometido en una relación con ninguna mujer es porque...

—*Porque tienes miedo a dejar salir a la persona que yo sí conozco. A la que huye cada vez que una mujer se acerca demasiado.*

Andrew se quedó en silencio meditando aquellas palabras. Por supuesto que Lizzie lo conocía.

—Acabas de recordarme que ella está de paso en Stirling. Luego entiendo que será *ella* la que se acabe largando, no yo —Andrew sintió una sensación de vacío en el pecho cuando pensó que ella se acabaría marchando. Pero, así era. Y más le valía dejar de comerse la cabeza por Candace. ¿Cuándo se había preocupado porque una mujer se marchara de su lado? Pero sí en cuanto quedaba con una, más de dos veces, él ya estaba pensando la forma de dejar de verse. Tal vez después de todo Lizzie tuviera razón y siempre acababa huyendo cuando una mujer se acercaba demasiado, cuando comenzaba a importarle y a sentir aquello que ahora parecía experimentar con Candace.

—*¿Estás pensando volverte a Londres con ella?*

—¿De dónde coño te has sacado semejante disparate? —protestó Andrew siendo ahora él el que elevaba un poco el tono de su voz.

—*No sé. Se me ha ocurrido de repente, ya ves.*

—Acabo de llegar de allí. No estoy tan loco como para seguirla. ¿Es eso lo que quieres escuchar de mí? Pues bien, ya lo has escuchado. Pero aunque así fuera... ¿qué puede importarte? Tú tienes tu vida hecha aquí.

—*Cierto. Solo quería asegurarme de si estás cometiendo una estupidez.*

—Me parece genial que te preocupes por mí, Lizzie. Pero deja que decida yo si estoy cometiendo esa estupidez de la que hablas. Tengo que regresar al trabajo, es mi segundo día y estoy charlando con mi hermana mayor como si no tuviera nada que hacer. Por cierto, suerte con tu cita.

—*Ya, vale. Lo que tú digas. Y tú cuida a Candace, ¿querrás?*

—Por supuesto, pero te recuerdo que fuisteis Rose y tú...

—*Sí, sí. En eso te doy toda la razón. Te dejo. Ya hablamos.*

—Mañana mismo quiero un informe detallado de tu cita —le dijo bromeando con ella antes de deslizar el dedo por la pantalla para cortar la comunicación.

Andrew volvió a su puesto en el periódico. No tenía intención de dilatar

mucho más tiempo su ausencia. De manera que se sentó delante de su ordenador como si la conversación con su hermana no le hubiera afectado. ¿En serio huía?

—¿Todo bien compi? —El tono alegre de la voz de Elsie lo obligó a mirarla.

—Sí, ¿por?

—No sé, no eres el mismo que cuando te piraste.

—No, tranquila. No es nada.

—Tu chica es muy maja —Andrew miró a su compañera con los ojos entrecerrados sin comprender a qué había venido aquel comentario. ¿Pensaba que Candace y él...? Bueno... Tal vez cuando se encontraron en la calle, pensaron que era su pareja. Andrew intentaba ordenar sus pensamientos, pero todo aquello le estaba pudiendo—. ¿Habéis venido a pasar juntos las Navidades? Y que sepas que si no quieres responderme, estás en tu completo derecho. Es me gusta conocer a la gente.

—Ya me he dado cuenta —asintió Andrew con una sonrisa mientras Elsie arqueaba sus cejas. Volvió a centrar su atención en la pantalla de su ordenador y en algo que tuviera que ver con la jornada de fútbol venidera, o el rugby o algún evento deportivo. Pero no podía dejar en los comentarios que acababa de escuchar por parte de su hermana y de su nueva compañera de trabajo.

En un arranque inesperado, Andrew cogió el móvil y comenzó a teclear con celeridad. Confiaba en que no fuera demasiado tarde.

Candace permanecía absorta en la lectura del libro que tenía sobre la mesa de la biblioteca. Pero cuando escuchó el pitido de su mensaje de WhatsApp no pudo evitar sobresaltarse como si alguien acabara de pincharla. Sintió el corazón latir de manera frenética en su pecho, y hubo de respirar por la boca durante unos segundos antes de comprobar su móvil. Pero su sensación de nervios no quedó ahí, si no que aumentó cuando leyó el WhatsApp.

El calor la invadió por completo y ni siquiera pudo evitar que una sonrisa algo bobalicona bailara en sus labios. ¡Joder, que no tenía quince años!, pensó cuando la risa nerviosa se apoderó de ella. Pero se sentía... No sabría con qué palabras definir su estado en ese momento. Y aunque era consciente de que aquello era una locura... ¿por qué no ponía remedio? Porque la salsa de la vida era cometerlas sin pararse a pensar en las consecuencias, se dijo mientras tecleaba la respuesta sin pensar en nada más

y esperó a que llegara la hora.

5

Desde que Jason había respondido a su petición de cita y habían quedado en verse esa tarde, Lizzie parecía estar ausente en su trabajo. Pensar en tener una cita a ciegas con un completo desconocido le provocaba cierta desconfianza después de todo. Y eso que había sido ella la que precisamente había puesto el grito en el cielo cuando descubrió que el tal Jason había rechazado veinte citas. Algo extraño sucedía con él, y Lizzie se había mostrado dispuesta a averiguarlo en un primer momento. Pero sin duda que no se había detenido a pensar en las posibles consecuencias que ello podría acarrearle. Se había dejado llevar por la situación profesional de la Web, pensando que el comportamiento de este usuario podría afectar a la marcha de *Share your Heart*. El celo profesional se había impuesto a la situación personal de Lizzie. Y ahora, a medida que se acercaba la hora de quedar con él, no parecía tenerlo tan claro.

—¿Has decidido que vas a ponerte para la cita? —La pregunta de su compañera hizo que Lizzie abriera lo ojos como platos mientras miraba la pantalla. Sintió un ligero temblor en sus piernas, y una sensación de ahogo en el pecho.

—Supongo que... ¿Acaso tengo que ir de una manera sugestiva? —Lizzie sonrió en modo irónico mientras su ceja se elevaba con toda intención—. Que yo sepa no es una cita en toda regla. Se trata de indagar en el motivo que ha empujado a Jason a rechazar a las candidatas que ha recibido. Nada más.

—Entiendo, pero...

—Pero nada —le cortó una Lizzie algo alterada por los comentarios de su compañera.

—Uuuuu, cómo estamos. Te recuerdo que fuiste tú la que...

—Sí, ya lo sé. Yo he sido la que he visto lo que sucedía y la que he

accedido a llevar a cabo esta investigación —asintió con un tono monótono mientras agitaba la mano en el aire delante de Lauree y ponía los ojos en blanco.

—¿Y si te rechaza? No olvides que para ti es trabajo, pero para él es una cita en toda regla —Había un retintín en la voz de Lauree que no gustó nada a Lizzie.

Lizzie se quedó callada. No había pensado en esa posibilidad, hasta ese momento en que Lauree se lo sugirió. Balbuceó sin ton ni son mientras se encogía de hombros.

—Supongo que... Bueno... A decir verdad...

—Es una posibilidad. Admítelo —le dejó claro Lauree mientras asentía y señalaba a Lizzie con un dedo acusador.

—Sí, pero eso no tiene que distraerme de mi principal cometido.

—Tendrás que hilar muy fino para que no se eche atrás.

—Por eso estoy revisando su ficha personal y contrastándola con las de las candidatas que ha tenido. Por si se nos ha pasado algo por alto. Algo en lo que no quiero caer, ni incidir. ¿Me entiendes? —Le hizo saber lanzando una rápida mirada a su compañera—. Soy consciente de que tendré que hilar muy fino —Lizzie se mordisqueó el labio, entrecerró los ojos y asintió de manera leve mientras pensaba en cómo debía comportarse. No podía asustarlo o toda la planificación para averiguar qué le sucedía con las candidatas a pareja se iría al traste—. He revisado y revisado todos los datos que tenemos sobre él, y espero poder caerle en gracia, al menos —Lizzie resopló mientras no apartaba su atención de su compañera, y Lauree abría los ojos como platos e inspiraba en un clara señal de entenderla, pero también de esperar a que todo saliera bien.

El lugar escogido para comer estaba cerca del propio campus de la universidad. Andrew había decidido quedar por allí cerca porque de ese modo Candace no tendría que desplazarse hasta el centro y podía aprovechar para seguir con sus artículos. El Underground era un lugar moderno y animado con vistas al grandioso monumento de Wallace, y en el que uno podía tomar desde un capuchino hasta un plato de sopa, un sándwich o cualquier tentempié.

Candace le había escrito un mensaje en el que lo esperaba dentro, de ese modo podría reservar una de las mesas que los estudiantes se disputaban y codiciaban como un bien personal. No sabía muy bien por qué estaba tan

nerviosa, pero no podía dejar de evitar sentir un vacío en el estómago que ella achacaba al hambre. Pero que más bien, tenía que ver con Andrew. Estaba repasando unas notas cuando sintió la presencia de alguien frente a ella. Levantó la mirada de su bloc para quedarse fija en el rostro de Andrew, sonriente y expectante.

—Disculpa que no estuviera pendiente de la puerta por si entrabas... Para hacerte una señal de dónde me encontraba —le dijo disculpándose mientras se colocaba algunos mechones detrás de la oreja de una manera natural, pero algo sugerente a la vez mientras se mostraba tímida en su sonrisa.

—No importa. Al final te acabaría encontrando —le aseguró mientras se despojaba de su abrigo, lo dejaba sobre el respaldo de su silla, o más bien especie de butacón de color cereza—. ¿Has pedido algo para comer?

—No, te estaba esperando. Pero, ¿por qué me has enviado un WhatsApp para comer? Pensaba que comías con tus compañeros.

—No podía permitirte comer sola después de que ayer lo hicieras.

—Ahhh —Candace cerró la boca de golpe porque acababa de quedarse sin respuesta para esa afirmación tan rotunda. Aquel cumplido acababa no solo de barrer sus nervios por volver a verlo, sino que le había transmitido una calidez por dentro que no podía ni imaginar. Si seguía haciéndola sentir de esa manera durante los días que le restaban en Stirling, no sabía cómo podría acabar la situación.

—¿Quieres que vayamos a pedir ya o...? —Andrew hizo un gesto hacia el mostrador que quedaba a su espalda.

—Sí... Bien, vamos.

Andrew la contempló en silencio mientras se preguntaba por qué diablos se tomaba tantas molestias por ella. Sí, así era. Porque desplazarse desde el centro de la ciudad hasta el campus, a pie, no lo haría todo el mundo por alguien que conoces desde hace tan poco, pero que te afecta tanto que no puedes evitarlo. Y esa era precisamente la situación que sentía por ella. Por Candace.

—¿Qué tal la mañana? ¿La has pasado en el campus?

—Sí, vine con Rose y me quedé por aquí trabajando en unos artículos para la publicación.

—Creía que habías venido de vacaciones —le comentó algo extrañado porque estuviera trabajando en los días que llevaba allí.

—Sí, esa era mi primera intención, pero teniendo en cuenta que Rose

tiene que trabajar he decidido adelantar algunas cosas.

—Te entiendo. Eso te deja libertad para ir y venir a tu gusto ¿no? Me refiero a que mientras Rose trabaja tú puedes recorrer Stirling... —Andrew se detuvo en sus comentarios cuando vio a Candace sacudir la cabeza y sonreír risueña.

—Sí, pero para enseñarme Stirling te tengo a ti —afirmó con rotundidad y sin lugar a dudas.

Andrew encajó el golpe que aquellas palabras le acababan de producir. La mirada de ella emitió un destello justo antes de volverse hacia el camarero y recoger el pedido en su bandeja, mientras Andrew no podía dejar de contemplarla.

—Cóbrame lo de él también —le pidió haciendo un gesto hacia la bandeja de Andrew.

Candace entregó un billete y esperó el cambio mientras volvía la atención hacia Andrew. Callado. Serio. Candace apostaba a que su comentario lo había cogido con la guardia baja, pero así era. Él era el encargado de hacer que su estancia en Stirling fuera más interesante. Sin duda que no se le pasó por la cabeza que esta situación pudiera darse.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo tienes para comer? ¿Una hora? —Candace interrogó no solo con las palabras si no con la mirada a Andrew al respecto de esta situación—. No quiero que por estar conmigo llegues tarde al periódico —Alzó sus cejas mientras apoyaba las manos sobre la bandeja que contenía su bol de ensalada con pollo, una botella de agua, y algo de fruta.

—Tranquila. No hay prisa —le aseguró él mientras bajaba su mirada hacia su plato de pasta con queso y comenzaba a enrollar los espaguetis con el tenedor. Luego, la fijó en el rostro de ella que se había quedado callada. Andrew dedujo que se debía a que estaba comiendo, pero cuando se fijó en ella, Candace lo contemplaba de manera fija e intrigante por lo que acababa de decirle. Andrew sintió una especie de corriente fría recorriendo su cuerpo, que achacó a que la puerta de la calle se abría cada treinta segundos. Y no a la sensación que ella le producía. Nervios, expectación, intriga y una ternura que no había sentido antes por una mujer. Todo eso, aparte del deseo de perderse bajo sus ropas—. No tengo que regresar —le aseguró antes de volver su atención al plato.

—¿No? ¿No trabajas?

—He adelantado el trabajo para poderme tomar la tarde libre y... que vayamos a ver el monumento de Wallace.

Decirle que se había tomado el resto del día libre por ella porque deseaba pasar la tarde en su compañía podría ser demasiado directo para su gusto. De modo que utilizó la visita al monumento como excusa para ello. Pero cuando vio el rostro de ella iluminado por esa sonrisa que él deseaba borrarle a cada momento, y sus mejillas encendidas Andrew sintió una leve punzada en su interior que le dio que pensar. Pensar que tal vez ambos se estaban adentrando en un camino que no sabían hacia dónde conducía, pero del que ya no se podía volver.

—Entonces... ¿tienes pensando que visitemos el monumento esta tarde?
—Candace entornó la mirada hacia Andrew como si no terminara de creer que él lo hubiera dicho. La taquicardia se apoderó de ella, la respiración se agitó bajo la ropa y su estómago pareció cerrarse y no admitir más comida. ¿Qué estaba haciendo? Algo que no tenía remedio. Encariñarse con Andrew, sí. Algo así pero que podía conducir a algo más íntimo y personal.

—Eso he dicho. Salvo que tú...

—No tengo nada que hacer. Y aunque así fuera, lo dejaría todo por el detalle que acabas de tener conmigo —Lo miró con intensidad mientras se mordía el labio y cuando Andrew se acercó a ella y la besó en un inesperado arranque de deseo, ternura o cualquier otro calificativo que se le ocurriera, Candace sintió que las piernas le temblaban de manera incomprensible. Le pasó la mano por el rostro dejando que sus dedos recorrieran el perfil y sus labios siguieran jugueteando sin que tuvieran intención de abandonar aquella mezcla de sabores.

—Me estás mal acostumbrando —le aseguró mientras ahora ella se humedecía los labios y luego dejaba escapar una sonrisa cargada de melancolía, pero también de ilusión.

—No tengo por costumbre hacerlo.

—Pues que sepas que conmigo lo estás haciendo.

—¿Y qué te parece?

Candace suspiró mientras apretaba los labios hasta convertirlos en una delgada línea. Por un breve momento su corazón galopó en su pecho como si de un caballo salvaje se tratara.

—No tengo nada que objetar —Candace le dio un beso fugaz, rápido e inesperado antes de proseguir con la comida sin pensar en el mañana, sino en el presente que se desarrollaba allí en ese preciso instante.

Andrew asintió mientras la mirada y se daba cuenta de que le gustaba que pensara de esa forma. Por ahora no le importaba, ni se paraba a pensar en

nada más. Hacerlo, sería romper la magia que se estaba creando entre ellos.

—Dime, ¿queda lejos el monumento de Wallace? Se puede observar desde aquí, desde el campus —le aseguró consiente de que el torreón era lo primero que uno veía cuando se acercaba al campus, e incluso desde algún punto de la propia ciudad.

—No, no queda lejos. Un breve paseo. Cruzaremos el campus y llegaremos a él. Eso sí, te advierto que queda en cuesta —le dijo con un toque de advertencia.

—¿Piensas que eso va a detenerme? —Candace frunció el ceño y entrecerró los ojos mientras lo miraba con un toque burlón en sus palabras.

—Creo que eres de las personas que no se detienen ante nada —Andrew se acercó hasta ella para susurrarle aquel comentario mientras ella controlaba su proximidad por el rabillo del ojo con su ceja arqueada.

Candace emitió un leve gruñido de aceptación por aquella suposición suya. No solía echarse atrás en nada y ahora mismo tampoco iba a hacerlo con el monumento de Wallace. Ni ante lo que estaba sucediendo.

Terminaron de comer y abandonaron el Underground para comenzar su particular caminata hasta lo alto del monumento de Wallace.

—¡Hay un autobús para llegar arriba! —le dijo Candace señalando al que ahora mismo comenzaba a subir la cuesta mientras ella se quedaba con los ojos como platos y la boca abierta.

Andrew comenzó a reírse al ver la actitud de ella.

—¿Piensas rajarte? Solo es una cuesta entre la vegetación. Además, te iré contando la historia del monumento.

—Creo que eres demasiado listo —le aseguró yendo hasta él para encararse en su propia cara mientras el corazón le martilleaba en el interior.

Andrew dejó de reír para centrarse en aquel rostro que pretendía mostrar cierto enojo por la jugarreta que él acababa de gastarle. Ciertamente podían haber cogido el autobús que los llevaría hasta la puerta del monumento. Pero...

—Pero entonces el paseo perdería su encanto, ¿no crees? —le aseguró cogiendo el rostro de ella entre sus manos y mirándola con una intensidad devastadora que hizo flaquear a Candace—. ¿Crees que he sido muy listo por evitar que cogieras un autobús hasta la cima? —Andrew se inclinó sobre los labios de ella mientras Candace se sentía indefensa una vez más ante él. Había perdido la cuenta de estas. Solo pudo rodearlo con sus brazos y abandonarse a aquel beso en aquel idílico paraje con el monumento de

Wallace en lo alto y la ciudad de Stirling a sus pies envuelta en un ligera niebla—. Vayamos —le hizo un gesto con la mano para que continuaran.

Candace se quedó contemplándolo sin ser capaz de decir una sola palabra. Tan solo se limitaba a respirar porque creía que Andrew acababa de robarle el aliento con su beso.

—¿Qué tiene en el interior?

—Hay tres salas de exhibición y desde lo alto, en la parte que representa a una corona, tienes las mejores vistas de Stirling y de sus alrededores. Se narra la vida de Wallace y las batallas en las que participó, con especial hincapié en la de Stirling Bridge, cómo puedes suponer.

Candace escuchaba de manera atenta las explicaciones de Andrew, prefería centrarse en ellas a pensar en las consecuencias del beso que le había dado de camino al monumento.

Andrew pagó las entradas al monumento y se adentraron en aquel torreón de piedra para dirigirse a la primera de las salas, la de armas donde Candace se quedó parada como si esperara que él le explicara el contenido y la historia de todo lo que la rodeaba.

—Aquí puedes conocer más detalles sobre la famosa batalla de Stirling Bridge —le susurró apareciendo por detrás de ella.

Candace no se sobresaltó al sentir su cercanía, su aliento sobre su mejilla y su nuca, sus palabras adentrándose en su mente. No. En aquel instante se sintió relajada con él.

—Si te acercas al mapa podrás contemplar los lugares exactos donde tuvo lugar la batalla —le indicó mientras él se acercaba hasta este—. Al mismo tiempo puede ver a William Wallace y Moray charlando —le dijo mientras dos actores representaban a los personajes históricos momentos antes de batalla.

Candace permaneció en silencio observando mientras escucha su voz y sentía la cercanía de su cuerpo. Volvió el rostro hacia su derecha para encontrar la mirada de él fija en ella. Una tímida sonrisa se dibujó en los labios de Andrew, que provocó en ella un leve quejido.

—Imagino que como buena inglesa habrás escuchado hablar o habrás leído en alguna parte lo que sucedió aquí, en Stirling.

—Sí, no soy ajena a la historia de la ciudad —le dejó claro ella con un tono como si le estuviera preguntando «¿por quién me tomas?»

—Entonces no serás ajena tampoco a la zurra que os dimos ¿eh? —Andrew le dio un leve codazo y le guiñó un ojo en señal de complicidad y

buen rollo.

—Sí, pero al final Wallace acabo ejecutado por traidor —le rebatió con una sonrisa risueña antes de fruncir sus labios en un mohín provocativo que encendió todas las alarmas en Andrew.

—Pero este hecho no evitó que a la postre lográramos la ansiada libertad en un lugar muy cerca de aquí. Si quieres podemos acercarnos al campo de Bannockburn para contemples la estatua ecuestre del rey Bruce.

Candace sonrió divertida ante tal despliegue de datos históricos, pero sobre todo porque acababa de descubrir la manera en la que él, como buen escocés, defendía a su patria y a sus héroes históricos. Pero también acababa de descubrir que le entusiasmaba picarlo.

—Total... ¿Para qué tanta batalla? Para que en 1707 Escocia firmara el acta de adhesión a Inglaterra. ¿Te suena por casualidad la Union Act? —Candace frunció el ceño y se hizo la listilla mientras en su interior se regocijaba con aquella situación.

Andrew cruzó los brazos y se apartó de ella para poderla contemplar mejor. Estaba preciosa con aquel toque de genio, y entendida en la materia de la propia historia de Escocia. Le gustaría acercarse más y borrarle aquel mohín tan exquisito que estaba haciendo con sus labios. Pero había demasiada gente en la sala cómo para ir tras ella.

—Lo tuyo es rebatir cada cosa que digo ¿eh? —La vio fingir que la cosa no iba con ella mientras arqueaba sus cejas y lo miraba como a un completo desconocido hasta que de una manera ingenua le rozó la mano y lo miró con calidez y ternura.

—Solo cuando me doy cuenta de que te encuentro mucho más atractivo con esa pizca de enfado como la que tienes ahora —Sin pensarlo, siquiera, Candace apoyó las manos en los antebrazos de él para coger un leve impulso y rozarle los labios con un beso que confundiera más todavía a Andrew acerca de lo que estaba sintiendo por ella.

—Sigamos con la visita —le pidió sin poder esconder la sonrisa que la acción de ella le había dejado en el rostro.

Salieron de la sala de armas y siguieron ascendiendo por la escalera de caracol hasta llegar a la Sala de los Héroes donde Candace se fijó en la cantidad de bustos que había. Pero lo que le llamó más atención sin duda fue la espada de Wallace dentro de una urna.

Candace no podía dar crédito cuando se acercó hasta esta y comprobó que era tan alta como ella misma.

—Eres tan alta como la espada de Wallace —le aseguró Andrew mientras se situaba a su lado.

— Ja, ja, ja, ¡Qué gracioso eres! ¿Cuánto mide?

—1,67. Y te diré que pesa casi tres kilos. Imagina la fuerza de Wallace para manejarla en la batalla. Y la virulencia de cada uno de sus golpes.

—Yo no podría. ¿Quiénes son todos ellos? Imagino que reconocidas personalidades de Escocia —Candace giró sobre sus talones para observar todos los bustos situados en los pedestales anclados a la pared.

—En total son quince bustos de mármol y uno de bronce. Cada uno hecho o donado en distintos períodos de tiempo. Y si te fijas con atención podrás reconocer a escritores como Walter Scott, y Robert Burns. El propio rey Robert Bruce; James Watt inventor de la máquina de vapor en la Revolución Industrial; John Knox, el hombre que reformó la iglesia de Escocia y que se enfrentó a la reina María Estuardo. Y bueno, cómo no quiero aburrirte, tú misma puedes acercarte a cada busto y leer quien es.

—Sin duda que es más que interesante. Es una manera de reconocer a vuestros «héroes».

—Antes de que nos pasemos a la siguiente sala, fíjate en el colorido y la luminosidad de las vidrieras —le pidió él mientras señala hacia la parte de arriba donde aparecían.

Candace siguió la dirección que Andrew le marcaba para contemplar aquella mezcla de colorido, luz, y belleza.

—¿Qué voy a encontrarme?

—La historia del monumento. Se inauguró en 1869 y rápidamente se convirtió en una referencia para la ciudad.

—¿Y el castillo?

—A eso voy. No sabría decirte cuál de los dos monumentos es el más visitado en Stirling. Ambos son un icono.

Candace se acercó hasta los paneles en los que se explicaba la historia del monumento. Sus primeros bocetos, su construcción hasta la culminación en el año que le había indicado Andrew. Había una representación a escala para que los niños pudieran construirlo y ver cómo estaba edificado en su interior. También había varias vitrinas con elementos propios del monumento.

—¿Estás dispuesta para el último tramo? Te advierto que no verás nada igual en mucho tiempo.

—Presuntuoso —bromeó Candace con un pequeño puñetazo en el

hombro de Andrew.

—Después me lo dices. Ten el móvil preparado para sacar fotos, no vayas a echarme en cara que no te he avisado.

Candace puso los ojos en blanco ante aquel comentario antes de seguir a Andrew hacia la parte más alta del monumento: la corona.

Pero cuando Candace salió al exterior el aire le golpeó el rostro como si le estuviera dando la bienvenida. Sintió el frío sobre su piel pero al momento se olvidó de ello. Justo cuando se acercó a uno de los laterales y se quedó muda contemplando el paisaje que se expandía ante ella. Andrew no la interrumpió porque conocía la impresión que causaba asomarse por uno de los laterales de la corona del monumento.

Candace se apoyó contra la piedra mientras su mirada intentaba ver lo más lejos posible, como si no quisiera perderse ningún detalle. Su mirada recorría el verde valle donde a pesar de que el cielo estaba nublado, parecía más luminoso.

—¿Qué te dije?

Candace no hizo caso al comentario de Andrew, no porque no lo hubiera escuchado, sino porque las vistas la tenían hipnotizada en ese momento. Las colinas, el río, el viento soplando y el silencio que la rodeaba en ese preciso momento le produjeron una sensación de estar soñando. Se olvidó de todo y dejó que el entorno la envolviera en una atmósfera idílica y romántica, como todo en aquella tierra que deseaba conocer más a fondo.

—Es una de las vistas más hermosas que tendrás de este país. Por cierto, al oeste está Ben Lommond y parque de las Trossachs, donde destaca Loch Katrine, el lago que parece un espejo y que Scott immortalizó en su poema, *La dama del lago* —le indicó señalando con su brazo extendido hacia el montículo que se elevaba—. Fíjate en el río Forth como discurre por el valle formando una horquilla y como atraviesa la ciudad.

—Es...

—Lo sé. No hay adjetivos para describir lo que estás viendo. Ni yo puedo encontrarlos ahora mismo —le aseguró mientras la contemplaba y veía como el viento acariciaba su pelo, su rostro. Con sus labios entreabiertos como si fueran una invitación para él. Con la mirada luminosa, llena de asombro, de vida y de calidez.

Andrew enmarcó el rostro de ella para poderla besar en aquel momento y en aquel emblemático lugar con tanta historia.

* * *

Lizzie salió la ducha, se envolvió el pelo en una toalla y ella en su albornoz. Todavía tenía tiempo para arreglarse y quedar con Jason. Habían acordado que se encontrarían a la puerta del centro comercial The Thistles. Luego ya verían donde irían a tomar algo. Por extraño que le pareciera, Lizzie estaba nerviosa. Nunca se sentía de esa manera cuando se trataba de quedar con alguien para una cita. Bueno, aquello no podía calificarse como tal porque lo último que ella buscaba era acabar liándose con un usuario de la Web en la que trabajaba. Se trataba de trabajo de campo, nada más. Lo que pudiera llegar a pensar el tal Jason era cosa suya y en la que ella no iba a meterse. Ni si quiera le interesaba. Pero mientras se perfilaba la raya del ojo le volvió a asaltar la duda sembrada por Lauree. ¿Y si ella, Lizzie, le gustaba y le pedía más citas?

Lizzie se quedó con la mano suspendida en alto y el lápiz de ojos entre sus dedos mientras contemplaba su imagen en el espejo como si esta pudiera aclararle sus pensamientos. Luego, sacudió la cabeza desechando las tonterías de Lauree. Además, ¿por qué iba a fijarse en ella después de veinte citas? Había algo extraño en el comportamiento de él, y ella estaba más que dispuesta a averiguarlo. Para ello debería andar con tiento de no meter la pata y asustarlo. Necesitaba conocerlo bien para sacarle el motivo de su comportamiento.

Pero ese era otro asunto. Ahora se presentaba la gran incógnita. ¿Cómo debía aparecer vestida? ¿Elegante pero causal, no de una manera que lo intimidara? ¿De sport como para andar por casa? ¿Pantalón o vestido? ¿Falda? Lizzie frunció los labios delante de su armario mientras contemplaba las diversas prendas que tenía.

Jason salió de casa con el tiempo justo para darse una vuelta antes de quedar con su nueva cita, Lizzie. Cuando recibió el mail con las nuevas candidatas y así encontrar pareja, algo lo impulsó a seleccionarla a ella. No tuvo que pensarlo demasiado para optar por acordar una cita con Lizzie. De entrada su nombre le gustaba. Sonaba bien cuando lo pronunciaba. La expresión de su rostro le agradó porque percibió una mirada llena de vida, de expectación y de algo que en un primer momento no supo donde encajar. Pero le había... gustado. Y eso ya era algo que lo había puesto algo más nervioso que en las

anteriores ocasiones. Debía esperar a ver qué tal se desarrollaba para emitir un juicio. Aunque al final sabía cómo acabaría.

Lizzie se había decidido por un traje de color oscuro con falda en vez de pantalón y una camisa azul cielo. Ni muy elegante, ni muy informal. No quería parecer una mujer seria, ni una ejecutiva agresiva. Pero tampoco alguien que no se preocupara por su apariencia. De todas formas, lo iría estudiando a medida que las citas se sucedieran. Pensar en ello hizo que aminorara su paso. Un momento, ¿es que pensaba tener más citas con Jason? Pues claro. Con una sola cita no creía que fuera capaz de averiguar qué escondía ¿no? Serían necesarias más de una, por supuesto.

Jason llegó a la entrada del centro comercial diez minutos antes de la hora prevista. Echó un vistazo alrededor por si Lizzie estuviera mirando alguna tienda, o esperando por él. Pero no la vio en un primer momento. Sonrió porque había estado contemplando su fotografía hasta memorizarla, y estaba seguro que no se le iba a olvidar. Por nada del mundo podría hacerlo con aquel par de ojos claros que le habían devuelto la mirada desde la fotografía que aparecía en su ficha. ¿Cómo era posible que alguien como ella no hubiera encontrado pareja estable? Él suponía que habría probado aquí y allá, pero nada de nada. Sacudió la cabeza y sonrió divertido ante estos pensamientos cuando la vio acercarse con paso firme y seguro en un principio hasta que lo ralentizó. Jason tembló, algo que achacó al frío de la tarde, noche cerrada ya. Si ver su fotografía en la ficha le había llamado la atención desde el primer momento, ahora en persona Lizzie acababa de cortarle la respiración. Era mucho más... atractiva, y sus ojos irradiaban un brillo que no había percibido en ninguna mujer antes, y no era un tópico pensarlo. Era cierto. Tan real como que estaba delante de él contemplándolo con ciertas dudas, mientras una tímida sonrisa, asomaba en sus labios. Hasta ese momento no había sido capaz de imaginarla de cuerpo entero, pero apostaba a que no se habría acercado a lo que ella era en realidad.

—¿Jason? —Lizzie casi balbuceó el nombre. Estaba atacada y no era para menos. Estaba delante misterioso hombre que rechazaba a todas las mujeres de *Share Your Heart*.

—Tú eres Lizzie —Jason se acercó a ella para darle un par de besos y sentir la suavidad de su rostro, su perfume, y su cuerpo más cerca.

—Sí, esa soy yo —le dijo Lizzie mientras sentía los besos de él. Jason

no era de rozar la mejilla con la otra persona. No. Era de los que te besaba de verdad.

Durante unos segundos ninguno pareció dispuesto a decir una sola palabra, y en parte porque los dos parecían estar sorprendidos, cortados o impactados por ver a su cita en persona.

—Creo que sería mejor que fuéramos a algún sitio donde se esté más caliente, ¿no crees? La temperatura ha descendido bastante en unas horas.

—Algo normal en cuanto cae la tarde. ¿Llevabas mucho esperando? Siento llegar tarde...

—No, tranquila. Acababa de llegar hacía un rato. No he tenido que esperar demasiado, pero... —Jason se contuvo porque sentía su garganta seca, y era por la impresión que Lizzie le había generado.

—¿Pero? —Lizzie arqueó las cejas mientras entornaba la mirada hacia él a la espera de que acabara de decir lo que tenía en mente.

—Oh, bueno, iba a decirte que dado lo... elegante y atractiva que me pareces... no me hubiera importado tener que esperarte más tiempo —le confesó en un arranque de valentía que Lizzie no pasó por alto.

Un inesperado giro que no entraba por ahora en sus planteamientos. Ella no esperaba que de buenas a primeras, él se lanzara a confesarle que la encontraba atractiva. A no ser que fuera un simple cumplido para relajar el ambiente, o que al final de la noche él le dijera que no era su tipo y bla, bla, bla. Debería estar más atenta.

Continuaron caminando hacia el centro uno al lado del otro. En alguna ocasión, sus cuerpos se rozaron, permanecieron más juntos debido a la aglomeración de gente que encontraban. Hubo miradas de curiosidad, de expectación, algunas sonrisas y algún gesto casual que pareció ir allanando el camino. Algo con lo que Lizzie no contaba. Pese a estar estudiando a Jason en sus gestos y en sus comentarios triviales, por ahora, Lizzie debía reconocer que se encontraba... relajada en su compañía.

—¿Qué te parece si entramos? —le preguntó señalando una taberna.

—Bien, creo que de ese modo no tendremos que esquivar a la gente salvo para llegar al baño —le hizo saber con una sonrisa al tiempo que Lizzie elevaba sus cejas formando un arco perfecto lleno de expectación.

Se acomodaron en un banco junto la pared, y algo apartado del resto de la gente. Mientras Lizzie seguía con su particular estudio de los modales de Jason, él parecía estar perdido en la presencia de ella. Y eso más que gustarle, le daba miedo. Le preocupaba.

—Así que eres abogado —Lizzie se aventuró a romper el hielo de una vez por todas y empezar a conocerlo mejor. Empezaría por preguntarle por su profesión. Daba por zanjado el juego de miraditas y sonrisitas que a otras mujeres tal las encandilaran, pero ella no estaba allí para eso.

—Sí, trabajo en un bufete junto a otros colegas.

—¿Lo montasteis entre todos?

—Coincidimos en la facultad y después un tiempo dando tumbos aquí y allá...

—Decidisteis montar vuestro propio bufete —apuntó Lizzie deduciendo lo que iba a decirle—. Eso está bien. Empezar vuestro propio negocio.

—¿Y tú? En tu ficha pone que trabajas como traductora.

—Eh, sí, sí. Trabajo como traductora e intérprete freelance —Lizzie había buscado un trabajo que le permitiera permanecer en casa y que no supusiera encontrárselo en alguna parte, por ahora. Trabajando como freelance le permitía no tener que responder a cuestiones de horarios, lugares de trabajo y demás. No fuera a ser que le dijera que trabajaba en la compañía X y de repente él se presentara a buscarla y se descubriera todo.

—Qué interesante. ¿Hablas más idiomas?

—Alemán, por mi padre. Y español... por las becas de verano. Siempre las solicitaba —le aclaró con una media sonrisa entre irónica y risueña—. Imagino que tú tendrás un montón de trabajo y que acabarás a las tantas.

—Sí, imaginas bien. Hay días con jornadas maratonianas, como puedes imaginar. Pero... —Jason se encogió de hombros haciendo creer a Lizzie que tampoco tenía mucho a lo que agarrarse en esos momentos.

—¿Es el motivo por el que te has apuntado a la Web? —Lizzie cogió la copa de vino y se la llevó a los labios para beber y de ese modo no mirarlo de manera fija, descarada tal vez.

Jason asintió mientras la observaba beber y pensaba en sus labios ahora teñidos de rojos y con sabor afrutado. Pensar en esto lo ponía nervioso y decidió apartar esa imagen de ella de sus pensamientos.

—Sí, creo que ha llegado un momento en el que ya no tenía vida propia, fuera del despacho. De manera que me hablaron de esta Web y aquí estoy —le dijo con las palmas de las manos hacia arriba como si estuviera mostrándose ante ella.

—A mí me sucede más o menos lo mismo —El tono de Lizzie llamó la atención de Jason puesto que creyó percibir cierta melancolía y tristeza en este. Entornó la mirada hacia ella en busca de su atención. De que le

correspondiera a su reclamo con aquel par de ojos brillantes.

—Tal vez haya llegado el momento de remediarlo —Jason deslizó la mano bajo el mentón de Lizzie para que lo mirara.

Lizzie sintió un palpito en su pecho ante aquel gesto tal casual y normal por parte de él, pero sobre todo por la sonrisa que ahora mismo le dedicaba. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué diablos se estaba metiendo? Pensaba e intentaba retomar el hilo de la conversación.

—No lo sé —sonrió algo turbada por aquella marejada de emociones que achacó al vino, a que se estaba dejando llevar o a que se estaba metiendo demasiado en su papel de soltera en busca de una pareja a través de una Web de contactos. ¿Contactos? Se repitió ofuscada y sorprendida al darse cuenta del sentido que Andrew le había dado.

«¡Ya me parezco a mi hermano!» Pensó mientras apretaba los dientes furiosa consigo misma por ese pensamiento.

—Brindemos, porque esta sea la primera de muchas otras citas.

Lizzie cogió su copa y la entrechocó con la de él sin ser consciente de lo que estaba haciendo. ¿O sí lo era pero en realidad no quería reconocerlo?

—El tiempo dirá ¿no? ¿Llevas mucho tiempo apuntado a Web? —Lizzie pareció recomponerse tras un momento de bajón en el que había creído que podía llegar a sucumbir ante aquel hombre y aquella situación. Ahora volvía a tomar las riendas de la conversación volviendo al tema que en verdad le interesaba.

—Algo más de un año. ¿Y tú?

—Ohhhh, ya es tiempo. Por mi parte creo que llevo... solo un par de meses.

—No tienes buena memoria —comentó él entre risas.

—La verdad es que me apuntaron unas amigas por ver si encontraba a alguien dado que me paso encerrada en casa sentada frente al portátil, días enteros sin apenas salir. Ya sabes, cuando hay que cumplir los plazos... —Lizzie resopló para dar mayor credibilidad a este hecho.

—Bueno, pues espero, confío y deseo que a partir de esta noche esa tendencia tuya cambie.

—Sí, claro. Yo también.

«Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Qué quiero quedar más días con él? Pero... Todo será por el bien de la Web. Es solo trabajo. Solo trabajo. Vamos repítelo, Lizzie. No hay ningún interés especial en él» Se dijo mientras se mordía el labio e intentaba no quedarse mirándolo de manera fija.

—Dime, ¿cuántas citas has tenido? Ya sé que suena algo personal, y que tal vez me esté inmiscuyendo en un terreno...

—Bastantes —le interrumpió antes de que Lizzie terminara la pregunta, y ajeno a lo que ella ya sabía de él.

Lizzie se quedó parada mientras lo observaba apartar la mirada de ella por un momento, como si estuviera pensando en todas ellas. Sin embargo, volvió a fijar su atención en ella con un cambio en su gesto que llamó la atención de Lizzie.

—No creo que se trate de una cuestión de cantidad de citas, sino de que encuentres a la idónea —le aclaró mientras se humedecía los labios y su mirada parecía perderse en el vacío de la taberna.

—Estoy de acuerdo —asintió Lizzie en un susurro sin comprender por qué lo miraba ahora intrigada y con la sensación de que no estaba actuando sino que era cierto lo que decía y lo que sentía al mirarlo.

—¿Y tú?

Lizzie pareció sobresaltarse por aquella pregunta. Era lógico que se la hiciera, pero era como si acabara de pillarla siendo *ella*, la mujer que había detrás de la psicóloga. La que por momentos parecía estar aflorando aquella tarde dejando a un lado su trabajo. Y olvidando el motivo por el que se encontraba allí, junto a Jason.

—Más bien un par.

—Entonces, ¿a la tercera es la definitiva? —Jasón entornó la mirada hacia ella mientras Lizzie sentía un extraño temblor en su cuerpo.

—Oh, no sé... Yo... No tengo ni idea. La verdad es que tampoco sé muy bien qué esperar de esto en un principio. ¿Una amistad? ¿Un rollo? ¿Algo más serio? —Lizzie se mostró dubitativa y algo desinteresada. Sinceramente, ella no quería nada con él, salvo que le dijera por qué no había encontrado a su media naranja entre todas las candidatas elegidas para él. Quería poner remedio a ese comportamiento antes de que fuera demasiado tarde. No es que fuera una paranoica como le había comentado su compañera, pero si los comentarios desfavorables acerca de su Web de citas aparecían en las Redes Sociales, ya podían estar preparados—. ¿Y tú? ¿Qué buscas?

Jason se mordió el labio mientras permanecía pensativo. Hasta ese instante en que la conoció a ella, no había considerado ninguna de las tres opciones que le había expuesto. Ahora mismo estaba confuso y sin saber qué responderle. Por ese motivo se limitó a encogerse de hombros y a mirar a Lizzie como si ella tuviera la respuesta.

—Vaya... —Lizzie fingió sentirse dolida porque él no fuera capaz de darle una respuesta coherente y razonada. Pero si no buscaba ninguna de esas tres opciones, ¿qué cojones hacía metido en una Web de citas despachando a todas por igual? Pensó mientras tenía la sensación de que su estado de calma y ensoñación pasajera dejaba paso a una postura más enojada. Ahí estaba el quid de la cuestión y ella debía ahondar más para llegar al fondo de todo.

—No, no me malinterpretes, Lizzie —le sujetó la muñeca para evitar que ella saliera corriendo de la taberna y lo dejara allí plantado. Aunque tal vez fuera lo que se merecía por meterse en aquel lío. Pero no quería que ella se llevara una mala impresión de él.

—Lo has dejado muy claro —le rebatió con un gesto de ironía, pero también de dolor que se reflejó en su mirada. Lizzie sentía una opresión en el pecho que parecía irle cortando la respiración.

—No quiero que te sientas mal por mi culpa.

—Ahora vas a decirme el clásico, «no es por ti, Lizzie, es por mí», ¿verdad?

Jason apretó los labios furioso consigo mismo porque una vez más estaba metiendo la pata.

—Tu pregunta me ha pillado por sorpresa, ¿la verdad? No la esperaba.

—¿Y qué esperabas? —Lizzie puso los ojos como platos y no abandonó su tono irónico mientras no sabía muy bien si seguía actuando como una chica en busca de su media naranja, como una psicóloga, o como la mujer que había en ella.

—No lo sé porque si te soy sincero es la primera vez que me he planteado seguir viéndote.

Aquel comentario pareció suavizar un poco la situación entre ellos. Y aunque Lizzie mantenía una pose fría y llena de desconfianza, era consciente de que no podría ser demasiado dura con él o lo espantaría. Por ese motivo fue cambiando su actitud.

—Me ha chocado tu silencio ante la pregunta porque se supone que llevas más tiempo que yo en este mundo de las citas. Y suponía que ya sabrías lo que andas buscando en una mujer.

—Sí, en eso tienes razón. Pero en ocasiones no es tan fácil. Mira, he percibido distintos rasgos y matices en cada una de las citas que he tenido.

—¿Pero?

Jason sonrió.

—Pero no he logrado encontrar esa conexión total que me haya

empujado a solicitar más citas a una misma mujer.

—¿Cómo puedes estar tan seguro en una sola cita? —Lizzie volvía a mostrarse relajada ante las respuestas de él. Si le seguía el rollo, tal vez lograra llegar al fondo de la cuestión.

—Se sabe. Sí. Notas un acercamiento. Que congenias con ella en diversos aspectos.

—Pero, se supone que el físico es en lo primero que os fijáis los tíos. Imagino que es «esa» la conexión de la que me hablas —Lizzie sonrió de manera burlona mientras se acercaba un poco más a él y lo miraba intentando encontrar la respuesta a su actitud.

—Sí, es cierto. Y en tu caso, debo decir que —Lizzie sintió un palpito ante aquellas palabras. Entornó la mirada hacia él instándolo a que continuara, pero él se limitó a sonreír.

—¿Qué? ¿Qué tienes que decir de mí? —Había un toque mordaz, a la defensiva en sus preguntas, pero no exento de curiosidad por saber lo que él pensaba de ella.

—Que me gusta lo que veo —le respondió expandiendo una ola de calor por todo el cuerpo de ella. Algo que no supo de dónde había salido, ni por qué. Debía tomar las riendas de la conversación una vez más y alejarlo de aquellos comentarios tan íntimos y personales. Y antes de que a él se le ocurriera preguntarle por su opinión de él. No quería dársela simple y llanamente porque no pretendía que él fuera su pareja. Ni él ni ningún otro por ahora. De manera que...

—Hablando de todo un poco, ¿qué opinas de la Web?

Jason parpadeó en repetidas ocasiones antes de quedarse contemplando a Lizzie con extrañeza. Ella se dio cuenta de que volvía a pillarlo con la guardia baja. Otra cuestión que no esperaba. Pero, ¿qué pensaba? Que iba a preguntarle por sus aficiones, o qué hace en su tiempo libre. Se lo sabía de memoria después de estudiar su expediente.

—Por ahora no tengo ninguna queja. ¿Y tú?

—Yo a penas si llevo tiempo, ya te he dicho. Lo pregunto porque llevas más tiempo y todo eso.

Jason volvió a sonreír ante la ocurrencia de ella. La notaba nerviosa, sin duda que era una de las primeras citas que tenía. De lo contrario se le vería más suelta, más confiada y no haría preguntas que no tenían nada que ver con él. Algo que también agradecía.

—Hasta ahora bien, te repito. Es cierto que he rechazado a algunas

chicas.

«¿Algunas chicas son veinte?», se preguntó Lizzie manteniendo la calma en todo momento, algo que le parecía complicado cuando él se adentraba en ese tema.

—Entiendo. Creo que deberíamos irnos, mañana tengo que madrugar para seguir con el dossier que tengo sobre la mesa para traducir.

—No tengo inconveniente. Pago y nos vamos. ¿Te parece bien?

Lizzie solo pudo asentir porque en ese instante se había quedado sin palabras. Nada de lo que había pensado estaba saliendo. Y ahora la acompañaría hasta casa y... ¡No! No iba a terminar con beso de despedida. ¡Ni hablar, ni imaginar! Eso no entraba en su papel de soltera en busca de su alma gemela. Ni de coña, se dijo mientras se levantaba de la mesa, se estiraba el vestido y se retocaba.

Jason se volvió hacia ella y entonces algo dentro de él le pidió que no la dejara marchar. Que aquella mujer era diferente a las demás, y que merecía la pena. Por otra parte, ya había pasado el tiempo necesario en aquella espiral de las citas a ciegas. Debía zanjar el asunto ya. Mañana mismo hablaría con su jefe al respecto para terminar con aquello. No quería seguir porque al final acabaría haciendo daño a alguien. Daño de verdad. En ese momento, se quedó contemplando a Lizzie como si no la conociera, como si no hubiera llegado con él a la taberna. Preciosa, fue la palabra que le vino a la mente para definirla y que susurró. Y no le faltaba razón. Cuando ella levantó la mirada hacia él y lo encontró, ambos se quedaron observándose desde la distancia como dos completos extraños que conectaban por primera vez.

Lizzie sintió el vacío el estómago que achacó a que le estaba entrando hambre, nada más. Y el calor que se extendía por todo su cuerpo se debía a la copa de vino que había bebido, y al ambiente cargado del local. No tenía nada que ver con la forma en la que Jason la contemplaba mientras ella caminaba hacia él. Era atractivo, con un toque interesante, pero al que debía respetar porque no le había contado todo, todavía.

Salieron de la taberna sin decir una palabra. Tampoco es que hubiera hecho falta después de la larga y esclarecedora mirada que habían compartido. El frío de la noche los golpeó de plano en el rostro y ambos sonrieron al sentirlo. La nariz y las mejillas de Lizzie se encendieron al momento otorgándole un aspecto gracioso.

Jason permanecía en silencio mientras la contemplaba de cerca, tanto que sus alientos se entremezclaban formando nubes de vapor. Le acarició la

mejilla de manera pausada con el pulgar sintiendo la suavidad de su piel. Se quedó clavado en la mirada de ella y sintió temor cuando contempló su propio reflejo en esta acompañada por el deseo de besarla, de estrecharla entre sus brazos aunque fuera por un par de minutos y después...

Lizzie no se inmutó cuando él le acarició la mejilla, la miró a los ojos y le regaló una sonrisa que hacía subir la temperatura de su cuerpo. Se humedeció de manera lenta e imperceptible los labios consciente de que él la terminaría besando, y ella...

No hubo palabras. Solo una última mirada antes de que Lizzie cerrara los ojos y se dispusiera a aceptar el beso de él. Jason la estrechó de manera lenta y segura contra mientras tanteaba aquellos labios tan dulces, suaves y exquisitos que destilaban un sabor afrutado que terminó por embriagarlo.

Lizzie entre abrió sus labios. Capturó el de él entre los suyos y se volvió algo más juguetona a medida que el beso se hacía más profundo y más íntimo. Se escuchó gemir cuando la lengua de Jason encontró la suya; cuando el calor de su cuerpo comenzó a subir grados amenazando con incendiarlo todo a su paso. Algo dentro de ella no quería separarse de Jason y del beso que estaban compartiendo, y todo se debía a que hacía tiempo que un simple beso no le producía aquella sensación de sentirse deseada.

Jason se apartó de ella cuando comprendió que de seguir por ese camino tendría que pedirle que fuera su casa para continuarlo y que amanecieran juntos. Pero, se detuvo. Apoyó la frente contra la de Lizzie mientras sus manos enmarcaban su rostro y sonreía.

—Creo que podrías fundir la nieve con cada uno de tus besos, Lizzie.

Ella sintió su rostro arder. Se mordió el labio en una clara señal de estar derrotada y rendida ante la situación. Y cuando él le colocó algunos cabellos detrás de la oreja dejando que sus dedos trazaran el arco de la misma, Lizzie sintió que se fundía. Pero, ¿dónde coño había quedado la mujer que iba a averiguar qué le pasaba a este tío con el resto de citas? ¡Estaba haciendo un trabajo de campo, por San Andrés! ¡No se trataba de acabar en la cama, y parecía estar comprando números para que le tocara el gordo!

—Antes has dicho que tenías prisa por llegar a casa, que mañana tienes que madrugar.

—Sí... bueno... yo... esto, sí.

Jason sonrió cuando la escuchó balbucear sin sentido pero no dijo nada más y emprendió el camino hacia la casa de Lizzie, consciente de que aquella noche tal vez no cambiara nada, pero, la duda estaba ahí.

Casi no se dijeron nada más durante el corto trayecto hasta la casa de Lizzie. No después del beso que habían compartido en la puerta de la taberna. No después de las miradas largas que se habían dedicado, de las caricias que habían compartido y las risas contagiadas. Lizzie estaba fuera de sí porque aquello no entraba en sus planes. Sentirse de aquella manera tan inesperada. Y mucho menos besarse con Jason.

«Pero, ¿en qué cojones estoy pensando?» Se preguntaba a medida que se acercaba al portal.

«Y ahora dirás que no vas a invitarlo a tu cama» Pareció decirle la vocecita de su subconsciente.

Se detuvieron delante de la puerta y mientras Lizzie buscaba las llaves, Jason se mantuvo en un segundo plano. No iba a subir a su casa, y porque quería evitarlo, se adelantó a cualquier invitación que ella pudiera hacerle.

—Es mejor que te deje. Ha sido un placer conocerte, Lizzie. ¿Te apetecería volver a quedar antes de los días de Navidad? Ya que imagino que tendrás planes y tal.

—Sí, claro. Estaría bien... volver a... quedar. Otra tarde. Sí.

—En ese caso, te llamo en unos días y concretamos. Si encontramos un hueco para quedar —le dijo con una sonrisa que Lizzie interpretó como algo superficial. Más por compromiso para quedar bien que porque en realidad fuera a hacerlo.

—Me parece bien. Espero tu llamada.

«No lo hará. No lo va a hacer. Esta es su táctica. Engatusar a su cita como ha hecho conmigo y después... Si te he visto no me acuerdo. Estoy segura que pondrá la típica excusa del trabajo y tal y tal» pensó una Lizzie que ahora sonreía mientras abría la puerta del portal, lanzaba una última mirada por encima de su hombro a Jason que se alejaba.

Lizzie subiendo a toda prisa a su apartamento. Cerró la puerta y se quedó apoyada con la espalda contra esta mientras resoplaba y se pasaba la mano por el pelo. Cerró los ojos pero al momento los abrió como si acabaran de asustarla. Recordar la imagen de ellos dos besándose no era lo mejor en ese momento. Ni tampoco lo era pasarse la lengua por los labios porque entonces el sabor del beso la invadía. Se desprendió del abrigo, que no le importó dejar sobre el respaldo del sofá, camino de su habitación. ¿Qué le diría a Lauree mañana? ¿Y a Claire? ¿Qué se había liado con su cita?

—No era una cita. Era trabajo. Investigación de campo.

«Y tanto que has investigado» le dijo la maliciosa voz de su conciencia

«Un poco más y te metes de lleno en el campo»

Resopló mientras se desvestía y los nervios no parecían dejarla en paz. Pero, ¿por qué se comportaba de aquella manera? ¿No esperaría que él la volviera a llamar, no? Porque iba de culo si lo creía así. Ese pensamiento la mantenía a salvo de cometer cualquier locura, pero si él no la llamaba, entonces no podría averiguar qué había pasado con el resto de citas.

—¿De verdad es por qué no ha encontrado a la mujer de su vida? —se preguntó Lizzie mientras paseaba por la habitación con una camiseta para dormir y pantalón de franela de tartán—. Venga ya, eso lo dicen todos para salir del paso. No, no, no. No lo trago —se dijo mientras se desmaquillaba y el reflejo de su rostro limpio en el espejo, sacudía la cabeza.

Apagó la luz del baño y volvió al salón para sentarse delante del portátil y curiosear un poco en la ficha de él. Pero antes de preparó algo ligero para cenar. Pasaría un rato releendo la ficha de Jason a ver qué había.

Jason llegó a casa tras dar una larga caminata para aclararse un poco. Aquella cita no era lo que había esperado. Bien era cierto que Lizzie era atractiva, simpática, y besaba... uff era capaz de conseguir que él le entregara su alma, si cada vez que le diera un beso iba a dejarlo con esa sensación de plenitud, y de querer ahondar más en ella. De querer quedarse pegado a sus labios hasta perder el juicio. Tal vez hubiera llegado el momento de plantearse una de las dos alternativas: o querer seguir adelante para conocer a Lizzie de una manera más íntima; o bien abandonar el proyecto de una vez. Ya había pasado el tiempo necesario entre citas para hacerse una idea de cómo funcionaban. Ahora solo faltaba hablar con Roger para concretar algunas cosas, y después, tal vez podría dedicarse a ella como merecía.

Pero había algo que no le iba a gustar si lo acababa descubriendo. Le había mentido. Y aunque al principio le pareció algo de lo más normal, puesto que todo el mundo añadía algún dato erróneo o falso a sus perfiles de las Redes Sociales, ahora al haber conocido a Lizzie, no le parecía tan buena idea. Tendría que remediarlo de alguna forma antes de que fuera demasiado tarde. Porque tenía claro que quería volverla a ver. Y pensar en esta posibilidad le dibujó una sonrisa que no desapareció de su rostro hasta que por fin se metió en la cama.

6

Lizzie se levantó con un soporífero dolor de cabeza debido a que casi no había podido pegar ojo. Y todo se debía, como era de esperar, a Jason. Pero no a él en sentido literal. Más bien se había debido al hecho de que ella misma se había comportado... diferente. No esperaba que la tarde se desarrollara de la manera en que lo hizo. Esperaba a un tipo más estirado, listillo, prepotente y todos los calificativos que se le podrían ocurrir sobre un hombre que ha rechazado a veinte citas. Pero tampoco le había parecido un tipo que fuera rompiendo los corazones a cada paso que daba; ni que a las mujeres se le cayeran las bragas con solo verlo. No. Nada de nada. Era un tipo... sencillo con su simpatía, sus cosas aquí y allá, pero no le había encontrado nada que le hiciera pensar en el motivo por el que no había encontrado su media naranja.

Llegó a la Web con un café de la mano al que le daba algún que otro sorbito para despertarse. Tendría que comentarle a Lauree y a Claire lo sucedido, excepto que se habían besado y que a ella le había quedado una sensación de... que volviera a hacerlo.

—¿Qué tal te fue con el misterioso Jason? —Lauree no le dio si quiera tiempo a Lizzie para llegar a la mesa, dejar el café y sentarse.

—Si dejas que me siente y me tome el café para despejarme te lo contaré.

—¿Despejarte? Uy, cómo ha sonado eso —apuntó Claire acercándose a la mesa de Lizzie.

Esta seguía bebiendo café en un intento por alargar el momento de contar lo sucedido. De entrada, el tono que había empleado Claire no le hacía presagiar nada bueno. Apostaba a que ambas pensaban que habría sucedido algo más que charlar.

—Resumiendo chicas. Jason me ha parecido el tío más normal que he

conocido —Lizzie se recostó contra el respaldo de su silla, cruzó las piernas y entrelazó sus manos sobre su regazo dispuesta a esperar los comentarios de sus dos compañeras.

Hubo un momento de silencio mientras ambas parecían estar procesando aquella información. Las dos miraron a Lizzie a la espera de que dijera algo más.

—Es todo lo que hay.

—Pero, ¿y por qué ha rechazado veinte citas? O mejor dicho, ¿por qué no ha repetido con ninguna de ellas? —preguntó Claire mientras cruzaba los brazos bajo el pecho y adoptaba una postura de no terminar de creerlo.

—Eso mismo me he estado preguntando según venía hacia aquí. Pero ayer tarde, se mostró como un tipo de lo más normal.

—Hay algo que falla —señaló Lauree.

—También me lo he llegado preguntar mientras charlaba con él. Pero... —Lizzie apretó los labios en una mueca de clara desesperación.

—¿Habéis quedado para veros otra vez?

Lizzie cogió el café para darle un buen trago que la despejara del todo mientras Claire le hacía la pregunta. Luego, asintió con un gemido de aprobación.

—Eso quiere. Pero, vamos, ya te digo yo cuando va a llamarme —se burló Lizzie mostrando la misma ironía que ante él.

—Entonces, ¿no crees que lo haga? —Lauree entornó la mirada hacia Lizzie con la esperanza de que la dijera que al menos había una mínima posibilidad de que ello sucediera. Pero cuando Lizzie se limitó a sacudir a cabeza, Lauree resopló y hundió los hombros.

—Eso sí, chicas. Le pregunté acerca de qué le parecía la Web, las citas y demás, ya que le dije que yo era novata.

—¿Novata? —Claire frunció el ceño y sonrió irónica al escuchar a Lizzie.

—Sí, mujer. Le aseguré que era mi tercera cita. Y que no tenía demasiada experiencia. Así que le pedí que me diera su opinión al respecto de la Web, y demás.

—¿Y qué opinión tiene?

—Buena. Eso me lo aseguró.

—Sí, pero ya sabemos lo que puede decir por ahí a otras —sugirió Lauree recordando las conclusiones a las que Lizzie había llegado ante la posibilidad de una mala publicidad por parte de él.

Lizzie se quedó callada mientras pensaba si Jason podría ser de esa clase de personas.

—No me pareció una persona que tenga mucho interés en criticar el trabajo de los demás.

—Bueno, ¿y qué más? ¿Qué opinión te dejó desde el punto de vista femenino? Me refiero a que, ¿no serán las mujeres las que lo plantan? —La sugerencia de Claire abrió otra posibilidad en la que al parecer ninguna había caído hasta ese momento.

—Te puedo asegurar que él está muy bien —admitió Lizzie sin dudarle en ningún momento mientras sentía un hormigueo incesante en todo su cuerpo si recordaba el beso que le había dado. A pesar de que él le regalara el cumplido después. Lizzie se mordió el labio para ahogar la sonrisa que amenazaba con aparecer en su rostro y que podía plantearle alguna complicación antes sus compañeras.

—Oye, ¿no irás a decirme que te ha gustado? —Lauree bromeó con esta posibilidad ante la cara de sorpresa de ella y de la propia Claire.

—No veo a Lizzie ligando con él —le dejó claro mientras ahora era esta la que ponía los ojos como platos ante semejante suposición—. Me refiero a que no has acudido a la cita con él, en calidad de mujer soltera que busca una pareja.

—Sí, eso es cierto. Estuve pendiente de sus gestos, de sus comentarios y de todo lo que podía valerme para su análisis como psicóloga, pero, siento decir que no hay nada que me llamara la atención. A ver, no es el típico ligón, ni chulito, ni tío prepotente que busca meterte en su cama y adiós.

—¿No intentó nada contigo? ¿Ni siquiera un beso? —insistió Lauree algo desilusionada porque Lizzie sacudiera la cabeza rechazando ambas cuestiones.

—Ya te digo que se comportó de una manera normal —Lizzie deslizó el nudo de su garganta cuando se refirió al comportamiento de él. Era verdad que había sido exquisito, incluso el beso que le dio a salir de la taberna. Tierno. Delicado. Y que le había dejado con ganas de más.

—Bueno, tendremos que confiar en que pueda volver a llamarte —sugirió Claire mientras volvía a su mesa—. Buen trabajo, Lizzie.

—¿Y si se le ocurre querer verte otra vez? Aunque ya sé que crees que no lo hará —matizó Lauree.

Lizzie entrecerró los ojos mientras contemplaba a su compañera y sentía como si, de repente, el café le hubiera caído mal en el estómago.

—Aceptaría. No me queda otra —le aseguró con toda naturalidad mientras Lauree sonreía divertida, Claire se detenía para volverse hacia ella mirándola con una sonrisa cínica y la propia Lizzie sentía una mezcla de temor porque no lo hiciera, y expectación ante la posibilidad de que quisiera verla.

—Eso está bien si queremos averiguar algo más de su comportamiento con las chicas de la Web. He leído algún comentario en las Redes Sociales, que no va a gustarte —comentó haciendo una señal con el mentón a Lizzie.

Lauree y la propia Lizzie centraron sus respectivas miradas en Claire.

—Lo que falta saber es si esos comentarios provienen de algún usuario, o de gente ajena a la Web.

—Gente que le gusta tocar las pelotas al vecino ¿no? ¿A eso te refieres? —preguntó Lizzie siendo sarcástica.

—Podríamos decir que sí.

—Y también podríamos suponer que se trate de algún periodista resentido con nosotras —apuntó Lauree frunciendo los labios en una mueca de desagrado.

—No había vuelto a caer en ello —señaló Claire sacudiendo la mano en el aire para restarle importancia a este hecho.

—Cierto, pero estamos en nuestro derecho a revelar la información que consideremos legal, y que no viole los derechos de los usuarios —precisó Lizzie sorprendida porque algunos periodistas pudieran estar molestos porque no les había revelado suficiente información al respecto del funcionamiento de la Web.

—Ya, ellos los que pretendían era que les reveláramos información jugosa. De la que vende periódicos, y consigue suscriptores en la sus ediciones digitales.

—Es mejor no hacerles caso y seguir ofreciendo un servicio de calidad, chicas. Pero que quede claro que no vamos a revelar información personal de los usuarios. Os dejo que sigáis.

—Es increíble que la gente se dedique a calificar tu Web como informal, impersonal, de baja calidad, con un servicio patético, o esta otra que tacha la Web de burdel de citas —le enumeró Lauree con las cejas arqueadas por la expectación.

Lizzie se mordisqueó el labio mientras la escuchaba con las piernas cruzadas.

—Gente aburrida, insatisfecha, resentida, dolida, con mucho tiempo

libre, frustrada o simplemente que quiere tocar las pelotas. Es mejor que nos pongamos a trabajar y pasemos de esos comentarios para que no nos afecten —le advirtió mientras se volvía hacia la pantalla de su portátil.

—Pues, no sé. Supongo que tienes razón. ¿Crees que Jason podría ser uno de ellos?

Lizzie dejó los dedos suspendidos en el aire, siguió mirando la pantalla durante unos segundos antes de volver el rostro hacia Lauree, y sacudirlo.

—¿Qué pinta él en todo esto? A ver, si ha accedido a quedar conmigo, no creo que después se dedique a subir comentarios como esos a las redes.

Lauree entrecerró los ojos y asintió.

—Parece que te ha caído bien.

—¿Por qué lo dices?

—Porque parece defenderlo —le dijo guiñándole un ojo que dejó a Lizzie con la boca abierta a punto de rebatirla pero el sonido del móvil la detuvo—. Tal vez sea él.

Lizzie lanzó una furtiva mirada a la pantalla y la tensión que experimentó cuando Lauree se refirió a él, desapareció cuando vio el nombre de Andrew.

—Es mi hermano. ¿A ver qué ha hecho ahora?

Lauree lanzó una mirada de curiosidad a su compañera y sonrió burlona. Lizzie no podía negar que el tal Jason le había causado una grata sensación. Ya vería si daba para más, pensó Lauree volviendo a su trabajo.

—Dime Andrew, ¿qué has hecho ahora?

—*Vaya, tu tono ya me declara culpable ¿eh?*

—Bueno, si me atengo a lo sucedido la primera vez que saliste por ahí con Candace... Puedo esperarme de ti cualquier cosa, incluso que ya la hayas dejado.

—*Pues no. Sigo enseñándole la ciudad. Ayer estuvimos en el campus y luego al monumento de Wallace.*

—Vaya, sin duda que te estás convirtiendo en un buen anfitrión.

—*Sí. Aunque no me creas. Pero bueno, llamaba por otra cosa. ¿Qué tal con tu cita?*

—Bien.

—*¿Sólo bien?*

—A ver, se supone que es mi trabajo. No voy en busca de una pareja como otra gente apuntada a la Web —le dejó claro con un tono que marcaba su cabreo.

—Sí, eso me ha quedado claro. Pero también puede haber lugar al placer. Me refiero a que podría gustarte, el tal Jason.

Lizzie permaneció en silencio mientras pensaba en el motivo que la había llevado a confesarle a su hermano lo de la cita. Sin duda que era una bocazas conociéndolo.

—Pues no. No hay hueco para el placer al que tú te refieres.

—*Lástima. Mira que si en el fondo fuera tu media naranja* —Andrew chasqueó la lengua decepcionado por escucharla decir eso.

—¿A qué viene esa gilipollez de la media naranja, Andrew? No es propio de ti.

—*Viene a que tal vez...*

—Más te vale centrarte en seguir enseñando la ciudad a Candace. A lo mejor ella sí que es tu alma gemela —le restregó mientras sonreía y abría los ojos con expectación

—*A lo mejor* —El tono de Andrew al admitir que cabía esa posibilidad dejó a Lizzie quieta como una estatua. Conocía a su hermano y no pensaba que se le fuera a ir la pinza y tomarse en serio a Candace. Le estaba tomando el pelo, como de costumbre—. *Pues mira tú, voy a pedirle que venga conmigo a tomar algo con los compañeros del periódico para desearnos una feliz Navidad.*

—¿En serio? ¿Estás seguro de lo que estás haciendo? ¿No te estarás involucrando demasiado con ella? Pero qué bobadas digo, si eres tú.

—*No quiero que se quede sola todo el día, así que le pediré que me acompañe, si ella quiere.* —La comunicación quedó cortada durante unos segundos mientras Lizzie permanecía expectante a lo que Andrew pudiera confesarle.

—Tal vez deberías tener clara la situación en la que se encuentra.

—*Claro que la tengo. Soy consciente de que ella está aquí hasta el final de las navidades. ¡Joder, hermanita, parece que me estuviera confesando en el diván!* —comentó entre risas pero Lizzie percibió un toque de sinceridad en las palabras de su hermano que la sobrecogió.

—Siempre es bueno reconocer los sentimientos hacia la otra persona. Pero en tu caso es mejor todavía conociéndote como te conozco. Invítala a que vaya contigo y tus compañeros, a lo mejor descubres algo que no esperas encontrar. Eso sí, ten en cuenta los sentimientos de ella, Andrew.

—*Lo hago a cada momento. Por cierto, yo te llamaba para saber de tu cita y al final hemos acabado hablando de mí* —le dijo entre risas.

—Puedes contármelo cuando quieras.

—*Tengo que dejarte, que me reclaman por aquí. Hablamos.*

—Sí, cuando quieras.

Lizzie dejó el móvil sobre la mesa y permaneció en silencio y con la mirada perdida en el vacío durante unos segundos.

—¿Todo bien con Andrew? —La pregunta de Lauree la sacó de sus pensamientos.

—Todo lo bien que puede sentirse uno cuando se está enamorando.

Lauree boqueó como un pez fuera del agua al tiempo que sus ojos se abrían como platos.

—¿Tu hermano? —preguntó con incredulidad mientras contemplaba a Lizzie asentir—. ¿Quién iba a decirlo?

—Sí, al parecer a todos nos llega la hora.

—¿Eso te incluye? —Lauree arqueó una ceja con suspicacia mientras observaba el gesto de desconcierto en el rostro de su compañera, o era tal vez de temor a poder llegar el caso de que ella misma siguiera los pasos de su hermano.

* * *

—Oye Andrew, ya te comenté que íbamos a quedar todos en la taberna de *Molly O'Brien* para tomarnos algo antes de las navidades. Te lo comento para que te apuntes.

Andrew permaneció en silencio un segundo mientras asimilaba la información. No había vuelto a pensar en ello. ¿Cómo diablos iba a acordarse con Candace rondando su mente cada dos por tres? Era una reunión informal de compañeros de trabajo. No creía que le importara ir con él, y además, ya conocía a Kayla y a Elsie.

—Sí, claro.

—Espero que acudas —el tono de Stewart le dejó claro a Andrew que su amigo contaba con él, de todas, todas.

—Allí estaré. ¿A qué hora tenéis pensado quedar?

—Sobre las ocho. Dejemos un par de horas para que las chicas se pongan guapas —Stewart miró a Elsie y le guiñó un ojo.

—Eso lo dices porque ningún día te fijas en nosotras como nos merecemos —le rebatió la fotografía mientras hacía un mohín con sus labios.

—En ese caso, prometo hacerlo más a menudo —le aseguró

marchándose.

Elsie mordisqueó el extremo del bolígrafo mientras mantenía la mirada fija en las fotografías que había sacado de la ciudad engalanada para celebrar la Navidad.

—Llevarás a tu chica, ¿no?

Andrew se quedó parado. En realidad estaba pensando en ella y en hacerlo desde el instante en el que Stewart le recordó la quedada.

—Sí, imagino.

Elsie fijó su mirada en Andrew de una manera que a él le chocó.

—¿Imaginas? Es decir, ¿tienes que pensártelo? —Elsie seguía sin creer lo que estaba escuchando.

—No, claro. Por supuesto que pienso invitarla a que vaya, pero no sé qué pensará ella.

—¿Qué quieres que piense? Estáis juntos, ¿no? —Elsie entornó la mirada hacia Andrew con toda intención mientras él parecía volver a sentirse atrapado entre la espada y la pared.

—Sí, claro.

Elsie entrecerró los ojos y miró a Andrew desde cierta distancia.

—¿Por qué me miras así? Parece que me estás evaluando.

—Por nada. Por nada. Voy a ver si termino de retocar las fotografías antes de largarnos.

Andrew sacudió la cabeza en un gesto de no entender nada de lo que sucedía. ¿Qué quería decirle Elsie? ¿Y por qué coño lo miraba de esa manera? ¿Pensaba que no iría con Candace? Ahora mismo solo estaba seguro de una cosa, y era que quería pasar todo el tiempo posible con ella. ¿Por qué motivo? Se preguntó.

Andrew pasó a buscar a Candace por casa de Rose, para seguir recorriendo la ciudad. Una vez más su presencia lo dejó sin palabras. Con aquella sonrisa bailando en sus apetecibles labios y su mirada chispeando de emoción. Tenerla cerca le estaba creando un estado de bienestar que no había conocido con ninguna otra mujer.

—Y bien, ¿qué recorrido nos toca hoy? —le preguntó mientras de manera cordial deslizaba un brazo por debajo del suyo y caminaba aferrada a él.

Andrew la contempló durante unos segundos en los que no supo qué

decirle. Sus sentidos parecían adormecidos. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Aquella situación tenía que ver con su regreso a casa? ¿Con la Navidad? ¿Con ella y lo que estaba surgiendo?

—¿Recuerdas que te hablé del *Back Walk*?

—Sí, me acuerdo. Me hablaste de un paseo alrededor del castillo.

—Es un paseo por las murallas y que rodea el propio castillo para terminar en el centro de la ciudad. Lo que importa son las vistas ya que es una especie de parque y mirador.

—Suenan interesantes —dijo Candace con una chispa de entusiasmo en su voz.

Emprendieron el camino cuesta arriba.

—¿Otra cuesta? —preguntó Candace recordando la que el día anterior había recorrido hasta llegar al monumento de Wallace—. ¿No habrá autobús?

—Te prometo que en esta ocasión no lo hay. Es una ruta turística —le aseguró mientras observaba el gesto de desconfianza de ella.

—De acuerdo. Te creeré.

Caminaron dejando las murallas de la ciudad a la derecha y el parque a la izquierda.

—Las murallas defendieron la ciudad durante los siglos pasados.

—¿De los ingleses? —preguntó Candace con cierta suspicacia mientras esbozaba una sonrisa socarrona.

—¿Por qué buscas provocarme con la rivalidad entre ambos países?

—Porque me encanta ver cómo te enciendes cuando saco el tema —le respondió mientras se apretaba contra su cuerpo y levantaba la mirada para quedarse contemplándolo ensimismada. Candace no quería pensar en nada más por ahora. No cuando estaba disfrutando de un romántico paseo con él.

—Mira ese hotel de ahí, el Stirling Highland Hotel, fue en su día un instituto —le dijo señalando hacia este cuando pasaron cerca.

Pero lo que más impresionó a Candace fue quedarse delante de la puerta de entrada a un valle que hacía las veces de cementerio.

—En esa iglesia coronaron rey de Escocia al hijo de María Estuardo —le indicó señalando el edificio—. Hay una inscripción en el suelo que lo conmemora. En cuanto a las tumbas, algunas son de hace más de cien años.

Candace sentía un cierto temblor en el cuerpo que no sabía si lo achacaba al frío, o a la oscuridad que reinaba en el paseo, pese a estar muy bien iluminado. Fuera cual fuese el motivo, se aferró más a Andrew invitándolo a que él la rodeara con su brazo y la pegara más a su propio

cuerpo mientras no podía evitar sonreír.

—¿No te dará miedo pasear por aquí, verdad?

—Oh no, no, claro que no —respondió mientras parecía que acelerara el paso para salir de aquel valle de lápidas e incluso estatuas de personalidades.

—Cómo puedes ver, el castillo domina las vistas —le dijo señalando el monumento—. Vayamos hasta Gowan Hill para que puedas ver la ciudad.

Candace no se opuso a la sugerencia de Andrew, con tal de abandonar aquel lugar tan tétrico.

Cuando llegaron a lo alto de Gowan Hill, Candace pudo contemplar la ciudad iluminada desde aquel punto.

—Mira, aquel es el viejo puente de Stirling —le indicó mientras se situaba detrás de ella para después rodearla por la cintura y permitir que ella se apoyara contra su pecho. Andrew apoyó el mentón sobre el pelo de ella antes de besarla. Nunca había sentido la necesidad de hacer todo aquello—. A lo lejos el monumento de Wallace, y allí el río Forth.

—La verdad es que las vistas son increíbles —murmuró Candace mientras se sentía protegida y reconfortada entre los brazos de Andrew, que la volvió hacia él para besarla de una manera lenta y dulce que arrancó un gemido en ella.

—Creo que voy a llevarme una agradable imagen de Stirling, y será gracias a ti. A la manera en la que me la estás mostrando —le dijo mientras volvía a besarlo pero algo en el interior de Andrew parecía resentirse por aquella afirmación. Ya sabía cómo acababa la historia de manera que no entendía el motivo por el que le afectaba que ella hiciera ese comentario.

—Deberíamos regresar a la ciudad. Aquí se está levantando frío —le aseguró mientras volvía a estrecharla contra él y emprendían el camino de regreso al centro bordeando el castillo.

Andrew no quería pensar por ahora que al final ella se acabaría marchando. Era una posibilidad bastante real que terminaría sucediendo y a la que ahora no le concedía demasiada importancia. Se estaban divirtiendo juntos durante esos días de Navidad.

—Por cierto, y antes de que se me olvide. La gente del periódico quedaremos mañana a tomar algo, ya sabes, para desearnos felices fiestas y todo eso. Y me preguntaba si vendrías —Andrew entornó la mirada hacia ella con cierta expectación por su respuesta.

Candace mostró la lógica sorpresa de esa invitación. Inspiró hondo y miró a Andrew con los ojos entrecerrados como si estuviera calibrando la

respuesta que él esperaba.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque ir con tus compañeros... A ver, no tengo ningún inconveniente, que conste. Pero no quiero que te pases la noche pendiente de mí y que los dejes de lado. Yo puedo quedar con Rose y con tu hermana; o quedarme en casa sin ningún inconveniente —le advirtió mientras miraba a Andrew con el corazón latiendo acelerado por aquella situación.

—No tienes que preocuparte por eso. Además, la otra tarde ya conociste a Kayla y a Elsie.

—Bueno, pero fue algo testimonial. Más bien por educación que por otro motivo —le corrigió ya que Andrew había dado la impresión de que ellas se conocían desde hacía tiempo.

—Cierto, pero en seguida verás que son gente muy abierta y simpática. Y espera a que te presente a Stewart —le dijo con un toque de expectación y de emoción.

—¿El dueño del periódico? ¿El que te llamó para que vinieras a Stirling hacerte cargo de la sección de deportes?

—El mismo.

—¿Por qué tengo la impresión de que os lleváis más que bien?

Andrew sonrió mientras asentía.

—Somos amigos desde el colegio. Luego el instituto y por último la facultad. Después yo me marché a Londres y bueno... el resto creo que ya lo conoces. ¡Tú mejor que nadie! No en vano estuvimos charlando durante buena parte del vuelo de Londres a Glasgow —Candace frunció los labios en una mueca de: *mea culpa*—. Te caerá bien.

—Estas dando por hecho que voy a decirte que sí —le comentó mientras se apretaba contra el cuerpo de él en busca de cierta complicidad, calidez y por qué no decirlo, cariño.

—Bueno, si prefieres una reunión de chicas... —Andrew la soltó, levantó las manos en alto y le lanzó una mirada de «allá tú»

—Lo de las chicas no lo sé. Ha sido una suposición decirte que puedo salir con Rose o con tu hermana.

Andrew esbozó una sonrisa llena de ironía cuando Candace se refirió a ella. Lizzie andaría metida en su personal juego detectivesco para averiguar que se traía entre manos el tal Jason.

—¿Entonces?

Candace puso los ojos en blanco y resopló mientras se acercaba a Andrew para agarrarse de su brazo.

—¿Para qué me preguntas si ya sabes que iré?

Andrew esbozó una sonrisa de complacencia mientras le colocaba el pelo para dejar el rostro de ella despejado y de ese modo poderla contemplar mejor. Su nariz y sus mejillas encendidas por el frío que ya se notaba, sus labios entreabiertos por el que su aliento escapaba formando nubes de vapor, que se esfumaban a los pocos segundos. Andrew le pasó el pulgar por los labios percibiendo su suavidad y luego dejó que su mano acunara su mejilla justo antes de inclinarse sobre ella para volverla a besar, y es que debía reconocer que ella era toda una adicción a la que por ahora no podía resistirse.

* * *

Lizzie y Rose quedaron para pasar a ver a Maisie y cotillear un poco sobre cómo le iban las cosas con Rowan, una vez que él se hubo instalado en la casa. Las tres permanecían sentadas en el sofá del salón mientras un generoso fuego crepitaba en la chimenea, y Bonnie Prince permanecía sobre la alfombra al calor.

—Cómo te iba contando, Rowan anda algo atareado con las clases. Pero es de agradecer porque de ese modo tengo la casa para mí, para poder escribir para la revista. Oye, ¿qué tal con la Web? —preguntó haciendo un gesto con el mentón a Lizzie, que parecía algo perdida.

Esta resopló mientras se dejaba caer hacia atrás y sentir la calidez con la que el sofá la acogía. Luego cruzó los brazos bajo el pecho y miró a sus amigas con desconcierto.

—En general no puedo quejarme.

—Pero... —apuntó Maisie formando un arco con sus cejas en clara señal de expectación por lo que su amiga tuviera que aclarar. Solo tenía que fijarse en el semblante de su rostro.

—Hay un usuario que nos tiene de cabeza.

—¿Qué pasa con él? ¿Está tan buenorro que todas quieren conocerlo? —preguntó Rose con desmedido interés mientras miraba a Lizzie.

—Bueno, estarlo... el chico no está nada mal —comenzó contándoles mientras la imagen de Jason se deslizaba en la mente de ella de manera sugerente y sin que ella pudiera ponerle freno. ¿Tal vez no pretendía hacerlo?

—Entonces, ¿cuál es el inconveniente? —intervino Maisie alentada por el misterio en torno a ese usuario.

—No os lo vais a creer, pero... ha rechazado a veinte chicas. Me refiero a que ninguna de las posibles parejas... le ha hecho tilín, para que me entendáis —Lizzie paseó la mirada por sus dos amigas mientras se mordisqueaba el labio y ponía cara de cierto temor por lo que fueran a decirle.

—¡Joder! —murmuró Rose—. Sí que es escogido, el chico —concluyó con un mirada bastan explícita de lo que pensaba.

—¿Y si tan solo quisiera conocer chicas? —preguntó Maisie mientras se encogía de hombros como si este hecho de conocer gente fuera normal.

—Pero uno no se apunta a una Web de citas solo para conocer chicas. O al menos yo no lo haría —apuntó Rose con ironía—. Oye, ¿no se las estará tirando?

—¿Insinúas que solo busca sexo? —preguntó Lizzie alertada por esa posibilidad que al momento descartó cuando pensó en la otra noche con él. En ningún momento le había parecido que fuera eso precisamente lo que buscaba. Ni si quiera se lo había insinuado a ella cuando la acompañó a su casa. Solo un beso, eso sí... Que la había dejado con ganas de más, la verdad. Pero no había sido ni el día, ni el momento, ni el lugar ni nada. Ella no iba a acostarse con un usuario de la Web en la que trabajaba—. Para eso existen otras Webs.

—¿Y entonces? ¿Qué vais a hacer? —preguntó Maisie con un suspiro de resignación.

Lizzie frunció los labios en un gesto que denotaba cierta preocupación por el tema. ¿Era conveniente confiar en ellas para contarles que lo había conocido? Eran sus mejores amigas, ¿a quién si no? Además, su hermano ya lo sabía y no ponía la mano en el fuego porque él no se le escapara en alguna ocasión. Entonces, le sabría mal no habérselo contado a Maisie y a Rose.

—Me he creado un perfil en la Web para conocerlo —Lizzie lo soltó de buenas a primeras. A toda velocidad. Sin pensar en los comentarios de ellas, ni en las miradas que le estaban echando, ni en las expresiones de sus rostros.

—¿Qué ha hecho qué? —preguntó Maisie sin poderlo creer.

—¡Nooooooo! —exclamó Rose arrastrando la última vocal hasta que ya no le quedó voz.

—Bueno, bien mirado es la mejor solución que tienes para saber qué le sucede —intervino Maisie con un tono relajado y que buscaba rebajar el

impacto inicial que la confesión de Lizzie, les había dejado.

—Sí, es verdad. No hay nada como acudir a la fuente para conocer la realidad. Bueno, ¿y cuándo vas a hacerlo? Aunque mucho me temo que lo que vas a contarnos va a superar lo anterior —le aseguró Rose con una sonrisa irónica.

Lizzie se sintió el centro de atención de sus dos amigas, e incluso de Bonnie Prince que acababa de incorporarse en la alfombra y ahora la miraba. Cogió aire y devolvió la mirada a sus amigas consciente de que Rose iba a por buen camino.

—Quedé con él la otra tarde —Lizzie se mordió el labio a la espera del aluvión de preguntas y comentarios de sus amigas.

—¿Y? —Rose fue la primera en lanzarse a preguntar porque Maisie estaba pendiente de hacia dónde iba su gato.

—No me pareció un tío que busque rollos de una noche. Ni un cretino. Ni un tipo estirado. No sé. No se ajusta a ninguna de las etiquetas que le había puesto en un principio antes de conocerlo y charlar con él, la verdad.

Por unos segundos solo se escuchó el crepitar de la madera en la chimenea. Las tres amigas permanecían en silencio valorando las palabras de Lizzie.

—¿Entonces? Supongo que no se lo preguntarías, me refiero a por qué había rechazado veinte citas —sugirió Maisie mirando a Lizzie con los ojos entrecerrados, como si la estuviera estudiando por algún motivo que por ahora desconocía.

—No, claro. Pero sí le insinué algo parecido.

—¿Y qué te dijo?

—Que por ahora no había encontrado a alguien que de verdad le importara.

—Ya, es una excusa muy recurrente, ¿no? —apuntó Rose con una media sonrisa que delataba su estado de ánimo: irónico.

—Soy consciente de ello, chicas. Estaba claro que lo dijo por cumplir, por quedar bien. No me lo tomé en serio —les aseguró molesta porque pensarán igual que ella. Porque esa no fuera la respuesta acertada para saber qué escondía Jason.

—Pero, entonces no has averiguado mucho. Tendrás que volver a quedar con él —aseguró Rose convencida de que así lo haría.

—Sí, claro. Ha quedado en llamarme para vernos —le respondió con un toque de incredulidad y cierto desinterés.

—Lo dices de una manera que da que pensar que no se producirá — señaló Maisie mientras se sentaba sobre los pies.

—Es que no sé qué pensar de alguien como él. A ver, soy consciente de que me puede dar largas y si te he visto no me acuerdo. Seamos realistas — les hizo ver mientras las miraba a las dos.

—Sí, bueno, pero... Imagina que por algún motivo desconocido, te llama para seguir conociéndote. ¡Joder, ¿y si tú le gustaras?! —se aventuró a preguntar Rose señalándola como si la acusara de ello.

—Sí, eso. ¿Qué piensas hacer? —apuntó Maisie.

Lizzie resopló.

—No lo sé chicas. Ahora mismo prefiero no pensar en ello. Además, seguro que solo busca... un rollo —dijo de manera desinteresada mientras se encogía de hombros.

—Nunca se sabe. De todas formas, ¿por qué ese interés en él?

—Porque no queremos que ninguno de nuestros usuarios esté descontento. Podría significar un aluvión de malas críticas a la Web y restaría los ingresos que recibimos por la publicidad.

—Pero todas las Webs tienen malas críticas —le recordó Rose con naturalidad.

—Sí, pero debemos minimizarlas lo máximo posible. Somos conscientes de que las malas críticas ya han llegado y seguirán haciéndolo. Pero debemos evitarlas. Y un usuario que rechaza veinte candidatas no es muy buena publicidad que digamos —Lizzie frunció los labios y arqueó las cejas para dar mayor consistencia a su argumento.

—Claro. Pues crucemos los dedos para que te llame —Rose hizo el gesto mientras sonreía.

—Tengo curiosidad por saber una cosa —intervino Maisie que ahora mismo contemplaba con el ceño fruncido a Lizzie, y una mirada de desconcierto—. ¿Intentó besarte?

Rose volvió el rostro hacia Lizzie como si tuviera un resorte que se hubiera activado de manera automática al escuchar la palabra «besarte»

Lizzie deslizó el nudo que la observación de su amiga Maisie acababa de producirle. Sintió el calor sofocante invadir todo su cuerpo, algo que achacó a que llevaba demasiado tiempo pegada a la chimenea. Percibió la mirada entornada de Maisie y una sonrisa que lo decía todo.

Lizzie se aclaró la garganta, cogió aire y asintió.

—Sí, nos besamos cuando salimos de la taberna en la que habíamos

estado tomando algo.

Rose abrió la boca para decir algo pero a lo más que llegó fue a emitir un sonido gutural. Y Maisie se llevó las manos a la suya para sofocar el ataque de risa que acababa de entrarle al escuchar a Lizzie.

—Ya sé lo que vais a decirme las dos. ¡He sido una irresponsable porque he llevado demasiado lejos mi investigación! ¡En qué narices estoy pensando! y, ¡Qué me ha dado para hacer semejante gilipollez!

—No creo que lo pensemos, ¿verdad? —comentó Maisie mirando a Rose.

—¿Qué problema hay? Que nosotras sepamos eres una mujer adulta, sin compromiso, y salvo que nos digas a estas alturas que te gustan las mujeres... No sé, ¿dónde está el problema? La verdad sea dicha.

—¿Te parece poco problema que me haya enrollado con un usuario de la Web al que trato de sonsacarle por qué narices ha rechazado a todas las candidatas que le hemos propuesto? —Lizzie abrió sus ojos hasta la máxima expresión posible, como si fueran a salirse de las cuencas.

—Pero no tiene por qué saberlo, ¿no? —sugirió Maisie sin comprender dónde radicaba el problema de su amiga.

—Ya, cierto. Pero...

—Lizzie te has metido en un berenjenal, porque has acudido a una cita para indagar en la vida de Jason, y de repente has descubierto que él te gusta. Y al parecer tú a él. De lo contrario no habría habido beso —simplificó Rose con total normalidad.

—Algo así —señaló ella con una media sonrisa.

—Ahora te toca esperar su llamada y cambiar de estrategia. Bueno, míralo por el lado bueno —Lizzie puso cara de no comprender nada—. A lo mejor ahora que hay chispa entre vosotros tal vez te revele el motivo por el que ha rechazado a las otras —le aseguró guiñándole un ojo.

Lizzie suspiró.

—Si tú lo dices.

—¿Por cierto se lo has contado a Andrew?

—No. Claro que no. Si se entera me lo restregará por las narices a todas horas —le aseguró con cara de espanto si esa situación llegara a producirse.

—Bueno, entonces ¿qué tal ves a Andrew con mi amiga? —Rose cambió el tema para indagar un poco más en lo que había entre ellos dos.

—¿Qué pasa con Andrew? ¿Está saliendo con una amiga tuya? —preguntó Maisie poniendo los ojos como platos—. Creo que voy a pedirlos

que vengáis a verme más a menudo. Con tantas emociones os juro que me acabará dando algo.

Las tres rieron a carcajadas por unos segundos en los que el ambiente se relajó. Entre Rose y Lizzie pusieron al día a Maisie en relación a Andrew y Candace.

—Pero, ¿es un rollo o van en serio? —Maisie no sabía a cuál de sus dos amigas mirar.

—Ninguno suelta prenda. Pero lo que sí está claro es que mi amiga regresará a Londres el día dos —dejó claro Rose.

—¿Y qué va a hacer tu hermano?

—Ni idea. Él asegura que por ahora se divierten sin pensar en el día x —advirtió Lizzie con cara de sorpresa.

—Ya.

—Tú eres experta en ese tipo de relaciones —le apuntó Rose a Maisie—. Mira el año pasado lo que pasó con Rowan.

—Sí —murmuró Maisie mientras los recuerdos de las navidades pasadas la inundaban y solo podía suspirar al recordar lo sucedido en aquella casa—. ¿Creéis que a ellos les sucederá lo mismo?

—Pues ya sería coincidencia. Dos años viviendo lo mismo por causa del amor —apuntó Rose—. Y si miro a mi derecha...

—Ah, no, no. A ver, a mí no me incluyas en tus románticas historias navideñas de amor —le advirtió Lizzie con las manos al frente como si pretendiera detener el empuje de las palabras de Rose.

—Pues vas por ese camino —apuntó Maisie con un guiño.

—¡Ni de coña, chicas! Una cosa es el trabajo de las citas y otras que vaya a acabar metida en un romance —Lizzie sonrió con burlona mientras parecía rechazar de plano cualquier posibilidad que pudiera surgir con Jason. No. Una cosa era que se hubieran besado, como formalidad. ¡Y un cuerno la formalidad! Exclamó una vocecita en su interior. ¡Te besaste con todas la de la ley! ¡Cómo Dios manda!

—Creo que este año las navidades van a ser muy emocionantes. Ahora solo faltas tú, Rose para cerrar el círculo.

—Yo lo dejo para el año próximo. Este ya hemos cerrado el cupo de admisiones a historia de amor navideña —le aseguró asintiendo mientras guiñaba un ojo y reía. Una repentina ola de nostalgia la invadió al ver que Maisie había encontrado a Rowan. Lizzie andaba medio liada con el tal Jason. Y su amiga Candace *idem* con el hermano de Lizzie. Tal vez algún año

la Navidad le trajera una pareja. O un verano, o una primavera.

—En ese caso te tomamos la palabra —asintió Lizzie entre bromas y risas—. El año que viene te toca. De manera que vete echando un ojo a los chicos que tienes cerca.

Rose asintió con cara de no creer ni una sola palabra de todo aquello. Sí, sí. El año que viene, se dijo. Para eso faltaba mucho. Demasiado, pensó segura de que a ella no le sorprendería el amor en las Navidades venideras.

7

Andrew estaba impaciente por acudir a recoger a Candace. ¿Por qué? Porque entre ellos dos había una complicidad que ninguno ocultaba; un deseo que flotaba alrededor de ellos cada vez que estaban juntos. Por suerte, él no sentía nada más que esa atracción, de lo contrario comenzaría a preocuparse. Aunque no lo había hecho antes por ninguna otra mujer, ni creía que ahora tampoco fuera a suceder. Por mucho que Candace le gustara. Pero, ¿por qué hasta ahora no le había insinuado que quería llevársela a la cama? Porque no se había dado la situación se respondió en un intento por quedarse más tranquilo. Así de simple. No había que buscarle tres pies al gato, consideraba mientras se ponía el medio abrigo oscuro, se echaba una bufanda alrededor de su cuello y cogía aire antes de salir de su apartamento en dirección a casa de Rose. Tenían tiempo hasta que los demás aparecieran por la taberna. Como había asegurado Stewart, había que dejar tiempo a las mujeres para que se arreglaran. Y él no iba a ser menos con Candace.

—Vamos a ver, ¿por qué no te pones algo diferente? Y cuando digo diferente me refiero a un vestido, por ejemplo. Con zapatos de tacón y esas cosas que tendemos a llevar puestas las mujeres cuando salimos a divertirnos. Deja los malditos vaqueros de una vez por todas, ¿quieres? —le decía Rose a Candace mientras le ayudaba a escoger la ropa para esa noche.

—Voy a una taberna a tomar algo con Andrew y sus compañeros —le recordó ella algo molesta por los comentarios de su amiga acerca de su manera de vestir.

—¿Y qué me quieres decir con ello? ¿Qué no puedes arreglarte un poco? ¿Qué no puedes aparecer con un toque más femenino y sexy? —Rose elevó las cejas con expectación para que ella asintiera—. ¡Por San Andrés!

Enséñale las piernas a Andrew —le dijo con un toque picante en su voz.

Candace resopló.

—¿Las piernas? —repitió ella mientras Rose asentía convencida de su sugerencia—. De acuerdo. ¿Qué debería ponerme según tú?

—Veamos —le dijo buscando entre sus propios vestidos alguno que pudiera valerle y que a la vez le diera un toque... sensual.

Andrew consultó el móvil por si tenía algún mensaje de Candace. La había llamado esa tarde antes de salir del periódico para acordar la hora en la que pasaría a recogerla. Ella no había puesto ningún pero a la cita, lo cual le indicaba a Andrew que a estas horas ya no se echaría atrás. Eso sí, Candace le había preguntado si era adecuado que ella acudiera a una celebración en la que ella no sabía si encajaría. Tal vez esperando que él, le dijera que si lo prefería podría quedarse en casa. Pero no lo había hecho asegurándole que no tenía nada que temer, porque iba a estar rodeada, en todo momento, de gente muy afable.

Mientras se dirigía a casa de Rose, iba pensando en todo lo sucedido en los últimos días entre ellos, y en que no iba a afectarle el día que ella se marchara de regreso a Londres. ¿Cómo podía afectarle si no existía nada más que un sentimiento mutuo por divertirse? Era absurdo pensar en que pudiera surgir algo más, la verdad. Cuando ella se marchara, él se volcaría en su trabajo en el periódico y punto final. Quedaría con los compañeros como esa noche, o con algunos amigos de su hermana, o suyos propios. Y seguiría con su vida de una manera normal. Suponía que tendría algunas aventuras esporádicas más que no le suponían muchas preocupaciones. Tal vez incluso se creara un perfil para la Web de su hermana, pensó sonriendo de manera maliciosa.

Se detuvo frente al portal y llamó para que le abrieran. Se tomó su tiempo en subir hasta el piso de Rose pero para cuando llegó ante la puerta, esta aparecía entornada.

—Pasa Andrew —Este escuchó la voz de Rose en el mismo instante en el que él entornó la puerta y el chirrido de las bisagras lo delató. La cerró a su espalda y se adentró en la casa, que conocía de haber ido con Lizzie en alguna que otra ocasión. Rose vino hacia él con una radiante sonrisa dibujada en sus labios, el pelo recogido en lo alto y vestida con un conjunto de tartán para estar en casa.

—¿Qué tal? —le preguntó con un toque que delataba su interés por saber qué tal lo llevaba con Candace.

—Bien. Con frío pero bien. ¿Y tú?

—Genial. Por cierto, tu hermana y yo estuvimos ayer en casa de Maisie. Pasamos a verla para ponernos al día, ya sabes. Somos amigas desde niñas y tenemos que estar al tanto de lo que nos sucede.

—Me consta —asintió Andrew con una sonrisa socarrona mientras se desprendía de su abrigo y lo dejaba sobre el brazo del sofá—. ¿Qué tal está Maisie? ¿Y Bonnie Prince? ¿Tan zalamero como de costumbre?

—Maisie muy bien. La noto cambiada desde que está con Rowan.

—La vida en pareja lo hace.

—Y Bonnie Prince, mientras tanto a lo suyo. Ya lo conoces —Rose hizo una breve pausa antes de preguntarle por su hermana, por si sabía en lo que andaba metida con lo de la Web y el tal Jason—. A la que noté cambiada también fue a Lizzie.

—Lizzie cambia como el tiempo —bromeó Andrew agitando su mano delante de Rose sin darle la menor importancia a este comentario.

—Creo que es por lo de la Web y lo de Jason.

—Si vas a sacarme información al respecto, te aviso que no he hablado con ella. Algo me comentó ayer, pero tampoco le presté demasiada... —Andrew se quedó paralizado cuando vio entrar a Candace en el salón, con la boca abierta como si fuera a decir algo, gesto que no pasó desapercibido para Rose, quien sonrió con malicia.

Andrew experimentó una sacudida en todo su cuerpo cuando vio a Candace con aquel vestido de color negro con dos franjas en azul en los costados. Lo que llamó su atención de forma poderosa fue lo bien que se ajustaba a su cuerpo resaltando cada una de sus sugestivas curvas. Sus piernas, las cuales no había tenido oportunidad de ver, ahora aparecían torneadas y firmes por debajo del vestido. Andrew contempló su rostro en el que destacaba su mirada resaltada por el negro del rímel y el lápiz de ojos. Sus labios con un toque de color que los hacían más tentadores que en cualquier otro momento. Se había rizado el pelo dejando que sus mechones cayeran en ondas libres. ¿De dónde había salido aquella mujer? ¡Por San Andrés, que no podía ser la misma que él había conocido con su aspecto desenfadado!

¿Qué sintió ella cuando percibió la mirada de Andrew? Un ligero temblor de piernas que pensó que la llevaría al suelo. Un calor sofocante que

ascendió por estas hasta inundarla como si fuera una bocanada de aire. No sabía qué pensaría de su cambio de imagen, la verdad. Porque acostumbrado a verla todos los días con vaqueros, botas, camisas de cuadros y demás... Un estilo desenfadado, como ella solía definirlo.

—Creo que has dejado a Andrew sin palabras, amiga —Rose rompió el silencio que se había instalado en el salón, como si fuera una vista más.

—Ahhh, sin duda —dijo por fin cuando pareció recuperar la compostura pero sin poder apartar la mirada de ella.

—Entiendo que me encuentres rara al verme con un vestido y zapatos de tacón —le dijo mientras Candace bajaba la mirada hacia sus pies—. Desde que nos conocimos no me he quitado los pantalones, ni las camisas.

—Según lo dices... —apuntó Rose con ironía y toque de picardía que arrancó las risas en Candace.

—Creo que sería mejor marcharse o llegaremos tarde.

Andrew asintió sin poder decir nada más porque de verdad que verla tan elegante y tan cambiada lo habían noqueado sin remisión. Y ahora tocaba levantarse de la lona y conseguir que ella no volviera a hacerlo porque estaba seguro de que no habría una tercera oportunidad.

—¿Piensas salir? —Andrew dirigió la pregunta a Rose en busca de un motivo para distraerse mientras esperaba el regreso de Candace.

—Creo que llamaré a tu hermana a ver qué planes tiene. O tal vez le pida que venga aquí —Rose movió las cejas con celeridad para hacerle entender a Andrew que Candace y él no serían bienvenidos.

Andrew asintió con un leve gruñido.

Cuando Candace apareció de nuevo Andrew volvió a experimentar esa sensación de creer que la situación le podía. Ciertamente que ella estaba... irresistible para cualquier mortal. Pero no quería pensar en ella ahora en ese sentido. Ahora solo pensaba en divertirse.

Entraron en la taberna en la que el ambiente parecía cargado. Andrew dejó pasar a Candace porque no le parecía correcto llevarla de la mano y tirar de ella para que lo siguiera. Se acercó tanto por detrás que su perfume lo invadió haciendo que por un breve instante se quedara con la mente en blanco.

Luego, por fin se centró en sus compañeros, que se habían reunido al fondo de la taberna y que reían, charlaban y entrechocaban sus bebidas. Fue Stewart el primero en percibir la presencia de los dos. Levantó el brazo e hizo

una señal con su mano para que se acercaran. Luego le estrechó esa misma mano a Andrew y lo palmeó en el hombro dándole la bienvenida.

—Esta es Candace —le dijo haciéndose a un lado para que la saludara con dos besos mientras él hacía lo propio con Kayla.

—Encantado.

—Gracias, lo mismo digo.

—¿Qué tomas?

—Cerveza.

Stewart asintió con una sonrisa.

—Eres de las mías.

Candace se volvió hacia Andrew que ahora charlaba con Kayla.

—Veo que has venido con tu chica —le dijo lanzando una mirada a Candace, quien apretó los labios y se colocó el pelo detrás de la oreja sin saber qué interpretación darle a ese comentario.

Andrew se volvió y con un gesto que ella no esperaba, la rodeó por la cintura atrayéndola un poco más hacia él. ¿A qué venía aquella determinación por parte de él? Candace se vio sorprendida y el calor inundó su cuerpo hasta asentarse en sus mejillas. Por suerte, Stewart le entregó el vaso de cerveza, dio un trago y el frío pareció rebajar la temperatura del cuerpo.

—A Kayla ya la conoces. De la otra tarde —le dijo a Candace sin soltarla de la cintura.

—Sí. Hola.

—¿Qué tal te trata Andrew? —le preguntó mientras dirigía una mirada cargada de curiosidad a éste.

Candace inspiró mientras los dedos de la mano de él se movían por su espalda hasta que se apartaron de esta.

—Es un buen anfitrión —le aseguró convencida de que así era, pero sin mirarlo a él. No quería que percibiera la mirada de cariño que podía dirigirle. Candace se sentía algo abrumada por aquella complicidad entre ellos. Que sus compañeros pensaran que ella era su chica, le producía una repentina sensación de vacío en el estómago. Algo que no pretendía sentir en ningún momento, pero que al parecer ya era algo tarde para evitar.

—Gracias —asintió Andrew con toda intención mientras él se quedaba mirándola de manera fija. Luego, alguien tiró de la manga de él arrastrándolo lejos de Candace.

—Es un buen tío —le confesó Kayla mientras lo veía alejarse de ellas —. Dime, ¿cuánto hace que estáis juntos?

Candace abrió la boca pero no supo qué responder. No estaba preparada para preguntas de esa clase. Que se hubieran besado no indicaba que estuvieran juntos, como pareja. Era absurdo, la verdad, pensar en algo así cuando tanto Andrew como ella sabían lo que sucedería al término de las Navidades. Candace frunció los labios y encogió sus hombros como si no le concediera importancia a este asunto.

—No somos pareja, si es a lo que te estás refiriendo —le aseguró mientras sacudía la cabeza y Kayla parecía quedarse sin palabras ante aquella confesión tan rotunda por parte de ella.

—Vaya... He metido la pata —Kayla sonrió algo incómoda por sus comentarios.

—No pasa nada —Candace restó importancia a este hecho. En verdad que entre ellos no había nada. Tan solo un par de besos—. Estoy de paso hasta que termine la Navidad.

—No lo sabía. ¿De dónde eres?

—De Londres.

—Entonces, ¿os habéis conocido allí?

Candace sonrió divertida ante tal suposición, que por otra parte era lógica.

—No, no. Nos conocimos en el avión que cogimos en Londres. Compartimos fila de asientos. De ahí surgió la amistad —le comentó sin dejar de reír mientras Kayla no daba crédito a aquella historia—. Lo cierto es que le di la chapa durante todo el vuelo, y no bastó con eso, sino que también en el autobús que nos trasladó de Prestwick a Glasgow, y de aquí a Stirling.

Kayla permanecía expectante. Con la boca abierta sin poder dar crédito.

—Lo vuestro es de película. O de novela por lo menos.

Andrew seguía charlando con Elsie de manera trivial hasta que ella le hizo la pregunta del millón.

—Bueno, ¿de dónde te has sacado a esa monada? —Elsie hizo un gesto con el mentón hacia Candace que seguía charlando con Kayla.

—¿Por qué te interesa saberlo?

—Venga, vaquero, dispara. Se os ve... —Elsie entrecerró los ojos y frunció los labios mientras pasaba su mirada de él a Candace, y viceversa.

—Somos amigos, conocidos. Nada más —le dejó claro Andrew siendo consciente de que en verdad así era.

—Pero, la otra tarde... No es por nada, pero se os veía... —Elsie pensó detenidamente la definición apropiada para lo que percibió. Estaba

convencida de que estaban juntos, en el sentido literal de la palabra. Vamos que eran pareja.

—Estábamos paseando para que ella viera la ciudad.

—Ya, pues déjame decirte que la manera en la que la has rodeado la cintura con el brazo cuando has llegado... —Elsie elevó sus cejas hasta que se convirtieron en un arco perfecto sobre su frente.

Andrew esbozó una sonrisa risueña porque él mismo se había dado cuenta del toque íntimo que podría haber supuesto ese gesto por su parte. Algo a lo que por otra parte, Candace no se opuso.

—Es amiga de una amiga de mi hermana.

—¿Y tú le estás enseñando la ciudad?

—Sí, así es.

Elsie sacudió la cabeza.

—Pues yo sigo en mis trece y creo que entre vosotros hay algo más que... una relación turística —definió mientras se reía de manera abierta ante la mirada de perplejidad de Andrew, quien en esta ocasión no dijo nada—. Claro que por otra parte, entiendo tu postura con ella. Me refiero a que si está de paso... Y es meterme donde no me llaman, ¿vale?

—No te preocupes. Puedes expresar tu opinión de forma tranquila.

—Pues ya la sabes. Voy al baño —Elsie le palmeó en el hombro mientras le guiñaba un ojo y lo dejaba atrás.

En ese momento, Kayla se acercó hasta él. Al parecer había esperado a que Elsie terminara de hablar con Andrew para dirigirse hacia él, mientras Candace charlaba ahora con Stewart.

—Muy simpática tu amiga —fue lo primero que le soltó nada más estar a su lado, mientras volvía la atención hacia Candace.

—Lo es. Una chica agradable.

—Y yo que pensaba que era tu pareja —le confesó Kayla sonriendo.

—Al parecer no has sido la única que lo ha pensado. Es más, presumo que Stewart también lo creerá —le aseguró haciendo un gesto con el mentón hacia él, que ahora charlaba con Candace.

—Entonces, ¿no estás saliendo con nadie? —Andrew percibió el tono de velado interés en la pregunta de ella. ¿Qué buscaba?

—No tengo la más mínima intención —le dejó claro para que ella no siguiera por ese camino.

—Ya, siempre serás el mismo —le dijo con un tono amargo y burlón al recordar el tiempo que ellos dos estuvieron juntos. Pero de eso hacía ya

muchos años.

—¿Por qué voy a cambiar a estas alturas?

—¿Qué tal por Londres? Desapareciste sin despedirte.

—Tenía prisa por largarme de aquí.

—Pero ahora has vuelto —le hizo ver Kayla mientras elevaba las cejas en señal de victoria, y esbozaba una sonrisa.

—Sí, pero puedo volverme a marchar en cualquier momento.

Aquella confesión le dio que pensar a Kayla. Desvió la atención hacia Candace por un segundo. ¿Sería capaz de seguirla de vuelta a Londres? Entonces, ¿para qué demonios había regresado a casa? ¿Y no aseguraba que eran amigos?

El cruce de miradas entre Candace y él era continuo. Y en ocasiones parecía que ambos se estuvieran buscando pese a que tampoco había demasiada gente. Pero era esa sensación de querer saber dónde se encontraba el otro; o la necesidad de observar qué hacía.

Candace no podía evitar sentir una y otra vez esa sensación de vacío. Aquello no podía seguir así, si lo pensaba de manera detenida. Una cosa era pasar los días con él mientras le enseñaba la ciudad, y otra acabar echándolo de menos. Pero era algo que ella no podía controlar. Tenía la sensación de que cada vez que alguien lo reclamaba para charlar y se apartaba de ella, un pedacito en su interior lo echaba de menos. Se estaba acostumbrado a él.

—¿Te diviertes? —Elsie se acercó a ella cuando la vio que se quedaba sola.

—Oh, sí.

—Dice Andrew que escribes en una revista de Londres.

—Reseñas de libros.

—Eso está bien. Siempre y cuando los dejes en buen lugar —Elsie bromeó mientras abría los ojos como platos y esbozaba una sonrisa divertida.

—Eso intento.

—Andrew me ha dicho que estás de paso en Stirling, por las navidades y eso.

—Sí, así es. Una amiga llevaba tiempo pidiéndome que viniera a visitarla. De manera que he aprovechado las vacaciones de Navidad para venir a hacerlo.

—¿Y qué tal la ciudad? ¿Ya has visto el castillo?

—No.

—¡¡¡¡¿Nooooooo?!!!! —Elsie puso morritos y los ojos como platos

cuando se enteró que Candace no había visitado el famoso castillo de Stirling. Agarró del brazo a Andrew, que estaba cerca de ellas y lo arrastró hasta quedar junto a Candace—. ¿Cómo es posible que no le hayas enseñado el castillo? ¡Vaya un anfitrión!

—No hemos tenido tiempo. Pero ha visto el monumento de Wallace, y hemos recorrido la parte trasera de la ciudad.

—Algo es algo —comentó arqueando una ceja con ironía—. Más te vale enseñarle el castillo cuanto antes.

Candace se mordió los labios para ahogar la sonrisa que amenazaba con iluminar su rostro. A decir verdad le encantaba ver a Andrew en una situación comprometida, aunque fuera a modo de broma como la que ahora le gastaba su compañera.

—Podemos ir este sábado que no tengo mucho trabajo, y además, está abierto.

Elsie sonrió cuando vio el intercambio de miradas. ¡Y luego le decía él que entre ellos dos no había nada! Pero, ¿a quién pretendía engañar Andrew?

—No tengo nada que hacer este sábado, ya lo sabes —Candace sonrió de una manera que pretendía hacerle ver a Andrew que estaba a su disposición para recorrer la ciudad.

—Pues más te vale cumplir tu palabra —le dijo Elsie mientras le palmeaba el hombro, le guiñaba un ojo y lo dejaba en compañía de Candace.

Durante unos segundos ambos se miraron en silencio. El tiempo pareció detenerse en ese mismo instante y en aquel reducido espacio que ambos habían delimitado con sus cuerpos.

—¿Estás a gusto o prefieres que nos marchemos? —Andrew le hizo la pregunta mientras pensaba que una parte de él deseaba con todas sus fuerzas, llevársela a su casa y terminar la noche juntos. Pero al mismo tiempo, era consciente de que dar ese paso complicaría todo. No para mal, sino para bien porque estaba seguro de que si se acostaba con Candace, lo que ahora mismo sentía en su interior se convertiría en algo más sentimental que una mera atracción. Y era algo que no quería sentir por ella, ya que al final, se quedaría solo.

—No, tranquilo. Me estoy divirtiendo. Tus compañeros son muy amables conmigo. Me han estado preguntando por ti —le advirtió mientras elevaba sus cejas y lo señalaba con un dedo.

—¿Y qué le has contado? —Andrew frunció el ceño con interés por lo que ella pensara de él.

Candace sintió el calor encender sus mejillas. La verdad es que si él seguía mirándola de aquella manera, le sería muy difícil recomponerse. Sintió su corazón golpearle con insistencia en el interior de su pecho, sin que nada lo remediara; al contrario, si Andrew permanecía tan cerca de ella.

—Nada que tú no sepas ya. Me han preguntado qué hago aquí: cuánto tiempo pasaré... Lo típico cuando conoces a alguien que no es de la ciudad en la que vives, ¿no? —Por el momento se guardaría las conversaciones que había mantenido con respecto a la situación personal de cada uno, y al hecho de si estaban saliendo.

—Sí, claro. Lo más normal —Andrew prefirió aparcar el tema estrella de esa noche cuando los vieron aparecer juntos. Presuponer que Candace y él pudieran ser pareja, lo había dejado algo tocado porque era un tema del que no quería hablar, ni tan siquiera pensar porque no había necesidad de hacerlo. Pero sí era cierto que la insistencia de sus compañeros, y de su propia hermana, le habían dado en qué pensar.

—Eh, vosotros, parejita —La voz de Stewart surgió del barullo a su alrededor para captar la atención de ellos, y sonreír ante aquel calificativo—. Venga, venid aquí. Ya tendréis tiempo de ponerlos en plan romántico más tarde.

Andrew sonrió mientras en un gesto de lo más normal, situaba su mano en la espalda de Candace para acompañarla hasta sus compañeros.

Ella aguantó la respiración más por sentir el tacto de los dedos de Andrew sobre ella, que por el hecho de que los hubieran tachado de «parejita» Ahora mismo le preocupaba mucho más lo que Andrew le transmitía con una suave caricia, que lo que otros dijeran de ellos dos.

—Solo quiero desearos una Feliz Navidad y espero que el año próximo venga cargado de buenas noticias que nos hagan ganar más y más suscriptores —anunció un Stewart pletórico a medida que las horas pasaban y el alcohol invadía su cuerpo. Alzó su cerveza y esperó a que el resto lo imitara.

En un segundo el ruido que producía entrecuchar vasos y copas de cristal, se entremezcló con las risas, los chillidos y las voces mientras Candace y Andrew se quedaban contemplándose como si ellos dos esperaran su brindis particular.

Andrew fue el primero en hacerlo. Entrechocó su vaso con el de Candace mientras la miraba de manera fija a los ojos.

—¡Felices Fiestas!

—¡Felices Fiestas! —le repitió ella.

Ambos bebieron sin dejar de mirarse por encima del borde de sus respectivos vasos. Luego, sonrieron complacidos por aquel gesto y volvieron a centrarse en el resto de gente que había allí.

Las horas pasaron como si fueran minutos lo que llevó a la gente a desfilar camino de la puerta para regresar a sus casas. Y aunque al día siguiente era Nochebuena, habría que pasarse por la redacción del periódico para cerrar algunos asuntos que restaban pendientes.

Stewart aprovechó los últimos minutos antes de seguir el ejemplo de los demás para quedarse a solas con su amigo de la infancia.

—¿Qué piensas hacer con ella? —Stewart hizo un gesto con el mentón hacia Candace, a quien Andrew contemplaba reír sin parar ante alguna ocurrencia divertida de Elsie. Sintió un leve cosquilleo en su estómago que a él le pareció que tenía más que ver con lo que había bebido que con la risa de Candace.

—¿Por qué quieres saberlo? —Andrew volvió el rostro hacia su amigo con un semblante de curiosidad.

Stewart sonrió con toda intención. Sacudió la cabeza sin llegar a comprender porque Andrew se lo preguntara.

—Me he dado cuenta de cómo la miras.

—¿De verdad?

—Sí, y deja que te diga que no se mira así a una amiga. No de la manera en la que tú has hecho con Candace esta noche. Puedes preguntárselo a cualquiera de los que hemos estado aquí a ver qué opinión tiene de vosotros.

Andrew apretó los labios con fuerza y asintió.

—Imaginaciones tuyas, amigo.

Stewart chasqueó la lengua.

—Lo que tú digas, pero ándate con ojo. Y piensa lo que acabo de decirte.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas el *Cuento de Navidad* de Dickens?

—¿Insinúas que van a visitarme los tres espíritus? ¿Acaso me ves como el viejo Scrooge? —Andrew no pudo evitar hacer un comentario irónico a ese respecto.

—No creo que los tres, pero sí por lo menos uno que te traiga algo que ni tú mismo sabías que necesitas —Stewart le guiñó un ojo y se despidió de

él—. Mañana te veo. Se bueno.

Andrew permaneció en el sitio mientras pensaba en lo que Stewart acababa de confesarle. Sacudió la cabeza sin poder creerlo. ¿Cómo la había mirado? ¿Y qué chorrada era esa de los espíritus de *Cuento de Navidad*?

Candace se quedó sola después de que todos se despidieran de ella. Había sido una tarde-noche especial. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto. Inspiró hondo mientras volvía su atención hacia la última persona de la que todavía no se había despedido. Y que era la única de la que no quería hacerlo porque sin duda le supondría un gran esfuerzo. Por eso mismo, caminó hasta quedarse a su altura mientras era consciente de que Andrew la guiaba con su mirada hacia él.

—Creo que nos han dejado solos —le dijo mientras miraba a todas partes de la taberna en busca de alguno de los compañeros de él—. ¿Te apetece tomar una más o prefieres que nos marchemos?

Andrew entornó su mirada mientras retenía el aire en su interior a la espera de que lo que ella decidiera. Se acercó de manera lenta y cautelosa hasta que su cuerpo quedó casi pegado al de ella. Quería sentirla. Asegurarse de que lo que había percibido momentos antes seguía latiendo todavía en su mirada. El deseo porque él le acariciara, la besara hasta ahogarse en sus labios. Que necesitar perderse en sus curvas y hacerla sentir especial esa noche.

—Vámonos.

Andrew no se movió mientras escrutaba la mirada de ella y lo que esperaba de él esa noche. Asintió de manera imperceptible y le tendió su abrigo, que había permanecido sobre la barra. Quiso rodearla por la cintura, atraerla contra él y besarla como en verdad se merecía. Pero se contuvo dada la situación. Sabía que una vez que comenzara a hacerlo no podría parar y ello podría derivar en una situación que merecía cierta intimidad.

Recorrieron las calles con paso lento con el firme propósito de regalarse besos y caricias como preámbulo de lo que vendría en breve. Miradas cargadas no solo del deseo que ambos sentían en su interior, sino de cariño, de emotividad. Y de complicidad. Ninguno se preguntó qué sucedería mañana, o días después cuando las navidades llegaran a su fin. No tenía sentido hacerlo en ese preciso momento en el que ambos sellaban sus bocas.

Andrew la condujo a su casa. Abrió la puerta mientras Candace no dejaba de besarlo, de sacarle la camisa por fuera del pantalón, y hacer que

ambos casi acabaran en el suelo de la entrada, cuando él abrió la puerta de golpe. Hubo un momento de risas, de miradas llenas de diversión, que continuaron mientras la ropa caía prenda a prenda como miguitas de pan hacia el dormitorio de Andrew. Señalando el camino hacia el desenlace esperado esa noche.

Candace se descalzó arrojando sus zapatos contra el armario, mientras su boca permanecía fija en la de Andrew y sus manos desabrochaban el cinturón dejando sus pantalones más flojos. Ahora sentía su excitación contra su vientre.

Andrew le bajó la cremallera del vestido y deslizó los tirantes por los hombros de ella mientras sus dedos descendían por los brazos desnudos. Candace sintió la piel erizarse mientras se quedaba en ropa interior ante él. Sus pechos asomaban por encima de las copas del sujetador como si incitaran a Andrew a posar su boca allí. Andrew la atrajo contra él para desabrocharle el cierre y liberarlos. Quería sentirlos sobre su propia piel mientras no dejaba de recorrer la de ella con su boca, y escuchaba la respiración agitada de ella. Y mientras, Candace sentía el calor asentarse en el triángulo entre sus muslos.

Juntos rodaron por la cama mientras sus manos buscaban, palpaban y recorrían los centímetros de piel expuestos a sus caricias. Las últimas prendas desaparecieron sin que ninguno fuera consciente de ello al tiempo que se entregaban sin pedir nada a cambio. Daban y recibían aquello que habían ansiado compartir.

—Espera —Andrew alargó el brazo hasta el cajón de la mesilla y extrajo el envoltorio de color.

Candace le arrebató el preservativo para ser ella la que procediera a colocarlo sobre el miembro de Andrew, y se sentara sobre él sintiendo como la llenaba de manera lenta. Cerró los ojos e inspiró hondo en mitad de aquella sensación tan placentera. Ninguno de los dos se movió durante unos segundos. Candace abrió los ojos y miró a Andrew mientras inspiraba hondo haciendo que el volumen de sus pechos aumentara.

Andrew la acomodó a él mientras ella se apoyaba sobre el cabecero de la cama. Una serie de movimientos lentos y controlados en principio. Sin prisas de ningún tipo por parte de ambos. Querían disfrutarlo al máximo, exprimir cada sensación, cada gemido y suspiro como si no hubiera más. Pero entonces Candace comenzó a moverse de manera más sensual, reteniendo a Andrew en su interior. Este se incorporó para juntar los pechos de ella en sus manos para besar, lamer y succionar sus pezones mientras él

ritmo aumentaba sin que ahora ninguno quisiera retenerlo. Candace se inclinó sobre la boca de Andrew, y atrapó sus labios entre los suyos para succionarlos o mordisquearlos mientras el fuego interno amenazaba con incendiar todo a su paso. Los gemidos y las respiraciones se fundieron en una sola como preludio de lo que sucedió a continuación cuando Candace sintió que se quedaba vacía y que los brazos de Andrew la sujetaban para hacerla reposar contra él. Andrew dejó escapar un suspiro mientras abrazaba a Candace como si temiera que pudiera evaporarse.

Ella levantó el rostro y lo miró con una sonrisa en los labios, que Andrew se apresuró a borrarle. Le apartó el pelo para contemplar su rostro despejado. Luego le pasó los pulgares por las mejillas y sin venir a cuento, las palabras de Stewart se adueñaron de su mente. Acababa de recibir la visita de su particular espíritu navideño.

Candace se apartó de él mientras cogía aire y el pulso parecía ir perdiendo fuerza poco a poco. Andrew le tendió una camiseta.

—Por si quieres dormir con algo —le comentó mientras arqueaba sus cejas en señal de expectación.

Candace sonrió mientras la cogía y se la deslizaba por sus brazos.

—Sin duda que piensas en todo.

—Durante estos días eres responsabilidad mía. No me gustaría que por mi falta de atención pudieras resfriarte.

—No lo creo.

Candace no creía que pudiera dormir con el calor que sentía en todo su cuerpo, y la agitación de su pecho. Pero cuando Andrew regresó a la cama y la atrajo contra él para acomodarla y abrazarla a penas si tuvo tiempo para pensar en lo que acababa de suceder. Quiso decir algo, mantenerse despierta, pero entre los nervios de día por salir con él y sus compañeros del periódico, y el sexo compartido hicieron que entrara en un estado de relax, que la sumió en un profundo sueño.

Por su parte Andrew permaneció despierto algo más de tiempo. Aspiró el aroma que desprendía el pelo de ella; depositó un suave y cálido beso sobre el hombro de ella y en un gesto sin precedentes, la envolvió con sus brazos de una manera significativa. Protectora y llena de ternura que le sorprendió. Acababa de cruzar la línea que se había dicho que no haría. Había iniciado un camino sin retorno. Pero al parecer todos los que estaban a su alrededor aquella noche sabían de sobra lo que acabaría sucediendo entre ellos. ¿Y ahora? ¿También conocían el desenlace de aquella situación?

La luz de la mañana se filtraba por entre las cortinas que cubrían la ventana. No era muy intensa pero si lo suficiente para que Andrew abriera los ojos. No había conseguido dormir mucho, y no porque tuviera a Candace aferrada a él sin dejarlo mover, no. Era precisamente esa sensación de sentir su cuerpo pegado al suyo; el brazo descansando sobre su pecho; o sentir su respiración sobre su propia piel. ¡Por San Andrés! ¿Qué diablos estaba sucediendo? La besó en el pelo, y se quedó contemplándola con el codo sobre la almohada y el rostro sobre la palma de su mano. Sin saber qué hacer excepto quedarse contemplándola. Apartó el brazo de ella con sumo cuidado para quedar libre de su tierna y cálida caricia y así poder abandonar la cama. Pero en el mismo instante en que se hubo alejado de ella, sintió que una fría corriente lo envolvía. Sin embargo, prefirió centrarse en arroparla a ella. ¡*Criosh*, ¿de dónde coño le salía tanta atención y tanta... ternura por ella? Sacudió la cabeza y tras vestirse con lo primero que pilló la dejó descansando en la cama mientras él abandonaba la habitación. Más le valdría despejarse con un café bien cargado, que le aclarara las ideas.

Candace permaneció acurrucada bajo el edredón hasta que sintió que el calor de minutos antes comenzaba a desaparecer, y que una sensación de frío la envolvía. Había un vacío en el lugar que había ocupado Andrew durante la noche. Candace abrió los ojos para confirmar ese hecho. Luego se estiró como una gata antes de incorporarse sobre sus codos y dejar que su mirada barriera la habitación en busca de él. Resopló cuando no lo vio y cerró los ojos para dejarse caer de nuevo sobre la almohada. ¿Qué había hecho? Acostarse con Andrew no entraba en sus planes. No. Estaba vetado porque no quería acabar echándolo de menos cuando se marchara de vuelta a Londres y ahora... ¿Qué más daba ahora? Una sonrisa divertida, risueña y llena de ensoñación bailó en sus labios sin que ella la detuviera. Escuchó el sonido de tazas y platos, y un intenso aroma a café se filtró por la abertura que quedaba entre la puerta y el marco. Candace no se lo pensó dos veces y abandonó la cama para ir en busca de Andrew.

Cuando él la vio aparecer en el umbral de la puerta de la cocina, Andrew estuvo a un paso verter el café fuera de la taza. Sintió como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

Candace sonrió traviesa mientras se mordisqueaba el labio.

—Buenos días, ¿por qué no me has despertado?

Andrew permanecía con la boca abierta, tratando de encontrar una

explicación a lo que la visión de ella, le había provocado. Joder, Candace estaba... ¿preciosa? No, no era exactamente como le gustaría definirla, porque ya se lo parecía. Era algo distinto, una apreciación que no había tenido hasta ahora. Hasta ese preciso instante en el que ella apareció con sus ojos chispeando, y mordisqueándose el labio de una manera juguetona.

—Estabas dormida y consideré que sería de mal anfitrión hacerlo, ¿no crees? —Andrew arqueó una ceja.

—Sin duda alguna que estás siendo un anfitrión atento, distinguido, cariñoso... —Candace apretó los labios para no seguir definiéndolo porque pensaba que al final se acabaría delatando acerca de lo que comenzaba a sentir por él. Y no se estaba refiriendo a la atracción sexual que existía, porque esa ya había quedado demostrada. No. Se refería a algo más íntimo y personal.

—Me alegro. ¿Cómo tomas el café?

—Solo —Andrew levantó la mirada de la taza hacia el rostro de Candace con expectación—. Me refiero al café. Sin leche, no a que no desayune nada más —le advirtió paseando descalza por la cocina.

—Si quieres tomar una ducha... —Andrew hizo un gesto para dejarle claro que estaba en su casa.

—No te preocupes. Prefiero desayunar en tu compañía. ¿Te echo una mano? —le preguntó mientras lo observaba preparar las tostadas.

—¿Mantequilla? ¿Mermelada? No sé... Soy algo novato en estas situaciones —le confesó algo cohibido por el hecho de tenerla allí; tan cerca de él.

—Presumo que es la primera vez que le preparas el desayuno a una mujer...

—Cierto.

—Entonces tengo que sentirme halagada.

—Nunca he traído a una mujer a mi casa para pasar la noche.

—Entiendo que eras tú el que dormía en otras camas —Candace entornó la mirada y sonrió con ironía ante esa confesión que en poco o en nada le sorprendía viniendo de él.

Andrew asintió.

—Por cierto, puedes quedarte el tiempo que necesites. Yo tengo que marcharme al periódico a cerrar unos asuntos y...

—¿Qué planes tienes para esta noche? Es Nochebuena —le interrumpió dejándolo cortado.

Andrew le sostuvo la mirada durante unos instantes en los que el corazón comenzó a latirle a marchas forzadas. Ya era demasiado tarde para echarse atrás, y para buscar excusas absurdas que lo único que conseguirían sería hacerle sentir peor.

—No tengo nada pensado. Imagino que mi hermana y Rose prepararán algo ya que nuestros padres están visitando a nuestros tíos en Inverness —le comentó mientras ella lo observaba con toda atención a la espera de lo que tuviera que contarle—. Pero sea lo que sea, me gustaría que estuvieras conmigo, si te parece bien.

Candace había permanecido con la respiración contenida durante esos instantes en los que él estuvo hablando, hasta que por fin dijo las palabras mágicas.

—A mí también —Andrew frunció el ceño sin saber a qué se refería, o si lo sabía, se hacía el loco muy bien para que ella se lo aclarara, alto y claro—. Me gustaría que pasáramos esta noche juntos.

—Entonces, lo arreglaremos para que así sea. Y ahora será mejor que te tomes el café o se te quedará frío —le advirtió guiñándole un ojo con complicidad mientras Candace se quedaba boquiabierta al escucharle, pero sobre todo porque sentía un calor en su cuerpo con cada una de las atenciones de él.

El móvil de Andrew comenzó a sonar mientras ambos seguían con su desayuno. Candace pensaba en todo lo bueno que estaba encontrando en él y que no quería que se terminara.

—Es mi hermana —le susurró mientras deslizaba el dedo por la pantalla y respondía a la llamada—. Dime Lizzie.

—*¡Buenos díassssss!* —Andrew supo por su tono jocosos que su hermana tenía algo que contarle—. *¿Qué tal hemos dormido?*

Andrew asintió sin apartar su mirada de Candace, quien a su vez se mostraba intrigada por el gesto que acababa de poner Andrew.

—¿Qué quieres? Tengo que irme a la oficina a cerrar unas noticias. Mañana es Navidad y no se trabaja.

—*Solo quería saber qué tal has pasado la noche.*

—Bien.

—*¿Solo bien?* —Andrew percibió el tono de desilusión de Lizzie cuando no le dio más explicaciones.

—¿Qué quieres que te diga?

—*Por ejemplo, que Candace está en tu casa, desayunando o dándose*

una ducha.

—¿Ya te ha dicho Rose que no ha ido por su casa?

—*No, he sido yo quien ha llamado para confirmar mis sospechas* —le aseguró sin abandonar su tono burlón y jocoso.

—Ya —Andrew chasqueó la lengua—. Te ha faltado tiempo ¿eh? Dime, ¿qué tenéis pensado hacer esta noche? —Andrew guiñó un ojo a Candace y le indicó que esperara un segundo.

—*Maisie y Rowan nos han invitado a pasar por su casa para cenar. Ese era el principal motivo por el que te llamaba.*

—Entiendo. Pero has preferido pasar al segundo plato ¿eh?

—*Bueno, dile a Candace cuando la veas...*

—Espera, puedes decírselo tú misma. Está desayunando conmigo. Mejor pongo el altavoz —Andrew pulsó el botón, dejó el móvil sobre la mesa y miró a Candace instándola a que dijera algo a Lizzie. Iba a dejarle claro a su hermana, que él no se escondía.

—*Hola Candace, ¿qué tal te trata mi hermano? Confío en que no nos odies a Rose y a mí por dejarte estos días en sus manos* —le anunció con un tono de casi desesperación y temor fingido a lo que pudiera hacerle.

—Hola Lizzie. No te preocupes, tu hermano está portándose con un gran anfitrión —dijo mientras sonreía sin poder apartar la mirada de Andrew, y sentir un escalofrío recorriendo su espalda.

—*Sin duda que me lo han cambiado. Bueno, le decía a mi hermano, que esta noche quedaremos en casa de Maisie para pasar la noche. Andrew ya sabe dónde es de manera que estás invitada.*

—Gracias, Lizzie.

—*Oh, no me las des a mí. Dáselas a Maisie cuando la conozcas. Te va a encantar. Bueno, os dejo que tengo que seguir currando. Nos vemos esta noche. A las siete en casa de Maisie. Y Andrew, procura no entretenerte demasiado en lo que tú ya sabes.*

—Tomo nota —Andrew sonrió de manera cínica al escuchar a su hermana despedirse. ¿Entretenerse con Candace, le había sugerido? La miró sin dejar de pensar en cómo la noche anterior ella se había agitado bajo sus besos; y cómo se había dejado llevar por su deseo. Apartó dichos pensamientos de su mente porque necesitaba concentrarse en otros asuntos—. Bueno, tus dudas acerca de esta noche han quedado despejadas.

Candace se limitó a asentir mientras emitía un sonido gutural. ¿Pasar la nochebuena y la Navidad con Andrew? Toda una tentación a la que no quería

decir que no.

—Cómo te decía, tengo que marcharme. Puedes quedarte el tiempo que necesites.

—No, creo que me marcharé no vaya a ser que a Rose le dé algo —le comentó poniendo los ojos como platos—. Al parecer tu hermana ya sabía que yo estaba aquí, ¿no?

Andrew percibió el tono irónico de la pregunta de Candace y su mirada entornada hacia él lo decían todo.

—Parece ser que entre Rose y ella...

—Vale. No hace falta que me digas más —le dijo mientras terminaba su desayuno y se disponía a fregar la taza, cuando la mano de Andrew se cerró alrededor de su muñeca. Candace levantó la mirada hacia él mientras el suave tacto de la mano de él le transmitía un calor que ascendía por su brazo sin detenerse.

—Ni se te ocurra. Ya me encargo yo en otro momento.

—Pero... —Sus protestas quedaron ahogadas con el ímpetu del beso que Andrew le dio. La rodeó por la cintura y la atrajo hacia él a la vez que profundizaba su beso hasta que consiguió que ella gimiera. Cuando la dejó libre, Candace tenía tal temblor de piernas que pensaba que no se sostendría en pie por mucho tiempo. Cogió aire, puesto que ese beso acababa de robarle el poco que le quedaba.

—¿Algo más?

—Eh... si vas a besarme como lo has hecho, cada vez que proteste... Creo que lo haré con más frecuencia.

Andrew le regaló una sonrisa al escuchar decírselo.

—Será mejor que te vistas, o cogerás frío.

Candace asintió pasando al lado de él, dejando que sus cuerpos se rozaran con toda intención provocando a Andrew, cuya mirada se quedó fija en el trasero de ella. Sonrió pero no dijo nada, sino que se limitó a terminar de prepararse para ir al periódico. Ya tendría su momento esa noche. Este pensamiento lo llevó a pensar en qué haría Candace, ¿despertaría en su cama el día de Navidad, o dormiría en el apartamento de Rose?

8

Andrew cruzó la puerta del periódico con el semblante serio producido por la sensación que le había dejado la despedida de Candace, pese a que la volvería a ver esa tarde noche. Pero algo dentro de él no parecía querer aceptar esa breve separación. ¿Por qué? Porque se estaba acostumbrando a ella sin habérselo propuesto. Una cosa era quedar para recorrer la ciudad, besarse en la despedida; pero acostarse era dar un paso más allá de la línea que delimitaba lo correcto de la estupidez. No es que considerara como tal, pasar el tiempo con ella. ¡No! Todo lo contrario. Pero si pensaba que en ocho días ella regresaría a su vida en Londres, entonces no le parecía algo apropiado.

—Buenos días. No traes muy buena cara que digamos —El saludo de Elsie cuando lo vio aparecer y sentarse delante de la pantalla del ordenador como un zombie, no pareció hacer efecto en Andrew hasta pasado unos segundos.

—¿En serio? —Andrew volvió el rostro hacia Elsie sin cambiar mucho su gesto mientras ella se limitaba a asentir.

—Tienes pinta de no haber descansado —Elsie movió sus cejas arriba y abajo con celeridad con una sonrisa pícara.

—No tiene nada que ver con...

—Oh, vaya. Disculpa si me entrometo.

—No tranquila. No soy una persona quisquillosa en ese sentido. Es normal que me preguntes después de la tarde noche que pasamos en la taberna.

—Por eso mismo lo preguntaba.

—Ya, lo sé.

—Oye, tu chica... Candace —rectificó cuando Andrew cambió el gesto a uno de sorpresa—. ¿Tiene pensado regresar a Londres?

Andrew tecleaba como si estuviera ajeno a los comentarios de Elsie.

—Sí —respondió como un autómeta, sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Y tú?

—No.

—Vale, capto el mensaje —le dijo centrando toda su atención en sus fotografías—. ¿Qué te parecen?

Andrew se asomó a la pantalla del ordenador de Elsie para echar un vistazo a las fotografías, que ella había tomado de la ciudad adornada para celebrar la Navidad. Frunció los labios y asintió convencido de que le gustaban todas.

—Tienes muy buen ojo. Esta del castillo es especialmente llamativa —le indicó mientras señalaba con su dedo hacia la pantalla.

—Sí, creo que es la mejor de todas. Tendré que hablar con Stewart a ver qué opina. Ya sabes que has prometido enseñárselo a Candace —le recordó con una tímida sonrisa cuando se dio cuenta de que no era tal vez el tema estrella de la mañana.

—Sí, se lo he prometido, gracias a ti —Andrew entornó la mirada hacia Elsie que en ese momento se la devolvía con los ojos como platos y los labios apretados, tanto que casi le había desaparecido. ¿Culpabilidad?

Stewart se levantó y le hizo una seña a Elsie para que lo siguiera.

—Necesito ver esas fotos.

—Te las envío y las vemos —le comentó mientras preparaba el mail interno con los archivos de las fotos adjuntos.

Andrew volvió a centrar su atención en su trabajo. Por suerte el equipo local, el Stirling Albion F.C., que jugaba en la tercera división escocesa, no disputaba ningún encuentro en los próximos días. Por ese motivo se centró en los partidos de la Premiere escocesa. Algunos, ya se había jugado y ahora contrastaba los resultados en un intento por olvidar a Candace por unas horas. Se centró en el partido que el Rangers e Inverness disputarían en el Ibrox Park en Glasgow al mediodía. Por ahora, Stewart no le había pedido que acudiera a presenciarlo hasta que éste recibió una llamada de carácter urgente. Chasqueó los dedos delante del rostro de Andrew captando su atención de inmediato. A juzgar por el semblante del rostro de Stewart algo sucedía. Algo nada bueno.

—Sí. Se lo digo ahora mismo. No te preocupes. Sí, ya te cuento —Stewart cortó la comunicación y miró a Andrew—. Necesito que te marches a Glasgow ahora mismo a cubrir el partido entre el...

—Rangers y el Inverness —le aseguró Andrew mientras Stewart asentía—. Estaba repasando los partidos de esta jornada. Y he visto que hoy mismo juegan en Glasgow.

—Al parecer nuestro contacto allí está enfermo y me ha pedido que vaya alguien de aquí a cubrirlo.

—No hay problema —le aseguró Andrew mientras apagaba el ordenador, se ponía el abrigo y recogía lo que necesitaba para presenciar el encuentro—. Glasgow queda a menos de una hora. De manera que hay tiempo de sobra para llegar y prepararlo todo.

—De acuerdo. ¿Necesitas que alguien vaya contigo? ¿Elsie para tirar algunas fotos?

—Si consideras que es necesario...

—¡Fútbol! —exclamó Elsie poniendo cara de sorpresa ante aquella inesperada invitación.

—Las fotografías de la Navidad están en mi ordenador. De manera que Kayla y yo elegiremos las más acertadas mientras tú te marchas al fútbol con Andrew.

Elsie lanzó una mirada a este en busca de su parecer.

—Por mí perfecto.

—¿Si? Entonces largaros a Glasgow —les dijo señalando la puerta a ambos para que se largaran.

Elsie recogió su cámara y su bolso y siguió a Andrew fuera del periódico. Andrew no se opuso a este repentino cambio de planes. Primero porque era su trabajo, y segundo porque se distraería con Elsie. Le caía bien, su compañera pese a que esa mañana sus preguntas no habían sido demasiado acertadas. Pero, ¿qué iba a saber ella de cómo se sentía él con Candace? Ahora lo que debía hacer era centrarse en el encuentro de fútbol.

—Vamos en mi coche —le dijo Elsie agitando las llaves delante de ella.

—Por supuesto. Yo no tengo.

Andrew y ella se subieron a un A3 de color negro y emprendieron el viaje a Glasgow. Estarían de regreso a media tarde para la cena de Nochebuena, pensó Andrew sin poder sacarse a Candace de la cabeza.

Lizzie consultaba el móvil cada cinco minutos. ¿Estaba nerviosa, preocupada, o expectante? ¿Por qué se comportaba de esa manera?

—Nunca te he visto tan pendiente de tu móvil —le comentó Lauree

haciendo un gesto con su mano hacia ella.

—Oh, es que, Maisie quiere que vayamos todos a pasar la noche a su casa. Mis padres se marcharon a visitar a mis tíos.

—¿A Inverness?

Lizzie asintió.

—Y aunque ya he avisado a mi hermano a primera hora de la mañana...

—¡Pues tiene que haberle sentado de un agradable conociendo a Andrew! —bromeó Lauree.

—No creas. Estaba desayunando cuando lo llamé.

—Entonces estaba levantado.

—Síiiiiiii, desayunando con Candace —puntualizó Lizzie con toda intención para ver cómo reaccionaba su compañera.

Lauree se quedó con la boca abierta al conocer la última de Andrew.

—¿La invitó a desayunar? Me refiero a que si Candace se ha pasado por casa de tu hermano.

Lizzie sonrió con un toque irónico y divertido ante aquella suposición.

—Mejor sería decir que Candace ha pasado la noche en casa de mi hermano.

—Ya, y seguro que no ha dormido en el sofá —dedujo Lauree con la misma ironía que Lizzie—. Parece que tu hermano va en serio, ¿no?

—Sí, sí, todo lo serio que Candace esté en Stirling. Ya lo verás.

—Entonces, ella no es más que un rollo. Una follamiga navideña, podríamos decir —le propuso mientras se encogía de hombros y Lizzie no podía contener la risa.

—Me ha gustado lo que has dicho. ¡Follamiga navideña!

—Si no piensa en nada más con ella. Me refiero a que no se le ocurrirá volverse a Londres, ¿no?

Lizzie frunció los labios.

—Ni idea. Mi hermano es capaz de cualquier cosa. Ya lo hizo una vez.

—¿Tan fuerte le ha dado?

—No lo creo, aunque...

Lizzie se quedó pensando en la conversación que habían tenido Maisie, Rose y ella la otra tarde en casa de la primera. ¿Y si su hermano encontraba el amor estas Navidades? ¿Un regalo de Santa? Sonrió ante tal ocurrencia.

—¿De qué te ríes?

—Pensaba que a lo mejor Candace es el regalo de estas Navidades para mi hermano.

—¿Y para ti?

Lizzie abrió los ojos como platos. Tenía la impresión de que acababa de pincharla porque dio un pequeño salto en su silla. Luego, volvió la atención hacia Lauree y sacudió la cabeza.

—Yo no he pedido un romance por Navidad.

—Ya, pero, a lo mejor te llega sin haberlo pedido. Si has sido buena...

—Déjate de historias románticas en Navidad. Eso se lo dejo a Maisie que es muy romanticona —le aseguró mientras ponía los ojos en blanco.

—Pues yo de ti andaría con cuidado.

—¡Lo dices por Jason! —Lizzie entrecerró los ojos mientras señalaba a Lauree, quien asentía convencida de que así sería—. No volverá a llamar. Ya te lo he dicho.

—¿Y por eso miras el móvil cada cinco minutos?

—Te he dicho que estoy avisando a... ¡Bah, déjalo! Da igual lo que te diga.

—Cuidado con las sorpresas en Navidad —le recordó elevando una ceja con toda intención, pero Lizzie sacudió la cabeza sin prestarle atención a aquella descabellada ocurrencia. No tenía ningún sentido si se atenía a lo que había hecho Jason hasta ahora con las demás. Pero, ¿las habría besado como a ella?

Candace había quedado con Rose para comer. El hecho de que Andrew le hubiera enviado un WhatsApp para decirle que se marchaba a Glasgow con Elsie para ver in situ el partido, y redactar la posterior crónica le había dejado una extraña sensación en la boca del estómago. Estaba claro que él tenía que cumplir con su trabajo como periodista deportivo, y no sabía si era este aspecto o que se fuera con Elsie, el que se lo había provocado. En cualquiera de los dos casos tampoco entendía a qué venía darle vueltas puesto que entre ellos dos había una aventura que terminaría el primer día del año nuevo.

Era entonces cuando ella regresaría a Londres y apostaba a que no volverían a verse. Andrew sería para ella un bonito recuerdo de su paso y estancia por Stirling, y ella para él... Candace se quedó con la mente en blanco sin poder encontrar un adjetivo o un sustantivo que se ajustara a ello.

Encontró a Rose esperándola en la propia entrada del edificio principal del campus.

—Dichosos los ojos.

Candace frunció el ceño y se quedó mirando a su amiga de una manera que le daba a entender que no sabía de qué le hablaba.

—Déjate de caras raras y de fingir que no sabes a qué me refiero — Ahora el tono era burlón y divertido mientras Candace se acercaba hasta ella.

—¿Lo dices porque no he pasado por casa?

—Sí, sí. Tú sigue con tu actitud de yo no he sido —le pidió mientras la señalaba como si la acusara—. Yo más bien me refería a que no fuiste a dormir a casa anoche. Claro que por otra parte no me incumbe porque ya eres mayorcita.

—Ahhhhh, lo dices por eso. Sí, bueno nos entretuvimos en la taberna más de la cuenta —le explicó sin darle la mayor importancia mientras caminaban en dirección a uno de los snack bar del propio campus.

—Ya veo. ¿Has dormido en casa de Andrew? —Candace presuponía por el tono y la ceja elevada de su amiga, que ya estaba al tanto de lo sucedido.

—Si lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

—Oh, no. Solo era para confirmar mis sospechas —Rose agitó la mano delante de ella y puso cara de no parecer interesada lo más mínimo en lo que hubiera sucedido.

—Apuesto a que la hermana de Andrew ya te ha puesto al día.

—¿Quién? ¿Lizzie? —preguntó con fingido desinterés—. No, no he hablado con ella, todavía —le mintió para no delatarse.

—Vale pues cuando lo hagas, que lo harás en cuanto la veas, no le andes preguntando algo que ya presuponés. ¿Querrás?

—¿A qué viene ese tono?

—A que no quiero que se entere todo el mundo esta noche cuando vayamos a casa de Maisie.

—¿Cómo sabes que...? —Rose se detuvo cuando se dio cuenta que si Candace había dormido en casa de Andrew, ya sabría que esa noche todos irían a cenar a casa de Maisie y Rowan. La sonrisa de complicidad que se dibujó en el rostro de Candace respondió a su pregunta—. Claro, estabas en casa de Andrew. Bueno, ¿y qué has pensado hacer? Me refiero a qué se supone que harás dentro de una semana cuando llegue el nuevo año.

Candace jugueteó con los cubiertos mientras dejaba la mirada perdida en el vacío. No quería complicarse los días que le restaban dándole vueltas a algo que carecía de importancia.

—¿Qué quieres que haga? Irme a Glasgow para coger el vuelo de

regreso a casa —La naturalidad con la que Candace lo explicó dejó confusa a Rose. No podía creer que lo pudiera expresar de aquella manera tan simple y tan rotunda. Se quedó callada mientras la observaba comer con total normalidad.

—¿Lo dices en serio?

Candace tragó la comida y tras limpiarse con la servilleta asintió.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Pensaba que tal vez después del tiempo que has pasado con Andrew y de haberte acostado con él... No sé...

—¿Piensas que voy a cambiar mis planes por él? ¿A eso te refieres? — Candace sintió un ligero temblor en todo su cuerpo. Esa idea todavía no se le había pasado por la cabeza, simple y llanamente porque en realidad, no parecía dispuesta a reconocer que lo que había surgido entre Andrew y ella, empezaba a ir más allá de acostarse.

—No del todo. Pero...

—No hemos hablado de ese asunto. Ni tampoco creo que sea de vital importancia. Nos conocimos en el viaje desde Londres y tal vez desde el primer momento haya surgido una atracción, no te la niego. Pero de ahí a cambiar mi vida por una quimera...

—Entiendo. Aunque sigo pensando que no te resultará tan sencillo enfrentarte a ello cuando llegue el momento.

Candace sonrió con melancolía porque si en ese momento lo echaba en falta, ¿qué sería cuando tuviera que decirle adiós? Pero era algo que no quería pensar.

* * *

Andrew y Elsie tomaron algo durante el encuentro, y al terminar las ruedas de prensa de los dos entrenadores, y recoger las declaraciones de algunos jugadores de ambos equipos, se metieron en el coche de regreso a Stirling. Elsie había sacado unas fotos que podrían valer para la sección de deportes del periódico.

—Dime, ¿qué opinas?

—Ha estado entretenido. No emocionante porque el Rangers se adelantó de manera rápida.

—Sí, y luego con el segundo gol, lo dejó visto para sentencia.

—El Inverness me ha parecido un poco flojo. La verdad es que no

entendía muy bien algunas de las explicaciones de su entrenador en la rueda de prensa posterior al encuentro, porque el Rangers ha sido claramente superior.

Permanecieron en silencio mientras salían de Glasgow en dirección de vuelta a Stirling. Andrew comprobó su móvil mientras Elsie permanecía atenta al tráfico, aunque controlaba a Andrew de reojo.

—Podías haber invitado a tu chica.

—Eh, no. No hubiera sido buena idea —se disculpó Andrew sin levantar la mirada de la pantalla del móvil.

—¿Por qué? ¿No le gusta el fútbol?

—No mucho, la verdad —Andrew recordó su rostro y el gesto que puso cuando supo que él era periodista deportivo.

—Entonces chungo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque... Seamos claros, ser periodista deportivo y que a tu chica no le guste el fútbol. O si quieres te lo planteo al revés —le dijo desviando la atención de la carretera para lanzar una mirada a Andrew.

—No, me ha quedado claro.

—Por cierto, ¿qué harás esta noche?

—Ah, mi hermana ha quedado con sus amigas para juntarnos y pasarla.

¿Y tú?

—Iré a casa de mis padres, faltaría más.

—¿No tienes pareja?

—No. Pero tampoco la busco o la necesito. Estoy mejor sola —matizó entre risas.

—Es una buena explicación.

—Si ya, pues tú tienes chica. De manera que...

«Sí, bueno... Ni siquiera sé cómo llamarla. Amiga con derecho a roce, ¿tal vez?»

—Cierto, pero tampoco es algo muy serio. Ya sabes...

—Ummm. Pues se os ve de puta madre. Disculpa mi expresión pero es la sensación que dais. Y eso que solo os he visto juntos un par de ocasiones. Se nota que hay algo genuino entre vosotros.

Andrew sonrió sin poder decir nada. ¿Algo genuino entre ellos? ¿Qué había percibido la gente? ¿Y él? Bueno, a parte de la consabida atracción, y sus ganas por acostarse con ella, algo que ya había sucedido, Andrew sentía la necesidad de pasar más tiempo con Candace, y hacer cosas que nunca

había hecho con otras mujeres. Y eso le daba qué pensar.

El coche enfiló la entrada de Stirling y al cabo de cinco minutos aparcaron en el espacio reservado para la gente del periódico. En todo momento la mente de él permaneció ocupada con Candace y con el hecho de no saber realmente qué hacer con ella esa noche. ¿Le pediría que se fuera con él a su casa? ¿Se iría con Rose? ¿Le diría ella algo al respecto? Andrew cogió aire y se bajó del coche tratando de centrarse en redactar la crónica del partido y dejar a Candace para más tarde.

No pasó a recogerla ya que prefería que acudiera con Rose a casa de Maisie mientras él lo haría solo. Eso le daba tiempo para darse una ducha, cambiarse de ropa y pensar en que tenía ganas de verla. Sí. No iba a negarlo. Y esperaba que esa noche y el día de Navidad pudieran pasarlos juntos. Algo que esperaba que ella no se opusiera, aunque si tenía otros planes con Rose o Lizzie lo entendería. Tal vez quisiera poner algo de distancia entre ellos ahora que sus vacaciones se acercaban al final. Y lo entendía.

Andrew se sentó en el sofá durante unos minutos en los que trató de dejar su mente en blanco. Relajarse después del frenético día de viaje a Glasgow para presenciar el encuentro. Por suerte toda la información al respecto del partido estaba subida al periódico, así como las fotos de Elsie. Ahora solo le quedaba esperar a la hora de presentarse en casa de Maisie. Pero antes tenía que hacer algo.

* * *

—¿No has quedado con Andrew? —La pregunta de Rose a Candace provocó en esta un ligero revuelo en su interior. Inspiró hondo antes de responder.

—No. Date cuenta que se marchó a Glasgow para cubrir el partido —le recordó con un tono que reflejaba cierta desilusión. Tal vez por no haber acudido con él. Sin embargo, debía tener en cuenta que él estaba trabajando y ella no pretendía ser una distracción para él. Y por otra parte iba con su compañera, la fotógrafa. Pensar en ello le produjo un ligero pinchazo de celos.

—Pero, ha regresado ya, ¿no?

Candace observó a su amiga que la contemplaba con el ceño fruncido y una expresión de expectación por lo que tuviera que responderle.

—Sí. Me envió un WhatsApp cuando llegó. Me ha dicho que irá a casa

de Maisie.

—Mmmmm. Vale. En ese caso deberíamos irnos yendo. No es que quede lejos la casa de Maisie pero de ese modo podemos echarle una mano y ponernos al día —le aseguró guiñándole un ojo.

* * *

Lizzie terminó de arreglarse mientras no dejaba de comprobar su móvil. ¿Esperaba que alguien la llamara? ¿Le enviara un mensaje de Navidad? Frunció el ceño y sacudió la cabeza ante esa alocada suposición.

«Si estás esperando a que tu querido Jason te llame o te escriba un mensaje para desearte que pases una Feliz Navidad, vas de culo» le aseguró una vocecita algo borde.

Lizzie puso los ojos en blanco al darse cuenta de que se estaba comportando como una adolescente. ¿Por un beso? ¿Por un simple beso? Se preguntó mientras contemplaba su rostro en el espejo de su habitación y hacía un mohín de desacuerdo con sus labios. Cogió el bolso, metió el móvil y se olvidó de Jason por esa noche.

«No estoy trabajando. De manera que no sé a qué narices viene pensar en él. Hasta pasado mañana lo tengo prohibido. Es Navidad» Se dijo asintiendo convencida de que así lo haría.

«Y cuerno. Reconoce que te gustaría que se acordara de ti. En el fondo eres como Maisie. Una romántica» Le recordó su particular diablilla que parecía haberse posado en uno de sus hombros.

Lizzie sacudió la cabeza, recogió su chaqueta y se preparó para irse a casa de Maisie. Ahora que lo recordaba, no sabía nada de su hermano desde que lo llamó esa mañana interrumpiendo su particular desayuno con su nueva amiguita. Sonrió por un breve instante. Luego se mordió el labio con un gesto de ironía y melancolía.

«Al final de las Navidades los dos nos habremos quedado solos. Pero por ahora parece que no nos importa soñar con que... tal vez... podría suceder» Pensó mientras abría la puerta de su casa y salía. Cogió aire y se dijo que esa noche estaba prohibido pensar en lo que no iba a ser.

* * *

Maisie y Rowan fueron recibiendo a sus amigos según llegaban. Charlaron

poniéndose al día en varios asuntos mientras aguardaban a que Andrew apareciera. Bonnie Prince permanecía en la ventana y de vez en cuando volvía su cabecita hacia los demás cómo si se preguntara qué demonios sucedía aquella noche en la casa. Pero él prefirió volver su atención hacia la ventana para contemplar el trasiego de personas y coches en la calle.

—Espero que Andrew no tarde —comentó Lizzie echando un vistazo al móvil.

—No te preocupes. No empezaremos sin él —le aseguró Maisie—. Por cierto, ¿hay novedades de tu misterioso Casanova? —Maisie sonrió mientras miraba a Lizzie con una ceja arqueada y los brazos cruzados sobre el pecho. Una imagen digna de contemplar, pensó Rowan cuando se fijó en ella.

—Ahhhh —Lizzie lanzó una mirada a Rowan.

—No te preocupes, lo he puesto al día. Y no te vendría mal la opinión de un hombre, ¿verdad?

—Sí, Maisie me lo comentó la otra noche y bueno... No deja de ser curioso que rechace a las candidatas estando inscrito en una Web de citas para encontrar pareja.

Lizzie asintió convencida de que Maisie había pasado por alto contarle que Jason y ella habían tenido más que palabras. Detalle que agradecía enormemente. Por ahora era suficiente con saber lo que había hecho. No hacía falta entrar en más detalles.

—Tal vez lo haga por pura diversión. Para conocer mujeres —apuntó Candace centrando la atención de los demás en ella.

Todos se habían sentado junto al hogar que ahora crepitaba furioso para calentar toda la casa.

—Sí, lo hemos pensado —apuntó Lizzie—. Bueno, no sé qué...

El timbre de la puerta interrumpió sus explicaciones, algo que agradeció porque no quería pensar en su trabajo y en Jason esa noche. No.

Maisie abrió la puerta para encontrarse a Andrew con una sonrisa que ocupaba la práctica totalidad de su rostro.

—No me puedo creer que tú estés aquí —le dijo abriendo los brazos para que Andrew la estrechara contra su cuerpo—. ¿Cuánto hace que no nos vemos?

Maisie dio un paso atrás para contemplarlo de cuerpo entero y sonreír.

—Ya ves. ¿No se te ocurrirá decirme que me ves mayor? —Andrew frunció el ceño y sonrió burlón—. De lo contrario me quedaré con la botella —le aseguró mientras se la tendía para que la cogiera.

—No, aunque seas el hermano mayor de Lizzie, no lo pareces —le aseguró guiñándole un ojo en complicidad—. Gracias por el detalle pero no hacía falta —le aseguró alzando la botella mientras Andrew sacudía la cabeza sin darle importancia.

—Que sepas que te he escuchado —exclamó Lizzie mirando a su amiga como si fuera a saltar sobre ella—. Ahora dirás que yo si lo parezco.

—Pues claro —bromeó Maisie mientras miraba a su amiga con gesto serio.

Andrew se dirigió hacia los demás buscando con la mirada a Candace. Verla allí le iluminó el interior con una calidez que no esperaba. Fue como una bofetada, pero suave y emotiva. Se miraron a los ojos durante unos segundos que no pasaron ajenos para ninguno de los presentes. Hasta que Andrew se volvió a saludar a Rowan.

—Este es Rowan —le presentó Maisie—. Ahora que me has escuchado hablar con él, ya sabes que este grandullón es el hermano de Lizzie.

—Sin duda. ¿Cómo estás? —Ambos se estrecharon la mano con firmeza—. Por suerte has llegado. De lo contrario no creo que pudiera haber aguantado mucho más entre las cuatro —bromeó Rowan paseando la mirada por ellas y ver las diferentes expresiones de sus rostros.

—Siempre puedes recurrir a Bonnie Prince —comentó Andrew volviendo su atención hacia este que, para sorpresa de los demás, se bajó del alfeizar y caminó hasta Andrew para enroscarse entre sus piernas—. Hola amigo, tú siempre tan zalamero ¿eh?

—¿Cómo diablos puede tener tanto morro este gato? —preguntó Maisie mientras observaba a Andrew acariciar a Bonnie Prince y éste ronroneaba.

—Déjalo, sabe que es lo que le conviene —dijo Andrew mientras se agachaba delante del gato.

Maisie se quedó con la boca abierta

—Hombres —exclamó Rose poniendo los ojos en blanco—. Deberíamos dejarlos a solas con Bonnie Prince.

—Creo que es lo más acertado —sugirió Maisie haciendo un gesto a las tres para que la siguieran a la cocina y así poder cotillear a gusto y con cierta intimidad mientras Andrew y Rowan se quedaban charlando junto al hogar.

—Mi hermana me contó que eres profesor en la universidad.

—Sí, una amiga que ahora es la directora del departamento de Lenguas y Literaturas Modernas me ofreció el puesto ante la jubilación del profesor, que se encargaba de impartir las clases de literatura victoriana

—Una rama interesante.

—Sí, no te lo discuto. ¿Y tú? Has regresado de Londres para quedarte, según Lizzie.

Andrew sonrió. Tomó aire y asintió.

—Sí, como te ha sucedido a ti, un amigo me ofreció encargarme de la sección de deportes en el diario digital que había creado.

—Y te viniste sin pensarlo —Había un toque de cierta admiración y complicidad ya que en parte ambos parecían haber seguido caminos paralelos.

—Sí, pero si te soy sincero... Ahora mismo tengo mis dudas al respecto de si tomé la decisión acertada. Créeme —le aseguró mientras Andrew permanecía inclinado hacia delante con las manos entrelazadas y desviaba la atención hacia las cuatro mujeres para encontrarse una vez más con los brillantes ojos de Candace.

Rowan siguió con su propia mirada la de Andrew y comprendió más o menos qué le sucedía. Había percibido cierta complicidad entre Candace y él cuando se vieron momentos antes. Maisie no le había comentado nada al respecto de ellos dos, pero no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de la situación entre Andrew y Candace.

—Ella está de paso durante las navidades —le soltó de repente entendiendo la situación en la que se encontraba. Algo parecido a lo vivido él con Maisie el año anterior.

Andrew asintió.

—Creo que te suena esa situación, ¿no? —Andrew sonrió con toda intención.

—Sí. Pero para charlar de ello, creo que deberíamos hacerlo en compañía de un par de copas de vino —le sugirió Rowan mientras se incorporaba para buscar la botella.

—No tengo nada que objetar.

Las cuatro chicas permanecían charlando de manera tranquila sobre sus respectivas vidas mientras brindaban.

—¿Se puede saber qué sucede aquí? —preguntó Rowan cuando las vio en aquella pequeña celebración.

—Cosas de chicas. Tú y Andrew no tenéis cabida aquí. De manera que... —Maisie agitó su mano delante de Rowan instándolo a volver junto a Andrew. Pero en un gesto que ella no esperaba, le cogió la mano y se la llevó a los labios para depositar un beso, mientras le guiñaba un ojo.

—¡Uuuuuuuuhhhhh! —exclamaron las tres a coro y Maisie sentía el calor invadir su cuerpo.

—Me encanta cuando te pones en modo Scrooge —Rowan le guiñó un ojo y tras coger el abre botellas las dejó a solas.

Hubo un segundo o dos de silencio entre las chicas. Maisie se sintió el centro de atención de aquella improvisada reunión.

—Rowan te tiene enamoradita, ¿eh? —Lizzie fue la primera en comentar aquel gesto por parte de él.

—Nos llevamos bien —dijo Maisie con naturalidad.

—Sí, eso ha quedado claro —apuntó Rose bebiendo un sorbito de vino.

—Bueno, ¿y vosotras qué? ¿A qué estáis esperando para encontrar una pareja? —Las miró a las tres por igual mientras ellas se comportaban como si aquella pregunta no fuera con ellas—. ¿Qué pasa con Jason? ¿No ha dado señales de vida?

—¿Acaso lo esperas después de lo que te he contado de él? ¿Tú crees que va a estar interesado en mí después de renunciar a veinte posibles parejas? —Lizzie puso los ojos como platos y arqueó sus cejas en señal de incredulidad.

—¿¿Quién sabe?! Tal vez estas navidades...

—Maisie deja de soñar, ¿quieres? —le pidió Lizzie con un punto de enfado porque Jason no hubiera dado señales de vida. Pero, ¿es que acaso lo esperaba de él?

—Vale, y vosotras dos ¿qué? —Maisie centró su atención en Rose y Candace mientras ellas se miraban entre sí y encogían los hombros.

—A mí no me mires. Yo ya he dicho que a mí no me toca estas navidades —se disculpó Rose alzando las manos como si se desentendiera del asunto—. ¿Por qué no insistes con ella? —Rose hizo una señal con su mano hacia Candace que se quedó con la boca abierta y sin capacidad de reacción posible. Acababan de echarle un cubo de agua helada por encima.

—A ver, ¿qué tal con Andrew?

—Ahhhh... Bien... Sí... bueno...

—¿Balbuceas así cuando estas con mi hermano? —Lizzie entornó la mirada hacia Candace y sacudió la cabeza sin poder creerla.

—No, claro. Es que la pregunta me ha pillado...

—¿En bragas? —propuso Rose con una sonrisa irónica.

—Sí, podríamos decir que... sí.

—Fuera de cachondeo, ¿cuándo regresas a Londres? —Ahora, el tono

de Maisie se volvió más serio y su mirada reflejó su interés en saber qué iba a suceder.

—El día dos por la mañana.

—¿Y Andrew? —Las miradas de las tres se centraron en Candace como si se trataran de un interrogatorio en toda regla.

—Se queda aquí —Candace no entendía a qué venía aquella pregunta. Estaba más que claro que él permanecería en Stirling.

—Pero... ¿no te ha comentado nada al respecto de qué va a suceder con lo vuestro? —Maisie continuaba llevando la voz en aquella conversación mientras Lizzie y Rose permanecían atentas, expectantes ante cualquier detalle, por nimio que fuera, que arrojara luz a aquella situación.

—No.

—¿Cómo es posible? —Lizzie intervino lanzando una mirada por encima del hombro de Candace, hacia el sofá donde su hermano bebía vino y charlaba con Rowan de una manera cordial; cómo si se conocieran desde siempre—. Esta mañana cuando lo llamé, tú estabas en su apartamento, desayunando con él.

—Sí. Ya sabéis que anoche acabamos juntos.

—Entonces, lo vuestro es un simple rollo navideño —dedujo Maisie entornando la mirada hacia Candace.

—Por ahora sí.

—Ahhhhh, ¿hay posibilidades de que se convierta en algo más? —Lizzie dio un pequeño chillido de expectación mientras miraba a Candace con una intensidad que hizo que ella diera un paso atrás.

—Pues... no lo sé. Es una manera de hablar.

—Ya pero, ¿a ti te gustaría seguir avanzando en la relación? —Maisie no estaba dispuesta a soltar a Candace así como así.

Candace resopló, relajó los hombros y paseó la mirada por las tres chicas allí frente a ella. De una manera lenta, casi imperceptible, Candace asintió reconociendo que le gustaría ser algo más para Andrew, que un simple rollo.

Hubo unos segundos de completo silencio en el grupo mientras todas asimilaban aquel gesto.

—Entonces, es fijo que ella se marchará a Londres cuando pasen las navidades —resumió Rowan mientras miraba a Andrew y jugueteaba con la

copa de vino entre sus dedos.

—Sí.

—¿No hay posibilidad de que se quede o de que tú te vayas con ella? — Aquella pregunta parecía un último cartucho a pesar de que Rowan temía conocer la respuesta que Andrew iba a darle.

—No se lo he preguntado. Me refiero a si hay alguna posibilidad de que se quedara. Tampoco voy a hacerlo porque daría la impresión de que quiero que se quede y...

—¿No es lo que quieres? —Rowan frunció el ceño confundido por esa respuesta.

—Sí, pero no seré yo quien le diga lo que tiene que hacer. No quiero ser egoísta y pedirle que se quede cuando ni yo mismo soy consciente de qué es lo que ella desea. No me gustaría que se quedara porque yo se lo pido. ¿Comprendes? —Andrew miró de manera fija a Rowan quien asintió.

—Cierto. Te entiendo porque esa misma situación la pasé yo el año anterior. Quería quedarme con Maisie aquí, en la casa, pero me faltó valor para reconocerlo y me marché.

—Pero volviste.

—Sí, el mismo día que me marché, regresé —le comentó Rowan sonriendo al recordar el momento en el que ambos se encontraron a la puerta de la casa—. Regresé porque me di cuenta que lo que necesitaba estaba aquí, en esta casa.

—¿Te pidió Maisie que te quedaras? —Andrew contuvo la respiración por un momento, hasta que Rowan asintió. Entonces, Andrew sintió la tensión de sus músculos y un repentino vacío en el estómago.

—Ella me lo pidió, pero yo me escondí detrás de mis obligaciones, detrás de mis miedos. Por suerte, supe darme cuenta a tiempo de lo equivocado que estaba. Y regresé. Has dicho que no vas a pedirle que se quede, bien por tu parte —asintió Rowan—. ¿Qué harás si es ella la que lo hace? Si te pide que vuelvas a Londres... con ella.

Andrew inspiró mientras le mantenía fija la mirada a Rowan sin saber cómo demonios reaccionar. La verdad es que él había estado más pendiente de lo que él quería o pensaba que de ella. No se le había pasado por la cabeza que Candace pudiera sugerirle que se volviera a Londres con ella. En tal caso, ¿qué iba a hacer?

La noche transcurrió entre risas, bromas, miradas y demás gestos del

buen ambiente. Por unas horas se dejaron a un lado las preocupaciones personales. Andrew y Candace se sentaron uno al lado del otro y entre caricias furtivas, miradas largas, sonrisas y brindis fueron creando algo que ninguno de los dos había pensado que pudiera suceder. Algo que ninguno buscó en aquellos días, sino que *este* los encontró a ambos. Se adentraron en el día de Navidad preguntándose si habría otra como aquella. Pero no, como aquella no. Vivirían otras navidades, pero no serían así.

—Si alguien quiere quedarse a dormir, tenemos habitaciones arriba — anunció Maisie mirando a todos.

—¿Y escuchar vuestros gemidos desenfrenados? —preguntó Lizzie sonriendo irónica.

—Estoy con Lizzie, no tengo ganas de que me deis envidia —apuntó Rose mientras caminaba hacia la entrada para recoger su abrigo, su bufanda y demás elementos para combatir el frío.

—Yo también me retiro. He tenido un día agitado con ir a Glasgow a cubrir el partido —anunció Andrew mientras seguía los pasos de Rose, pero le dio tiempo a lanzar una mirada a Candace a ver qué pensaba hacer. ¿Se iría con Rose o lo acompañaría a él a su casa? En verdad que lo que más deseaba en ese momento era dormir abrazado a ella, sentir su cuerpo pegado al suyo, el calor y la suavidad de su piel, escucharla respirar. Sentir que estaba allí con él y que hasta el día siguiente, no se apartaría del abrigo de sus brazos.

—Ha sido una velada deliciosa, chicos —dijo Lizzie mirando con cierta envidia a la pareja que formaban Maisie y Rowan porque esta había encontrado a alguien que estaría a su lado para lo bueno y para lo malo.

—Gracias por venir —dijo Rowan—. Y ya sabes. Puedes esperarte cualquier cosa en estos días —le dijo a Andrew cuando le estrechó la mano y lo atrajo hacia él para darle un fuerte abrazo—. Incluso que te visiten los espíritus de las Navidades pasadas, presentes o venideras. Verdad, ¿Miss Scrooge?

Maisie entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada mientras le daba un codazo en las costillas.

—Creo que Maisie ha dejado de aborrecer la Navidad desde que está contigo —le dijo Rose muy segura de sus palabras—. Si hasta ha puesto un árbol de Navidad.

—Nos vemos —dijo Lizzie abriendo la puerta de la casa y saliendo a la calle.

—Buenas noches. Y que Santa se porte bien —dijo Maisie alzando la voz para que todos la escucharan.

—Sí, y a vosotros —asintió Candace con una sonrisa risueña y el frío golpeando su rostro hasta hacer enrojecer sus mejillas y su nariz.

—Volved cuando queráis —le recordó Rowan mientras desde el umbral de la puerta los veía caminar adentrándose en la noche.

Caminaron en silencio durante parte del trayecto.

—Os dais cuenta de que no hace frío a pesar de la hora que es — comentó Rose levantando la vista hacia un cielo de color blanquecino.

—Mañana nevará —se aventuró a decir Andrew seguro de sus palabras.

—Pues nos quedaremos en casa —apuntó Lizzie—. Por cierto veniros. Es Navidad.

Rose intercambió una mirada con Candace por saber qué le parecía. Esta asintió ya que no tenía otros planes, y estaba segura de que allí vería a Andrew, al que observaba en silencio mientras se preguntaba si la invitaría a su casa a pasar la noche. A sumergirse entre sus brazos y a abandonarse a sus sueños. Enfilaron la calle que conducía a casa de Rose, mientras Lizzie y ella se miraban y parecía que estuvieran haciéndose la misma pregunta: ¿qué iban a hacer Candace y Andrew?

—Bueno, primera parada —anunció Rose sacando las llaves del portal—. ¿Te quedas a dormir? —Rose miró a Lizzie cuando todos esperaban que la destinataria de esa pregunta fuera Candace.

—Ehhh —Lizzie dudó mientras lanzaba una fugaz mirada a su hermano y a Candace en busca de una pista que les dijera qué diablos iban a hacer.

—Te lo pregunto porque no me apetece quedarme sola esta noche, al igual que tú —apreció mientras sonreía y elevaba las cejas con complicidad.

—De acuerdo me quedo —asintió convencida de que era la mejor opción. No tenía ni pizca de gracia de marcharse sola para casa, aunque estaba segura de que su hermano y Candace no la dejarían hacerlo y la acompañarían.

—En ese caso, no vemos mañana aquí —anunció Rose mirando a los tres.

—Pero... —Lizzie iba a decir algo pero la mirada de Rose la detuvo.

—Y vosotros no tengáis prisa eh. Es Navidad y como está empezando a nevar —dijo levantando la vista al cielo del que comenzaban a caer finos copos—. Podéis dedicaros a jugar con la nieve.

—Entonces mañana nos vemos —dijo Andrew con ganas de irse y

quedarse a solas con Candace.

Rose y Lizzie los vieron alejarse juntos mientras ellas los observaban desde el portal.

—¿A qué ha venido este cambio de opinión? —le preguntó Lizzie mirando a su amiga sin entender por qué lo había hecho.

—Admite que les hemos hecho un favor. Querían irse juntos pero al parecer les daba un poco de apuro.

—¿A mi hermano? —Lizzie frunció el ceño pero en ese momento el pitido de su móvil desvió su atención hacia este. Lo sacó del bolso para comprobar quién enviaba un WhatsApp a estar horas de la madrugada. Cuando vio la felicitación navideña junto al nombre de Jason pensó que el corazón se le iba a detener. Estuvo a un paso de dejar caer el móvil presa de los nervios, de no ser por Rose, que esbozaba una sonrisa de oreja a oreja con toda intención.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? Ummmm.

—Me felicita la Navidad —susurró Lizzie sin saber cómo reaccionar ante la inesperada situación.

—Eso parece. Tal vez después de todo se ha acordado de ti.

—Quiere que nos veamos mañana por la tarde —leyó Lizzie antes de levantar la mirada de la pantalla de su móvil y fijarla en el rostro de Rose, que seguía sonriendo, pero de una manera más pícara.

—Creo que Santa tiene algo para ti. Pero tendrás que esperar a mañana para recibirlo —le dijo con toda intención guiñándole un ojo mientras Lizzie se quedaba con la boca abierta sin poder creer que estuviera sucediendo.

9

Andrew se quedó contemplando a Candace mientras esta trataba de refrenar las ganas de quitarle la ropa en la misma entrada de su propia casa. Sonrió mientras le acariciaba la mejilla y dejaba que sus dedos resbalaran por esta hasta que el pulgar se posó en sus labios. Suaves, húmedos, atrayentes sin remisión. Se inclinó sobre ellos para rozarlos mientras ella gemía y lo rodeaba por el cuello al mismo tiempo que le mordisqueaba el labio inferior. Andrew deslizó sus brazos alrededor de la cintura de ella para atraerla hasta su cuerpo y poder sentirla. El beso se prolongó hasta que ambos decidieron que los preliminares habían ocurrido durante toda la noche. Sí, porque desde que se vieron en casa de Maisie, ambos no habían dejado de flirtear de una manera sutil en ocasiones y descarada en otras. Por ese motivo Andrew y ella rodaron sobre la cama entre caricias y besos, mientras la ropa caía a su alrededor con un ligero frufú que indicaba que la pasión acaba de instalarse entre ellos.

Candace comenzó a besarlo con efusividad mientras la mano de él ascendía por su pierna hasta llegar a su cadera y asentarse es esta por unos segundos. Luego siguió su serpenteante camino hasta rozar el pezón erecto y jugar con este entre sus dedos. Tan solo se apartó de ella el tiempo que le llevó alcanzar el preservativo, para hundirse en su interior de manera lenta y media. Quería tomarse su tiempo, disfrutar de ella al máximo esa noche. Tal vez se debiera a la magia de la Navidad, pero Andrew se sentía especial. Le apartó el pelo del rostro antes de volverla a besar y las manos de Candace lo rodeaban para vagar sin rumbo por su espalda mientras sentía la necesidad de que él aumentara su ritmo y la condujera al final de un camino que quería tardar en alcanzar.

Se entregaron sin tregua, sin importar el tiempo. Cada uno se contempló en la mirada del otro y por alguna extraña razón comprendieron que lo que

ellos tenían no era una casualidad, sino que el destino había jugado su particular partida con ellos.

Permanecieron abrazados cuando la vorágine de emociones estalló dentro de ellos. Andrew sonreía mientras sus dedos apartaban algunos mechones del rostro de Candace. Estaba rendido ante ella; algo de lo que era completamente consciente. Sentía su corazón latir despacio; de una manera relajada y apaciguada tras el ritmo frenético de minutos antes. Cogió la sábana y la arrojó en un gesto que a ella le pareció todo un detalle.

La mimaba, hacía que se sintiera única, le importaba. Y eso era algo que a Candace comenzaba a calarle dentro, como la fina lluvia de otoño. Permanecían acostados de lado mientras se miraban de manera fija.

—Feliz Navidad —le deseó Andrew en con un susurro mientras sonreía y su dedo trazaba el perfil de las cejas de ella.

Candace sonrió mientras la calidez de la caricia de él la hacía estremecerse.

—Feliz Navidad.

—Sin duda que lo es cuando estás conmigo —Andrew se dejó llevar por lo que en ese momento sentía. Tal vez no se paró a pensar en lo que podía significar aquellas palabras para ella, pero en verdad que desde que la había conocido, Candace había conseguido poner su mundo patas arriba. Llegó sin avisar. Sin pedir permiso. Y de repente se instaló en su vida de una manera para la que él no estaba preparado.

—A veces me pregunto si algo o alguien tuvo que ver con que nos encontráramos en el vuelo desde Londres.

—¿Supones que una mano poderosa nos colocó juntos? —Había un toque de sorpresa y expectación en la pregunta de él.

—Algo así. Solo sé que no fue una casualidad. Que esto tenía que suceder —Candace sintió el calor invadir su cuerpo al confesárselo. Se acercó más hasta él para besarlo con una mezcla de pereza y ternura. Le acarició la mejilla y lo miró de manera fija.

Andrew percibió el brillo de la mirada de Candace y como tenía la sensación de que lo estaba hechizando. Pero no se opuso. No rechazó aquel influjo bajo el que estaba desde aquel día en que coincidieron en un avión.

—¿Crees en el destino?

—¿Por qué?

—Porque según has explicado lo que nos sucedió...

—Tal vez en algún lugar está escrito que debíamos conocernos.

—¿Y crees que el algún sitio también está escrito que debemos permanecer juntos?

—Sólo podremos saberlo si lo hacemos —Candace se lo confesó en los propio labios de él antes de cerrar los ojos para intensificar el beso. Un beso que sacudió todo su cuerpo con una sensación nunca antes conocida.

Andrew la atrajo hacia él para hacer el beso más ardiente consciente de que pese a que le parecía increíble, se estaba empezando a enamorar de ella. Y eso lo aterraba porque implicaba decisiones que tal vez no fueran las más acertadas, pero no pensaría en estas en ese día de Navidad.

Lizzie casi no había pegado ojo y todo se debía al estado de nervios y expectación en el que el mensaje de Jason la había dejado. La verdad era que no esperaba que él se acordara de ella, pero al parecer estaba equivocada, de nuevo. Jason estaba siendo una sorpresa tras otra porque si en un principio pensó que sería un tipo arrogante y creído que en realidad pasaba de encontrar una pareja entre las citas que se le facilitaban, una vez que lo conoció todos esos ideales se vinieron abajo como un castillo de naipes. ¿Qué sería lo próximo? Con solo pensarlo, Lizzie sentía el nudo en el estómago. Aunque tampoco podía negar que la excitación por volverlo a ver la podía.

Andrew comprobó la hora en el móvil que todas las noches dejaba sobre la mesilla. Puso los ojos como platos cuando vio que eran más de las diez. ¿Tanto había dormido? Resopló y giró el rostro hacia Candace, que lo miraba de una manera expectante.

—¿Llevas mucho rato despierta? —Andrew se volvió para quedar de lado.

—Hace más bien poco.

—Podrías haberte levantado.

—Prefería verte dormir —Candace esbozó una sonrisa risueña, tierna y dulce que contagió a Andrew e incluso sintió una inesperada ola de calor invadir su cuerpo.

—Apuesto a que ronco —le aseguró entre risas.

Candace chasqueó la lengua.

—Pues no. Duermes como un bebé. Estoy segura de que si se te cayera la casa encima, ni te enterarías.

—Puedes apostar a que así sería —Andrew le colocó el mechón de pelo detrás de la oreja. Sentía la necesidad de tocarla, de comprobar que en verdad estaba allí, en su cama. No quería pensar que seguía soñando. Su piel estaba tibia y suave a su tacto.

Candace cerró los ojos y ronroneó como una gatita ávida de atenciones. No quería levantarse, ni siquiera moverse para poder seguir disfrutando de aquella placentera sensación a la que él la había conducido.

—Es Navidad. Deberíamos levantarnos y salir por ahí.

El susurro fue como una suave caricia que hizo suspirar a Candace. Abrió los ojos y lo miró con determinación, con ensoñación. Le acarició el rostro y dejó que el pulgar le recorriera la mejilla mientras pensaba que aquello nunca se terminaría. Sin embargo, había situaciones y obligaciones que no podían esperar. Pero en ese momento cerró los ojos y lo besó mientras se abandonaba a lo que sentía en ese instante por Andrew, y entonces al pensarlo su corazón se le encogió cuando debería estar rebosante de dicha. Se estaba enamorando de él.

—¿Has visto la nevada que ha caído? —Rose no podía creer que así hubiera sucedido mientras dirigía su atención hacia la calle asomada a la ventana del comedor—. De acuerdo que anoche el cielo estaba blanco, pero... Esto es demasiado.

—Ummmm. Sin duda que lo es —asintió Lizzie yendo junto a su amiga para corroborar lo que decía. Entonces se llevó la mano a la boca para tapar su bostezo.

—¿No has dormido bien? —le preguntó Rose mientras Lizzie fruncía los labios en una mueca de no saber qué decirle—. ¿Has extrañado la cama o las preocupaciones no te han dejado pegar ojo? Anda tómate un café cargado.

—Si te soy sincera, todavía estoy en estado de shock.

—¿Por lo de Jason? —se lanzó a preguntarle mientras Lizzie asentía—. Bueno, según nos comentaste a Maisie y a mí, quedó en llamarte.

—Lo cual no deja de ser una completa sorpresa.

—Ya, pues deja que te diga que a mí no me lo parece tanto.

—Sigues con la chorrada de que en verdad se ha interesado por mí —le dijo Lizzie sacudiendo la mano en el aire para restar importancia y credibilidad a esa idea.

—¿Por qué no? A ver, ¿y si Jason hubiera encontrado en ti lo que ha

estado buscando? ¿Y si en verdad estuviera interesado en ti como pareja?

—¿Y si dejamos el tema aparcado y hablamos de otras cosas, como por ejemplo el lío en el que se han metido mi hermano y tu amiga, eh? —Lizzie puso los ojos como platos y esbozó una sonrisa sarcástica.

—¿Qué crees que harán? —Rose parecía preocupada por ese asunto, a juzgar por el semblante que ahora lucía.

Lizzie resopló y se pasó la mano por el pelo.

—No tengo ni las más remota idea. Solo digo que se han precipitado y que...

—No digas eso.

—Es la verdad, Rose —Lizzie se encogió de hombros.

—Ha sucedido porque tenía que pasar, y ninguno ha querido detenerlo a tiempo.

—¿Crees que ha sido una casualidad? ¿Qué les ha llegado el momento de encontrar un alma gemela y todo eso? —Lizzie contemplaba a su amiga con cara de expectación porque le estuviera diciendo que Candace y Andrew estaban predestinados a encontrarse.

—A todo el mundo le llega —le dijo con total seguridad en lo que decía, y con un gesto hacia la propia Lizzie que le hizo ponerse en guardia.

—A mí no creas.

—No lo sabes.

—Sí, lo sé —le rebatió de manera tajante mirando a Rose como si fuera a fulminarla.

—No sabes si al final Jason y tú...

—Ni de coña. Es más, ¿sabes qué? Ahora mismo voy a escribirle rechazando su invitación para vernos —Lizzie parecía más que dispuesta a hacerlo. Las palabras de Rose le habían provocado una tormenta en su interior.

—No lo harás —le aseguró Rose entre risas.

—¿Ah no? Estás muy segura.

—Ya lo creo. No lo harás porque tienes que averiguar qué se trae entre manos con las chicas de la Web. Y además, Jason te gusta. Tú misma lo has dejado claro —le señaló con un dedo como si la acusara mientras Lizzie fruncía el ceño y permanecía a la defensiva con la boca abierta para rebatirle de un momento a otro—. Dejaste que te besara —le recordó mientras Rose posaba sus dedos bajo el mentón de Lizzie y le cerraba la boca. Luego le guiñó un ojo en complicidad con lo que acababa de decirle.

Lizzie no dijo nada más. Se limitó a mirar a su amiga mientras le servía café.

—Dime cuándo quieres que pare.

—Basta.

Hubo unos minutos de silencio en los que Lizzie pareció estar perdida. Mantenía la mirada fija en el móvil pero sus dedos algo alejados de este y no parecía que fueran a acercarse.

—¿Sabes? Tienes razón —fue lo primero que dijo cuando Rose se sentó a la mesa—. No voy a rechazar la invitación de Jason para quedar con él esta tarde. No.

—¿Lo ves?

—Y no voy a hacerlo por el mero hecho de que es trabajo. Tienes razón. Y volverlo a ver me permitirá ahondar más en su personalidad e intentar descubrir el motivo de su rechazo a las candidatas —Lizzie resumió su parecer con una amplia sonrisa que no pareció convencer a Rose.

—Si prefieres darle ese cariz a la cuestión...

—Es la verdad. Aunque tú pienses que lo hago porque me siento atraída por él.

—Os besasteis.

—Mira que la has cogido con el dichoso beso —refunfuño Lizzie—. Un beso cualquiera. ¿Qué importancia puede tener un beso? La que tú quieras darle.

—¿Y tú no se la das? —Rose arqueó una ceja en señal de expectación.

—No más de lo que fue. Un beso.

—Vale, lo que tú quieras ver. No voy a discutir contigo por un beso.

—De acuerdo. Zanjemos la cuestión. Y de Candace y mi hermano, ¿qué opinas?

Rose frunció los labios en una mueca de falta de interés.

—Que ya son mayorcitos. Y que ellos verán. Pero, no creo que tu hermano regrese a Londres si ha venido para quedarse, ¿no?

—No, no lo creo —comentó Lizzie sacudiendo la cabeza mientras dejaba la mirada fija en el vacío—. Aunque ya no sé qué pensar de él. No creo que pueda sorprenderme más, aún. La verdad es que la situación es jodida.

—Sí, muy jodida. ¿Se irán o se quedarán juntos? ¿O cada uno tirará por un lado? Menuda papeleta.

Las dos se quedaron calladas pensando y mirándose.

Candace caminaba con sumo cuidado agarrada a Andrew. La nieve había hecho acto de presencia en la ciudad y tanto el castillo a lo lejos, como la estatura del rey Bruce, aparecían cubiertos por un manto blanco.

—No me sueltes o te prometo que me caeré —Candace miraba a Andrew con el temor en su mirada mientras él sonreía divertido.

—No vas a caerte, Candace. No seas miedica.

Pero ella no parecía por la labor de soltarse de él hasta que no estuviera segura de que no corría ningún riesgo. Sin embargo, Andrew no estaba dispuesto a dejar pasar aquella oportunidad de disfrutar de la nieve en su compañía. De ese modo cogió un puñado de nieve y se lo arrojó sin que ella lo esperara, más preocupada por su integridad.

—¡Serás...!

—¡Vamos! Es Navidad y mira que de nieve hay en la calle —le aseguró mientras recibía el impacto de una bola la espalda. Al volverse la encontró riéndose, con las mejillas y la nariz encendidas por el frío. Con la mirada chispeante—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Una guerra de bolas de nieve?

Llegaron a la explanada del propio castillo donde la gente se había reunido para disfrutar del paisaje, pero también de la nieve, con la que algunos hacían un muñeco o bien se dedicaban a lanzarse bolas.

Andrew no recordaba haber disfrutado tanto en años, y conocía el motivo. La traviesa muchacha que ahora mismo volvía a lanzarle dos bolas, una con cada mano y que le impactaban sobre el pecho. Andrew se dejó caer sobre la nieve en un comportamiento cómico, que fingía caer herido. Sobre la nieve comenzó a agitar los brazos y las piernas a la vez.

—Soy un ángel —exclamó cuando ella se acercó hasta él para contemplarlo con la mirada cargada de emoción y de incredulidad. Candace no reprimió la dulce e inesperada sonrisa que bailó en sus labios—. Vamos, ¿a qué estás esperando?

Candace se tumbó a su lado y lo imitó mientras reía y reía. Se miraron como si fueran dos completos desconocidos mientras sus manos se rozaban una y otra vez, hasta que sus dedos se entrelazaron sobre la nieve. Sus rostros se volvieron hacia el otro hasta que sus miradas se encontraron. Rieron como niños que estuvieran cometiendo alguna travesura hasta que Andrew incorporó para besarla. Luego se quedó contemplándola en silencio mientras le acariciaba el pelo y su mano trazó el perfil de su rostro.

—Eres mi ángel de la Navidad —le confesó mientras se volvía hacia ella y la besaba de una manera que sería capaz de fundir la nieve.

El calor del beso se expandió por el cuerpo de ella calentándolo a su paso. ¿Cómo iba a hacer para marcharse de su lado si a cada momento que pasaban juntos él era capaz de hacer sentir aquel hormigueo? Aquella sensación de necesidad de quedarse a su lado.

Andrew se incorporó tirando de ella hasta quedar atrapada entre sus brazos, con los labios entre abiertos y la mirada chispeando de emoción.

—Serías capaz de fundir la nieve con tu sonrisa.

«Y mi corazón»

—Entonces ya somos dos, porque si yo sonrío es porque tú tienes la culpa —Candace se alzó sobre las puntas de sus botas, cerró los ojos y se perdió en el beso que le daba. Quiso fundirse con él en ese momento. Y si ella era capaz de hacerlo con la nieve, él lo había conseguido con sus defensas para no acabar enamorándose de él.

Se separaron con gran esfuerzo y se quedaron contemplándose como dos viejas amistades que se reencuentran. Dos viejos amantes que el tiempo ha separado y que cuando vuelven a verse, comprenden que lo que los unió en su día, no se ha consumido del todo.

Lizzie permanecía muy reservada durante la comida de Navidad. Todos habían acordado, la noche anterior cuando se despidieron que la celebrarían en casa de Rose. Durante los preparativos, Lizzie se había mostrado muy locuaz y muy activa; sin duda producido por los nervios y la ansiedad por ver a Jason. Sí. Estaba tan atacada como cuando tuvo su primera cita en el instituto. Pero de eso ya habían pasado algunos años y ahora ya no era una adolescente, sino una mujer adulta y cabal, o eso creía porque ya no sabía qué pensar de todo aquello que le estaba sucediendo.

—Chicos, tengo que dejaros —anunció con voz solemne mientras tomaban café, contaban anécdotas pasadas y reían.

—¿Has quedado? —preguntó Andrew algo sorprendido por el repentino anuncio de su hermana. La miró con expectación mientras ella asentía con una sonrisa forzada. Andrew se dio cuenta de que estaba apretando los labios para evitar sonreír.

—Sí.

—¿Jason? —se aventuró a preguntarle Andrew mientras arqueaba su

ceja derecha con suspicacia.

—Sí.

—Vaya, no sabía nada.

—Me envió un mensaje anoche para quedar estar tarde —le explicó de manera simple y resuelta al mismo tiempo que encogía los hombros.

Andrew se mordió el labio, asintió y emitió un sonido gutural de aprobación.

—Espero que tu cita sea productiva —Lizzie le lanzó una mirada de advertencia a su hermano para que no se pasara de la raya—. A ver si consigues averiguar por qué os da calabazas. ¿Todavía no se lo has sacado?

—No. Todavía no. Espero hacerlo hoy y olvidarme de él —le dejó claro a los tres que la miraron cómo si no acabaran de creerse que lo haría.

Andrew esperaba a quedarse a solas con Rose para sonsacarle algo de información acerca de su hermana y su misterioso amigo.

—No creo que os vea ya hoy, de manera que me despido de vosotros. Que acabéis bien el día de Navidad —les deseó mientras ella se ponía el abrigo y se echaba la bufanda por encima—. Nos vemos. Sed buenos.

Los tres siguieron a Lizzie hasta la puerta hasta que salió por esta y entonces Andrew no esperó ni un segundo para someter a Rose a su particular interrogatorio.

—¿Y bien? ¿Es cierto lo del mensaje? —Había un toque de suspicacia en las preguntas de Andrew mientras entornaba su mirada hacia Rose.

—Sí, sí. Ayer noche al comprobar el móvil lo vio.

—Pero, ¿había quedado en algo con él?

—No, que yo sepa.

—Pero, entonces, él parece interesado en verla otra vez —dedujo Candace tras escuchar a ambos.

—Según parece, sí. De lo contrario no hubiera quedado con ella —le aclaró Rose.

—¿Hay algo que deberíamos saber? —Andrew volvió a emplear un tono mezcla de curiosidad e ironía.

Rose sonrió a la vez que abría los ojos al máximo.

—No debería ser yo quien te lo dijera, pero presiento que a Lizzie...

—¿Le gusta ese tal Jason? —preguntó Andrew dando por terminada la suposición de Rose.

—Bueno... A ver... No sabría decirte —Rose sabía de sobra lo que le sucedía a Lizzie con Jason pero no iba a descubrirla ante su hermano. Si ella

había decidido no contarle que lo había besado la tarde en que quedaron, ella no traicionaría la confianza de su amiga.

—¿Le gusta o no? Es una pregunta simple, Rose.

—Ya sabes cómo es tu hermana para las relaciones...

—Eso quiere decir que no habrá nada con su misterioso Don Juan. Le dije en broma que a lo mejor era su alma gemela y puedes hacerte una idea de su reacción.

—Sí, Lizzie es muy escéptica cuando se trata de relaciones.

—Cierto, pero no dejaría de ser llamativo que mi hermana encontrara pareja por una jugada del destino —comentó Andrew mientras arqueaba las cejas y sonreía.

Lizzie caminaba con paso lento por la nieve caída durante toda la madrugada y parte de la mañana. Tenía cuidado de no resbalarse ya que en algunos tramos, la nieve engañaba y era más bien hielo. Había quedado con Jason en un coqueto café en el centro mientras en su cabeza no dejaba de bullir la misma pregunta, ¿por qué se había prestado a quedar con él el mismo día de Navidad? En un principio ella había considerado la opción de quedar con Jason las veces que hicieran falta para saber qué diablos le sucedía con las citas. Pero ahora mismo, no parecía tan segura de sí misma. ¿Podría llegar a darse el caso de esas citas dieran lugar a algo más serio entre ellos dos? Dos no discuten si uno no quiere, se dijo en un intento de animarse. Luego ese mismo dicho podría aplicarlo a su relación con él. ¡Relación! Lizzie sacudió la cabeza con el ceño fruncido. Apretó los labios y se corrigió a ella misma.

«No tengo ninguna relación con Jason salvo la que implica descubrir su misterioso comportamiento. Que quede claro»

Estaba convencida de que no habría más citas si él se lo proponía, y ella se plantaba. Así de claro. Pero cuando lo vio a la puerta del café esperándola como en la primera cita, Lizzie tuvo la impresión de que una vez más, sus ideales se derretían con el calor de la mirada de él, por no hacer referencia a la sonrisa, que ahora mismo le regalaba.

Jason llevaba el pelo algo revuelto, con apariencia de haberse despertado en ese momento. Pero su mirada indicaba todo lo contrario. A Lizzie le parecía que estaba más despierto que nunca. La contemplaba con decisión, con firmeza y con una chispa de ilusión.

—Una vez más tienes que esperarme —le dijo Lizzie para romper el

hielo, mientras sonreía e intentaba apaciguar el descontrol que se había producido en su interior.

—La espera siempre merece la pena. Feliz Navidad, Lizzie —le susurró mientras ella tenía la impresión de que la besaría en los labios, pero en el último instante se contenía, y lo hacía en las mejillas.

A Lizzie le sorprendió su actitud después de que en la primera cita, él no hubiera mostrado reparos en sujetarla por la cintura y besarla como ningún hombre antes la había besado. Y este hecho, era lo que traía de cabeza. Se había prestado a esa locura para saber quién era él y qué escondía. Pero al parecer Lizzie estaba descubriendo en verdad quién era *ella* y lo que sentía.

—Feliz Navidad —le dijo Lizzie con los dos besos de él revoloteando en su rostro y la chispa de su mirada encendida.

Caminaron hacia el café en medio del ambiente festivo. Las calles estaban repletas de gente a esas horas, de luces y aromas de la Navidad.

—Tal vez me precipité al enviarte el mensaje y por eso mismo te pido disculpas. No sabía los planes que tenías para hoy, ni si era lo más apropiado.

Lizzie sintió la suave caricia que sus palabras acababan de dejarle en su interior. Y ahora, de nuevo, volvía a encontrarse sin argumentos ante él para rechazarlo. Esa sensación hizo que pisara mal en la nieve y se resbalara.

—Cuidado —Jason la sujetó por la cintura y por la mano para evitar que Lizzie diera con sus huesos en la nieve. La sostuvo mientras Lizzie se enderezaba y se aferraba al brazo de él como si de ello dependiera su integridad física, porque la emocional creía que la había perdido hacía tiempo.

Los rostros de ambos quedaron separados por el espacio mínimo. Lizzie sintió su corazón latir desenfrenado y su respiración agitarse en demasía ante la cercanía de él. Entreabrió los labios para tomar algo de aire, mientras que esperaba que él la besara y acabara con aquella angustiosa situación. La estaba poniendo de los nervios aquella tensión que se había establecido entre ellos. ¿Por qué? Se preguntó mientras recordaba que ya la había besado. Pero por el momento, él parecía algo más recatado en ese aspecto. ¿Se lo habría pensado mejor y esa tarde sería la última en que vieran? ¿La habría citado para decirle que no le interesaba seguir viéndola y que lo del otro día estuvo bien pero...?

—Gracias, la verdad es que con la nieve que ha caído. He tardado más porque venía caminando con cuidado.

—En ese caso, estaré atento por si vuelves a resbalar. Entremos —Jason

la dejó pasar al elegante café impregnado con el aroma del mismo, y decorado con motivos propios de esos días. Se dirigieron a una de las mesas libres del fondo y tras desprenderse de los abrigos y sentarse, Andrew retomó la conversación que habían iniciado cuando se vieron—. Te preguntaba si he hecho mal en pedirte que nos viéramos un día como hoy.

Jason se quedó sin palabras cuando Lizzie se sentó ante él. No la recordaba tan atractiva como el otro día. Eso, o era él que había contado las horas para volverla a ver. Si ella supiera los intentos que había hecho hasta mandarle el mensaje. Una parte de él deseaba volverla a ver, besarla, rodearla por la cintura y atraerla hasta él; pero por otra parte, creía que aquella situación comenzaba a irse de las manos y entonces... tendría que contarle la verdad sobre él. O desaparecer sin dejar rastro como en las citas anteriores.

—No, no hay problema. He pasado el día con mi hermano y con unas amigas —le dijo mientras se colocaba el pelo, y luego el cuello de su camisa.

—¿Tus padres?

—En Inverness. ¿Y tú, cómo has pasado estos dos días? —Lizzie quería saber más sobre Jason, indagar en su vida privada todo lo que pudiera para extraer alguna conclusión. Aunque lo averiguado hasta ese momento no había arrojado demasiadas luces a su investigación. Y todo porque Jason, era un tipo normal. O al menos eso le parecía a ella. O que fuera muy buen actor.

—Visité a mis padres, y a mis hermanos. Todo muy familiar, la verdad.

—Estos días lo son.

—Sí, tienes razón. Me preguntaba qué te pareció nuestra primera cita — La pregunta impactó a Lizzie hasta el extremo que dejó la taza de té, que ahora tenía entre sus manos para calentarse por temor a dejarla caer. Luego, deslizó el nudo que la amenazaba con cortarle la respiración.

—Me gustó —le aseguró mientras observaba como el rostro de él se iba iluminando con una amplia sonrisa, que hizo que Lizzie se moviera algo inquieta en la silla.

—Vaya.

—¿No esperabas que te lo dijera?

—No, no. Quiero decir que sí. Que me gustó y que...—¿Por qué diablos se ponía tan nerviosa cuando él la miraba como si en verdad fuera la única mujer que había en el café? ¿Por qué no podía serenarse, coger aire y reconducir la conversación y la situación? Porque estaba frente a un hombre interesante y atractivo del que no podía apartar su atención por más que lo intentara.

—Creo que si ambos estamos aquí y ahora es porque la otra tarde la cosa salió bien, ¿no crees?

—Sí, claro.

—Me habría gustado quedar esta mañana para dar un paseo por la nieve, pero creo que he hecho bien en no invitarte.

—Oh, ¿por qué lo dices?

—Porque has estado a un paso de caerte —le recordó con una sonrisa que contagió a Lizzie relajándola por primera vez.

—Son los tacones —le dijo muy segura de ella mientras sentía su rostro arder y no precisamente por el calor del té, o por el ambiente en el café.

—De acuerdo. Te tomo la palabra. Por cierto, ¿qué vas a hacer la última noche del año? —Jason cogió su taza para beber un sorbito de café mientras observaba a Lizzie por encima del borde de esta.

Lizzie experimentó una sacudida inesperada en todo el cuerpo. Minutos antes, cuando él no la besó, Lizzie había considerado que él se lo había pensado mejor y que esa tarde le diría que no iban a quedar más veces. ¡Solo por el mero hecho de no besarla! Y ese motivo había propiciado que ella se sintiera algo... decepcionada. Y ahora de repente le estaba preguntado por lo que iba a hacer en Nochevieja.

—No tengo decidido nada, todavía —Lizzie se mordisqueó el labio y entornó su mirada hacia él esperando a que él prosiguiera. ¿Iba a invitarla a pasarla con él? Esa pregunta le provocó una leve taquicardia.

—En ese caso, quería pedirte que quedáramos para recibir juntos el nuevo año.

Lizzie sintió el escalofrío recorrer todo su cuerpo sin remisión. Por fortuna estaba sentada y no habría opción de volver a resbalar para que él la sujetara. No.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro. Te lo estoy pidiendo, Lizzie porque me apetecería mucho compartir esa experiencia contigo.

Lizzie abrió los ojos al máximo mientras inspiraba y no podía evitar sentirse alagada ante aquella proposición. ¿Qué estaba haciendo? Si aceptaba la invitación estaría dando un paso más en aquella locura que tal vez no debió iniciarse. Pero si la rechazaba, estaba segura de que él se acabaría por alejar de ella y entonces no averiguaría lo que quería. Pero, ¿acaso importaba ahora mismo lo que él pudiera haber hecho con las otras citas?

«Te estás desviando de tu misión, niña» La voz de su conciencia parecía

querer recordarle quien era ella y qué hacía allí con él. Lo que no esperaba era escucharse así misma decir lo que iba a decir.

—Me encantará.

Jason asintió mientras sonreía convencido de que acababa de perder algo más que una apuesta.

—Genial. Simplemente, genial.

—¿Qué tienes pensado?

—Tan solo quiero disfrutar de esa última noche del año y primera del venidero contigo.

Lizzie bloqueó todos los pensamientos negativos al respecto. Todos los reproches que ella misma iba a hacerse por aceptar a pasar esa noche con Jason. No. Era demasiado tarde para echarse atrás. Y aunque estuviera a tiempo a estas alturas estaba convencida de que no tendría el más mínimo sentido. Ni tan quisiera quería hacerlo. Algo le estaba pasando con él. Algo que la iba calando por dentro de la misma manera que la nieve cubría las aceras. Algo a lo que por ahora no quería poner una etiqueta.

—¿Y tu trabajo? Bueno, supongo que ayer y hoy no habrás hecho nada —le aclaró de inmediato cuando se dio cuenta de las fechas que eran, y él sonrió.

—Cierto, pero aunque no te lo creas siempre quedan cosas por rematar. ¿Y tus traducciones?

Lizzie frunció los labios sin darle mayor importancia porque en verdad que no la tenía. Era un trabajo ficticio.

—Si te soy sincera llevo dos días sin hacer nada.

—No está mal —bromeó él con la taza de café en la mano antes de beber.

—Y dime, ¿sueles salir con más gente por ahí? Me refiero a amigos...

—En alguna ocasión que otra aunque la verdad es que tampoco me prodigo demasiado. Es por ello por lo que me apunté a la Web.

—Entonces, has tenido pocas relaciones —Lizzie comenzó a entrar en un terreno algo más íntimo y personal del que tal vez él no quisiera contarle nada.

—Alguna que otra, pero cómo puedes ver, nada serio —Jason sonrió mientras pensaba que no se había planteado nada con ninguna amiga o conocida, y la verdad es que desconocía el motivo—. ¿Y tú?

Lizzie sonrió con disimulo y desvió la mirada hacia la ventana del café. Por unos segundos contempló a la gente caminar por la calle.

—No he tenido suerte.

Jason frunció los labios y asintió.

—Aquí estamos, dos almas que no han encontrado a su compañera.

—Pues tú has tenido más citas que yo, ¿eh?—le recordó Lizzie poniendo los ojos como platos y sonriendo con ironía.

—No te lo niego, pero es de esas ocasiones en las que siempre encuentras algún pero que te hace desistir. No sé. Creo que existe una especie de mecanismo que hace clic cuando encajas con la otra persona.

Lizzie se quedó callada mientras lo observada detenidamente. Se sobresaltó cuando la pregunta pasó por su mente, y aunque no quería hacérsela la curiosidad le jugó una mala pasada.

—Y... en este caso, ¿ha escuchado ese clic?

Jason sonrió ante la pregunta. Esperaba a que ella se la hiciera.

—No, pero presiento que puede llegar a sonar.

Lizzie se quedó mirándolo sin saber qué diablos decir ante esa respuesta porque ella misma también se empezaba a cuestionar todo. Le gustaba Jason. Le hacía sentir cómoda. Y aunque se repetía que no iba a ir más allá, el deseo de que la hubiera besado al volverse la seguía pellizcando.

Abandonaron el café y caminaron por la ciudad mientras seguían charlando y descubriendo algo más del otro. Lizzie se mostraba juguetona, traviesa, e ilusionada hasta el punto de que en un momento de descuido por parte de Jason, le embadurnó el pelo con nieve.

Jason giró el rostro para contemplar a Lizzie mordisqueándose el labio con un gesto dulce y travieso que lo desarmó. Y cuando la escuchó reír a carcajadas no pudo evitar sentir ese pellizco en su lado izquierdo que nunca había creído hallar en compañía de una mujer. Sí. Lizzie lo estaba consiguiendo. Sin pensarlo dos veces le arrojó nieve, corrió hacia ella para rodearla por detrás sujetándola sus manos, mientras con la que Jason tenía libre le devolvía la jugada con los restos de su bola de nieve. Y en todo momento, las risas de Lizzie no dejaron de sonar. Nunca pensó que alguien pudiera hacerla sentir aquello, pero debía admitir que le gustaba.

Jason la soltó para volverla y que lo mirara. Contempló las mejillas y la nariz de ella encendidas por el frío o por el calor que ella transmitía. Sus ojos refulgiendo como estrellas y esa sonrisa que lo volvía loco. En un gesto espontáneo e inesperado, impulsado tal vez por la emoción del momento, por la dicha que sentía, o porque la atmósfera que los rodeaba, Jason enmarcó en

rostro de ella entre sus manos y la beso con determinación y pasión. Con ternura y delicadeza hasta que sintió que su corazón se derretía en brazos de ella.

Lizzie se rindió ante aquel empuje, ante aquella calidez que él le transmitía con un beso. Ya nada tenía la más mínima importancia. Acababa de recibir un regalo de Navidad tan inesperado como deseado.

En la intimidad del salón de su apartamento, Lizzie comenzó a desvestirse a Jason. Aquella locura tenía que seguir su curso. No se lo había pensado después de que la besara y la hiciera reír. Lo había invitado a su casa y ahora mientras se besaban, la ropa comenzaba a desaparecer dejando al descubierto la piel suave, pálida y tibia de ambos. Lizzie hacía tiempo que había cerrado su mente a posibles reproches y arrepentimientos, y ahora se disponía a dejarse llevar por lo que le dictaba su corazón. Nada más.

Jason no podía creer que al final de aquel camino pudiera encontrar a alguien como Lizzie. Pero ya nada podía tener sentido si no era con ella. No podía permitir que desapareciera de su vida. No después de aquello que le transmitía. Por eso ahora, sus manos acariciaban su cuerpo, mientras la besaba, como si ella fuera única. Y en verdad que para él lo era. Juntos se recostaron en la cama dejando que sus manos palparan, buscaran, y trazaran senderos sobre el cuerpo del otro mientras las respiraciones se agitaban. Y cuando fueron las bocas las que relevaron a las manos, el placer se incrementó hasta cotas deseadas. Jason besaba, lamía y succionaba los pezones de sus pechos mientras los dedos se introducían entre los muslos de Lizzie acrecentando el fuego en el interior de ella. El deseo por sentirlo dentro. Por ese motivo se incorporó sobre sus codos para buscar la mirada de él.

—Hay preservativos en la mesilla.

Jason no vaciló ni un segundo. Cogió uno de la caja y abrió el envoltorio para colocárselo mientras Lizzie sonreía tímida y sus pulsaciones se disparaban en ese preciso instante en el que Jason se adentraba en ella de manera lenta y calculada.

Lizzie colocó sus manos sobre la cintura de él mientras se movía y disparaba las terminaciones nerviosas de Lizzie. Entreabría sus labios para dejar escapar gemidos inequívocos del placer que experimentaba. Extendió sus brazos para rodear el cuello de Jason y atraer su boca hacia la suya para recorrerla con su lengua primero, y con sus labios después mientras movía sus caderas buscando el mismo resultado que él. Jason hundió su boca en la

clavícula de Lizzie mientras dejaba un reguero de besos en ascensión por su cuello ahora, hasta capturar el lóbulo de su oreja provocando una repentina sacudida en ella. El ritmo se volvió más frenético, y las respiraciones se elevaron como una especie de mar embravecido en medio de la tormenta. Jason le acarició los labios con el pulgar antes de volverla a besar para ahogar en su propia boca en estallido de placer que convulsionó ambos cuerpos como si de uno solo se trataran. Lizzie lo abrazó con todas sus fuerzas mientras cerraba los ojos y la calma la invadía en una quietud sin igual. Su respiración se volvió más moderada a medida que recuperaba el sentido. Jason se quedó clavado en los ojos de ella, en los que ahora contemplaba su propio reflejo mientras no podía evitar mostrar su dicha sonriendo como nunca antes. Se apartó de ella por unos segundos en lo que Lizzie se quedó contemplando el techo de su habitación como si estuviera hipnotizada, y solo cuando sintió los dedos de Jason ascender por su brazo hasta coronar su hombro, pareció reaccionar. Le pasó la mano por la mejilla mientras se volvía hacia él. El pulgar la acariciaba mientras sonreía con una sensación en todo su cuerpo desconocida hasta ese instante.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó Jason mientras se preguntaba cómo diablos se había dejado conducir hasta esa situación. Pero solo tuvo que fijarse en la mirada de Lizzie para encontrar la respuesta.

—Tal vez porque me parezca algo... impensable lo que ha sucedido.

—Bueno, si tenemos en cuenta que entre ambos existe una poderosa atracción...

—Sí, sí, pero...

—No pensabas encontrarlo. Te ha sorprendido de igual manera que a mí —le correspondió mientras le cogía la mano y depositaba un beso en la palma—. Tu aparición ha sido como el espíritu de Marley cuando le comenta a Scrooge que recibirá la visita de tres espíritus. Y él se lo toma en broma.

—Oh, ¿me ves cómo a un fantasma? —Lizzie no pudo ocultar el toque irónico y divertido en su pregunta.

—No, por supuesto que no. Pero en cierto modo eres como Marley y yo como Scrooge.

Lizzie frunció el ceño ante esta aclaración.

—No te pareces en nada al viejo avaro de *Cuento de Navidad*.

—Tal vez sí comparta con él que estoy a tiempo de cambiar algunas cosas. Tu aparición me dijo que estas Navidades serían algo que recordaría toda la vida. Pero no lo creí o no me di cuenta, Lizzie.

Ella sintió el vuelco en el estómago. No, no y no se dijo de repente. No quería que siguiera por aquel camino. ¡No! Se lo había llevado a la cama en un arranque apasionado de necesidad, pero también porque había pensado que tal vez si lo hacía, lo que estaba empezando a sentir por él se borraría de un plumazo; se derretiría como la nieve cuando la acariciaba el calor del sol. Pero... Cuando sintió la boca de él apoderarse de la suya se rindió y solo pudo emitir un gemido de aceptación del beso.

La luz de la mañana entró en el dormitorio pero Lizzie hacía tiempo que se había levantado y ahora permanecía de pie junto a la cama. Había avisado a Lauree de que esta mañana iría algo más tarde. Ya le contaría. Ahora contemplaba a Jason dormir mientras ella no dejaba de preguntarse qué iba a suceder desde el mismo instante en el que él despertara. Sí, porque mientras habían dormido no habían tenido que enfrentarse a lo que suponía el hecho de haberse acostado. ¿Qué quería Lizzie? Y lo más importante, ¿qué esperaba de él? Aquella situación era irreal porque ella no se había hecho un perfil en la Web para encontrar un compañero de cama, y mucho menos una pareja. Pero ahora todo se había complicado de más y no estaba convencida de que al final la situación terminara bien. Pero por otra parte, no podía cortar con él de buenas a primeras porque todavía no había averiguado el motivo principal de sus citas. ¿Y si en verdad era porque no había encontrado una mujer que le interesara de verdad? ¿Podría creerlo?

Lizzie lo contempló removerse en la cama y abrir los ojos que se quedaron fijos en ella mientras la boca de él se curvaba.

—¿Llevas mucho tiempo ahí?

—Un poco.

Jason se incorporó hasta quedar sentado pero sin apartar la mirada de ella. Lizzie pudo comprobar que incluso cuando despertaba, él le parecía atractivo e interesante. Con el pelo revuelto y la sombra de la barba cubriendo su rostro.

—Imagino que tendrás que irte a trabajar...

Jason apretó los labios y asintió. Así era. Debía levantarse y marcharse antes de que Robert lo llamara al móvil y tuviera que dar explicaciones. Por ahora todo marchaba bien con Lizzie. Demasiado bien. Y había algunas cosas que tenía que tratar con su jefe. Asuntos que no podían esperar más días.

—Tienes razón. Me visto y me marcho antes de que sea tarde. Además, supongo que tú tienes que ponerte con tus traducciones —le recordó a una Lizzie que no era capaz de abandonar el pie de la cama mientras lo

observaba.

—Puedes tomarte un café. Lo tengo recién hecho —le dijo mientras con el pulgar señalaba a su espalda, hacia la cocina.

Jason asintió con una media sonrisa que hizo entrar en calor a una Lizzie algo desangelada esa mañana. Y cuando él se acercó y la besó de manera fugaz, rápida e inesperada por ella, Lizzie sintió que todo en su interior comenzaba a bullir.

—Puedes asearte... —Lizzie balbuceaba sin sentido porque sin duda que la manera de mirarla, dedicarle una sonrisa y ese beso tan espontáneo la habían descolocado.

—Gracias.

Decidió retirarse hacia la cocina mientras resoplaba y resoplaba. Se pasó las manos por el pelo y permaneció pensativa con la mirada perdida en el vacío.

Cuando Jason la vio con las manos apoyadas a ambos lados de la encimera y mordisqueándose el labio en clara actitud de estar en otra parte, sintió la necesidad de ir hasta ella y fundirse juntos con un beso.

—Ya sé que puede sonar muy tópico pero, ¿te sucede algo?

Lizzie levantó la mirada hacia él y el corazón comenzó a bombear sangre a una velocidad desconocida para ella hasta ahora. El calor de su cuerpo subió algunas décimas hasta hacerla creer que tenía fiebre. Inspiró y sacudió la cabeza.

—No, claro.

—Te noto pensativa, preocupada tal vez por algo que haya dicho o hecho.

Lizzie lo vio acercarse con la preocupación dibujada en su rostro.

«¡Pues claro que me pasa! ¡Me pasa que me gustas! Me gustas demasiado pero es necesario que termine con todo esto porque no tiene sentido continuar» pensó Lizzie mientras la respiración se agitaba ante la proximidad de él.

—No eres la clase de tipo que esperaba —le confesó mientras Jason sonreía y la miraba a la espera de una aclaración de sus palabras.

—Bueno, si te he decepcionado...

—No, no es precisamente por eso. Es todo lo contrario. Me esperaba a alguien engréido, estirado, arrogante que no mostraría delicadeza con la cita. Y me he encontrado con todo lo contrario —le confesó mientras sacudía las manos a ambos lados sin saber que más podía decirle. Entonces él se las

cogió entre las suyas complicando todavía más la situación. Haciendo que Lizzie quisiera que el suelo de la cocina se abriera bajo sus pies y se la tragara.

—¿Y es lo que quieres? —Jason estaba atrapado en la mirada de Lizzie que titilaba con el brillo de las lágrimas en esos momentos. Le acarició la mejilla, dejó que el pulgar rozara sus labios mientras se decía así mismo que ella era todo lo que necesitaba, pero que nunca se había preocupado por buscar.

Lizzie estaba confundida. ¿Qué más podía decirle? ¿La verdad? Que había querido conocerlo por... ¿Qué importancia tenía ahora? Jason le gustaba, era un hombre educado y encantador que le hacía sentir cosquillas en el estómago. Que esa noche pasada había sido el perfecto compañero de cama. ¡Por San Andrés, que era una estúpida si lo dejaba marchar! Sin pensarlo dos veces lo rodeó por el cuello y lo atrajo hacia ella para abrazarlo, para sentirlo pegado a su cuerpo y comprobar que aquello que sentía por él era real. Completamente real.

Jason la abrazó con delicadeza mientras sentía su pecho subir y bajar. Los latidos de su corazón fundirse con los de él en algo que no sabía cómo describir. Solo era consciente de que ella lo había conquistado.

Lizzie se separó y lo miró de manera fija antes de rozar sus labios.

—Eres mi particular aparición en Navidad.

—En ese caso, si me dejas, prometo seguir visitándote por las noches — bromeó él mientras conseguía que Lizzie sonriera y lo volviera a besar.

—De acuerdo, pero vas a llegar tarde al bufete.

Jason apretó los labios y sonrió ante aquella advertencia.

—Te veo esta tarde —le aseguró mientras Lizzie apretaba los labios y sonreía.

Jason se tomó una taza de café para no marcharse todavía de allí y dejarla sola. Y cuando salió por la puerta, Lizzie se quedó contemplándolo desde el umbral antes de meterse dentro.

Jason sintió como si acabaran de arrojarle un cubo de agua helada. Una opresión en el pecho. Una sensación que lo ahogaba si pensaba en Lizzie. Tenía que contarle el motivo por el que se había apuntado a las citas, esa misma tarde. ¿O tal vez debería pasar por las oficinas de la Web para darse de baja, primero?

Lizzie resopló cuando cerró la puerta y se quedó con la espalda apoyada contra esta. Cerró los ojos y se escurrió de manera lenta hasta quedarse

sentada con las rodillas abrazadas a su cuerpo. No era posible que le hubiera sucedido a ella. ¿Por qué? Se pasó la mano por el pelo como si ello le sirviera para aclarar su mente. Lanzó una mirada al reloj de la entrada. Tenía que marcharse a trabajar ya y aparcar a Jason por unas horas. Si era capaz.

10

Jason entró en la oficina con cara de pocos amigos. Se dirigió a su mesa sin apenas decir una sola palabra a los compañeros que se encontraba; tan solo un leve gesto con la cabeza. No estaba para bromas después de lo sucedido con Lizzie la noche anterior y esa mañana. Aquello no entraba en sus planes y muchos menos sentirse de aquella manera. Pero había sucedido.

—Feliz Navidad Jason. Oye, ¿qué pasa con tu investigación? Vas con retraso y hay que enviarlo a la revista en Londres, ya mismo —La voz ronca de Robert, el editor, captó toda su atención. Le sostuvo la mirada durante unos segundos mientras meditaba qué iba a decirle y hacer.

—Olvídalo, ¿quieres?

—¿Qué lo olvide? —La mirada de incredulidad que mostraba Robert no intimidó para nada a Jason. Estaba acostumbrado a tratar con él desde que empezaron en aquella publicación. Podría parecer un tipo serio, recto y exigente con el trabajo de la gente. Y lo comprendía ya que en el fondo sus puestos de trabajo dependían de Londres. De la editora principal.

—¿Podemos hablar en tu despacho? —La pregunta y el tono que Jason empleó alertó a Robert. Entrecerró los ojos escrutando el rostro de su amigo y compañero mientras asentía.

—De acuerdo. Vamos.

Jason caminó detrás de Robert que entró en el despacho y sentó en su sillón de cuero. Este pareció quejarse al sentir el peso de su ocupante.

—Pasa y cierra la puerta. Y ahora cuéntame eso tan importante que tienes que hacerlo en la privacidad de mi despacho —Robert entrelazó sus manos y las dejó sobre la mesa mientras su mirada quedaba fija en Jason.

—No creo que sea posible sacar el artículo.

—¿Por qué? ¿Te falta tiempo para redactarlo o tal vez para seguir investigando sobre el tema? Te recuerdo que llevas un mes con él —Robert

enarcó las cejas en clara señal de advertencia.

—Soy consciente de ello.

—Bien, entonces, ¿qué sucede?

Jason apretó los labios y cogió aire. ¿Cómo podía explicarle a su jefe y amigo lo que le sucedía con Lizzie?

—Ha habido algún que otro contratiempo.

—¿De qué tipo, Jason? ¡Y no te andes por las ramas, ni me hagas perder el tiempo, joder!

—Me he acostado con una de las chicas de la Web.

—¿Y qué problema hay? Que yo sepa eres un tipo adulto, sano, sin responsabilidades, ni trabas sentimentales de ningún tipo —le aclaró Robert mientras se encogía de hombros sin entender lo que Jason pretendía.

—Pasa que no le he dicho a ella a qué me dedico. Ni el motivo por el que accedí a esa Web de citas.

—¿Y qué? Todo el mundo inventa cosas cuando crea un perfil en la Redes Sociales. No es nada nuevo —le recordó sacudiendo la mano delante de él—. Vamos a ver, te adentraste en el mundo de las Webs de citas para investigar cómo funcionaban, qué buscaba la gente y demás. Tampoco tiene que saberlo, ¿no crees? Y aunque lo acabe descubriendo, no creo que sea para tanto. Recuerda que fuiste tú, el que sugirió hacerlo cuando las páginas poco menos que nos dieron con la puerta en las narices. Nos concedieron una serie de entrevistas *light*, por calificarlas de alguna manera. Nada más.

—Tienes toda la razón, Robert. Y también que fui yo el que sugirió hacerme pasar por un hombre en busca de pareja para saber qué querían las chicas que se apuntaban a esas páginas. De otra manera no habríamos conseguido que se prestaran a una entrevista. Ni siquiera nos dieron permiso las administradoras de las Web, basándose en la protección de datos.

—Exacto, y después de un mes haciéndote pasar por un soltero en busca de pareja, y de haber reunido información al respecto del funcionamiento de las Webs y de sus usuarios, ¿qué?

—No voy a redactar el artículo —Jason se mostró rotundo en su decisión.

—¿Por qué has conocido a alguien que te atrae? ¿Es por eso? —insistió Robert perplejo por la reacción de Jason.

—Siento que la he traicionado.

—No me vengas con chorradas, tío. Ahora te hablo como tu amigo, y no como el jefe de la sucursal de la publicación. Esa mujer te gusta, bien. Te la

has tirado, ole por ti. ¿Qué puede pasar si le cuentas que en verdad has mentido en una de las preguntas del cuestionario?

Jason apretó los dientes e inspiró hondo mientras trataba de imaginar la reacción de Lizzie cuando él se lo contara.

—¿Puedo saber por qué me enviaste un WhatsApp para decirme que llegabas tarde? —le preguntó Lauree en cuanto Lizzie se sentó a su mesa.

Lizzie resopló mientras tecleaba su contraseña de inicio de sesión. Luego apoyó las manos sobre el borde de la mesa y tras contar hasta diez se volvió hacia su compañera.

—Hola Lizzie, ¿dónde estabas para llegar tarde? —la pregunta de Claire que se acercaba a ella con una taza de café tuvo el mismo efecto en Lizzie, que si acabara de pincharla.

Apretó los labios y miró a las dos.

—Con Jason. En la cama.

La mano de Claire vaciló hasta el punto que la taza de café estuvo a un paso de caerse al suelo. Por suerte reaccionó al instante y la dejó sobre la mesa de la propia Lizzie. Lauree se había quedado con la boca abierta y sin capacidad para decir una sola palabra. Pasaba su mirada de Lizzie a Claire como si se tratara de un partido de tenis mientras esperaba las reacciones de ambas.

—Así que... corrígeme si me equivoco. Te has acostado con Jason, ¿verdad? —Claire entornó la mirada hacia Lizzie esperando que ella les estuviera gastando una broma. Tanto meterse con ella con que al final acabaría gustándole y todo, y ahora...

—Eso he dicho. Anoche me acosté con Jason y esta mañana no podía salir temprano de casa para venir a trabajar porque desconoce que lo hago aquí. Piensa que soy una traductora-intérprete freelance que trabaja desde casa —le resumió con cierto sarcasmo mientras sonreía de igual modo.

—Ya —Claire chasqueó la lengua sin terminarse de creer que hubiera sucedido.

—¿Y ahora qué va a pasar? —Lauree intervino al ver que Claire se había quedado muda.

Lizzie resopló y hundió los hombros en un claro gesto de desánimo que no pasó desapercibido para ninguna de sus dos compañeras.

—No lo sé. Pero, si quiero seguir viéndolo...

—Debes contarle la verdad —apuntó Claire con rotundidad mientras cruzaba los brazos bajo el pecho y miraba a Lizzie de manera fija.

—Lo sé. Soy consciente de ello. Pero...

—Sin duda que lo vas a sorprender —señaló Lauree abriendo al máximo los ojos y arqueando las cejas.

—Pero, ¿cómo demonios ha sucedido? Jurabas que...

—Lo sé. Sé lo que he dicho y lo que no —asintió Lizzie interrumpiendo a Claire—. No estaba en mis planes que sucediera, puedes creerlo. Pero... me ha sorprendido.

—Ni que lo digas —apuntó Lauree—. La primera vez que os visteis te besó y tú no te apartaste. Ello me indica que había muchas posibilidades de que en una segunda cita acabarais en la cama.

—Eso no lo sabías, así que no digas ahora que se veía venir —le corrigió Claire que no acababa de salir de su estado de shock—. No sé si preguntarte por él. Si has logrado averiguar el motivo de sus continuos rechazos, aunque a la vista de lo sucedido, podemos asegurar que estaba claro que no había encontrado a su media naranja.

—Hasta que apareciste tú, Lizzie —apuntó Lauree.

Lizzie inspiró de manera profunda.

—Eso parece porque no me ha contado nada que me haya dado que pensar. Ni su comportamiento, como ya os dije.

—¿Cómo crees que se lo tomará cuando sepa que se ha ido a la cama con la persona que estudia los perfiles de los usuarios? —La pregunta de Claire captó toda la atención de Lizzie. Sin duda que según lo exponía, podía esperarse cualquier cosa, aunque si Lizzie pensaba en cómo era él...

—Tendré que decírselo.

—¿Habéis quedado?

—Esta tarde. Me llamaría para hacerlo.

—Pues no lo dilates demasiado o el final será peor —le aconsejó Claire con una palmada en el hombro de Lizzie—. Y si no hay ninguna pega... Disfruta de la relación. No te cierres la puerta, ¿querrás? —Claire arqueó una ceja mientras se lo pedía a su amiga y compañera.

Lizzie se limitó a asentir porque en verdad que en su interior, una parte de ella deseaba seguir conociéndolo. No se conformaba con lo visto hasta ahora, quería ahondar más en el interior de él, si se lo permitía cuando supiera en verdad, quien era ella.

Jason dejó las oficinas de la editorial para dirigirse a las que ocupaba la Web de citas *Share your heart*. Pediría que le dieran la baja de la misma

porque había encontrado a la persona ideal para quedarse a su lado. Después vendría el trago de contarle quien era y el motivo por el que se apuntó a la Web, no quería que ella siguiera engañada. Entró en el bloque de oficinas y subió hasta el primer piso. Empujó la puerta de las oficinas donde estaba la Web y se dejó envolver por los clásicos sonidos de teléfonos sonando, los teclados al sentir la presión de los dedos, y las voces de la gente que trabajaba allí y que se filtraban a través de una doble puerta de cristal biselada donde uno podía leer *Share your Heart* en grandes letras de color rojo junto con dos corazones entrelazados.

La chica de la recepción lo saludó de manera amable.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, verás venía para darme de baja de la Web porque he encontrado pareja y ya no quería seguir recibiendo más posibles candidatas. Y ya que me caía de paso, he preferido venir en persona a hacerlo en vez de a través de la Web.

—¿Ha encontrado la pareja en la Web o fuera de ella?

—A través de esta.

—¡Wow, eso fantástico! —exclamó la chica entusiasmada con la noticia—. Veré quien puede atenderle. No se marche.

Jason asintió mientras la chica desaparecía en busca de alguien

Lizzie y Lauree descansaban en ese momento en el que Brittany, se acercó a ellas.

—Tengo a un usuario de la Web afuera en recepción —comenzó diciendo mientras las dos mujeres la miraban con interés—. Dice que quiere tramitar la baja de la Web porque ha encontrado pareja.

—¿Sabe que puede hacerlo desde la propia Web? —preguntó Lauree sorprendida por este hecho de que se hubiera personado allí.

—Supongo, pero dice que le caía de paso y ha preferido subir a hacerlo.

—¿Te ha comentado si la pareja que ha encontrado ha sido a través de nosotros? —Ahora fue Lizzie quien hizo la pregunta mientras miraba a Brittany y arqueaba las cejas con expresión de expectación.

—Sí, al parecer así ha sido —respondió la muchacha con la misma efusividad que había mostrado con Jason.

—Eso es bueno, no hay duda —asintió Lauree.

—Bueno, ¿y qué quiere entonces, tramitar su baja? —reiteró Lizzie mientras apuraba su café—. Vale, cómo Claire anda ocupada con una reunión, ya me encargó yo, si quieres —le sugirió a Lauree quien, se encogió

de hombros sin poner ninguna pega.

—Si es lo que quieres.

—Sí, además, me vendrá bien para distraerme un rato —les aseguró a ambas mientras dejaba a Brittany junto a Lauree.

Lizzie se dirigió a la recepción de la Web con paso decidido. El biselado de las puertas le impedía tener una imagen del usuario y cuando las abrió, lo encontró de espaldas echando un vistazo a la recepción.

—Disculpe, me han dicho que... —Lizzie se quedó sin palabras cuando el desconocido se giró hacia ella. En ese mismo instante deseó que el suelo se abriera bajo sus pies y de este modo la engullera entera. O bien que cayera un rayo de cualquier parte y la fulminara dejando una nube de humo en su lugar.

—¿Lizzie? —Jason se quedó clavado en el sitio sin capacidad de reacción. La contemplaba a ella sin dar crédito. No podía ser. ¿Qué hacía ella allí? ¿Qué estaba sucediendo?

—Jason... —Lizzie solo pudo murmurar su nombre mientras apretaba los labios con fuerza no fuera a decir algo que no debía. El temblor de piernas era bastante acusado y ella pensaba que de un momento a otro se caería, de manera que se acercó al mostrador de recepción y se apoyó contra este.

—¿Qué... qué haces tú aquí?

En ese momento, Brittany apareció tras las puertas con una sonrisa radiante.

—Este es el hombre del que te he hablado. Quiere tramitar su baja voluntaria por lo que te he comentado. ¿Te encargas tú entonces? Luego se lo digo a Claire.

Hubo unos segundos en los que ninguno dijo nada más. Jason y Lizzie se contemplaban mientras los dos pensaban cosas diferentes al respecto de aquella situación.

«Me ha pillado y bien. ¡Joder!» pensó Lizzie mientras se mordía el labio y cruzaba los brazos bajo su pecho.

«¿Qué está pasando aquí? ¿Y qué hace Lizzie trabajando en la Web de citas?»

—Ya me encargo —aseguró Lizzie saliendo de detrás del mostrador para mostrarse ante Jason.

—Si quieres puedes entrar en la sala de reuniones.

—Sí, gracias —Lizzie lanzó una mirada a Jason a la espera de su reacción. La expresión de su rostro era un galimatías que ella no era capaz de descifrar. No le extrañaba lo más mínimo que la estuviera contemplando de

esa manera—. Por aquí.

Jason hizo un leve gesto con la mano hacia Brittany a modo de despedida.

—Enhorabuena por encontrar pareja.

Lizzie cerró los ojos un segundo mientras esas palabras rebotaban una y otra vez en su mente. Jason estaba allí porque la había encontrado a ella. ¡La consideraba *su* pareja! ¿Qué se suponía que iba a decirle? ¿Qué trabajaba allí de traductora? Seguro que sí. Que él iba a tragárselo después de lo que ella le había contado.

Jason sentía que sus planes iniciales habían sufrido un pequeño trastoque. Sí, porque no esperaba encontrarse con ella en las oficinas de la Web.

—¿Puedes esperarme mientras voy por tu expediente? —le preguntó mientras Jason la contemplaba sin ser capaz de decir un simple «sí». Se limitó a asentir de manera leve mientras ella desaparecía.

Lizzie resopló en el momento en que abandonó la sala dejando a Jason a solas con sus pensamientos.

—¿Qué tal? ¿Ya lo has hecho? —las preguntas de Lauree no retuvieron a Lizzie en su cometido de buscar el expediente impreso de Jason. El mismo que ella se sabía de memoria y que guardaba en el cajón de su mesa.

—Es él —le confesó con una mezcla de temor e ira que alertaron a Lauree.

—No... No puede ser —exclamó Claire que acababa de escuchar la conversación. Había concluido su reunión e iba camino de sus dos colaboradoras para contarle los detalles, cuando la noticia la impactó en pleno rostro.

—Sí que puede. Lo he dejado en la sala de reuniones.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó Lauree cuyo rostro parecía haberse fusionado con la pared por lo pálida que se había quedado.

—Puedes hacerte una idea de la cara que ha puesto cuando me ha visto. ¡Joder! —maldijo Lizzie por lo bajo mientras rebuscaba el portafolio que contenía la ficha de Jason.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Claire intrigada por los planes de Lizzie aunque estaba convencida de que le contaría la verdad.

Lizzie resopló mientras miraba a su compañera.

—Capear la situación lo mejor que pueda. Pero creo que ha llegado el momento de contar la verdad —le refirió mirando a sus dos compañeras, y en

especial a Claire. Ella era la directora de la Web.

—Será lo más sensato en este caso. Esperemos a ver cómo se lo toma — dijo cruzando los dedos.

—Podemos meternos en un lío —le aseguró Lizzie—. Hemos vulnerado su intimidad y hemos jugado con él.

—No sabemos lo que estará pensando de todo esto. Ni cuál será su reacción. De modo que por ahora, os pido calma —les dijo Claire mirando a ambas—. Vuelve y aclara la situación. Ya tendremos tiempo de tomar medidas drásticas llegado el momento —Claire arqueó sus cejas y abrió los ojos como platos.

Lizzie asintió y volvió hacia la sala de reuniones con el corazón a mil. Pero era algo que no podía eludir. Algo a lo que tenía que enfrentarse. Había pensado que tal vez llegaría el momento de contarle la verdad, pero había preferido ser ella la que eligiera el momento y el lugar más oportuno para hacerlo. No de aquella manera tan inesperada. Pero ahora no había vuelta atrás. Cogió aire antes de regresar al interior de la sala y captar toda la atención de él. ¡Si al menos consiguiera que su mirada no le afectara tanto!

Se sentó delante de él mientras depositaba el portafolio sobre la mesa dejando que su mirada no se posara por ahora en el rostro de él. Debía mantener la calma en todo momento su pretendía salir airoso de aquella situación.

—¿Puedo preguntarte qué haces aquí? —La voz de Jason pareció despertarla del letargo.

Lizzie cogió aire y se enfrentó a él. Pero hacerlo le trajo recuerdos de lo vivido la noche anterior y de esa misma mañana cuando él salió de su casa. Lizzie inspiró y decidió que era inútil seguir con aquella farsa que había llegado tan lejos.

—Trabajo aquí —Lizzie lo miró a los ojos de manera fija a la espera de su reacción. Contempló el rostro de Jason contraerse primero cómo si no llegara a entender qué había querido decir; y a continuación mostró la lógica sorpresa.

—Pero, me habías dicho que...

—Te mentí.

Jason se recostó contra el respaldo de la silla sin dejar de mirarla y percibir un brillo en su mirada diferente a otras ocasiones.

—Creé un perfil falso.

—¿Para qué? —Jason arqueó una ceja con sentido de suspicacia. ¿Qué

diablos estaba sucediendo?

Ahora venía la parte más complicada de todo aquello. Cuando ella le iba a confesar la verdad.

—Queríamos conocer el motivo por el que habías rechazado todas las citas que se te habían propuesto como afines a tus gustos —Lizzie sabía que aquello iba a ser la bomba cuando él supiera la verdad. Pero debería contárselo. Por el bien de los dos. No podía seguir engañándolo porque en el fondo lo que empezaba a sentir por él, aunque ella no quisiera admitirlo de buenas a primeras, era más importante que descubrir qué había sucedido entre él y sus anteriores citas.

Jason se quedó callado mientras la escuchaba. No podía imaginar que ella hubiera hecho algo así, aunque si pensaba en lo que él mismo había hecho... No había demasiada diferencia.

—Entonces... ¿Todo el tiempo que hemos pasado juntos, y todo lo que ha sucedido entre nosotros, era simplemente porque querías saber qué me impulsó a rechazar a las anteriores citas? —Jason había vacilado a la hora de ir formulando su pregunta porque quería estar seguro de que así había sido. Pero algo en la mirada de Lizzie le hizo ver que su suposición parecía algo lejana de la realidad, lo cual lo alivió.

—Yo... No pensaba llegar tan lejos contigo... Ya me entiendes —Lizzie parecía indefensa, tímida y derrotada. No era la mujer que él conocía. Reconocía que se había equivocado—. Tan solo queríamos saber qué estábamos haciendo mal. Dónde estaba el fallo, ¿comprendes? Y la mejor manera de saberlo era...

—Sí, te entiendo. Y entonces, se te fue de las manos como a mí —le confesó con una media sonrisa.

Lizzie abrió los ojos al máximo e intentó sonreír pero la situación no estaba para sonrisas. Lo contempló intrigada por el significado de aquellas palabras.

—Bueno, tú has venido a darte de baja —le recordó mientras abría el portafolio ante la mirada de él.

—Así es.

—Bien, pues solo tienes que firmar unos documentos y...

—Vine a darme de baja porque no quería seguir engañándote.

Lizzie frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Jason fue preso de una risa nerviosa.

—Lizzie, los dos nos hemos hecho pasar por lo que no somos. Y con todo y con eso, hemos encontrado algo que nos mantiene unidos. Una atracción, un deseo, una llama que mantenemos viva a pesar de las mentiras —Jason cogió aire y decidió que había llegado el momento de contarle la verdad—. Soy periodista. Estaba realizando un trabajo de investigación sobre las Web de citas.

—¿Qué? —Lizzie sintió el vuelco en el pecho al escucharle confesarlo. Tuvo la impresión de que acababa de quedarse sin respiración.

—Hace tiempo os solicitamos una entrevista para conocer el funcionamiento de la Web. ¿Qué buscaba la gente que se apuntaba? ¿Una media de edad? ¿Profesiones que tenían? Para hacer un estudio.

—Pero os rechazamos en dos ocasiones porque se trataba de revelar información confidencial —recordó Lizzie mientras entrecerraba los ojos y poco a poco parecía estar más tranquila.

—Cierto. Pero no queríamos que nos facilitarais los nombres de las personas que...

—Creaste un perfil para conocer a las chicas y sacarles información —comentó Lizzie en voz alta lo que acababa de cruzar por su mente—. También a mí.

Jason percibió el rostro de asombro y de rechazo ante lo que acababa de descubrir.

—No he utilizado a ninguna mujer para ello. Puedes creerme —le rebatió esgrimiendo un dedo delante de ella para que quedara clara su postura—. Ni tengo intención de publicar el estudio.

Lizzie se quedó con la boca abierta sin poder creer que él hubiera hecho algo semejante.

—¡Has utilizado a la Web para tu propio beneficio! ¡Por no hacer referencia a las citas que has tenido! —Lizzie estaba algo alterada porque sin duda que la actitud de Jason acababa de dejarla sin palabras. Ahora gesticulaba elevando las manos en busca de una explicación—. Pero, ¿cómo has podido?

Jason cogió aire ante el ataque al que se estaba viendo sometido por parte de Lizzie. Su rostro había ganado color, sus ojos chispeaban de furia y al inclinarse hacia él podía observar el canalillo de sus pechos a través de la abertura de su camisa. Es imagen le trajo agradables recuerdos, pero que debía aparcar si quería reconducir la situación.

—De la misma manera que tú has hecho conmigo —le lanzó con total

naturalidad y calma mientras no podía dejar de sonreír al ver como el semblante de Lizzie mudaba el color.

—Pero...

—Tú te has comportado de igual manera conmigo que yo con esas mujeres. Pero la diferencia es que no besé a ninguna. Ni mucho menos me fui a la cama —le aclaró mientras se acercaba más a ella y Lizzie era testigo que la fuerza que desprendía su mirada; de la seguridad de sus palabras y de la calidez de sus manos sobre las de ella.

—No me importa lo que hicieras o dejaras de hacer —le rebatió en un intento por reconducir la conversación a su terreno mientras sacaba las manos de debajo de las de él. Pero con un cierto alivio porque ella hubiera sido la única.

Jason comenzó a reírse ante la cara de incredulidad de Lizzie.

—Y además te ríes. Te burlas de la situación y de lo que te estoy diciendo.

—Claro que lo hago Lizzie. ¿No te das cuenta de lo estúpidos que somos? —Lizzie entrecerró los ojos y frunció sus labios en señal de desaprobación de aquellas palabras—. Lo somos porque nos olvidamos de lo que tenemos y nos perdemos en una discusión absurda. Ambos nos hemos comportado de una manera poco decorosa, hay que reconocerlo. Pero no por ello vamos a rechazar lo que ha surgido.

—Yo no buscaba escribir un artículo utilizando a las mujeres —ironizó en un intento por herirlo, y por mostrarse fría con él.

—No, pero reconoce que me utilizaste para buscar una respuesta a un porqué. Y ahora dime si estoy equivocado.

Lizzie frunció de nuevo los labios en un mohín de desagrado por aquella conclusión tan acertada. Era verdad. Ella había ideado una trama para averiguar qué escondía, y en su proceso, había acabado sintiendo por Jason algo que no esperaba encontrar en él. Y a lo que a estas alturas le resultaba casi de imposible de renunciar.

—Lizzie, vine a darme de baja porque no quería seguir con mi investigación.

—¡Menos mal! ¡Después de veinte mujeres!

—Sí, y en la veintiuna encontré aquello que no sabía que me faltaba.

—No estoy tan segura puesto que... —Jason se levantó de la silla y con un gesto rápido enmarcó el rostro de Lizzie entre sus manos y la calló con un beso que arrancó una leve protesta en ella al principio, después se convirtió

en un gemido de aceptación.

¡Maldita fuera! No podía rechazarlo. Por más que lo intentara. Por mucho que en su mente se dijera una y otra vez que no se podía fiar de él.

—Mírame y dime si no perdemos los dos, si dejamos que esto termine aquí.

Lizzie le sostuvo la mirada mientras sus palabras calaban en su mente como la nieve en los tejados.

—Ni si quiera debería haber empezado... porque yo...

—Tal vez ninguno de los dos lo buscábamos. Pero ha surgido.

—Una mera casualidad —le dijo Lizzie mientras sacudía la cabeza queriendo apartarlo de su mente y de sus emociones.

—No fue una casualidad, Lizzie. Pero aunque lo fuera, lo que sentimos no lo es.

—¿Y qué sabes tú lo que yo siento? Que me haya ido a la cama contigo no significa nada —le soltó sin pensar en las posibles consecuencias de sus palabras. Contempló a Jason apretar los labios, y dejar que sus manos se apartaran del rostro de ella mientras asentía.

—Mientes muy mal Lizzie.

Jason permaneció de pie durante unos segundos mientras la observaba.

—Necesito que firmes la baja de la Web —le dijo mientras le tendía el documento e intentaba serenarse.

Jason cogió el bolígrafo que había dejado sobre la mesa y garabateó el papel.

—¿Te veré esta tarde?

Algo en la manera de comportarse de ella, le indicó a Jason que no iba a hacerlo. ¿Por qué?

—Tengo trabajo. Y no sé si es una buena idea ahora que ambos nos hemos sincerado con el otro y sabemos lo que nos llevó a esta situación — Lizzie se levantó para quedar delante de él no perderle la mirada. Quería mostrarse entera, altiva y hasta cierto punto orgullosa. No quería que él la viera flaquear. Que descubriera sus verdaderos sentimientos. Tal vez él tuviera razón después de todo y ella no supiera mentir, o ni tan siquiera ocultarlos cuando estaba con él.

—Me gustaría que te lo pensaras y si cambias de opinión me des un toque. Ah, y antes de que se me olvide, mi ofrecimiento para pasar juntos la última noche del año, sigue en pie. Nada ha cambiado en mí desde esta mañana, Lizzie. Tal vez ahora que ya conoces la razón por la que estaba

registrado en la Web, seguir adelante conmigo para ti haya dejado de tener sentido —la contempló con una mezcla de calidez y ternura que sacudió por completo el alma de ella hasta hacer que casi se derrumbara—. Pero ni mucho menos para mí. Al contrario, me sigues pareciendo una mujer fantástica a la que quiero seguir conociendo.

Lo vio dejar la sala de reuniones mientras ella tenía que sentarse porque de lo contrario no creía que pudiera soportarlo más. Dejó la mirada perdida en el vacío mientras trataba por todos los medios de ordenar su mente, y su corazón.

Jason abandonó el edificio y caminó como un sonámbulo hasta que poco a poco logró calmarse y recuperar el sentido. Sabía que sucedería algo así cuando él le confesara su verdadera motivación por apuntarse a la Web de citas. Pero lo que no pudo siquiera imaginar es que Lizzie trabajara en esta y que hubiera querido conocerlo para saber qué se traía entre manos. Eso abría la puerta a la opción de que ella no quisiera volver a verlo, toda vez que ya sabía la verdad. Pero, ¿por qué no podía dejarlo estar cómo había hecho él? Se había reído delante de ella del comportamiento de ambos, pero ella parecía habérselo tomado más a pecho. ¡Por San Andrés, que ella era... ingeniosa, dulce, exquisita...! Se le ocurrían cientos de calificativos para definir alguna cualidad en Lizzie. La mujer que él confiaba poder tener a su lado.

Cuando Claire y Lauree abrieron la puerta de la sala de reuniones, encontraron a una Lizzie cabizbaja con la mirada fija en la mesa. Y solo cuando percibió la presencia de ambas, inspiró y trató de sonreír, aunque estaba claro que era de una manera forzada.

—¿Qué ha pasado? —El toque de intriga y preocupación en la pregunta de Claire, sin duda que venía justificado por el semblante abatido de Lizzie.

—Se ha dado de baja —le dijo esgrimiendo ante ellas el documento firmado por Jason antes de marcharse.

Lauree le echó un vistazo y luego se lo pasó a Claire para que comprobara que así había sido.

—¿Y de lo demás? —Claire entornó la mirada hacia Lizzie a la espera de un relato de los hechos.

—Es periodista, y se hizo usuario para llevar a cabo una investigación

acerca del funcionamiento de las páginas de contactos —comenzó a relatar Lizzie con desgana mientras Claire y Lauree tomaban asiento y la escuchaba atentas—. Eso fue porque nosotras nos negamos a darle esa información a alguno de sus compañeros.

—Sí, recuerdo que hemos tenido dos peticiones para realizar una especie de reportaje, pero en ambos casos nos negamos a dar más información de la permitida por la ley. No íbamos a revelar datos que pusieran en entre dicho la profesionalidad de la Web, ni la intimidad de los usuarios —comentó Claire convencida de que así había sido y seguiría siendo.

—Por ese motivo rechazaba a las candidatas. Porque no tenía la intención de encontrar una pareja estable.

—Las utilizaba para sacar información —resumió una Lauree sorprendida por este descubrimiento.

—Me ha asegurado que nunca se besó ni se acostó con ninguna de ellas. Que no quería crear falsas expectativas en ellas.

—En ese terreno no entramos. Cada uno pone de lo suyo —aclaró Claire—. ¿Piensa publicar su estudio?

—No. Me ha asegurado que no va a hacerlo después de... —Lizzie hizo una breve pausa para humedecerse los labios y deslizar el nudo formado en su garganta mientras sus dos compañeras permanecían expectantes—, de conocerme.

Claire y Lauree intercambiaron sus miradas y luego las focalizaron en Lizzie.

—¿Qué has querido decir? —preguntó Lauree arqueando una ceja.

—Que se ha enamorado de Lizzie. O va camino de hacerlo —respondió Claire adelantándose a la explicación de ella—. Y que no quiere causarle ningún daño, por eso no va a hacerlo. Por eso.

—¿Qué piensas hacer, Lizzie? —Lauree centró su atención en ella.

Hubo unos segundos de silencio y de meditar muy bien las cosas. Lizzie resopló al tiempo que sacudía la cabeza.

—No lo sé.

—Pero a ti Jason te gusta. Por lo que percibimos aquí y lo poco que nos has contado... Podría asegurar que tú también vas por el mismo camino que él —se aventuró a expresar Claire sin que Lizzie lo negara en primer momento.

—Pero lo que ha hecho no tiene nombre —protestó ella en un intento

por recomponerse y rechazar la idea de que Jason le hacía bien. Buscaba una especie de salida a aquella situación.

—No más que lo que hemos hecho nosotras —le aclaró Lauree—. Reconoce que crear un perfil para averiguar qué es lo que se trae entre manos uno de nuestros usuarios, no es muy ético que digamos —apuntó apretando sus labios en un gesto de advertencia.

Las dos miraron a Lauree con el mismo pensamiento.

—Bueno, Jason se ha dado de baja, ¿por qué? —preguntó Claire, que desconocía el motivo. Miró a Lauree en busca de la respuesta y ésta le hizo un gesto hacia Lizzie, que se mostraba callada.

—Porque ha encontrado a su pareja perfecta en ella —soltó Lauree de un vez por todas mirando a Lizzie, quien ahora sonreía irónica por aquella confesión.

—¿Es cierto?

Lizzie no tenía fuerzas para hablar. Mantuvo su postura firme, con la mirada fija en la mesa mientras se mordisqueaba la uña del pulgar con aire indiferente. Cerró los ojos e inspiró antes de enfrentarse a la atención de Claire.

—Sí, eso me ha dicho.

—¿Y tú qué opinas?

—Que todo esto no es real. Ambos creamos perfiles falsos para encontrar respuestas. Desde el primer momento os dejé claro que no se trataba de una cita real. Y yo tenía razón porque él buscaba información para su artículo de investigación y yo...—Lizzie se detuvo cuando se dio cuenta de que su enojo le estaba robando el aire y nublando el sentido.

—Tal vez lo fuera hasta que te besó y el sentido original dio paso al sentido verdadero de que ambos estuvierais en esa cita. En el fondo, buscabais una pareja sin pretenderlo. Eso es lo más fascinante. Que el amor os encontró juntos sin daros cuenta, Lizzie —le resumió Claire mientras le sonreía y le palmeaba en el hombro—. No desaproveches la oportunidad.

Claire le hizo un gesto a Lauree para que saliera con ella y la dejaran sola unos minutos en los que recapacitaba sobre lo sucedido con Jason.

Lizzie resopló y se cubrió el rostro con las manos. Sacudió la cabeza rechazando las conclusiones de Claire, pero en el fondo y por mucho que no le gustara, sabía que estaba en lo cierto. Todo cambió cuando él la besó aquella tarde en la que sintió que su armadura se fundía como la nieve con llegada del sol.

11

Último día del año,

Andrew y el resto de la plantilla del periódico celebraban el fin de año antes de volver a sus casas. Una improvisada fiesta en las oficinas del periódico para desearse lo mejor. Pero a pesar del ambiente festivo en la redacción, Andrew no tenía muchas ganas de celebraciones. Los días de Candace se agotaban en Stirling y eso lo traía de cabeza. Ni siquiera le había enseñado el castillo, se dijo con una sonrisa consciente de que ya no podría hacerlo salvo que ella regresara algún día. Si alguien le hubiera asegurado que conocer a Candace en el avión iba a significar que ahora él estuviera jodido, lo habría tomado por un majadero. Pero era la verdad.

—Alegra esa cara, hombre —le comentó Stewart mientras le tendía un vaso de plástico—. Es fin de año y eso siempre es sinónimo de fiesta y diversión.

—Pensaba que me harías ir otra vez a Glasgow a ver el Derby entre el Celtic y el Rangers.

«A lo mejor me había venido hasta bien para distraerme y no pensar en Candace y en que mañana será su último día»

—No, tranquilo. Ya se encargan allí. Pero si querías ir para verlo in situ solo tenías que habérmelo dicho.

—No, no pasa nada.

—Bueno, ¿piensas marcharte detrás de ella o piensas quedarte? — Stewart le lanzó la pregunta sin ningún tipo de preámbulo, ni miramientos mientras ahora bebía y lo observaba por encima del borde del vaso.

Andrew abrió los ojos al máximo y apretó los labios en un gesto que indicaba que eso mismo llevaba pensando él durante los últimos días.

—Si tienes pensando largarte... avísame cuanto antes.

—Tranquilo. No estoy tan loco para hacerlo sin pensarlo —le garantizó Andrew asintiendo mientras miraba a su amigo.

—Eso no lo decías con veinte tacos, amigo.

—Ufff, en aquellos días, éramos jóvenes, alocados, aventureros, dispuestos a quemar el mundo —comentó Andrew con una sonrisa. Se pasó la mano por el cuello—. Entonces no teníamos nada que perder y sí mucho que ganar.

—¿Y ahora? ¿Vas a decirme que el hecho de que te largaras a Londres de la noche a la mañana no entra dentro de esas locuras de universitarios? —Stewart entornó la mirada hacia Andrew sin estar convencido del todo de las palabras de su amigo.

—A decir verdad, podría considerarse como tal. Pero también se trató de un asunto de trabajo.

—Tanto si decides irte con Candace, como si decides quedarte en Stirling, nunca te arrepientas de ello. Por cierto, esta noche estaremos por ahí tomando algo, ya nos conoces. Si te animas dímelo. Tráela contigo y disfruta de esta noche con ella.

—Lo pensaré.

Andrew volvió a quedarse solo mientras apuraba el contenido de su vaso y escuchaba las diversas felicitaciones y buenos deseos para el año nuevo. Sonrió de manera tímida cuando Kayla y Elsie acudieron a él para felicitarlo y animarlo. Pero aunque él estuviera allí, su mente ahora mismo permanecía ocupada con una enconada batalla entre su deber y su deseo. Y por ahora la lucha estaba equilibrada.

—¿A qué fiestorra nos vamos esta noche, chicas? —la pregunta de Lauree dejó heladas a Lizzie y a Claire.

—¿Qué sugieres? —le preguntó la segunda al ver que Lizzie permanecía callada.

—Tengo un conocido que me ha invitado a una fiesta privada en un local de moda en la ciudad. Por eso os pregunto. Por si os animáis.

—Yo no tengo ni idea de lo que haré —apuntó Lizzie con gesto sereno, algo decaído.

—Espero que no se te ocurra quedarte en casa —le dijo Claire con un toque de advertencia en su voz mientras miraba a Lizzie como si en verdad a ella se le hubiera pasado por la cabeza hacerlo,

—Tengo que hablar con las demás. El año pasado estuvimos por ahí y la verdad es que nos lo estábamos pasando genial hasta que aparecieron los típicos pesados —resumió Lizzie con gesto de aburrimiento al recordar el momento en el que Maisie se largó en busca de Rowan, dejándolas solas a Rose y a ella.

—No te preocupes, siempre los hay. Yo no hay noche que salga que no tenga que quitarme un par de moscones de encima —dijo Claire con total naturalidad mientras sus compañeras la miraban con una gesto de, «¿no me digas?»—. A ver, que os veo venir chicas. Yo no soy una creída ni por el estilo.

—Pero para la edad que tienes... Estás de buen ver —le aseguró Lauree lanzando a su compañera una mirada de pies a cabeza que hizo carcajear a Lizzie, mientras Claire miraba a Lauree como si fuera a estrangularla.

—¿Edad? ¿Has querido decir que no estoy bien para mi edad? —Claire levantó el tono de su voz y entrecerró los ojos mientras parecía fulminar a Lauree—. Tengo treinta y cinco. Y los tíos me entran.

—¿Y por qué demonios sigues sin pareja estable? —le preguntó Lizzie.

—Porque no he encontrado una que esté dispuesta a compartirme con mi trabajo —les aseguró a ambas mientras cruzaba los brazos bajo sus pechos y adoptaba una pose de mando—. Y tú, la tienes a mano y estás dispuesta a desperdiciarla —le recordó a Lizzie.

—Vamos a dejarlo, ¿queréis? —Lizzie resopló porque pensaba que bastaba con que ella pensara en Jason a todas horas. No hacía falta que sus compañeras se lo recordaran.

—En serio, Lizzie, ¿vas a dejar escapar la oportunidad de intentarlo con Jason sabiendo lo que ambos sentís? —Lizzie miró a su compañera mientras se apoyaba contra la mesa con las manos ambos lados de la misma—. Y que conste que te lo pregunto de buen rollo. No para tocarte las narices.

Lizzie se mordisqueó el labio mientras trataba de no sonreír ante el último comentario de Lauree.

—Lo cierto es que estos días que no lo he visto me he sentido algo rara.

—Yo al verte estos días por aquí, he llegado a creer que eras uno de los espíritus de Dickens —apuntó Claire muy segura de lo que decía—. En serio no eres ni la sombra de lo que llegaste a ser durante los días que conociste a Jason.

—¿Tanto he cambiado? —Lizzie miró a Claire como si ella estuviera equivocada, o estuviera exagerando su descripción.

Claire y Lauree asintieron convencidas de que así había sido.

—¿Qué harás si te lo encuentras esta noche? —La pregunta de Lauree sembró de dudas la mente de Lizzie. Hasta ahora no había caído en esa posibilidad porque estaba más centrada en tratar de olvidarlo. Pero ahora que lo comentaba Lauree...

—No sé. Supongo que lo saludaré... Por educación. Sí.

—¿Sólo?

—¿Qué quieres? ¿Qué haga cómo si nada hubiera sucedido entre nosotros? Ha estado utilizando la Web y las citas para su propio beneficio. ¿Te parece ético lo que ha hecho? —Lizzie levantó la voz y la mano en señal de cabreo. Cada vez que lo recordaba le hervía la sangre.

—Y yo te pregunto, ¿es más o menos ético que lo que hemos hecho nosotros con él? Hemos creado un perfil falso para conocerlo y tratar de averiguar la verdad. En el fondo, nosotras también hemos llevado a cabo una pequeña investigación para saber qué pasaba por la cabeza de Jason para haber rechazado a veinte mujeres —le recordó Claire con total seriedad.

—Podríamos haberlo hecho para saber lo que buscan los hombres en las mujeres con las que se citan —añadió Lauree—. Y podría ser un estudio interno para la Web.

—Ya pero...

—Lizzie, piénsalo de manera fría y detenida. Los dos buscabais respuestas al fenómeno de las relaciones entre los sexos. Y os encontrasteis con lo que no estabais buscando.

—No es justo lo que dices. Yo no quería tener nada con Jason. No buscaba un romance por Navidad.

—No, pero te topaste de bruces con él —le recordó Lauree en tono burlón pero cariñoso.

Lizzie resopló alzando la mirada al techo al tiempo que elevaba sus manos como si fuera una súplica.

—¿Qué he hecho yo para que me estéis dando la chapa con Jason todo el día?

Las tres sonrieron con complicidad.

—Pues es bien sencillo —dijo Lauree entornando la mirada hacia Lizzie.

—Dale una oportunidad a Jason —le sugirió Claire mientras asentía para que en verdad lo hiciera.

Lizzie relajó los hombros y apretó los labios para ahogar la sonrisa que

comenzaba a bailar en sus labios. En el fondo ambas tenían razón, y ella misma lo sabía. Tal vez le dolió saber el verdadero motivo por el que Jason se había creado un perfil en la Web. Porque ella pensó que había sido un simple experimento más para su artículo. Que había sido un mero número de encuesta mientras que ella... Ella se había ido enamorando de él de una forma sencilla e imperceptible.

Candace no quería ni mirar a su maleta. No. Se negaba a hacerlo a pesar de que le quedaba poco tiempo de estar en Stirling. Esa noche recibiría el nuevo año y después... Tendría que enfrentarse a la realidad de regresar a su trabajo y su vida en la capital inglesa. Pero esa noche estaba dispuesta a exprimirla hasta el último segundo junto a Andrew. Quería que el amanecer la sorprendiera con él.

—Lizzie ha llamado para saber qué vamos a hacer esta noche. Le he dicho que salir por ahí después de cenar. ¿Te apuntas verdad? —Rose se quedó apoyada contra el marco de la puerta mientras miraba a Candace con curiosidad por saber qué había pensado.

—Sí, claro.

—¿Se lo dirás a Andrew?

Candace cogió aire y se limitó a asentir. Una sensación de congoja le oprimió el pecho.

—No sabes qué hacer verdad. Marcharte y dejarlo atrás o quedarte y seguir adelante con lo que tienes con él —Rose arqueó sus cejas con expectación mientras observaba a Candace resoplar, posar sus manos en sus caderas y sacudir la cabeza.

—Quedarme aquí es una quimera. Por ahora nos marchan bien las cosas pero... —Candace se mordió el labio con gesto pensativo y entrecerró los ojos mientras miraba a su amiga.

—¿Pero...?

—¿Y si esto es pasajero? ¿Y si una vez que las Navidades acaben la relación no es lo mismo? ¿Me entiendes? Todo ha sido demasiado rápido, tanto que ni siquiera he tenido tiempo de asimilarlo. Me he dejado llevar porque era lo que sentía, lo que necesitaba en este momento.

Rose chasqueó la lengua.

—Te entiendo. Pero no lo sabrás si no te quedas.

—Soy consciente de ello, y con todo y con eso, tengo mis dudas. Mis

miedos a que el cuento de Navidad termine con la última campanada del año presente —le confesó con el temor en su mirada y en el temblor en su voz.

—Como la Cenicienta —bromeó Rose mientras se acercaba a su amiga—. ¿Y si una vez en Londres descubres que lo echas de menos?

Candace levantó la mirada hacia su amiga.

—Quiero sentirlo. Quiero experimentarlo para saber que no ha sido algo pasajero.

—¿Y?

—Si mi corazón me lo pide, volveré.

—¿Se lo has comentado a Andrew? —Rose elevó su ceja con suspicacia y Candace sacudió la cabeza—. En ese caso te aconsejo que lo tantees. Andrew puede cambiar de opinión en un segundo. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Asegúrate que él siente lo mismo que tú. ¿Querrás?

Candace asintió.

—Y ahora vamos a elegir modelitos para romper esta noche —le dijo mientras la cogía de la mano y la llevaba a su habitación para buscar la ropa que se pondría. Candace parecía sentir un ligero alivio en su pecho aunque era consciente de que se trataba de algo pasajero, y de que a medida que las horas pasaran el miedo regresaría.

Jason consultaba cada cinco minutos el móvil. No había ninguna llamada perdida, ni mensajes o WhatsApps de Lizzie en respuesta a las suyas. Contempló la pantalla con el ceño fruncido y los labios apretados mientras se lamentaba de que la cosa hubiera derivado en esa situación. Todo le indicaba que ella estaba dolida, cabreada o decepcionada con él por descubrir el motivo de su perfil en la Web de citas. Había entrado a comprobar si éste seguía operativo pero no había rastro. Lo habían borrado.

—¿Sucede algo? —La voz de su jefe y amigo lo sacó de sus pensamientos.

—No, nada es solo que...

—Que estás jodido por lo que me contaste que sucedió con la chica de la Web —le recordó mientras se apoyaba sobre el canto de la mesa con los brazos cruzados y la mirada entornada hacia él.

—No ha respondido a mis llamadas, ni a los WhatsApps que le he enviado —le confesó con un tono de derrota.

—Es curioso lo vuestro. Los dos os creasteis un perfil en la Web sin

intención de encontrar pareja y al final... —Robert sonrió divertido ante esta situación.

—Sí, supongo que fue así.

—¿Qué piensas hacer? Aparte de no sacar el artículo.

—Es lo más acertado. Después de haberla conocido no tiene sentido. No quiero ahondar más en la herida que le he causado.

—De acuerdo, pero no te culpes por todo. Olvidas que ella también se las ingenió para conocerte y descubrir tu secreto —le recordó mientras lo señalaba con su dedo.

—Admito que ella también se pasó. Pero aunque en un principio me dejó sin palabras, reaccioné de manera distinta a ella. No me importa lo que haya hecho para conocerme porque sin duda que ha merecido la pena. Debería darle las gracias por su atrevimiento.

—¿Y qué te impide hacerlo? —Robert se encogió de hombros—. Insiste. Vuelve a llamarla. Búscala y díselo. Tal vez podrías escribir el artículo desde el otro punto de vista.

—¿A qué te refieres?

—A que las Webs de citas si funcionan, amigo —Robert le guiñó un ojo y lo palmeó en el hombro con complicidad mientras lo dejaba solo con esa idea revoloteando en su mente.

Los chicos salieron de casa de Maisie después de haber cenado algo frugal. Luego emprendieron su camino hacia algún local que a esas horas los acogiera para celebrar la llegada del año nuevo. Maisie y Rowan abrían el grupo entre risas, bromas y besos. Rose y Lizzie iban a continuación. La primera trataba de elevar la moral de Lizzie porque sin duda que la veía algo tocada.

—Hace exactamente un año, Maisie estaba de capa caída por Rowan, y ahora ya ves —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia la feliz pareja—. Y este año te toca a ti.

—Pues ya sabes a quien le va a tocar el año que viene. Esto se transmite como la gripe.

—Tendré que tomar precauciones —advirtió Rose con los ojos como platos mientras elevaba las cejas formando un arco perfecto.

—No te servirán. Ya te lo aseguro.

—¿Por qué no lo has llamado?

Lizzie resopló.

—Iba a hacerlo pero cada vez que lo pienso...

—Vamos, Lizzie, no me vengas con excusas tontas.

—No se trata de excusas, Rose —protestó Lizzie mirando a su amiga con el ceño fruncido.

—¿Entonces?

Lizzie entreabrió los labios para replicar a su amiga pero lo único que salió por estos fue su aliento para formar nubes de vapor frío. Se detuvo en mitad de la calle con los ojos cerrados deseando que al abrirlos todo hubiera sido un sueño. Que no hubiera conocido Jason y que el vacío que llevaba días sintiendo en su interior terminara por marcharse.

—Estás muy callada —Andrew se quedó mirando a Candace caminar a su lado con la mirada fija en el suelo.

Ella centró su atención en Andrew mientras el corazón le latía agitado. Los nervios la estaban pudiendo. Nadie le había avisado de las consecuencias de sentir aquello por alguien. ¿Se había enamorado de Andrew? No estaba segura de si lo que sentía por él podría calificarse como tal. Pero si era cierto que esa sensación que revoloteaba entre su pecho y su estómago, no era algo que hubiera conocido en otros momentos de su pasada vida.

—¿Estás pensando en tu viaje de regreso? —La pregunta de Andrew la impactó de lleno hasta hacer que se detuviera y tratara por todos de ocultar sus sentimientos hacia él.

—No, claro. Eso ya está cerrado.

Andrew cogió aire. Ella estaba decidida a marcharse de vuelta a Londres y él no iba a hacer nada por retenerla a su lado. ¿Y si ella esperaba que él lo hiciera? La vio sonreír de manera tímida, y luego mordisquearse el labio en un gesto de nerviosismo, de vacilación.

—Entonces, sería bueno que disfrutara esta noche a tope.

—Como si fuera la última de nuestras vidas —le susurró mientras se acercaba a él y lo besaba de manera tierna, dulce y perezosa cerrando los ojos para intensificar esa sensación que sacudía su cuerpo en ese momento. ¿La olvidaría cuándo no estuviera allí con él?

Andrew la atrajo para fundirla con él y que de ese modo no se marchara. La besó en el pelo mientras se daba cuenta de que se habían quedado rezagados de los demás. Pero no le importaba porque sabía dónde encontrarlos. Inspiró de manera profunda y tomando el rostro de Candace entre sus manos la miró de manera fija, determinante y apostó todo lo que tenía en ese preciso instante.

—Si te pidiera que te quedaras. O si te dijera que estaría dispuesto a marcharme contigo de regreso a Londres.

Candace tuvo la impresión de que el corazón se le detenía en ese momento mientras sentía los esfuerzos de Andrew por mantener su voz firme, su aspecto sereno. Ella sentía el ligero temblor de las manos de él sobre su rostro.

—Pero... Yo... ¿Y si esto que hoy compartimos solo fuera una casualidad del tiempo, del destino? ¿Y si cuando pasaran las navidades nos diéramos cuenta que nos hemos precipitado y hemos cometido un error? No lo sabemos Andrew. Tal vez debamos estar separados, alejados el uno del otro para darnos cuentas de que en verdad lo que compartimos no ha sido fruto del azar del destino.

Andrew la soltó dejando que sus brazos cayeran sobre sus costados. Resopló como si estuviera abatido por lo que ella acababa de decirle. Cerró los ojos y cogió aire mientras no podía creer que lo hubiera hecho. Por primera vez en su vida le había pedido a una mujer que permaneciera a su lado. Y ella le pagaba con la misma moneda que él había utilizado en el pasado. Tal vez fuera lo que se merecía. Él había dejado a Amanda para marcharse a Londres sin importarle los sentimientos de ella.

—Vamos con los demás. Nos han dejado solos —apreció Andrew desviando la atención hacia el frente para evitar la mirada de ella—. Tal vez después de todo sea lo mejor, y la distancia nos haga ver si estamos hechos el uno para el otro.

Debía admitirlo y aceptarlo lo más pronto posible. Antes de que la ausencia de ella pudiera hacerle más daño de lo que ya le estaba causando. No se había ido y ya la echaba de menos. Pero tal vez debería dejarla marchar para que al final regresara a él.

Candace se aferró al brazo de él y caminaron en busca de los demás. Sería difícil mostrarse feliz y dispuesta a pasárselo en grande después de aquella conversación. Pero debería hacerlo por el bien de los dos.

El local estaba animado. La música, las risas, las luces y demás ambiente festivo incitaban a la gente a divertirse hasta altas horas de la madrugada. Pero tal vez el ánimo de Candace y Andrew no estuvieran para mucha fiesta después de aquella conversación.

Lizzie reía y bailaba junto a Rose, ajena a cualquier pensamiento que tuviera que ver con Jason. Había cerrado su mente a cualquier pensamiento que lo tuviera a él como centro. El fin de Año se acercaba y ella parecía estar

pletórica. Entregada a la diversión, pero cuando se detuvo por un instante, se dio cuenta que algo en su interior parecía no conectar con aquella diversión. Y cuando la gente comenzó la cuenta atrás para anunciar la llegada del nuevo año Lizzie cerró los ojos y se rindió a la evidencia. Echaba de menos a alguien. A alguien que a estas horas estaría en otra parte de la ciudad, divirtiéndose, tal vez sin pensar en ella. Lizzie no creía que Jason lo hiciera porque en el fondo todo había sido una actuación por parte de él. De manera que... ya todo daba igual.

Rose se abrazó a ella para desearle un feliz año nuevo. Y luego fueron Rowan, Candace y por último Maisie los que la imitaron. Pero fue esta última la que se dio cuenta de lo que le sucedía a su amiga.

—Solo tengo que fijarme en la expresión de tu rostro para darme cuenta de lo que te sucede. Lo mismo que a mí el año pasado.

Lizzie resopló, puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? ¿Por qué no puede ser blanco o negro? Lo dejamos, me olvido de él, sigo con mi vida y ya está — protestó poniendo los ojos como platos y mordisqueándose el labio ante la sonrisa de complicidad de su amiga.

—Porque entonces, no valdría la pena lo que has encontrado.

—Ya pero, yo no quiero tener nada que ver con Jason. No quiero sentir...

—Mientes y lo sabes, Lizzie. Te has enamorado de él sin pretenderlo. Por ese motivo te está costando dejar de pensar en él. Hace un año era yo la que me sentía igual que tú ahora.

—No, no, no. Yo no estoy tan pillada como lo estabas tú de Rowan. De eso estoy segura —asintió mientras la señalaba y el volumen de la música subía hasta hacer que hablaran casi a voces.

—Lo que tú digas. Pero míralo por el lado bueno.

—¿Cuál?

—El año que viene le pasará a Rose —le confesó desviando su atención hacia su amiga.

—¿En serio? —Lizzie arqueó su ceja y adoptó un tono de suspicacia. No estaba tan segura de ello. Pero las carcajadas de Maisie parecieron hacer su efecto y rebajaron su malestar.

—Busca a Jason. No seas tan orgullosa como yo. Pude perder lo que más quiero hoy en día por dejarme llevar por este.

—Si tú lo dices...

—Voy a tomar un copa de champán y a intentar que mi chico baile un poco —le dijo con un guiño.

Lizzie suspiró con resignación antes de llevarse la copa de champán a los labios y beber. Luego dejó su mirada recorriera el local como si en verdad estuviera buscando a alguien. ¿Buscar a Jason? Se preguntó recordando el consejo de Maisie. ¿Dónde? Maisie era una romántica, pero ella... ¿Acaso no trabajaba en una Web de citas? ¿No ayudaba a las personas a encontrar pareja? Su media naranja o su alma gemela. Pues entonces, ¿qué hacía sola sabiendo que tenía una y a la que ya conocía? Decidió que era un buen momento para salir a respirar un poco ya que el ambiente en el interior del local estaba algo cargado.

Jason había accedido a salir esa noche después de una cena familiar. No había dejado de pensar en Lizzie y en que no había devuelto sus llamadas, ni respondido a sus WhattsApp. Entendía que estuviera cabreada con él por la forma en la que se habían desarrollados los acontecimientos, pero ¿acaso no tenía él también el mismo derecho a estarlo? Sí. Pero a diferencia de Lizzie, él lo había dejado aparcado al darse cuenta de que carecía de valor frente a lo que había encontrado en ella. Ahora se dirigía en compañía de algunos amigos hacia un local de moda en el centro para tomar algo.

—Venga, en serio, ¿por qué no tienes una pareja? —La pregunta vino de la chica que iba colgada del brazo de él en actitud cariñosa. No dejaba de sonreírle y de hacerle bromas.

Jason sonreía con una mezcla de ironía y de melancolía porque sin duda que todo lo referente a tener pareja le conducía a Lizzie.

—No, no tengo.

—Pues en ese caso, tal vez sea un buen momento para buscarla ahora que empieza el año.

Jason chasqueó la lengua al comprender el significado de las indirectas de su amiga Minnie.

—Eh, ¿qué os parece si entramos ahí?

Jason no dijo nada y no lo hizo porque su atención se había quedado clavada en una de las mujeres que había en la entrada. Se detuvo haciendo que Minnie tirara de él por un momento, y que lo contemplara extrañada.

—¿Tienes algún inconveniente con ese local?

—Ahhhh, no, no. Ve tú, yo voy a saludar a una conocida. Ya entro —le aseguró mientras trataba de mostrarse lo más educado posible con ella. Y por otra parte, pensaba en la manera de acercarse a Lizzie sin que ella saliera

poco menos que huyendo cuando lo viera acercarse.

—De acuerdo. Te veo dentro.

Jason se quedó parado en mitad de la calle mientras la mirada de Lizzie se detenía en la de él.

Lo había visto llegar al local con una chica aferrada a su brazo. Y esa visión le había producido una reacción sin duda muy diferente a lo que ella esperaba sentir si lo veía. Creía que con no volver a quedar con él, y mantener su cabeza ocupada con otros asuntos, le bastaría. Pero verlo de repente... Había removido situaciones compartidas con él y que no iba a poder olvidar de manera sencilla; ni mucho menos conseguiría arrancarse de dentro. Verlo le estaba haciendo temblar y no se debía al frío que hacía esa madrugada. No. Y Lizzie era consciente de esto. Se mordisqueó el labio presa de los nervios que la sacudían por completo. ¡Por San Andrés, que se había enamorado de él sin remediarlo, sin buscarlo y tal vez por ese motivo se sentía de esa manera!

Jason se acercó con paso firme hacia ella. No iba a dejar escapar la oportunidad de saludarla ni mucho menos desearle un Feliz Año Nuevo. Pero lo que pretendía era explicarle que esos días pasados sin verla habían sido una tortura que no había conseguido acabar con él. Y ahora, ¿qué le quedaba?

—Feliz Año, Lizzie —le tendió la mano para que ella la estrechara. No estaba seguro de si acercarse a darle dos besos sería apropiado. Por ese motivo prefirió tantearla.

Lizzie inspiró hondo mientras la mirada de Jason le calentaba el interior haciendo que sus nervios desaparecieran por completo. No pudo reprimir una leve sonrisa al sentir el tacto suave de la mano de él cuando se la estrechó.

—Feliz Año, Jason —Ella se humedeció los labios. Sentía cierta urgencia por dejar que él la tocara. Que le transmitiera otra vez todo aquello que había sentido en los días que quedaron.

—¿Qué haces aquí fuera?

—Salí a tomar el aire. Ahí dentro el ambiente está algo cargado. ¿Y tú, no piensas entrar? —Lizzie entornó la mirada con inusitada curiosidad por lo que tuviera que decirle. Lo había visto acompañado y... Esa imagen con otra mujer de su brazo no le había hecho ninguna gracia. Pero, ¿qué esperaba si ella le había cerrado la puerta de golpe cuando se enteró de la realidad? Jason era un reclamo para las mujeres, sin duda. De manera que Lizzie no entendía a qué venía sentir esa punzada de... ¿celos?

—No, no voy a entrar.

—Oh, vaya. No quiero hacerte perder el tiempo. Ya he visto que has venido con unos amigos. De manera que... —Lizzie se volvió para entrar en el local cuando la mano de Jason la retuvo. Ella sintió como la sujetaba con una mezcla de firmeza y ternura. Y cuando la obligó a volverse hacia él, tuvo la sensación de que la mirada de él podría fundirle el corazón allí mismo.

—Nunca me lo harías perder. Y el hecho de haber venido acompañado se debe a que han insistido para que saliera con ellos.

—¿No ibas a celebrar el año nuevo? —Había un toque de curiosidad en la pregunta de ella que puso en alerta.

—¿La verdad? No. No tengo nada que celebrar sino lo hago contigo, Lizzie.

Ella abrió la boca para rebatirlo pero al momento se dio cuenta que tenía la garganta seca. O que las palabras se habían atascado en esta sin ser capaces de salir por ella mismas.

—Yo... No empieces otra vez con lo mismo.

—Sabes que es la verdad. Los dos lo sabemos.

—¿Qué sabemos? Que cada uno empleó sus artimañas para conocer qué pasaba por la cabeza del otro. No lo niego, quería saber el motivo por el que rechazabas a las demás. Eso nos traía de cabeza y mira tú que...

—¿Cuándo vas a dejar ese tema?

—Cuando... cuando... Da igual. Todo esto ha sido una casualidad. No hay más que hablar —Lizzie cruzó los brazos sobre su pecho a modo de barrera entre ellos. Aunque era consciente de que si él se lo proponía, ella acabaría por bajarlos.

—Casualidad o no, los dos estábamos destinados a encontrarnos. ¿No te das cuenta? Los dos nos comportamos de una manera poco ética para conocernos y dejar que todo se desarrollara según el destino —Jason extendió los brazos con las palmas hacia arriba a modo de explicación, o de súplica mientras miraba a Lizzie esperando que ella lo entendiera.

—¿Insinúas que todo esto tenía que suceder?

—Sí.

—Venga ya. Tú no crees en las citas románticas. Ni en el amor. Tú solo piensas en saber qué sentimos las mujeres que nos apuntamos a este tipo de Webs. Admítelo —Lizzie se encaró con él mientras lo apuntaba con un dedo en un claro gesto de recriminación.

Lo que no esperaba de Jason era que de repente sus manos estuvieran enmarcando su rostro. Cálidas y suaves, pese a la noche que hacía, como los

primeros rayos de sol de la Primavera en Stirling. Y su mirada, determinante e inquisidora como si estuviera buscando la aprobación en la de ella para besarla. ¡Oooooohhhh algo que Lizzie estaba deseando a pesar de su férrea determinación a que no sucediera, iba a suceder!

—Entonces, dime qué sientes en estos momentos. Dime lo que anhelas, lo que necesitas. Porque por mi parte te diré que *tú* eres mi anhelo, mi necesidad, y si esto es una casualidad, según tú, entonces déjame decirte que eres la causalidad más perfecta y mejor que me ha sucedido. Pero no permitas que esto termine aquí esta noche. No nos digamos adiós, ni hasta pronto.

Lizzie no podía escapar de aquella situación. Estaba rendida por completo a aquel hombre, y por mucho que intentara alejarse de él, había algo que la empujaba a no querer hacerlo. De repente la visión se volvió borrosa. ¡Por favor, ¿se estaba emocionando?! Si no la besaba ya, iba a ponerse a llorar y hacer el ridículo delante de él. Apostaba a que si él la veía hacerlo, cambiaría de opinión.

Jason deslizó los pulgares por las mejillas de ella mientras sentía la acuciante necesidad de besarla de una vez por todas.

—Demos sentido a lo que sentimos, Lizzie.

Se inclinó de manera lenta sobre los labios de ella y el solo roce de ambos hizo que Lizzie gimiera de complacencia mientras dejaba que Jason la rodeara por la cintura y la atrajera a su cuerpo. Lizzie echó la cabeza hacia atrás para permitirle besarla con mayor determinación, con mayor pasión y que le quedara claro que lo de ellos podría haber comenzado siendo una casualidad, ahora era algo real y a lo que ella no podía negarse. El corazón comenzó a latirle de manera acelerada a medida que ella lo besaba y se aferraba a Jason como si no quisiera que se marchara.

Cuando se separaron, ambos permanecieron en silencio contemplándose con la certeza de que estaban destinados a encontrarse.

—Debo admitir que he sido algo orgullosa al no llamarte. Pero...

—Lizzie, por mucho que lo niegues, y que te refieras a nosotros como una casualidad, estoy convencido que en el fondo tenía que suceder.

—¿Crees en el destino? Pero sí tú...—Jason comenzó a reír porque sabía lo que ella iba a decirle—. ¿Por qué coño te ríes en este momento?

—Porque sabía que no te ibas a creer lo que te dijera. Pensabas que yo era un tipo frío y estirado. Y que por ese motivo rechazaba a todas las citas. Pero, ¿y si en verdad solo estaba esperando a la adecuada y no me lo había planteado?

—Pues algo así había pensado de ti la verdad —le rebatió algo molesta por su comentario—. ¿Esperando a la adecuada?

—Tú. Además, ni siquiera me conocías, ni sabías cómo era.

Lizzie sonrió con ternura mientras se acercaba a él, se agarraba a las solapas de su abrigo y se alzaba para rozar sus labios.

—Eso ha sido lo mejor de todo. Darme cuenta de cómo eres en verdad —Lizzie calló cualquier comentario más de Jason con sus labios, algo a lo que él no puso ninguna objeción. La envolvió entre sus brazos una vez deseando no separarse jamás.

—Uuuuhhhh —Rose y Maisie permanecía expectantes contemplando el desarrollo de los acontecimientos.

Cuando Lizzie las vio allí, con una sonrisa que iluminaba sus rostros, y esa mirada de «Te lo dijimos» experimentó una fuerte sacudida de calor en todo su rostro.

—Vaya, vaya, y nosotras que salíamos a hacerte compañía —le confesó Rose con gesto burlón.

—Sí, pensábamos que estabas aquí sola, pasando frío y demás —bromeó Maisie frunciendo sus labios.

—Ah, ya bueno, es que... Jason iba a entrar y... —Lizzie no sabía muy bien qué decir a sus amigas después de haberla pillado besando a Jason.

Tanto Rose como Maisie apretaron los labios para ahogar sus sonrisas burlonas. Sin duda que la escena lo merecía. Ver a Lizzie sucumbiendo ante el amor, era digno de la mejor postal navideña que pudiera recrearse.

—Y de hecho voy a hacerlo —le aseguró mientras le tendía la mano para que Lizzie la tomara.

Ella se quedó mirándola con una sensación desconocida. Tomar la mano de Jason supondría aceptar sus sentimientos y empezar un largo viaje con rumbo desconocido pero que estaba segura de que merecería la pena. Lizzie levantó la mirada hacia él al mismo tiempo que entrelazaba sus dedos con los de él e inspiró hondo.

Jason sonrió de forma tímida porque sabía que le estaba costando dar ese paso. Sí, porque aunque ambos sentían lo mismo, Lizzie había parecido dudar más que él de aquella relación.

—Por cierto, él es... Jason.

—Hola Jason, ¿qué tal? —le dijo Rose sin poder dejar de controlar a su amiga por el rabillo del ojo.

—Encantado.

—Soy Maisie.

—Mucho gusto.

—Bueno y ahora que ya nos hemos conocido, ¿qué tal si pasamos dentro y seguimos con el Año Nuevo? —La sugerencia de Lizzie contó con la aprobación de los demás. En el fondo, deseaba dejar de sentirse el centro de atención de los tres allí en la calle. Bastante tenía por ahora con haber comenzado el año de aquella manera. Admitiendo que se había enamorado de Jason por mucho que ella se empeñara en asegurar que conocerlo había sido una casualidad.

12

La madrugada dio paso a un nuevo amanecer que sorprendió a Lizzie besando a Jason mientras parecía buscar refugio entre los brazos de él. El grupo de amigos se había dispersado a lo largo de la noche, algo presumible cuando entre ellos había tres parejas. Una fina niebla cubría el castillo de Stirling como si de un cuento gótico se tratara, y la propia estatua del rey Robert emergía entre esta. Lizzie ronroneaba como una gatita mientras no dejaba de contemplar el rostro de Jason y se preguntaba qué clase de locura se había apoderado de ella.

Jason le apartó el pelo del rostro para poderla contemplar.

—No me mires así —Lizzie protestó mientras cubría los ojos de él con sus manos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque debo tener una pinta horrible. Acorde con esta niebla salida de un relato gótico.

Jason sonrió.

—¿A estas alturas te preocupa lo que pueda pensar de tu aspecto?

—No... bueno... tal vez... Ya sabes cómo somos las mujeres.

—Me hago una idea, pero en este caso, admito que incluso con la raya del ojo y el rimel dándote el aspecto de una gótica, sigo creyendo que eres preciosa, Lizzie —Jason se inclinó sobre los labios de ella para rozarlos de manera lenta, y sugerente.

—Lo dices para que me sienta bien, pero estoy segura de que en el fondo piensas lo contrario —le aseguró apartándose de él para entrecerrar los ojos y contemplarlo con la emoción del que está enamorado.

Jason cruzó los brazos y se quedó de pie contemplando a la mujer que le había robado algo más que el sueño. Extendió el brazo hacia ella con la mano abierta. Esta vez ella no vaciló en tomarla y en el momento en el que sintió

que él la cerraba en torno a sus dedos tiró de ella para atraparla contra su pecho.

—Quiero comenzar el año perdido en tu cuerpo. Sin prisas, sin preocuparnos de nada salvo de nosotros mismos.

Lizzie suspiró mientras sentía el sofocante calor en todo su cuerpo ante aquella invitación. Se alzó sobre las puntas de sus zapatos mientras atrapaba el rostro de Jason entre sus manos y lo volvía a besar de manera repetida hasta que pareció sentirse satisfecha por el momento. Una risa nerviosa la invadió mientras apoyaba la frente contra la de él.

—¿Y a qué estamos esperando?

Ahora fue ella la que lo agarró de la mano y lo invitó a seguirla por unas calles desiertas en las que la madrugada comenzaba a dar paso a una nueva mañana, y algunos rezagados buscaban el camino a casa.

Andrew resopló cuando vio a Candace levantarse de la cama. Era el momento de hacer maletas y regresar a su vida en Londres. Ambos habían acordado que ninguno le pediría al otro que cambiara sus planes. Por ese motivo, Candace estaba tomando una ducha antes de arreglarse y salir hacia el aeropuerto de Prestwick en Glasgow. Y de ahí a Londres.

Andrew permanecía con las piernas flexionadas y los brazos abrazándolas por encima de la sábana. Se pasó la mano por el rostro en un intento por aclararse, pero ¿qué le quedaba? Candace y él ya lo habían hablado. Los días pasados en Stirling no los iban a olvidar de manera sencilla. Pero tampoco podían volverse locos por una aventura. Andrew permaneció con la mirada fija en la puerta del cuarto de baño por el que ahora aparecía Candace envuelta con una toalla, el pelo mojado, los ojos brillantes mientras se humedecía los labios. Sensual. Sexy. Femenina. Cualquier calificativo en el que él pensara encajaba en Candace en ese momento. No vacilaría en despojarla de la toalla para luego tumbarla en la cama una vez más y volver a hacerle el amor. Pero sabía que eso sería complicar la situación un poco más. No había llegado a sentir algo demasiado fuerte por ella como para arriesgarlo todo, por ese motivo no se iría tras ella.

—Tendría que pasar a despedirme de Rose, aunque a estas horas lo más probable es que esté durmiendo.

—Si quieres yo lo haré por ti esta tarde. ¿Quieres que te lleve al aeropuerto?

Aquella pregunta aceleró el pulso de ella. No había considerado esa

posibilidad hasta ese mismo instante porque pensaba que Andrew ni siquiera se lo propondría. Pero ahí estaba su ofrecimiento. Candace se mordisqueó el labio indecisa. No sabía si era una buena opción después de todo. ¿Una despedida en el aeropuerto cómo si se tratara de una novela o de una película? La mirada de él le decía que no le importaba. Que todo estaba bien, pero ¿era así?

—Si no te importa. Pero, hoy en festivo y hacerte ir a Glasgow...— Candace quiso buscar una excusa para que él no lo hiciera. Sin embargo, una parte de ella, anhelaba pasar con él algún tiempo más.

—No, no me importa lo más mínimo. De manera que... ¿A qué hora sale tu vuelo? —Andrew prefirió centrarse en el viaje para intentar distraerse del dolor agudo que comenzaba a sentir en su pecho, y que no creía que se debiera a que en el fondo, comenzaba a echarla de menos sin que ni siquiera ella se hubiera ido.

—A las tres. Tenemos tiempo.

—Sí, pero tardaremos más de una hora en llegar a Prestwick —le aseguró mientras salía de la cama y caminaba al baño en busca de una ducha que le calmara, que le arrancara aquella sensación de estar dejando escapar el tren de su vida.

Candace lo vio desaparecer tras la puerta y se quedó pensativa sentada en el borde de la cama que todavía conservaba el calor de sus cuerpos; el sabor de los besos compartidos; los gemidos de placer expresados; su esencia y la de él fundidas en aquellas sábanas. Inspiró hondo cuando tuvo la impresión de que aquellos pensamientos le estaban robando el aire. Inclino la cabeza hacia delante y al instante su rostro desapareció tras el amasijo de cabellos húmedos. Sentía una ligera comezón en todo su cuerpo que achacó a la falta de sueño. Y un picor en los ojos preludio de las lágrimas que luchaba por no derramar. A pesar de que se habían alejado del resto de amigos para compartir algunas horas a solas, pensar que tenía que coger el avión de regreso a casa no le había permitido disfrutar a tope del momento. Su subconsciente le había estado recordando la realidad, y por mucho que ella tratara de dulcificarla era la que era. Se había convencido durante los últimos días, de que irse de Stirling era la mejor opción. Andrew le atraía, y mucho. Tal vez entre ellos hubiera surgido una especie de conexión por el tiempo compartido durante los días pasados, pero ¿era tan fuerte como para sacrificar su vida en Londres y quedarse con él allí en Stirling?

Intentaron mantener una conversación animada sobre lo vivido la noche

pasada. Anécdotas de sus amigos, o de desconocidos con los que se habían cruzado. Ninguno de los dos hizo mención a lo que había sucedido entre ellos ni a lo que esperarían en el futuro. Los dos parecían tenerlo muy claro.

Andrew aparcó el coche y se apeó para echarle una mano con el equipaje. Debería marcharse ahora mismo y no alargar aquella situación tan complicada. Pero se mantuvo firme y con una sonrisa en todo momento.

Candace entró en la terminal de salidas tirando de su maleta mientras intentaba no mirar a Andrew pero sabía que el momento de decirse adiós llegaría. Se detuvo delante de uno de los monitores de información para comprobar que su vuelo a Londres no tenía ningún retraso, ni que había sido cancelado por el tiempo. Tal vez lo pensó, o lo deseó en el fondo para tener una excusa y permanecer algún día más con Andrew. Pero al comprobar la pantalla vio que todo estaba en orden. Su vuelo a Londres, saldría a la hora.

—¿Tienes tiempo para un último café o prefieres irte? —No pudo evitarlo. No quería despedirse de él tan pronto. Más bien buscaba exprimir cada minuto, cada segundo que les quedaba en aquella terminal del aeropuerto de Prestwick

—No, no tengo intención de irme todavía. Tomemos un café.

Caminaron en busca de una cafetería. Se sentaron a una mesa alta y se contemplaron en silencio.

—Quería agradecerte todo lo que...

—Creo que si empiezas por ahí, te cortaré la conversación porque de igual manera, yo también tengo que agradecerte los ratos que hemos compartido.

Candace sonrió sin ganas.

—Ya pero, no estabas obligado a ocuparme de mí en tus ratos libres.

—Lo hice porque en el fondo me apetecía. Porque me encontraba a gusto en tu compañía —No quería extender su brazo porque si lo hacía atraparía su mano bajo la de él y comenzaría a acariciarla mientras los recuerdos se adueñarían de su ser.

—Pues te lo agradezco.

—¿Regresas al trabajo mañana mismo? —Andrew decidió cambiar el tema de la conversación ya que preveía que si seguían charlando de los días pasados en Stirling, al final se sentiría peor.

—Sí, mañana mismo tendré que pasarme por el despacho de la editora a ver qué planes tiene para el año que ha comenzado. Por cierto, dale recuerdos a tus compañeros. —¿Por qué le resultaba tan complicado mantener una

conversación con Andrew en esos momentos? ¿Por qué le costaba incluso tragar el café?

—De tu parte. Si alguna vez regresas a Stirling... —Andrew se detuvo porque decirle que lo llamara si quería verlo era algo evidente pero al mismo tiempo innecesario. Una vez que ella regresara a su vida en Londres, él estaba convencido que se olvidaría de él. Y lo mismo podría aplicarse en su propio caso.

—Descuida que te pegaré un toque. No olvides que me debes una vista al famoso castillo de Stirling. Uno de los últimos reductos de Eduardo II en las guerras de la Independencia de Escocia en el siglo XIV —Candace ironizó para enmascarar la sensación de estar dejando algo atrás.

—Te tomo la palabra.

Candace sonrió antes de coger aire y suspirar. Lanzó una mirada al reloj y luego a Andrew.

—Es mejor que vaya caminando hacia el control. Nunca sabes lo que puedes tardar —le dijo mientras sentía la sensación de escapar de aquella situación antes de que sus sentimientos afloraran. ¿Por qué no se había planteado la posibilidad de quedarse y trabajar desde allí? Porque no confiaba en que aquello pudiera salir bien. Porque los días en compañía de él habían sido inolvidables, pero... Eso no significaba que pasadas las navidades la magia siguiera. Aquello había sido una casualidad, un tiempo muerto en sus vidas, pero había que volver a la realidad.

—Claro.

Caminaron en silencio hasta el control donde ya no quedaba más remedio que separarse de una manera definitiva. Candace se volvió hacia él con el nudo en la garganta, la mirada baja, y esa sensación de ahogo en su pecho.

—Bueno, aquí nos separamos.

—Sí. Buen viaje. Y espero que la persona que te toque al lado sea dialogante —le deseó mientras recordaba su viaje desde Londres. La conversación mantenida con ella durante todo el vuelo. La chica que escuchaba a los Rolling Stones y al Boss.

Candace sonrió poniendo los ojos en blanco.

—Ya.

—En fin, no quiero que te retrases por mi culpa —Andrew abrió los brazos para tenerla entre estos una última vez. Sintió su cuerpo acoplado en perfecta armonía al de él. Su aroma tan particular, su calidez, el brillo

mágico de sus ojos cuando se quedó mirándolo. Andrew conocía su significado, pero no diría nada que pudiera hacerla sentir mal.

—Sí, es mejor que...—Las palabras quedaron ahogadas en el interior de su boca cuando Andrew se inclinó sobre ella y se apoderó de sus labios en un repentino gesto de desesperación. Candace solo pudo emitir un gemido de sorpresa en un principio que derivó en uno de aceptación de ese beso lleno de ternura y con sabor a despedida.

Se apartó de él de manera precipitada y sin decir nada más se volvió y tras pasar el código del billete por lector comenzó a caminar hacia el control de acceso a las puertas de embarque, sin mirar atrás mientras se tragaba las lágrimas.

Cogió los auriculares de su móvil y dejó que la música la relajara. Y que el Boss le recordara que ella era más fuerte que los demás.^[1]

Andrew permaneció allí, contemplando como ella se marchaba. ¿Era lo mejor? ¿Era necesario? ¿Quién podía saberlo? Lo único que sabía era la sensación de vacío y de extrañeza que se le había quedado al verse sin ella. Tal vez fuera mejor así. Lo que estaba claro era que en esta ocasión no era él quien se largaba dejando atrás muchas cosas. Y este hecho parecía afectarle en gran medida.

Deambuló por la terminal de salidas de aeropuerto sin rumbo fijo. Era como si en el fondo no quisiera irse por si ella regresaba. Pero esa suposición no era más que un deseo suyo. Sabía de sobra que no se produciría, con lo que era mejor marcharse y volver a su vida.

* * *

—Estás jodido —Fue la conclusión a la que llegó Lizzie nada más ver a su hermano por la tarde.

Andrew resopló, juntó las manos delante de él mientras apoyaba los codos sobre las piernas y su mirada quedaba bailando en el vacío.

—¿Qué querías que hiciera? —le preguntó levantándola hacia su hermana en busca de una aclaración—. ¿Irme con ella a Londres? Precisamente ahora que he vuelto de allí para quedarme en Stirling. Ni quería que ella sacrificara su carrera y su vida por quedarse conmigo. No. Yo no iba a ser quien se lo dijera.

—Ya. Entonces... ¿Se acabó? Así. ¿Sin más? —Lizzie estaba perpleja ante esa posibilidad, pero ¿qué otra opción quedaba?

Andrew se limitó a asentir a la vez que soltaba el aire acumulado.

—Dime, una cosa, y quiero que seas sincero —le pidió mientras su hermano volvía las manos mostrando las palmas a Lizzie aceptando su pregunta—. ¿Te has enamorado de Candace?

Andrew sintió un escalofrío recorrerle la espalda y después extenderse por todo su cuerpo erizando la piel a su paso. Apretó los dientes y contuvo la respiración. Su pulso comenzó a acelerarse mientras la sensación de vacío se instalaba en su estómago.

Lizzie observó a su hermano con expectación e inusitado interés. Por primera vez lo veía tocado de verdad por una mujer.

—¿Acaso es relevante en estos momentos?

Lizzie sonrió ante aquella cuestión.

—Déjalo. No hace falta que respondas. Tus gestos y tu pregunta acaban de delatarte.

—¿Me estás psicoanalizando? No soy uno de los usuarios de tu Web — Andrew frunció el ceño y tensó el cuerpo. Esgrimió un dedo delante de su hermana en señal de advertencia.

Lizzie sonrió.

—No, no lo eres. Solo veo a un tío de más treinta años tirado en mi sofá preguntándose por qué coño ha dejado escapar a la chica de la que se ha enamorado.

Andrew arqueó las cejas y contempló a su hermana como si acabara de llamarlo loco.

—Vamos Lizzie. ¿Qué gilipolleces estás diciendo? ¡Enamorarme yo! Te repito que no soy uno de los usuarios de tu Web. No voy buscando una relación estable. Lo de Candace ha sido un golpe de azar... Una casualidad como cualquier otra —le rebatió con total normalidad mientras sacudía su mano delante de su hermana para restar importancia a sus palabras.

—Casualidad —murmuró mientras recordaba que esas mismas palabras se las había dicho ella a Jason. Lizzie permaneció en silencio durante unos segundos mientras su mirada quedaba fija en el vacío. De manera lenta sus labios se curvaron una sonrisa llena de ilusión—. Está bien, casualidad o no, te has enamorado de Candace, o al menos sientes algo que puede derivar en ese sentimiento —remarcó Lizzie mirando a su hermano convencida de que así había sucedido.

—No creo que haya sido para tanto.

—Lo que tú digas, pero yo de ti me prepararía para los días venideros.

—¿A qué coño viene esa advertencia ahora?

—A qué vas a acabar dándome la razón, hermanito —Lizzie le palmeó en la espalda mientras se levantaba del sofá y caminaba hacia la cocina en busca de un café.

Andrew sacudió la cabeza desechando cualquier opinión al respecto de lo que acababa de decirle su hermana.

Candace abrió la puerta de su casa con un gesto de cansancio o abatimiento en su rostro. El viaje de regreso no había sido lo que ella esperaba. En un primer momento, cuando decidió marchar a Stirling a ver a Rose sabía que le daría pena regresar. Pero no esperaba sentirse de aquella manera. Tenía la sensación de que una parte de ella se había quedado en Escocia. La angustia y la sensación de vacío en el estómago la obligaron a dejarse caer en el sillón del salón una vez que se quitó el abrigo. Resopló, se pasó las manos por la cara y el pelo pensando que con este gesto, conseguiría desprenderse de los recuerdos. Pero lo más que consiguió fue que estos se intensificaran más. Si pensaba en Andrew, entonces, todo se complicaba. ¿Qué había sucedido? ¿Se había llegado a enamorar de él? Imposible en tan pocos días, se dijo en un intento por mantener la calma y convencerse de que aquella sensación era pasajera. Estaba convencida de que se le pasaría en cuanto regresara a la rutina diaria. ¿O tal vez el recuerdo de Andrew la siguiera como su sombra?

* * *

—¿Qué tal con Jason? —La pregunta de Lauree no sorprendió lo más mínimo a Lizzie. Esperaba un interrogatorio exhaustivo por parte de sus compañeras después de haberlo pasado con Rose y Maisie.

—Bien.

—¿Sólo bien? —Lauree frunció el ceño y sacudió la cabeza sin comprender que su compañera solo hubiera respondido con una palabra.

—¿Qué quieres que te diga? Nos vimos en nochevieja, charlamos, tomamos unas copas, nos reímos y nos deseamos un feliz año nuevo. Ya está —le resumió Lizzie poniendo los ojos como platos ante el gesto de incredulidad de su compañera—. Estamos empezando.

—Yo diría que lo habéis retomado, más bien —puntualizó Lauree con una sonrisa—. Oye y tu hermano... ¿Qué ha pasado al final con su ligue? ¿Se

ha marchado ella?

Lizzie resopló.

—Sí, ella ha regresado a Londres, cómo era de esperar.

—¿Y Andrew?

—Pues... se ha quedado aquí.

—Entonces, al final, solo ha sido una aventura navideña.

—Sí, podría decirse que así ha sido.

—Pensaba que tal vez ella se quedaría con tu hermano.

Lizzie se limitó a encogerse de hombros porque tampoco quería dar demasiadas explicaciones al respecto de lo que hicieran Candace y su hermano.

—Bueno, también hay que reconocer que tu hermano no es de los que se atan a una relación.

—Andrew es así —Se limitó a corroborar Lizzie mientras arqueaba las cejas y se volvía hacia la pantalla de su ordenador para seguir con el trabajo.

Andrew se había comportado de esa manera hasta que conoció a Candace. Y ahora todo se había vuelto del revés. Quedaba esperar a ver qué iba a hacer. Porque si había algo que Lizzie tenía claro era que su hermano podía salir por cualquier sitio. Sus reacciones eran de lo más inesperadas. ¿Sería capaz de cometer otra locura cómo sucedió cuando se marchó a Londres dejando todo atrás?

Removía el café mientras fruncía el ceño en un gesto de preocupación o de estar concentrado en algo. Los días iban sucediéndose y él no parecía superar la ausencia de Candace. Pero, ¿a quién pretendía engañar? ¿A él mismo? Venga ya, Candace se había instalado en el interior de él y ahora no era capaz de sacársela.

—¿Hasta cuándo vas a seguir dándole vueltas? —La voz de su amigo Stewart obligó a Andrew a levantar la mirada para dejarla fija en él—. Desde que has regresado al periódico te noto distinto, ausente y creo saber el motivo de tu estado.

Stewart pidió un café y se sentó a la misma mesa en la que estaba Andrew. Este resopló mientras se apoyaba contra el respaldo de la silla.

—Lo cierto es que tienes parte de razón.

—¿Parte? —Stewart puso los ojos como platos y miró a su amigo cómo si lo que acabara de hablarle en otro idioma.

—Está bien. Tienes toda la razón —Andrew asintió mientras movía su brazo delante de Stewart.

—Sigues preguntándote qué sucedería si Candace y tú estuvierais juntos. Y esa cuestión te impide ver la realidad —Andrew frunció el ceño ante aquella conclusión de Stewart—. Encontrar esa respuesta te impide ver la realidad. Y esta no es otra que te has enamorado de ella.

—¿Tú también con esas? —Andrew pareció algo molesto con la suposición de su amigo.

—Apuesto a que conozco a la primera persona que lo ha dicho —le aseguró con una sonrisa mientras pensaba en la hermana de Andrew—. Esto no tiene nada que ver con lo que sentías por Amanda o Kayla.

—No, claro que no.

—Eso es. Porque en aquellas ocasiones no recuerdo haberte visto tan perdido como ahora. Kayla fue un rollo en los años de Universidad. Y Amanda... bueno, lo dejaste todo para largarte a Londres. Con eso está todo dicho. Pero ahora...

—Ahora es parecido. Nada más. Tal vez se haya debido a que he pasado demasiado tiempo con ella. Y que en unos días volveré a ser el de antes.

—Escucha, quiero que te tomes libre un fin de semana.

—¿Y quién cubrirá los partidos? —preguntó alarmado ante esta posibilidad. Pero al ver reír a su amigo su gesto pareció contrariado.

—¿Quién lo ha estado haciendo hasta que tú regresaste de Londres? ¿Te preocupas por esa nimiedad? Venga ya, Andrew. Más te vale solucionar tu situación. Ve a Londres a verla y recapacita. Y si tienes que volver a marcharte, encontraremos a alguien. No te preocupes.

—No sé...

—Debes tomar una decisión. Así que...

—Todo esto es...—Andrew apretó los dientes al tiempo que levantaba la mano como si fuera a descargarla sobre la mesa.

—Bienvenido al club amigo. Cuando me enamoré de mi chica me sentía igual que tú. Conozco esa sensación de impotencia y desesperación. Hazme caso y ve a verla. Si cuando la veas todos tus males desaparecen de un plumazo, entonces amigo, no tienes más que hacer que quedarte con ella.

—Todo esto ha sido una casualidad. Encontrarnos en el vuelo de Londres a Glasgow. Que viniera a Stirling a pasar unos días con Rose, la amiga de mi hermana. Que tuviera que hacer de Cicerone con ella. Que congeniáramos y que... —Andrew no pudo continuar cuando recordó

momentos íntimos y especiales con ella, como la primera vez que se besaron.
—Casualidad o no, ella estaba destinada para aparecer en tu vida.

Llevaba una semana en Londres y Candace seguía teniendo la misma sensación de echar de menos a Andrew. Tanto que no era capaz de concentrarse, lo cual estaba repercutiendo en sus entregas de reseñas. Su amiga Ronda la llamó para salir por ahí y que le contara que tal le habían ido las vacaciones en Escocia.

—¿Y bien? ¿Qué tal te fue?

Candace permanecía pensativa. A Ronda le dio la impresión de que no la había escuchado y decidió hacer sonar sus dedos delante de las narices de Candace.

—Disculpa.

—¿Dónde estabas? Porque aquí, conmigo, no. De eso puedo dar fe.

—Sí, bueno... dime... ¿Qué me preguntabas? —Ahora parecía estar algo más centrada.

—Te preguntaba por tu escapada a Escocia. ¿Algo que deba saber? — Ronda movió las cejas con celeridad arriba y abajo.

Candace frunció los labios dando a entender que el interés oculto de su amiga por saber qué había hecho, no le hacía nada de gracia.

—No, todo muy normalito.

—Ya, pues no es la impresión que tengo, a juzgar por tu estado de ánimo desde que llegaste. Cualquiera pensaría que te ha dado pena volver a Londres —le aseguró Ronda mientras observaba a su amiga fruncir los labios en una mueca de no parecer estar muy de acuerdo con esa presunción.

—Lo he pasado bien.

—¿Y de los escoceses qué me cuentas? ¿Llevan algo debajo de la falda? —Había un toque lleno de picardía en sus palabras.

—Se dice *kilt* no falda. Si tú a un escocés le hablas de falda conseguirás que te mire mal. Y bueno debo decirte que no he visto a ninguno con ella.

—Pero entonces no has conocido a ninguno que haya merecido la pena. ¿Alguno de los amigos de Rose?

Candace resopló al ver la insistencia de su amiga. ¿Contarle que una parte de ella se había quedado en Stirling y que no sabía si debía volver a recuperarla?

—Conocí a alguien —comenzó contándola mientras dejaba la mirada

perdida y Ronda sonreía—. En el vuelo de ida a Escocia.

—Vaya, tuviste un viaje placentero.

—Resultó ser el hermano de una de las amigas de Rose.

—¡No! Vaya casualidad, ¿no crees?

—Sin duda que lo fue. Resumiendo, lo cierto es que he pasado unos días inolvidables con él.

—¿A qué te refieres? —Ronda entornó la mirada hacia Candace con inusitada curiosidad. Hacía un momento le había asegurado que no había sucedido nada en Stirling y ahora, cambiaba de idea. ¿Qué le sucedía en verdad?

—Pues a lo que te estás imaginando.

—¿Te acostaste con él?

Candace asintió sin decir nada y Ronda resopló porque ahora mismo acababa de entender el motivo por el que su amiga llevaba dos semanas ausente.

—Y ahora lo echas de menos.

—Eso es lo que me tiene de cabeza, ¿sabes?

—¿Lo qué? ¿Darte cuenta de que te gusta y de que los has dejado allí? ¿No te habrás empezado a enamorar de él?

Candace entrecerró sus ojos y sacudió la cabeza.

—No creo que sea para tanto.

—Bien, en ese caso, se te acabará pasando.

—Sí, eso es.

—O por el contrario deberás admitir la realidad y enfrentarte a ella. Si tanto lo echas de menos, tal vez deberías coger un vuelo de regreso a Escocia, ¿no crees?

Candace permaneció inmóvil mientras pensaba en esa sugerencia. ¿Regresar?

—Podrías ir a verlo un fin de semana y si tanto te cuesta dejarlo allí —Ronda cogió aire—. Tal vez deberías plantearte quedarte.

—¿Sugieres que me quede en Stirling? —Candace sintió el corazón acelerarse de manera inusitada ante aquella propuesta. Había considerado la posibilidad de ir a verlo pero no se había planteado quedarse con él en Stirling, por ahora.

—Eso mismo. Si en verdad...

—Pero, si lo que sucedió fue una casualidad del momento —Candace parecía justificar lo sucedido para no tener que seguir pensando en la

propuesta de su amiga.

—Casualidad, golpe del destino. Da igual cómo lo califiques, Candace. Lo que importa es que los días que has pasado en Stirling te han cambiado. O más bien han cambiado tu corazón.

—Es una locura que no tiene ni pies ni cabeza. Conozco a un tío en un avión, paso unos días con él y me vienes a decir que me he enamorado de él y que cambie mi vida —le resumió algo alterada al pensar en ello mientras contemplaba a su amiga asentir con total naturalidad.

—Locura o no, deberías comprobar si lo que sientes por él es verdadero, o lo vuestro ha sido una casualidad del destino que con el paso del tiempo se quedará en nada. Pero, te aconsejo que lo resuelvas lo antes posible. Vete a verlo este fin de semana.

Candace quiso replicarle pero sus palabras se ahogaron en su garganta. ¿Qué sentía por Andrew? ¿Algo tan intenso como para darle la vuelta a su vida? Pensar en ello le hacía reír. Era una locura, se repetía una y otra vez. No tenía ni pies ni cabeza.

—Tal vez tengas razón después de todo y... No me hace mal ir el fin de semana y...

—Y quedar con él para comprobar que lo vuestro es real. Así de sencillo.

¿Real? ¿Claro que había sido real! Se dijo Candace. Ella misma lo había sentido en su interior. No había habido nada más real que sus besos, sus miradas de complicidad, ni qué decir de los momentos íntimos. ¿Y si Andrew no fuera una simple casualidad? ¿Y si fuera su alma gemela? Aquella que el destino había elegido para ella.

—¿Y si lo veo y descubro que en verdad quiero quedarme con él?

—En ese caso, tendrás que trasladar tu cuerpo allí —le aseguró Ronda mientras Candace fruncía el ceño sin comprender nada—. Sí, ya que tanto tu mente como tu corazón te están esperando allí. Deberías volver a por ellos.

Candace entre abrió los labios para decir algo que tuviera coherencia, pero al final se limitó a sacudir la cabeza y pensar en reservar un billete para el primera vuelo a Glasgow.

* * *

Andrew reservó un billete de vuelo a Londres para ese mismo fin de semana. Tal vez era lo mejor que podía hacer en este sentido. Irse y decidir qué iba a

hacer con su vida. Mirar a la cara a Candace y comprobar hasta qué punto estaba dispuesto a cambiar su vida por ella. Desde que ella se había marchado de Stirling, había estado vagando como un alma en pena consciente de que no iba a regresar. De manera que sería él quien de una maldita vez tomara la decisión que más le convenía. Casualidad o no, ella era lo que necesitaba.

Candace llegó a la terminal del aeropuerto para coger el primer vuelo a Glasgow. No se había parado a pensar si hacía lo correcto. Pero tampoco iba a hacerlo porque de lo contrario se echaría atrás. En cierto modo se estaba moviendo por un impulso, o por una corazonada. Ya todo daba igual. Acababa de pasar el control de pasaportes y no iba a volver atrás. No.

El móvil de Andrew comenzó a vibrar en el interior del bolsillo de su abrigo. Lo cogió para responder cuando leyó el nombre de su hermana en la pantalla.

—¿Qué quieres Lizzie?

—*Saber qué coño estás haciendo. Me he encontrado a Stewart y me ha asegurado que te marchas a Londres hoy mismo.*

—Ehhh, sí, verás ha sido algo rápido y precipitado. Ya hablaremos a la vuelta y...

—*Pero, ¿a qué vas a Londres? ¿A ver a Candace?*

Andrew resopló. Cerró los ojos y se pasó la mano por el rostro.

—Sí, voy a ver a Candace. No puedo seguir de esta manera, Lizzie. Entiéndelo.

—*Esta vez vas en serio* —El tono cariñoso y comprensivo de su hermana hizo que Andrew se sintiera mejor.

—Sí, y espero no equivocarme —le aseguró entre un mar de risas producidas por los nervios que sentía en ese momento.

—*¿A qué hora sale tu vuelo?*

—Faltan un par de horas. Tiene que llegar de Londres, precisamente. Ya sabes...

—*Llámame cuando llegues. Me dejarás más tranquila.*

—Lo haré. ¿Qué tal tú? Hace días que no hablamos.

—*Ummmm. No me quejo.*

—De acuerdo. Hablamos.

—Sí. Llama más tarde.

Andrew se quedó contemplando su móvil por unos segundos. Por su

cabeza pasó la idea de llamar a Candace y decirle que iba a verla, pero al final la desechó y decidió caminar hacia el control de seguridad. Lo haría cuando aterrizara en Stansted. Llevaba una bolsa de viaje con algo de ropa para dos días. Saludó a los agentes y caminó bajo el arco de detector de metales. Todo en orden. Ya estaba en la zona de embarque. Ahora solo le faltaba esperar a que le indicaran la puerta.

Candace permanecía absorta en sus pensamientos mientras escuchaba música. El vuelo a penas si duraba una hora pero a ella le pareció más corto que cuando Andrew iba sentada a su lado. No pudo evitar sonreír al recordar aquel día. ¡Por San Andrés! ¿Por qué no la mandó a paseo por pesada? Ella se lo hubiera pensado, la verdad. Y para rematarlo la había coincidido hasta el final de sus respectivos viajes, y que confluían en el mismo destino. Sí, pensó, el mismo destino.

Andrew esperaba en la puerta de embarque a que el vuelo procedente de Londres aterrizara. Echó un vistazo a su mail pero no había nada interesante, salvo los típicos correos de Spam. De repente se puso a pensar en las innumerables situaciones que podían producirse. ¿Y si no la veía? ¿O si ella no quería saber nada de él? Una especie de pánico le entró sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Joder, tengo que tranquilizarme. Parece que es mi primera vez. Y de eso ya ha pasado algún tiempo —se dijo con un sonrisa cínica mientras el avión llegaba a la boca—. Bueno con un poco de suerte en veinte minutos estaré dentro.

Cuando el avión tomó tierra en el aeropuerto de Prestwick, Candace cerró los ojos e inspiró.

—Tranquila, ya hemos aterrizado —le dijo su compañero de vuelo al verla respirar aliviada.

—Oh, no, no me da miedo volar. Es que... —Candace decidió no darle explicaciones que no venían a cuento. Estaba nerviosa porque acababa de llegar a Glasgow. Todavía le faltaban un par de horas hasta Stirling, pero no pudo evitarlo. ¿Y si él no estaba porque tenía que cubrir algún evento deportivo? Lo cierto es que no había llamado a Rose para advertirle de su llegada, si no que tenía pensando ir directamente a casa de Andrew. Ya habría tiempo después para saludarla. Cogió aire mientras recogía su maleta

del compartimento de la cabina y avanzaba a paso lento hacia la salida.

Andrew observó cómo los primeros pasajeros del vuelo aparecían por la misma pasarela por la que él embarcaría una vez que el avión estuviera listo. Puso el móvil en modo avión. Paseó, miró el reloj, resopló... Estaba nervioso y no sabía en qué diablos matar el tiempo de espera en la cola.

Candace bajó del avión y enfiló la pasarela hacia la terminal. Ahora que estaba allí comenzaba a cuestionarse si todo aquello merecía la pena. Si no se habría dejado llevar por un repentino impulso propiciado entre otras cosas por las palabras de Ronda. Apareció por la puerta de acceso mirando a un lado y a otro. No se acordaba de por dónde se salía puesto que la vez anterior Andrew era quien la conducía. Caminaba buscando el cartel de salida cuando sin querer se dio de bruces con alguien.

—Lo siento, yo... —Las palabras se quedaron atascadas en su garganta cuando sintió que se caía. De repente alguien la sujetó para evitar que cayera al suelo. Lanzó una maldición por su torpeza y levantó la mirada hacia la persona que la sujetaba para agradecerle el gesto. ¿Estaba soñando o era real lo que estaba sucediendo? En ese instante pensó que era su imaginación la que le estaba jugando una mala pasada. Porque de verdad tenía que serlo, de lo contrario Andrew la estaba sujetando a la vez que la miraba como si ella acabara de surgir de la nada.

—Candace —Andrew susurró su nombre ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

—Oiga, amigo, está obstaculizando el acceso al embarque —le dijo el hombre detrás suyo.

Andrew salió de la cola sin soltar a Candace si dejar de contemplarla sin creerse todavía que ella estuviera allí, en ese preciso momento. Intentó decir algo pero las palabras no le salían. Algo parecido le estaba sucediendo a Candace quien había soltado la maleta sin preocuparse por ella. Estaba suspendida en aquella escena que ni siquiera había podido imaginar que podría suceder. Todos sus nervios, sus pensamientos previos a encontrarse con Andrew se habían esfumado de repente cuando lo vio.

—¿Qué haces aquí? —Andrew entornó su mirada con el ceño fruncido.

—Señor, el embarque va a concluir —La voz de la mujer del personal de tierra de la aerolínea captó la atención de Andrew.

—No se preocupe. No voy a subir a ese avión —le aseguró mientras

señalaba la puerta de embarque.

—¿Está seguro?

—Sí, lo estoy —Luego volvió su atención hacia Candace—. Nunca lo he estado tanto.

—¿Ibas a coger un avión destino Londres? —Candace no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco, ni que una repentina ola de calor la invadiera por completo al comprobar el gesto de Andrew hacia ella.

—Sí, pero ya no tienes sentido —le aseguró sacudiendo la cabeza a la vez que atrapaba el rostro de ella entre sus manos y la miraba con intensidad—. Iba a Londres a decirte que te echo de menos. Que desde que te fuiste me he estado culpando por sentir esto y dejarte marchar. No me importa volver a Londres si es lo que deseas, pero no quiero pasar ni un solo día más sin ti. Nos lo tomaremos con calma, sin precipitaciones, sin prisas. Pero no quiero perder lo que he encontrado.

Candace se mordió el labio en un intento por ahogar las emociones que las palabras de Andrew le estaban provocando. Aquello era más de lo que había esperado encontrarse cuando lo viera. Todos sus planes quedaron sin sentido en ese momento.

—Vine a Escocia a decirte lo mismo —le confesó entre risas mientras dejaba que sus manos cubrieran las de él mientras sus labios se curvaban en una sonrisa que le calentó el alma a Andrew.

—Pero... ¿qué...? ¿Cómo que has venido a decirme lo mismo?

Candace se alzó sobre las puntas de sus botas y fue ella la que atrapó el rostro de él para besarlo en repetidas ocasiones. Se había dejado llevar por lo que sentía desde que él la conquistó sin pretenderlo. ¿Cómo había podido suceder? Candace lo desconocía. Pero tampoco quería saberlo. Había ocurrido, casualidad o no, había encontrado más de lo que fue a buscar a Stirling aquellas pasadas navidades.

Andrew la abrazó y la levantó para besarla mientras ella no dejaba de reír.

—No me importa dónde tenga ir. Te seguiré donde tu corazón me lleve —le prometió.

—Por ahora quiero que me saques de aquí, no recuerdo por dónde se sale.

—Es sencillo. Solo tienes que buscar la salida —bromeó Andrew con ella sonriendo divertido por aquella petición.

—Sabes, creo que voy a volverme a...

—No puedes hacerlo. La puerta de embarque se ha cerrado —Andrew cogió la maleta de ella y luego la atrajo hacia él para sentir que de verdad ella estaba allí. Cerró los ojos y la besó en el pelo y sonrió lleno de felicidad. Sin duda que ella era lo que necesitaba ahora mismo en su vida para que ésta fuera completa.

Horas más tarde ambos permanecían abrazos sobre el amasijo de sábanas en las que habían convertido la cama de Andrew. No habían podido resistirse y en cuanto llegaron al apartamento, habían comenzado a desprenderse de la ropa buscando sentir el cuerpo desnudo del otro bajo sus manos. El deseo se había desbordado y la pasión había dejado paso al cariño.

—¿Sabes cuánto te he echado de menos? No me puedo creer que estés aquí —Andrew le acariciaba el pelo con el cariño y la ternura que ella le había inspirado desde el primer día que la conoció.

—Por ese motivo lo estoy. Pensaba que lo que había sucedido entre nosotros era fruto de la casualidad. Que habíamos congeniado y nos lo habíamos pasado bien juntos pero... —Candace sintió el nudo en su garganta cuando la mano de Andrew se entrelazó con la suya. Quedaban perfectas. Dos mitades que formaban una.

—Pero descubriste que no era así. Que no fue una casualidad que tú y yo coincidiéramos en el vuelo aquí. Que el destino nos la había jugado a los dos para que nos encontráramos.

—Como dos almas que vagan por el universo hasta que se encuentran —susurró ella mientras algo en su interior parecía llenarla.

—Decide. Londres o Stirling, pero juntos —le confesó mientras la atraía hacia él para poderla besar una vez más mientras ella ronroneaba como una gatita en busca de cariño y protección.

—¿Cómo que Candace está aquí? —Lizzie casi se cayó de la silla cuando su hermano se lo confesó. Había levantado la voz tanto que Jason se había quedado atónito. Habían quedado en una taberna céntrica para comer en la hora que ambos tenían para hacerlo.

—*Eso acabo de decirte. Ha regresado para quedarse.*

—Pero... Pero, ¿no me dijiste que te ibas a Londres? La última vez que hablamos estabas esperando para embarcar en Prestwick.

—*Así es, pero resulta que ella venía en el avión al que yo iba a subirme.*

Coincidimos en la terminal. Y bueno, el resto puedes imaginártelo.

—Ya. Puedo imaginarme muchas cosas. Créeme. Te dejo que tengo comer. Ya hablaremos.

—*Cuando gustes.*

Lizzie dejó el móvil sobre la mesa mientras permanecía con la mirada fija en Jason, quien a su vez estaba en ascuas a la espera de que ella le contara que sucedía.

—¿Puedes creerlo?

—No, hasta que no me digas qué está pasando. Por lo poco que he escuchado, hablabas con tu hermano.

—Sí. Candace ha regresado para quedarse con él justo cuando él se iba a Londres a verla —Lizzie permaneció con la boca abierta y los ojos como platos sin dar credibilidad a esa situación.

—Vaya.

—Digno de una película o de una novela.

—Sin duda.

—No me lo puedo creer.

—Bien mirado... No sé cuál de las dos historias es más increíble. Si la de tu hermano o la tuya —Jason le cogió la mano dejando que el pulgar le acariciara el dorso mientras la mirada con calidez y ternura.

Lizzie sintió el calor invadir su rostro.

—Bueno... Si he de ser sincera creo que la nuestra lo supera.

—Creo que después de todo han sido unas Navidades provechosas.

—A este paso, acabará encontrando pareja hasta mis compañeras de trabajo.

—Pues disponen de un buen abanico de pretendientes —le aseguró Jason haciendo referencia a la Web de citas mientras Lizzie sonreía en complicidad.

—Ya, no me lo recuerdes —le advirtió mientras arqueaba sus cejas y fruncía sus labios que en un suspiro regalaron a Jason una sonrisa seductora.

Aquella misma tarde todos quedaron en verse para tomar algo. Rose se había quedado helada cuando recibió la llamada de Candace para comentarle que estaba de vuelta en Stirling. Al final lo que sentía por Andrew había sido más fuerte que su vida en Londres. ¿Quién podía asegurar ahora que la casualidad no existía en cuestiones del corazón? Dos de sus mejores amigas habían encontrado a su media naranja de la manera más sorprendente. Y

ahora cuando las contemplaba sentía cierta envidia porque a ella no le hubiera llegado su momento. Pero no desesperaba. Ya quedaba menos para la siguiente Navidad, como le había asegurado Maisie con toda intención.

Candace caminaba del brazo de Andrew en su lento paseo hacia el famoso castillo de Stirling. Construido en lo alto de un pico de origen volcánico y rodeado por acantilados en sus tres partes. Era el único rincón que a Candace le quedaba por visitar. De manera que Andrew no se lo había pensado demasiado para llevarla a conocerlo. Se detuvieron en la explanada de acceso frente a la estatua del rey Robert the Bruce.

—Aquí estamos. Y ahí tienes al hombre que recuperó para Escocia los últimos reductos ingleses. Entre ellos el imponente castillo ante el que te encuentras —le hizo saber con ironía y un toque de orgullo en su voz al inclinarse hacia ella—. Por cierto está catalogado como monumento nacional.

Candace frunció los labios en un gesto irónico.

—No me extraña después de lo que os costó recuperarlo.

—Ohhhh, ¿noto cierto resentimiento por ello? —Andrew se acercó a ella para rodearla por la cintura.

—No. Nada de eso. Es que me gusta ver la carita que pones cuando saco el tema de la rivalidad pasada entre ambos países.

—Así que lo que pretendes en tocarme las narices, ¿eh?

—Reconoce que en el fondo te gusta. No he olvidado el día que subimos al monumento de Wallace. Ni el paseo por el exterior de las murallas del castillo.

—Ni por el cementerio, ¿eh?

—Bueno...

—Anda vamos. Hay mucho que ver en el interior del castillo —Andrew le pasó el brazo por el hombro y la trajo hacia él—. Por cierto, ¿piensas aceptar la propuesta de Stewart para trabajar en el periódico?

Candace sonrió de manera lenta y sugerente porque sabía lo ello significaría. Trabajarían juntos. Se verían todo el día. ¿Sería lo más apropiado?

—Sí. Me lo comentó la otra tarde y creo que puedo encajar en la sección de cultura, ¿no crees?

—Totalmente de acuerdo.

—¿Otra casualidad no?

Andrew resopló.

—Ya no sé distinguir entre lo que es una mera casualidad y lo que no.

—¿Lo que tenemos nosotros, lo es? —Candace se humedeció los labios y entornó la mirada con expectación hacia él.

Andrew sonrió.

—No estoy seguro. Tan solo que en algún sitio estaba escrito que debíamos encontrarnos.

—Sí, en un avión —recordó Candace riendo mientras él se acercaba para besarla.

—Daba igual dónde se produjera el encuentro, solo tenía que suceder — Andrew la besó despacio, disfrutando de la suavidad de los labios de Candace, y de la sensualidad de sus besos mientras ella emitía un leve quejido de aceptación del beso, y pensaba que él tenía razón. Casualidad o no, estaban destinados a encontrarse.



Red Apple Ediciones
Enrique García Díaz ©2017

Sigue a Red Apple Ediciones y no te pierdas ninguna de nuestras novedades en:



www.redappleediciones.com

^[1] Bruce Springsteen, “Tougher Than The Rest”, *Tunnel of Love*, 1987